



VÍCTOR CONDE

HERALDOS

DE LA

OSCURIDAD



PRÓLOGO DE SUSANA VALLEJO

Lectulandia

La profecía del Metatrón, el ángel supremo, está próxima a cumplirse: provocando el fin de la humanidad, tendrá almas suficientes para vencer en su batalla final contra las fuerzas oscuras. Tanya, Mauro y Erik, los tres elegidos, serán el último destello de esperanza para evitar el desastre que se cierne a la vez sobre la Tierra y el Más Allá. Pero la cuenta atrás ha comenzado, y los furiosos ejércitos del Abismo están a punto de atravesar las puertas del Cielo...

Víctor Conde

Heraldos de la oscuridad

Los heraldos - 2

ePub r1.0

Titivillus 30.10.2019

Título original: *Heraldos de la oscuridad*
Víctor Conde, 2011

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para José Gregorio y Miguel Ángel
los dos mejores amigos que uno podría tener.

... Y ese día se separarán dos horribles monstruos: Leviatán,
que morará en el abismo sobre la cuna de los océanos, y
Behemoth, que ocupará con sus pechos un desierto donde
habitó el jardín de Gan...

El Libro de Enoc

Armagedón será el día del Señor Todopoderoso, y los humanos
nada podrán hacer por aplazarlo, pues su tiempo ya ha sido
fijado. Y no llegará tarde.

La salmodia de Habacuc, 5:4

PRÓLOGO

SUSANA VALLEJO

Estáis a punto de entrar en el mundo de *Heraldos de la Oscuridad*, la segunda parte de *Heraldos de la Luz*. Las dos obras forman parte de una trilogía (¡cuya tercera parte esperamos ansiosos!) y no es habitual que en el ámbito de la literatura juvenil nos encontremos con proyectos tan ambiciosos como este.

¿Y por qué digo que *Heraldos de la Oscuridad* es una obra ambiciosa? Pues porque es una historia épica, pero también divertida, emocionante, está muy documentada y sobre todo porque está tremendamente bien escrita. Cuando un autor se documenta tanto como Víctor Conde y domina varios registros (en la obra encontramos fragmentos cómicos, poéticos, y hasta «evangélico-encíclicos»...) podría resultar soporífero...¡Pero este no es el caso! ¡Ni mucho menos!

En general las segundas partes suelen repetir esquemas de la primera, repiten personajes, estructuras, etc. En cambio en *Heraldos de la Oscuridad* encontramos una obra tan completa y redonda que puede considerarse única. No sólo por su extensión, impropia de una segunda parte, sino también por el cuidado proceso de documentación que Víctor Conde ha llevado a cabo.

Y lo mejor es que esa rica documentación histórica no se convierte en un lastre, sino que la emoción de la aventura y el querer saber qué va a pasar a continuación planea sobre los datos históricos sin que nos resulten pesados. Por cierto que la documentación no se limita a la recreación histórica. Se nota que Víctor Conde está familiarizado con Dios y su corte celestial, Arcángeles... Los demonios, las criaturas demoníacas, ocupan una compleja jerarquía que se muestra en la obra y cuya simple existencia hace que personajes a priori tan fantásticos nos resulten «realistas» y verosímiles.

Otra particularidad de la obra es el tema que trata. Una gran parte de la trama se desarrolla en parajes bíblicos y los protagonistas de algunos

episodios del *Antiguo Testamento* se mezclan con los ángeles que ya conocemos de *Heraldos de la Luz*. Ahí tenemos de nuevo a Tanya, Erik, Mauro, Séfora..., pero también encontramos a Lot, Abram, la ciudad de Sodoma... y a nuevos personajes como el pobre Isaac al que el autor ha destinado para vivir algunos de los episodios más emocionantes y dramáticos de la obra.

Y es que Víctor Conde nos demuestra que la *Biblia* y el *Antiguo Testamento* pueden estar repletos de emoción. Porque ¿acaso hay algo más emocionante que una posible guerra, eterna y grandiosa, entre ángeles y demonios, criaturas celestiales y demoníacas a las que Dios ha abandonado y que, quizás, estén condenadas a entenderse?

Pero es que Víctor Conde sabe de lo que habla, ya se trate de una criatura del Infierno, de un objeto cotidiano de la vida en Sodoma, o de jerga relacionada con la aviación. *Heraldos de la Oscuridad* es una obra cuidada al detalle, y eso, en un mundo en el que segundas partes no suelen ser tratadas con tanto cariño por algunos autores, se agradece enormemente.

Y todos estos detalles, lejos de configurar un todo denso, aburrido y grandilocuente, contribuyen a recrear una historia emocionante y divertida. Además de acción en estado puro, encontraremos juegos que nos arrancarán una sonrisa. Desde las referencias que nos remiten a la primera parte (la película con la persecución de bicis por ejemplo), a los que juegan con los conocimientos fantásticos del lector (referencias a películas, series de televisión...).

En *Heraldos de la Oscuridad* encontraremos monstruos aterradores de verdad, seres inhumanos contra los que es imposible luchar o imposibles de derrotar, terribles demonios (esa imaginación desbordada de Conde cuando describe fulcros, glabrezus...), imágenes originales, tremendas y grandiosas: el árbol de la sabiduría, el nacimiento de los demonios —las almas brillando sobre estacas—, ese impresionante Leviatán en Venecia...

Atreveos a pasar las páginas de *Heraldos de la Oscuridad* para bucear en un pasado y un presente repletos de emociones, imágenes que difícilmente podréis olvidar y una sorprendente oscuridad.

¡Ya estamos esperando ansiosos la tercera parte!

LA HISTORIA HASTA AHORA

Tanya es una joven superdotada que ha adoptado la moda japonesa del Lolita. Su vida experimenta un profundo cambio cuando un ángel irrumpe en ella, Séfora, asegurándole que pertenece a los Niños Perdidos, jóvenes encarnaciones de los ángeles primigenios que se rebelaron contra Yahvé en el alba de los tiempos.

En compañía de Séfora, Tanya parte en un viaje para encontrar a los otros Niños Perdidos, Mauro (un scene con tendencias autodestructivas), y Erik (un triunfador y ligón que trabaja como especialista de cine). Los tres se someterán a un entrenamiento con Séfora para despertar sus habilidades innatas, la chispa de luz que hay en su alma y que esconde un tremendo poder. Pero no sólo serán ángeles los que vayan tras su pista.

Los demonios, liderados por un engendro del abismo, acosan a los tres jóvenes en Santorini y se desata una batalla espectacular sobre el antiquísimo cráter del volcán Nea Kameni. Erik resulta herido por el desmodu, que lo marca en la frente con su firma personal, pero finalmente pueden derrotarlo con ayuda de Séfora y de sus poderes recién descubiertos.

Tras este brutal interludio, los adolescentes saben que sus vidas no volverán a ser las mismas. Tienen una misión, encomendada por Rafael, uno de los Arcángeles primigenios, y deben dejar atrás a sus familias y amigos para sumergirse en un mundo lleno de misticismo y de peligros, en una lucha cuyo premio es la supervivencia de la especie humana...

PRÓLOGO: VENECIA

Dolor.

Como nueva definición del mundo.

Llegaba en oleadas, en seísmos de fuego bajo la piel, en fracturas y terremotos de agonía en los nervios de las alas.

Y algo cálido llovía sobre su cabeza. Denso. Rojo. Algo a lo que prefería no poner nombre.

Horas, días, eones de dolor, y nunca paraba. La cosa que se alzaba ante él lo miraba con ojos que no eran ojos, con una sonrisa que escondía cosas aún más terribles debajo. Y lo único que quería era deleitarse, libar el sufrimiento del ángel como un colibrí agitando sus alas a cámara lenta ante la flor. Los bisturís que llevaba injertados en las puntas de los dedos también se movían a cámara lenta, yendo, viniendo, manteniendo conversaciones con su piel en las que cada verbo era un suplicio y cada sustantivo una rendición.

El ángel elevó la vista al cielo. Al cielo, no al Cielo, buscando quizás una explicación, un momento de solaz en el profundo azul que hasta ayer había sido su santuario. Un color que era su hogar, su casa, que velaba por él. Un azul que ya no estaba sobre su cabeza.

Lo que había allá arriba era una bóveda de piedra. Un refugio para la oscuridad. Y los extremos ensangrentados de sus alas, clavados a la pared. A su espalda, tras la pared, el rumor del agua, el ir y venir de pequeñas mareas y el oleaje en miniatura de los canales.

Venecia.

Lo habían capturado en Venecia.

Y sus amigos se habían olvidado de que él existía. No podían, o no querían, venir a ayudarlo. Ya le habían salvado de la muerte una vez. Dos habría sido mucho pedir, hasta para esa ingrata y tramposa de la Dama Fortuna.

Erik miró al cielo, de nuevo, buscando el azul. Pero no estaba allí.

Oh, Tanya, Mauro, Séfora, ¿dónde infiernos os habéis metido?

Y tú, el de arriba, el Gran Jefe. ¿Por qué me has abandonado?
El demonio volvió a repetirle su pregunta silenciosa.

LIBRO UNO

LOS NIÑOS PERDIDOS

ALAS NOCTURNAS

Las azafatas empujaban el carrito de las comidas por el pasillo del avión. Daba igual las dimensiones de éste, que fuera un enorme Airbus A380-800 o una versión sin tanto tonelaje; los pasillos seguían siendo estrechos, y el avance de los carritos demasiado pegado a los reposabrazos. Cuando las bandejas tropezaban con los asientos, o las chicas se inclinaban hacia los pasajeros del otro lado (situando los uniformados traseros demasiado cerca de su cara), Isaac sentía que le hervía la sangre. Los rostros de las azafatas se iluminaban con sonrisas radiantes, haciendo suyos los chirridos del carrito y el sonido de las faldas al tensarse. Parecía que eran aquellas falsas sonrisas las que estaban hechas de metal y necesitaban con urgencia un engrase.

Y eso no era lo peor.

El espinoso asunto de los carritos no era lo único que le molestaba de los vuelos comerciales, sobre todo los de larga duración. Había muchos otros detalles, pequeños y sin importancia para el resto de los pasajeros, pero que a él se le antojaban graves fallos de planificación. El inglés macarrónico del personal de cabina, por ejemplo. ¿De verdad había algún anglosajón en el mundo capaz de entender lo que decían aquellas personas por los altavoces? Frases ininteligibles balbuceadas a toda prisa por el micrófono, con pausas antinaturales que las troceaban, palabras solapadas unas con otras sin ningún sentido, pleasefastenyourseatbelt porelamordeDios.

Y la pantomima de demostración de cómo ponerse el chaleco salvavidas y dónde estaban situadas las salidas de emergencia. El baile robótico de las chicas como si algún titiritero enfermo de Parkinson les estuviese enredando los hilos. Esa parte le daba pavor. ¿No quedaría mucho mejor que lo hicieran bailando?

El tío Saffed estaba sentado a su derecha, en la ventanilla. Él entendía bien a Isaac, tanto como para perdonarle que a veces se pasara de puntilloso.

Por lo menos se dignaba a emplear esa palabra, puntilloso, y no «paranoico», «chico altamente repulsivo grotescamente asocial» (CARGA, el acrónimo favorito de su hermana), o el más simple (ya la postre más hiriente) «maldito chalado obsesivo» con el que solían llamarle en la Facultad. Su tío sabía cosas que los demás ignoraban. Detalles cruciales. Por qué no era bueno cederle el asiento del pasillo, por ejemplo, y por qué era aún peor, dados sus ocasionales ataques de vértigo, dejarle el de la ventanilla. El asiento ideal para Isaac era el del centro. Siempre y cuando, claro, los pasajeros que le tocaban al lado no olieran mal o no fueran obesos.

Saffed era una buena persona. Isaac se sentía feliz cuando le tocaba a él acompañarle a los viajes por Europa. No hacía mucho por animado a estudiar, una vez estaba allí; más bien solía desaparecer en barrios con cierta fama para dejarse el dinero en sitios que era mejor no nombrar. A veces tardaba días enteros en reaparecer de nuevo, pero siempre lo hacía con una enorme sonrisa como bandera y muy contento de ver a su sobrino.

Dos emociones que hacía años que no veía en el rostro de su madre.

—¿Desea tomar algo del menú? —preguntó la chica de la sonrisa de plástico. Isaac esperaba que ignorarla cortésmente le bastase.

—No has comido nada desde que despegamos de Dubai —le recordó su tío, con la cabeza medio enterrada en la almohada de la Compañía—. Tendrías que cenar algo.

—No tengo hambre —barruntó el joven. Era mentira, por supuesto, pero con su tío medio dormido tendría que ser él quien gestionara la petición de comida. Y sinceramente, prefería tirar de sus reservas de grasa. Ya cenarían cuando aterrizaran en Barajas. Si había algo en lo que todo el mundo coincidía era que Isaac era un chico robusto para sus diecisiete años. Así que fuera preocupaciones. Había mucha grasa por allá abajo, almacenada con sabiduría para estas emergencias.

El inglés de muelle del comandante (¡por Dios, qué tortura!) anunció el comienzo de la aproximación a Barajas. Estupendo. El suplicio se acababa. Además, habían añadido una pista nueva a aquel aeropuerto hacía poco, especial para los aviones más grandes del mundo, lo cual aseguraba que el aterrizaje sería blando y cómodo. Sin sobresaltos.

Un punto para los españoles y su sexto sentido turístico.

—Espabila, ya estamos llegando.

Le dio un codazo a su tío. Éste sacudió la cabeza, abrió el parasol de la ventanilla y miró hacia abajo. Aún eran las siete de la tarde, pero estaba empezando a anochecer. Qué distintas eran estas latitudes a las del desierto,

donde los días afinaban al máximo las horas de luz y el anochecer llegaba rápido, sin transición. El atardecer era un concepto virtual que Isaac había aprendido en los libros. Igual que la «comodidad de los aviones modernos».

—Veo luces. Una ciudad —dijo Saffed. Trató de imaginar su propio avión visto de lejos, un grano de arroz en medio de un inmenso campo de satén azul, posándose lentamente en un nido de coral.

—Esperemos que sea la que nos prometieron al despegar. —Su sobrino se abrochó el cinturón—. Por cierto, ¿te has fijado en el ruidito que hacen estas hebillas? Clik chak. Suena a una pistola cargándose. ¿Será posible que no tengan a nadie contratado para pensar en estas cosas?

Saffed extrajo el portátil de la funda y lo puso encima de la bandeja plegable. La pantalla se iluminó, mostrando una agenda. Prácticamente en todas las casillas de los días había notas con cosas que hacer.

—¿Has mirado el programa? Creo que nos han preparado una buena paliza de charlas y visitas culturales.

—Omite el «nos».

—Perdón. Te han preparado una buena paliza de charlas y visitas culturales.

Isaac se revolvió, incómodo. Clik chak.

—Sí...vas a poder volver todo lo tarde que quieras esta vez. No me chivaré.

Saffed le dedicó una sonrisa cómplice. Cualquiera, al verla, diría que el pasado reciente se había borrado como una ecuación mal expresada en la pizarra de su mente. Que el recuerdo de su esposa, fallecida precisamente en un accidente aéreo, se había convertido en un cuadro de esos que emocionan pero que han dejado de ser una representación directa de la realidad. Isaac sabía por qué su tío buscaba consuelo en aquellos locales llenos de ilusiones perdidas y vasos medio vacíos. Y lo compadecía. Aún había veces en que lo sorprendía mirando una foto de ella en su móvil, observando las piernas del color del roble aceitado, sin una vena varicosa que delatase su edad o los tres chicos nacidos hacía más de veinte años. Las manos de Saffed, callosas y llenas de nudosidades, se paseaban por aquella foto, un conjunto de píxeles sin alma, y soñaban con sentir de nuevo el calor de sus piernas.

Entonces cobraba sentido el álgebra de los vasos medio vacíos, e Isaac compraba una sola entrada para visitar los museos. No dos.

—Hay una buena cantidad de museos en este país —se maravilló Saffed—. ¿Cuánto arte puede almacenar una sola ciudad?

—España tiene una tradición cultural muy antigua. Entre eso y lo que han expoliado de otros países...

—Eso es lo que nos faltó a nosotros. Expolio. El petróleo no se puede exhibir en una vitrina.

Una chica sudamericana soltó una carcajada en el asiento contiguo al de Isaac. Llevaba una camiseta con un dibujo serigrafiado, una viñeta de un personaje conocido en su país, Mafalda. La viñeta mostraba a una niña comiéndose un enorme y sabroso bocadillo mientras proclamaba «¡hambre, pasar hambre es lo que de verdad necesita la gente de hoy!».

—Cuánto cinismo camuflado de autocritica —se maravilló Saffed—. ¿Sabías que eso es señal de buena salud en la psicología de un pueblo? Cuando yo era jov...

El avión dio un fuerte bandazo a estribor. Fue un movimiento brusco, que inclinó el aparato casi treinta grados. Les cogió tan de sorpresa que algunos pasajeros, que esperaban de pie en la cola del baño, perdieron el equilibrio y estuvieron a punto de caerse al suelo.

Una azafata pidió serenidad y que regresaran a sus asientos. El comandante no había dicho nada de una zona de turbulencias por la megafonía.

—¿Qué ha sido eso? —se preocupó Isaac, anclándose a los reposabrazos.

Su tío le dedicó una sonrisa tranquilizadora. Era una de esas sonrisas de no saber realmente lo que pasa, ni siquiera de sentir la calma que estaba intentando transmitir, pero que hacían falta para relajar la tensión y no agravar el problema.

—Zona de turbulencia. Suele pasar al despegar y aterrizar.

—Pensaba que estos aviones tan grandes atravesaban como mastodontes las turbulencias.

Saffed le dio un par de palmaditas en la pierna, para tranquilizado, pero de reojo controló a las azafatas. Hablaban entre sí en voz baja y rápida, como si (no, claro, nosotras jamás) estuvieran preocupadas (o lo disimulamos muy bien). En uno de los cubículos de servicio que había repartidos a intervalos por la cabina de pasajeros, la cortina estaba parcialmente descorrida y podían verse bandejas con restos de comida. Vibraban mucho, hasta el punto de que algunas estaban a un tris de caer al suelo.

Algo estaba pasando. Algo muy inusual. Isaac lo intuía. Desde que se había matriculado en la Facultad para licenciarse en Historia de los Pueblos y el Arte, había viajado innumerables veces a Europa para visitar museos y tomar apuntes del natural con sus dibujos (ventajas de estar cursando al

mismo tiempo un máster en Bellas Artes). Había volado en todo tipo de aviones, y aterrizado en cien aeropuertos, y por mucho que la odiara la rutina era siempre la misma: el equipaje, la facturación, la tensión del despegue, las turbulencias, el baile robótico, el inglés macarrónico... Todo formaba parte de un proceso que, con pocas variantes, se repetía en cada ocasión. Y si había fallos, eran tics humanos que tendían a repetirse mientras no cambiaran las tripulaciones. De eso se daban cuenta las personas que viajaban mucho.

Por eso, cuando sintió el bandazo del avión y vio las caras del personal de cabina, supo que algo iba mal. Todavía no estaban en peligro, o el comandante ya habría dado la alarma y habrían caído del techo las máscaras de oxígeno, como en las películas. Pero esa molesta sensación de que se encontraban en la antesala de un suceso nefasto no se la quitaba nadie.

Trató de concentrarse en la pantalla del asiento delantero. Estaban echando una película de acción. Coches zigzagueando por un bosque y persiguiendo a unos chavales en bicicletas de *cross*.

Estos guionistas, rió internamente, ya no saben qué inventar. La película era un poco antigua, de hacía dos años, y creía haberla visto por la tele. Era una de esas coproducciones baratas que...

Otro bandazo. Esta vez más fuerte. Una chica sin cinturón de seguridad salió despedida del asiento y chocó contra el carrito de las comidas. La asustada azafata trató de ayudarla a sentarse.

El indicador de uso de los cinturones se encendió. El avión volaba escorado, no horizontal. Por la ventana de Saffed tendría que haberse visto más suelo que cielo, o una alternancia de ambos, pero su tío la había vuelto a cerrar con el parasol.

—¿Sigues creyendo que no hay nada que reseñar? —preguntó Isaac, los dedos clavados a los reposabrazos. Esta vez su tío no se molestó en fingir una sonrisa.

—¡Por favor, aseguren bien sus cinturones! —ordenó una azafata, al final del pasillo (¡clik chak!). Entre sus compañeros y ella empezaron a cerrar los compartimentos de las maletas que se habían abierto por la sacudida. Las bandejas del cubículo tintinearón en el suelo, con toda la basura esparcida alrededor. Un telefonillo sonaba con insistencia, pero nadie lo cogía. Todo el personal estaba ocupado en hacer volver a sus lugares a los pasajeros que hacían cola ante los baños.

Isaac no sólo tenía entrenado el hábito, después de volar tanto, sino también el oído. Había ruidos que eran frecuentes en un avión: el rugido constante de los motores, el hormigueo de las ventanillas al vibrar, la música

entrecortada que escapaba de los auriculares de los pasajeros que veían la película. Pero ahora, Isaac identificó un sonido nuevo.

Una especie de raspadura, como si hubiese algo agarrado al avión por el exterior y se estuviese intentando mantener pegado a él con garras y dientes.

Qué tontería. ¿Cómo puede haber algo ahí fuera, si estamos volando a diez mil metros?

La vista se le fue sola al parasol de la ventanilla. Le vino a la mente una película que, para gustarle una inocentada, le habían puesto una vez sus amigos, la noche antes de un viaje: Era un capítulo de una serie americana, había un avión y un accidente aéreo. Y una escena terriblemente angustiante en la que un pasajero con miedo a volar perdía los nervios mirando una ventanilla igual que aquella.

La escena volvió a su cabeza con nitidez: El hombre reducido por la tripulación, para que no se hiciera daño a sí mismo; sus ojos dementes clavados en el parasol porque él sabía que había algo al otro lado. Había tratado de decírselo a los otros pasajeros y lo tomaron por loco.

Pero aquel desdichado personaje lo había visto, estaba muy seguro. El demonio encima del ala. Destrozando un reactor a mordiscos. Le carcomía la angustia de saber que si descorría aquella fina capa de plástico que impedía la visión, vería un monstruo al otro lado, y el monstruo lo miraría a él. Dios, qué horror.

A Isaac le estaba pasando exactamente lo mismo que al atribulado protagonista de la serie. Mientras observaba el parasol de su tío tuvo la absurda sensación de que no estaban solos. Que había algo allí fuera haciendo cosas muy malas con los motores del aparato. De ahí el raspar de uñas contra el metal.

Alargó la mano lentamente para recorrerlo. ¡Pero qué tontería!, rió; seguro que no habían cosas pegadas al fuselaje. Era la típica paranoia con la que empezaban los miedos, las fobias, el temor irracional a volar. Miedos que él, en principio, no tendría por qué sufrir.

Su mano pasó por delante de la cara de Saffed, que lanzaba un largo bostezo. Acarició con los dedos la pestaña inferior del parasol. Sólo había que empujar con suavidad hacia arriba, y podría ver el ala. Las nubes. La ciudad acercándose. Y todo estaría bien y no sería más que un desafortunado golpe de viento.

Otra sacudida, más violenta que la anterior. Cayeron maletas de los compartimentos. Hubo gente que gritó. Un niño empezó a llorar en alguna parte. Por primera vez se oyó la voz del comandante por los altavoces

diciendo algo sobre la estabilidad del avión, pero en medio de la algarabía que se había montado en la cabina de pasajeros, Isaac sólo pudo distinguir unas palabras:... Afianzar los... Preparados para maniobra de emergencia... Bajar el tren de... Alerta de...

Entonces los dedos de Isaac se decidieron por él, y tiraron hacia arriba del parasol. Y sus ojos se clavaron en lo que había al otro lado.

El joven soltó un alarido de puro terror.

Había un ser sobre el ala, por lo más sagrado. De verdad que estaba allí fuera, no era una alucinación.

No tenía una forma definida, que su cerebro pudiera fácilmente catalogar. Parecía bípeda, pero no estaba seguro del número de miembros que salían de aquel torso lleno de pústulas. Pudiera ser que tuviera una cabeza, pero ésta era tan aberrante, tan ilógica, que era imposible afirmar dónde estaba o si era medianamente humana. El ser estaba agarrado con unas extensiones de carne que le brotaban del vientre a uno de los motores, aunque no parecía que el torbellino de succión le molestase.

Pero lo más asombroso de todo no era eso.

Aquella cosa no estaba sola encima del ala.

Había alguien (esta vez sí que se veía claramente que era un ser humano, un varón, y además joven) que forcejeaba con el monstruo. Ambos luchaban, o eso parecía, a tenor de sus violentas embestidas y la manera como cada uno intentaba mantener su posición, a costa de la del otro. El chico rondaba los veinte años y vestía una ropa casual, de calle, como si fuera un superhéroe al que el deber le hubiese cogido in media res, sin darle tiempo a ponerse el uniforme.

Y portaba un arma en una mano. Una esplendorosa espada que firmaba cada estocada con estelas brillantes en el aire.

La lucha entre aquellos dos seres de pesadilla (porque ver a un hombre con los pies plantados sobre la turbina, a aquella altura y velocidad, era una visión tan grotesca como la del monstruo) pasó muy rápidamente a otra fase. Una peligrosísima para el avión en sí, y para los que iban dentro. El monstruo encajó una estocada del joven, se retorció como si el mero contacto con la espada fuera anatema para él, y lo engulló. No abrió ninguna boca, ni lo mordió con dientes, sino que todo su cuerpo fluyó para convertirse en una especie de ameba gigante, que se derramó sobre el muchacho y lo apresó, empujándolo fuera del ala.

El viento no los arrastró. Las leyes de la física no parecieron tenerlos en cuenta cuando ambos, la grotesca entidad monstruo-chico, se lanzaron contra

el fuselaje de la cabina de pasajeros. Los apéndices de carne del monstruo, parcialmente metidos dentro de la turbina, la desgarraron al separarse. El metal explotó hacia fuera, hubo llamas y humo, y el motor empezó a arder.

Dos segundos después, el chico y el monstruo-ameba estaban dentro del avión. Peleando sobre los pasajeros. Isaac no los vio entrar, pero tenían que haber desgarrado de alguna forma la pared. No hubo descompresión explosiva, sin embargo. No era lógico.

Isaac miraba la escena con un miedo frío, anestésico, de receptáculos de terror quemados que ya no daban señal. Su cerebro estaba embotado, y no catalogaba la secuencia de acontecimientos como si de verdad estuviese pasando allí, sino como si fuera una historia que alguien se había inventado y les estaba contando al amor de una hoguera.

Pero sí que existían ambos, monstruo y chico. Y se demostró cuando el primero expandió radialmente su cuerpo, lanzando cilios de carne en todas direcciones. Aquellos tubos rojizos llenos de pústulas y de lo que parecían diminutos ojos ciegos *¡ojos, ojos del infierno que nos miran! ¡Allah, protégenos!* se incrustaron en todo lo que encontraron: butacas, pasajeros, azafatas, carritos, niños, adultos, ancianos, compartimentos de maletas...

Isaac lanzó otro grito cuando los cilios lo rodearon, pero tuvo suerte: ninguno le tocó. Su tío Saffed se llevó la peor parte. A él no sólo lo habían apresado unos zarcillos de carne putrefacta, sino que de algún modo le estaban sorbiendo la vida. No había otra manera de describirlo. Aquel vampiro le estaba dejando sin juventud, sin años, sin fuerza vital. La piel de Saffed se volvió gris y se apergaminó a medida que el cuerpo se marchitaba, volviéndose frágil y quebradizo como papel antiguo. Los dientes se le pudrieron. El cabello se volvió arcilla. Los ojos rodaron hacia el interior de unas cuencas blandas, licuadas, perdiéndose por dentro del cráneo. Era una visión horrible.

Esto no sólo ocurría con su tío. Todos los pasajeros de aquella parte del avión (salvo él, aunque su colapsado cerebro aún no se había dado cuenta) estaban siendo vampirizados por aquella cosa. Y a medida que iba robándoles la vida, el monstruo crecía, se hacía más voluminoso. Más fuerte.

Ya apenas se veía la figura del muchacho de la espada, cautivo en su interior, sólo su cabeza y medio brazo.

Isaac ordenó a sus manos que ayudasen a su tío, tratando de liberarle de los cilios. Pero no le obedecieron. El asco y la repulsión, combinados con el pánico, le habían privado del control de su cuerpo. Estaba paralizado, sin posibilidad de moverse del asiento para no rozar siquiera los tentáculos.

Enclaustrado en una silla apenas un poquito mayor que su cuerpo. Y el avión caía, caía, el morro apuntando hacia abajo. Las luces del aeropuerto crecían en intensidad. A través de la ventanilla se veía claramente cómo estaban descendiendo en picado sobre un edificio alargado, muy grande, una terminal de aeropuerto con el techo ondulado.

BARAJAS T4, rezaba un cartel enorme en un costado, en caracteres occidentales. El sonido del viento al cortar las aristas del motor se filtraba en la cabina, un sonido agudo, amenazador, lleno de dientes y heridas, como el de los *Stukas* de la Segunda Guerra Mundial al abalanzarse sobre sus presas.

Solo que el avión que lo producía era treinta veces más grande y pesado que un *Stuka*. Y llevaba treinta veces más inercia.

Por favor, Dios mío, tú que eres el más sabio y el todopoderoso, ayúdame, dame una señal para...para...

—¡Alcánzame! —gritó una voz.

Isaac abrió los ojos. Sí, alguien estaba hablando. No chillando ni agonizando. Hablando, y además en árabe.

—¡La espada! ¡Está a tus pies!

Isaac miró al suelo. La espada fulgurante del chico había caído muy cerca de su pie izquierdo. Y su dueño, con más de la mitad del cuerpo aprisionado por la ameba, había logrado liberar un brazo y extenderlo todo lo posible hacia el arma.

Pero no podía alcanzada. Le faltaban unos escuetos pero cruciales centímetros.

Isaac miró a la cara a aquel chico. Era europeo, más alto que él y también más fornido. Parecía un doble de secuencias de acción de películas, al que una de ellas le había salido mal (¿le sonaba de algo su forma de moverse, su cara? ¿Lo había visto hace muy poco en alguna parte? Aquello era una locura...).

Pero lo más importante era que lo estaba llamando. A él. No a su tío, que ya estaba muerto, ni al resto de los pasajeros que, uno tras otro, siguieron el mismo camino. Quedaba aún mucha gente viva dentro del avión, en el piso inferior (se les oía gritar), pero todo apuntaba a que su suerte iba a ser la misma. Eso si no se convertían en cenizas cuando el aparato se estrellase contra la terminal.

Aquel joven lo estaba llamando a él. Y le pedía ayuda.

—Por favor —suplicó el chico, los dedos trágicamente cercanos al mango de su arma pero sin llegar a tocarla. La salvación estaba a un tiro de piedra, pero necesitaba la complicidad del viento para que esa piedra llegase un centímetro más lejos.

El viento era su pie izquierdo.

Isaac no quería moverse. Por nada del mundo. El mero hecho de darle un puntapié a la espada le parecía una hazaña más allá de sus posibilidades. Pero algo tenía que hacer. Ignorar cortésmente la situación era un truco que funcionaba con las azafatas, pero no con el ataque de un ente sobrenatural.

Isaac movió la pierna. Los músculos tocaron una sinfonía de cuerdas de acero oxidadas. Extendió la punta del pie lo justo para llegar hasta el arma y la tocó. Simplemente eso. Sin hacer presión.

La espada rodó el fatal centímetro que la separaba de su dueño, y el chico la agarró.

La mirada que lanzó el espadachín al joven árabe cuando su pie tocó el metal no le pasó desapercibida. Fue una mirada de confirmación de sospechas, de resolución de un enigma, de alegría porque algo que no debía haber pasado nunca se había hecho realidad.

Eso pareció darle nuevas fuerzas.

El joven usó la hoja brillante para cortar la carne del demonio, que lanzó un rugido de dolor. Y algo apareció en su mano. A Isaac le costó identificarlo al principio, por lo inverosímil. ¿Qué hacía un espejito bellamente labrado, de plata, entre los dedos de aquel joven, mientras su diestra no dejaba de lanzar estocadas?

Pero el espejo tenía que ser un factor clave de aquel combate, porque en cuanto lo vio el monstruo trató de huir, de contraerse sobre sí mismo para ofrecer un blanco más pequeño. Pero ya era tarde. El chico lo sostuvo en alto, gritó una sola palabra que parecía impronunciable para gargantas humanas, y algo sucedió.

Algo increíble, en una noche llena de prodigios.

Un rostro se hizo visible en la superficie del espejo, pero no era ni mucho menos tranquilizador: era la faz roja de un demonio, al más puro estilo de la tradición cristiana. Con cuernos, colmillos, furia, fuego, ira desatada en cada expresión que construían los maxilares y el espantoso conjunto de ojos.

El demonio encerrado en el espejo abrió su mortífera boca, y empezó a tragarse el reflejo del otro monstruo, el que estaba en el mundo real. Éste se convirtió en un surtidor de carne y sangre, un torbellino que iba siendo absorbido por el espejo hasta que no quedó nada de él en la cabina de pasajeros.

El demonio apresado tras el cristal desapareció, satisfecho por el banquete.

El dueño del espejo se lo guardó en sus pantalones vaqueros y le dedicó una amplia sonrisa a Isaac. Pero esa sonrisa se tornó en una expresión triste.

—Lamento lo de tu tío, no pude llegar antes —dijo—. Pero ahora tenemos que salvar a los demás pasajeros, venga.

Arrancó sin miramientos a Isaac del asiento, agarrándolo con una sola mano mientras la otra, blandiendo la espada, hacía un corte en el techo del aparato. Se abrió un boquete lo suficientemente grande como para dejarles salir a los dos, aunque no hubo descompresión. No podía haberla, volando casi a ras de suelo.

El joven agarró a Isaac por la cintura y se elevaron, saliendo a la noche a través de aquel boquete. Isaac chilló, y rodeó con sus brazos a su misterioso salvador como si le fuera la vida en ello. Y así era, porque estaban flotando a varios centenares de metros de altura, mientras el Airbus seguía con su loca carrera hacia el suelo.

Pero algo lo estaba frenando.

Con el cerebro embotado, Isaac vio una pequeña constelación de corpúsculos de luz que surgía de dentro del avión (habría jurado que eran como insectos actínicos que salían de los cuerpos de los pasajeros que aún estaban vivos) y que formaba una especie de colchón bajo su panza. Aquellas motas de luz, aquellos insectos, estaban nivelando el aparato, frenándolo poco a poco. Cualquiera apostaría a que al final hasta podría tomar tierra con seguridad.

El joven de la espada sonreía, como quien medita sobre un trabajo bien hecho. Isaac balbuceó mientras caía, persiguiendo una cabeza que por primera vez se adelantaba a su miedo:

—¿Q... quién eres?

—Erik. No intentes comprenderlo, es una larga historia.

—¿Qu... qué...? ¿Cómo puedes...?

—¿Volar? Ah, claro, todavía no puedes verlas —murmuró.

Y desplegó dos inmensas alas doradas de su espalda. Alas de ángel.

Alas nocturnas.

FORASTERO EN TIERRA EXTRAÑA

A Saffed le gustaban las golondrinas, que le hablaban de libertad, las abejas, que le hablaban de orden, o las mariposas, que le hablaban de la belleza. Y en España existían esos tres animales, golondrinas, abejas y mariposas, por lo que también, en teoría, tendría que haber libertad, orden y belleza.

Nadie lo hubiera dicho de haber contemplado la pista de Barajas aquella noche.

El Airbus pudo aterrizar, razonablemente intacto a pesar del incendio del motor, lo cual fue un auténtico milagro. De sus ochocientos y pico pasajeros (en una modalidad de alta densidad de clase turista, aquel gigante podía cargar hasta 853 personas, con sus respectivos equipajes), el ataque del monstruo sólo había matado a cincuenta, lo que también era una magnífica noticia. Pero Isaac sentía latir el corazón como si el desastre hubiera sido absoluto, una catástrofe digna de entrar en la historia negra de la aviación, como el choque de los dos Boeing en Tenerife en los años setenta. Un punto y aparte en los anales de una industria que se jactaba de ser la más segura del mundo.

Su tío había muerto. No era una pesadilla de la que uno despierta teniendo a su lado a la persona querida y puede reírse con ella, contándole el nefasto destino que le deparó el sueño.

Esto era real. Lo atestiguaban los servicios de emergencia que rodeaban el avión, los destellos rojo sangre de las torretas, el uniforme amarillo de los bomberos y la constelación de gotitas que se desprendían de los chorros de las mangueras. Realmente había sido una catástrofe, sólo que más para unos que para otros.

El joven temblaba de frío a pesar de la manta que le habían proporcionado los enfermeros. Se había improvisado un hospital de emergencia en la terminal, para ir examinando a los supervivientes uno a uno, en busca de

heridas que ni ellos supieran que tenían. Pero no todos pasaban por las manos de los sanitarios: la parte incómoda (y la verdadera carnaza para los periodistas) eran las bolsas que cargaban los voluntarios de Cruz Roja. Bolsas que contenían cuerpos, muchísimas bolsas, como si la vida necesitara un montón de pruebas redundantes para demostrar lo absurda que era. E iban saliendo del avión en un goteo lento pero constante.

Al cerrar la cremallera de una de estas bolsas, el sanitario se había dejado por fuera un trozo de papel asido a un elástico. Probablemente la parte de dentro, la que no se veía, aún estaría prendada de la mano de una persona. Un mensaje en letras rosa decía:

SI ME ENCUENTRAS DELGADA,
PREGÚNTAME POR HERBAMAX
¡ES LA SOLUCIÓN A TODOS TUS PROBLEMAS!
LETICIA ESTARÁ ENCANTADA
DE RESPONDER A TUS PREGUNTAS

Leticia había rellenado todos los espacios interiores de las D, las O y las R con bolígrafo, y había dibujado un avioncito gracioso en un lado, como surgiendo de su propio nombre.

Isaac pensó en todas aquellas personas. Pensó en su tío, en cómo una broma del destino había acabado llevándole antes de lo previsto (es decir, con una eficiencia mayor que la de la tonelada de vasos medio vacíos que tenía por delante) a los brazos de su amada esposa. Y lloró. Las lágrimas cayeron, amargas, quemándole las mejillas.

No, estaba equivocado; no era una broma. Aquello no tenía nada de gracioso. Surreal, dadaísta, tal vez. Grotesco, por ir un poco más allá. Pero en ningún caso gracioso.

Levantó la vista, buscando a su salvador. Lo vio allí, acodado con un escorzo casual en el mostrador de una azafata de tierra. Era una chica muy guapa, parecida en cierto modo a la sudamericana que le había tocado al lado en el avión, la de la camiseta de Mafalda. Ver a aquel veinteañero apoyado en la mesa, hablando con la muchacha como si estuviera ligando con ella, era increíble: hacía tres minutos le había llevado sano y salvo por encima de la terminal hasta una puerta trasera (¡volando!)...

Tenía que haber una explicación racional escondida como una cobarde en alguna parte. Tal vez en el bolsillo de atrás de su pantalón. Se había vuelto loco, era eso. Tenía que serlo.

Y estar loco era, en esos instantes, lo menos agresivo para su mente. Admitir que había perdido la cordura era más sensato que creer en ángeles luchando contra demonios en los cielos de Madrid.

Aquel chico raro, su salvador, había escondido sus alas, su espada y su espejito gracioso, haciéndolos desaparecer con unos gestos de su mano, y se convirtió por arte de magia en un miembro más de aquel grupo de gente asustada. Un humano normal y corriente. Había confiado a Isaac a los sanitarios, prometiendo que volvería, y todo ello antes de irse a hacer una prosaica llamada a una cabina.

Era una situación tan surrealista que a Isaac le daba ganas de reír.

—¿Nombre? —le preguntó en inglés un policía.

—Isaac Rasi. Soy...—intentó explicarse, aunque no se lo hubieran pedido —, soy de Dubai. Ocupaba el asiento...

El policía aceptó todos los datos, apuntándolos en una especie de agenda electrónica. Y pasó a otro pasajero. Isaac se quedó solo, otra vez, en medio de una multitud.

Lo más irónico era que se suponía que éste iba a ser su último viaje antes de los exámenes finales. Luego se presentaría en primera convocatoria, los aprobaría (algo fácil, teniendo en cuenta la información extra que daba el estar allí, viendo en persona o tocando lo que otros menos afortunados sólo conocían por fotos), y obtendría el codiciado título. Un capítulo de su vida terminaría y empezaría el siguiente. Con todas las banderas ondeando.

Saffed había estado sugiriendo durante los últimos días que él también necesitaba un cambio. Los burdeles se le estaban quedando pequeños en su escala de armas de destrucción masiva contra la soledad. Quizás, si el avión hubiese tocado tierra con normalidad, habría podido salir por sí mismo de la vorágine sin apoyarse más que para tomar impulso en la gente que le quería. Como su sobrino, que ahora vivía para ver un día más, ése en que los afortunados se replanteaban qué hacer con el tiempo regalado.

Se preguntó si todos y cada uno de los supervivientes tendrían las mismas ganas locas que él de asistir al nuevo amanecer. Ver cómo era. Probablemente no sería muy distinto de los mil anteriores, pero a ellos se les quedaría grabado cada matiz para siempre. El color exacto del sol. La disposición de las nubes. Si algún pájaro cruzaba volando por delante. Las sutiles imperfecciones que la atmósfera tallaba en el disco de fuego. Todo.

Saffed tenía un sueño que no pudo hacer realidad con su esposa: comprar un yate. Su familia tenía dinero, todas las ramas de la familia en general, así que podría haber ahorrado. Un par de años y el catálogo de barcos se abriría

por la página adecuada, una en la que vendría el yate clásico, el de los años setenta (el que Saffed había visto de niño y le había conquistado el corazón), con instrumental antiguo y sin toda esa parafernalia digital moderna. Luego, salir al vasto océano, como el legendario Simbad; comprobar los mapas con la rosa náutica, ver cómo la luz del balancín de la brújula arrojaba su resplandor en el rostro de su nueva amante, comprar un mástil telescópico que permitiese colgar banderas de todos los países... y a vivir.

Vivir.

Isaac se secó las lágrimas con la manta. Entonces, su cerebro encontró la combinación adecuada de neuronas para lanzarle el siguiente pensamiento: «¿Por qué sigo con vida? ¿Por qué he sobrevivido a lo que me esperaba en ese vuelo?».

La pregunta venía condimentada con un poco de trasfondo: el avión. Los tentáculos del monstruo expandiéndose por la cabina de pasajeros. Isaac en el centro del torbellino, ofreciendo un blanco de lo más apetecible, llegando incluso a escudar con su cuerpo rechoncho el más flaco de su tío.

Pero los tentáculos no lo habían rozado. Lo esquivaron, ahora se daba cuenta, como si les diese asco tocarle.

El joven se puso en pie. Tenía una expresión de intensa concentración en la cara. Los recuerdos, a modo de instantáneas incompletas, se iban alineando para inspección.

Sí, los tentáculos lo habían rodeado, y formaron un espacio vacío a su alrededor, como una cúpula, mientras mataban impunemente a los demás pasajeros.

Miró al ángel, el tal Erik. Tenía una pose de machito de película en aquel mostrador, seguramente sacada de alguna de esas pelis cutres en las que (se lo confesó mientras volaban) había participado.

Mil y una preguntas hacían cola en la cabeza de Isaac: ¿Era aquel chico realmente un ángel? Seguro que sí, o las alas y la espada brillante perderían estrepitosamente el poco sentido que aún tenían.

¿Podían los ángeles adoptar una forma sólida y pasearse como si nada por un aeropuerto vestidos de calle? Eso parecía, a tenor de cómo hablaba aquel tipo con las chicas. Y menuda verborrea. Era un Don Juan profesional, de esos que logran que las mujeres guapas lo miren dos veces cuando pasa de largo. Al contrario que Isaac, que el único género femenino con el que había tenido éxito eran las voluptuosas formas del flamenco barroco de Rubens.

Cuando Erik se despidió de la azafata (juguetona sonrisa mediante), llevaba un papel de impresora en las manos. Se acercó a Isaac, doblando el

papel y metiéndoselo en el bolsillo.

—¿Estás mejor? —preguntó, con voz dulce y potente a la vez. La voz de un protector—. ¿Necesitas comer algo? ¿O vomitar algo?

—Estoy... mejor —logró decir Isaac. Le daba miedo tenerlo cerca, por mucho que le debiera la vida. Era como ver al Cristo en pantalones vaqueros de Dalí salir del cuadro y ofrecerle con su aire *hippie* un abrazo de consuelo—. ¿Qué es eso que te dio la chica?

Erik se palpó el bolsillo del pantalón.

—Nada, la lista de pasajeros. He... bueno, he manipulado ciertas cosas en tu realidad para que tu nombre no aparezca. Así nadie te buscará.

Isaac parpadeó.

—¿Cómo dices?

Entonces se dio cuenta de que estaba hablando en un perfecto árabe de los Emiratos con aquel ángel de raza europea. Y él le respondía como un nativo, sin acento. No es que fuera un prodigio a la altura de los vividos esa noche, pero hallar un occidental que dominase con esa facilidad su idioma era tan raro como levantar la vista en una noche estrellada y ver explotar una nova. Aunque ese occidental fuese un espíritu.

—Ya te lo explicaré —dijo Erik, quitándole importancia—. Cuantos menos rastros dejemos, mejor. Hay gente que te busca.

—¿Que me busca, a mí? ¿Por qué?

—Eres un objetivo, como lo fui yo hace tiempo. Mira, es muy difícil de explicar, aunque... —Miró alrededor, al caos, a la muchedumbre. A la civilización intentando reiniciarse tras un colapso del sistema—. Sí, será mejor que te lo cuente o no pararás de dar me la tabarra. Pero salgamos de aquí. Este lugar huele a muerte.

Un grupo de adolescentes entró a la cafetería haciendo ruido, entonando la última estrofa de una canción torpe y arrítmica. Eran jovencitas tiernas, unidimensionales, sin otra cara más que la que llevaban cosida a la sonrisa; pura explosión de color, de zapatos de marca, de acabados de laca y granates resonantes. Sus personalidades estaban expuestas como en un muestrario en los escotes, ni por encima ni por debajo.

Náufragos de la cultura pop. Vivían la vida como si cada momento fuese la antesala de otro mejor y más intenso, y poseían su propio argot. Hoy en día, si una tribu urbana no tenía un código que sonase más a sobreentendidos que a expresión pura no podía seguir ostentando ese nombre, pensó Isaac.

Las observó con curiosidad... y con una pincelada de nostalgia. Le costaba recordar la época en que él era, literalmente, así: un joven de familia rica sin futuro ni ganas de conseguido, un callejón sin salida enterrado bajo capas y capas de timidez. Una broma de la evolución con zapatos caros que no tenía ni idea de si a la mañana siguiente los Grandes Poderes (si es que existían, en algún rincón de las dimensiones probables) habrían preparado una senda para él, una especie de punto de partida.

En una ocasión tuvo un sueño, un anhelo de juventud: quería ser cantante de ópera y moverse como mecido por un viento hecho de música ante un público cuyo cabello relumbrara como el estaño. En ese proscenio, demasiado bosquejado y temprano para ser una metáfora del escenario de la vida, cada sonrisa de teclas exhibía raros marfiles, huecas resonancias que trepaban por el foso de la orquesta. Ése era el baile que Isaac imaginó practicar de niño, uno hecho de dientes de criaturas extrañas.

Ahora, mientras contemplaba a aquellas chiquillas de propósito estéril, se preguntó en qué momento los pianofortes habían dejado de tocar para él.

—¿Qué te pido? —preguntó Erik, levantándose para ir a la barra.

—Eh... un refresco. Por cierto... ¿qué eran esos insectos de luz que sostuvieron el avión para que no cayera?

—Ángeles custodios. Los de los pasajeros que quedaban vivos. Normalmente son una tropa desorganizada y sin demasiado cerebro, pero los puse a trabajar juntos.

—¿Ángeles custodios? ¿Y por qué parecían... avispas?

—Es que son avispas. ¿Nunca has oído hablar de la metempsicosis? — Erik le guiñó un ojo.

El apuesto joven se acercó al barman, le pidió algo y (Isaac habría jurado que lo hizo aparecer de la nada) le pagó con un billete grande. No quiso el cambio.

Cuando volvió a la mesa, las chicas le dedicaron unos cuchicheos. El malestar de Isaac aumentó. Era la historia de su vida, hacer siempre de contrapeso en la cuerda del triunfo y el fracaso. Había gente que nacía con estrella, y otros estrellados.

Erik se sentó frente a él, destapando su cerveza y pasándole el refresco con un vaso.

—Supongo que disponemos de un par de horas antes de que te des cuenta de lo que realmente acaba de pasar —dijo con un poso de tristeza—. Lamento ser tan brusco, de verdad, pero es que no nos queda tiempo. Esto tiene que hacerse por las malas, aunque te duela.

—¿Un par de horas?

—Sí. ¿Sabes por qué no estás llorando, arrastrándote por el suelo e insultando a media humanidad, Isaac?

—No.

Erik paladeó el líquido. No era más que una cerveza vulgar y corriente lo que había pedido, ni siquiera una de importación, pero la estaba saboreando como un manjar. Como si hiciera eones que no se tomara ninguna.

—Se llama estado de *shock*. No te das cuenta porque todavía estás en él, pero créeme: en cuanto tengas un momento para estar a solas contigo mismo, hayas descansado y no tengas delante a un tío tan raro como yo... se te va a caer el mundo encima. —En sus ojos había algo más que tristeza. Parecía misericordia, aunque mezclada con una decisión irrevocable de hacer algo que era necesario, por más que le doliera—. Llorarás por tu tío, y por estar vivo, y por todo el horror que has presenciado. Joder, vas a llorar hasta por el peinado que lleva el tío ese de la barra. En ese instante te perderé, porque no estarás para escuchar milongas de nadie, pero hasta entonces tienes que hacerme caso. Presta mucha atención, porque lo que tengo que contarte es muy fuerte. Te lo dice alguien —dijo con sorna— que estuvo ahí sentado, en el mismo lugar que tú, hace nada.

Isaac se llevó el vaso a los labios. Le temblaban las manos.

—Pues dímelo rápido, porque estoy a punto de desmayarme.

—Vale. Quiero todos tus sentidos puestos sobre mí menos el gusto y el tacto. Quédate con la siguiente idea, chico: te has metido en el follón más grande de tu vida. Y no vas a poder salir de él con facilidad. Comparado con lo que te espera, lo de tu tío Saffed hasta ha sido una suerte.

Isaac parpadeó. Si esto era lo que el tal Erik entendía por un discurso para dar ánimos, ¿cómo sería cuando tuviera que dar una mala noticia?

—¿Una suerte?

—Mira, no tienes que ser un genio para haber deducido a estas alturas lo que tienes delante. O más bien, a quién tienes delante, ¿cierto?

El joven árabe tragó saliva.

—Un ángel.

—De los de pluma y espada. Pero no siempre fue así. Yo era hasta hace poco un chaval como tú. —Sus ojos se posaron en algún lugar indeterminado, en sombras de otra vida—. Tenía un trabajo que molaba un montón, chicas, un remedo de futuro... y un buen día, todo se fue al garete. Conocí a una persona que también decía venir de otro Plano, y mi vida cambió de la noche a la mañana. Sé que no es un trato agradable. Tienes que estar dispuesto a

pasar página en demasiadas cosas. —Se fijó en que Isaac le miraba fijamente, como si no se creyera todavía que Erik fuese real—. ¿Ocurre algo?

—Es que... estás ahí, a menos de un metro. Hablándome en mi idioma y soltando chistes. La prueba viviente de que la filosofía universal podría estar equivocada. Y te estás tomando una cerveza.

Erik rió.

—Sí, hasta las grandes revelaciones hay que tomárselas con calma, o tu cerebro explotará. Yo me sentí igual, si te sirve de consuelo: que si todo el follón del Cielo y el Infierno es verdad, que si existe de veras un Dios, que si es tan despiadado como para dejar que sus criaturas se masacren por Sus postulados... Es todo un desafío.

—¿Esos lugares que has nombrado... existen realmente? —se asombró el chico. De repente parecía importante hacer balance de las cosas que uno había hecho en la vida. Era como una presión extra que caía sobre sus hombros: si todo el sistema de balanzas metafísicas entre el bien y el mal era cierto, vivir dejaba de ser una simple cuestión de supervivencia para pasar a ser una yincana, una extenuante recolección de méritos en pos de un crítico examen final.

Como si la vida no fuera de por sí lo bastante difícil, joder.

—Esos sitios existen, te lo puedo asegurar. —Erik escanció la cerveza en un vaso—. Pero por desgracia son muy distintos a como los imaginaban los teólogos y los pintores clásicos. Muy, muy distintos.

Isaac leyó entre líneas. Las cejas salieron como repelidas de sus párpados.

—¿Has estado en ellos? ¿De verdad?

—En uno de los dos —murmuró. Su voz se había vuelto sombría, como si no le gustase recordado—. No fue agradable. Pero a eso llegaremos luego. Primero tienes que saber por qué eres tan importante.

Isaac notó que le faltaba el aliento. Tenía miedo de seguir oyéndole, por todo lo que implicaban sus palabras (y sobre todo por lo que le había profetizado sobre unos tiempos difíciles, que harían que el terrible destino de Saffed fuera incluso atractivo).

Pero no podía luchar contra su curiosidad.

Y encima estaba el hecho de poder pertenecer a algo, a algo diferente. Especial. Los chicos avasallados en el colegio, como él, que habían pasado toda su niñez y su juventud siendo unos inadaptados, soñaban con esto a diario: ser alguien especial. Ser distintos de todo cuanto les rodeaba y al mismo tiempo pertenecer a algo importante. Era un sueño hecho realidad para los menos populares de la clase, de las fiestas, de la vida. Y Erik se lo estaba

ofreciendo en bandeja. Pero también le estaba advirtiéndole que habría un precio.

—Jamás imaginé que yo fuera importante para nadie. Ni siquiera... — admitió— para mi familia.

—No es un buen consuelo, pero todos los que fuimos... distintos, nos sentimos así en algún momento. Fue duro.

—¿Tú también fuiste un inadaptado en el colegio?

Erik recuperó en parte su pose de tipo guapo. De líder.

—La verdad es que no, yo era de los que me metía sin reparos con los pringados como tú. —Soltó una carcajada—. Pero eso ya pasó. Ahora tengo otras responsabilidades, y entre ellas estás tú, amiguete. Tengo que ponerte a salvo antes que los del otro bando te cojan.

—¿Qué bando?

—Venga, tío, no me hagas decírtelo todo.

Isaac sintió llegar el miedo. Claro, si aquel chico era un ángel, entonces... los del otro bando...

Miró con recelo a su alrededor. De repente, la cafetería se había tornado un sagrario lleno de sombras. La gente podía ocultar algo, todos podían llevar un disfraz. Si Erik podía pasar por humano siendo lo que era, entonces cualquiera con el que se cruzara a partir de ese momento podía ser un demonio. Un ente sobrenatural dispuesto a matarle... o quién sabe qué cosas peores.

Maldita sea, pensó; menudo montón descontrolado de paranoia. Casi peor que verse todas las temporadas de *Battlestar Galactica* en una noche y empezar a creer que tu madre y tu tortuga son unos *cylons*.

—Igual que nos ocurrió a nosotros —explicó Erik—, fuiste elegido en el momento de tu nacimiento para cumplir un papel en el conflicto que se avecina. Pero tu caso es distinto. A mí me dijeron que era una especie de migaja del poder supremo de los primeros Arcángeles, un receptáculo. Pero tú... la verdad es que no lo tengo muy claro.

—¿También soy un ángel? —Isaac se envaró.

—No, no van por ahí los tiros. Los poderes que me enviaron a buscarte no me explicaron demasiado; siempre son así, les gusta más un secretito que el comer. Tu destino está ligado con el de un objeto que aparecerá pronto en este embrollo, aunque no sé ni de qué objeto se trata, ni cómo estás ligado a él. —Hizo el gesto de tocarse un anillo inexistente en el dedo—. No confíes en nadie, Frodo.

—¿Un objeto?

—Puede que alguno de mis compañeros haya sido enviado a buscado, mientras yo estoy aquí protegiéndote. No lo sé. La última vez que vi a Tanya y a Mauro (ya te explicaré luego quiénes son) fue hace dos años. Cuando nos convertimos —se señaló a sí mismo, como si su cuerpo fuera un escaparate de sus argumentos— en esto. Un Arcángel un poco capullo nos dijo que el baluarte del Cielo estaba a punto de caer frente a la invasión de los demonios, y que alguien muy cabrón que se hace llamar «el Metatrón» estaba dispuesto a exterminar a la humanidad con tal de que eso no sucediese.

Isaac se inclinó hacia su contertulio. Tenía los ojos abiertos como enormes gongs inyectados en sangre. Ahora que se fijaba, Erik tenía una cicatriz casi invisible en la frente, una especie de T con pinta de haber sido una herida muy fea, aunque ya casi curada.

—¿Me estás diciendo que un ángel del bando de los buenos va a aniquilar a toda la humanidad? —repitió, lentamente, más para sí mismo que para el otro.

—Próximamente en sus pantallas. Y sin pensárselo dos veces. Pero tranquilo, no todos allá arriba piensan como él. Al parecer existe una posibilidad de frustrar los planes del cab... digo del Metatrón, y a la vez de acabar de una vez por todas con el eterno conflicto entre Cielo e Infierno... Pero es tan, tan increíblemente remota que ni siquiera Séfora, la chica que me reclutó, cree que podamos conseguirlo.

—Es... es...

—Una jodienda, lo sé. El problema es que el Metatrón tiene unos poderes cercanos a la Divinidad, así que nadie se atreve a rechistarle. —Le hizo un gesto al camarero para que le trajera otra cerveza—. Ni siquiera el resto de los Arcángeles primigenios, esos pusilánimes, podrían vencerle. Pero te voy a decir algo. —Esta vez fue Erik quien se echó hacia delante, acercando su rostro al del acongojado chico que tenía enfrente—. A estas alturas sigo siendo más hombre que ángel. Y pienso luchar hasta el final por proteger lo poco que sé que tiene de bueno este mundo. No voy a permitir que un ángel psicópata decida llevarse a todos los niños que están naciendo en este mismo instante, y que no tienen culpa de nada, para enrollar sus pequeños espíritus en un ejército. Antes le meto esta espada santa por el trasero y lo rajo hasta la frente, ¿te queda claro?

El maxilar inferior de Isaac se descolgó, graciosamente. Ni en un millón de años pensó en oír hablar a un ángel de esa manera.

—Creo... creo que sí...

—Bien, vamos avanzando.

—Oye, Erik... ¿cómo estás tan seguro?

—¿A qué te refieres?

Isaac se chupó el labio con desazón, como si quisiera sorberse hacia dentro toda la cara.

—¿Cómo sabes que soy yo? Podrías haberte confundido. Podrías haber sacado de aquel avión a la persona equivocada.

Erik sacudió la cabeza.

—No, eso es imposible. ¿Recuerdas mi espada, a la que le diste un golpecito con el pie para acercármela?

—Sssssí... —barruntó el joven.

—Si no hubieras sido, digamos, «especial», ni siquiera habrías podido verla. Y menos aún tocarla. Tu pie habría pasado a través de ella como si fuera un espejismo.

—Oh.

Erik jugueteó con la cerveza.

—La verdad es que me muero de ganas por saber qué habrá sido de los otros dos, Tanya y el colgado. Aquel día, en la feria, el Arcángel Rafael alzó un dedo y todo desapareció. Creo que nos lanzó a cada uno a un lugar distinto, y por lo poco que he averiguado durante estos años, creo que a épocas distintas también. —Sonrió sin ganas—. El bueno de Rafael. En el fondo creo que está de nuestro lado, y que quiere que cada cual encuentre su propio camino en esta farsa.

»Yo, aunque no te lo creas, fui a parar a un lugar muy cercano al Infierno...

POZOS DE FUEGO E INFORTUNIO... Y FAROLILLOS

Donde me esperaba una entidad que era medio ángel y medio humana, igual que yo. O lo había sido en una época muy antigua, tanto que la diferencia entre sus dos naturalezas era más simbólica que real.

Se presentó como Gizeth. Era el maestro de Séfora, el ente con el que ella había intentado ponerse en contacto por todos los medios después de encontrarnos a nosotros. Llevaba habitando aquel lugar... ni se sabía cuántos siglos. Era una especie de centinela, un custodio de los pasos que conectan el Cielo con el Abismo. Cuando abrí los ojos, tras la teletransportación a lo *Star Trek*, le vi allí, asomado a un acantilado rojo, y lo entendí todo.

En aquel momento yo estaba tan asustado como tú lo estás ahora. Pero coge ese miedo terrenal y multiplícalo por cien, y añádele la visión de las puertas del Infierno, uno de los muchos lugares horribles que las almas deben cruzar para hacer frente a su condena, y sabrás lo que sentí. No voy a intentar describirte la sensación de caída infinita que transmitía aquel abismo, ni lo fría que estaba la bruma rojiza que se veía a lo lejos, en su imposible fondo.

No diré que hubiera demonios a la vista, porque no era así (¿quién iba a querer vigilar la entrada a un lugar donde ningún ser de la Creación querría entrar nunca?), pero sabía lo que esperaba al otro lado. Séfora me lo mostró una vez, y con ésa tuve suficiente.

O eso pensaba yo, en mi ingenuidad.

Gizeth no era un soldado. Al menos no lo parecía. Era como si un anciano ermitaño se hubiese petrificado por el hecho de permanecer quieto en un solo lugar, durante una cantidad inconcebible de tiempo. Vestía unos ropajes confeccionados con jirones de aquella niebla roja, y estaba apoyado en un báculo que despedía una luz cenicienta. Era el único ser vivo presente en

aquel acantilado, una sima que se extendía hasta unas distancias difíciles de calibrar para la mente humana.

Cuando le vi me recordó un mago de esos de las leyendas, condenado a usar su ciencia infusa para evitar que una puerta se abriese. ¿O tal vez que se cerrase? A estas alturas, si hay una cosa que he aprendido sobre los otros Planos, es que son interdependientes. Uno no puede existir sin el otro. Y eso significa que, aunque estén en guerra, se apuntalan mutuamente para asegurar su longevidad.

Recuerdo que me asomé al acantilado. Vi caer ríos enteros de almas hacia la niebla. Tenían una forma ligeramente geométrica, como piezas que hicieran falta para completar un puzle infinito, pero talladas de una manera que evitaba que ninguna encaje en la siguiente.

—Eres uno de los Niños Perdidos —constató Gizeth, con una voz tan pétreo como su cuerpo—. Sé bienvenido, aunque presiento que no tendrías que estar aquí.

Yo, por supuesto, y a pesar del miedo que tenía, saqué pecho y le planté cara. Después de destruir media Santorini en la batalla contra el desmodu, no me iba a achicar por tan poca cosa.

—Si de veras eres Gizeth, el maestro de Séfora —pregunté, esperando estar apretando en los lugares sensibles adecuados—, ¿por qué no contestaste a su llamada? Ella confiaba en ti para que la guiases hasta el Santuario.

El anciano no pareció ni sorprendido por mis palabras, ni amilanado por mi presencia. Quién sabe qué habilidades tendría, si era el encargado de custodiar aquel paso tan comprometido. Seguro que era inmensamente poderoso, mucho más que Séfora, y eso que ella parecía una auténtica máquina de matar demonios a nuestro lado. Pero me reí internamente al recordar la manera como ella nos lo describió en aquel lejano motel de carretera: «Un pícaro estúpido e inconsciente, al que no le confiaría ni la protección de mi caniche, si tuviera uno».

Tendría todos los poderes que quisiera, pero menudo elemento tendría que ser este Gizeth en el fondo para que su propia aprendiz le describiera así.

—Su llamada no llegó hasta mí —explicó, solemne. Me estudió de manera inexorable. Su largo rostro parecía apropiado para albergar tal expresión; de haber estado grabado en el ataúd de Drácula, incluso Harker habría titubeado—. Hasta este momento ni siquiera estaba seguro de que los Niños Perdidos fueseis una realidad, y eso que encomendé a Séfora la tarea de encontraros. La guerra se ha recrudecido, y está sacudiendo los cimientos de

muchos Planos. Los canales de comunicación entre tu mundo y el nuestro ya no existen.

—Querrás decir que están dañados, o que es difícil acceder a ellos, ¿no? —Miré el caudal de almas que fluía, constante, hacia la nada—. Porque estoy viendo ahí a miles de desgraciados que lo darían todo porque no hubiese modo de conectar los mundos.

—Quiero decir lo que he dicho. Los querubines ya no escuchan las plegarias. Los serafines no pueden volar por el éter que separa las realidades. El Cielo y la Tierra ya no están unidos, y puede que no vuelvan a estarlo nunca.

—¿Y eso, entonces...? —Señalé las almas, aquellos fragmentos de un puzle sin solución. Para ellos, su antigua vida de seres sintientes y con una enorme capacidad para sufrir (y para hacer sufrir a otros, o no estarían precipitándose por esa sima) ya había acabado. No quedaban más habitaciones que explorar en ella. Existían, no obstante, puertas. Y estaban cruzando las equivocadas, sin poder hacer nada por remediarlo.

—El Otro las reclama. Puede hacerlo. Es el Enemigo, el primero de todos.

—El primero, pero no el último —dije con sorna, pensando en el Metatrón. Entonces se me ocurrió preguntárselo—: Oye, Gizeth, ¿qué estoy haciendo aquí? ¿Para qué me ha enviado a este sitio el Arcángel? No pretenderá que... —Contuve un escalofrío. Por un momento imaginé que era una especie de relevo para aquel tipo anquilosado. «Hala, ya has cumplido con tus cinco eones de servicio militar, chavalote, puedes irte con tu familia. Recoge la carta de licenciamiento a la salida». Por Dios, ojalá no fuera eso.

Por fortuna, Gizeth sacudió la cabeza negativamente.

—Mi misión aquí es sagrada, y no puede serle encomendada a otro. Pero tú tienes que completar tu entrenamiento. Has abrazado la verdadera cara de tu alma, y te has convertido en uno de los nuestros. Ahora debes aprender a luchar.

—Hostias. De repente no me gusta nada cómo suena eso.

—Un ángel vengador tiene que poseer un espíritu guía. Séfora tenía a Nínive; eran casi un mismo ser, pues una era la luz que guiaba a la otra. En tu caso —juraría que cierto placer maléfico asomó a su mirada— no tendrás la suerte de contar con un espíritu sabio. Tu alma está llena de venganza, no de bondad. De un odio cerval hacia los demonios. Y será uno de ellos quien te proteja en la batalla. Puedes reclamarlo para ti según los antiguos pactos, pues estás destinado a ser un Puño del Cielo.

Eso me descolocó. ¿Un demonio iba a ser mi espíritu guía? ¿Desde cuándo los ángeles se asesoraban con diablos en su lucha contra el Abismo?

Había algo que no cuadraba en todo aquello, y así se lo hice saber.

—Los Puños del Cielo son la más sangrienta de las castas guerreras del Cielo, nuestra fuerza de choque, empleando una expresión de tu mundo. Tus poderes de destrucción serán impresionantes, pero constantemente lucharás contra esa doble cara de tu alma: el odio frente a la piedad, la locura frente al raciocinio. La humildad contra la soberbia.

—Yo de humildad voy sobrado —dije, de mala gana—. Por eso no te preocupes que tengo humildad para dar y regalar. Lo cierto es que me gusta cómo suena eso del Puño celestial, pero... ¿dónde voy a conseguir al demonio mascota? —Miré al Abismo—. Espera un momento, no estarás sugiriendo...

No, no lo sugirió. Lo hizo. El malnacido de Gizeth me empujó por la sima. Y apostaría a que le oí reírse por lo bajo mientras se me desenchajaba el rostro por el susto.

Creo que me lo hice encima mientras caía a plomo hacia el fondo de aquel acantilado, a la niebla cuya frialdad cortaba como cuchillos. Al mismo lugar indescriptible al que iban los condenados. Y mientras caía sin remedio, pues en aquel momento no sabía cómo manejar mis recién adquiridas alas, me acordé de toda la familia del tal Gizeth hasta la enésima generación. Ideé mil sistemas de tortura para él si alguna vez volvía a encontrármelo. Esto no iba a quedar así. Y todo ello...

... Mientras la niebla me abrazaba. Oh, Isaac, cómo describir algo que por definición no puede ser contenido en palabras humanas. Cómo contarte lo que sienten los desdichados cuando la niebla los engulle, y pasan a un nivel distinto de realidad, y el cuerpo de Satán espera al otro lado en toda su horrible majestad para recibirlos.

Si no te lo he contado aún, no te asombres si te digo que el Averno, el Infierno, el Hades, es el propio Satán. Él mismo, una especie de titán gigantesco que recibe a los condenados en su vientre. Los absorbe, por decirlo de alguna manera, alimentándose de ellos, de su pavor. De la desesperanza extrema de saber que no les queda ninguna salida de aquel pozo negro, por los siglos de los siglos.

Caí hacia él, suplicando a gritos que alguien me rescatase, pero nadie acudió. No podía ni imaginar qué clase de horribles torturas le esperaban a un ángel en el Infierno, el morboso placer que encontrarían los demonios en aplicarse a fondo con alguien nacido para destruirlos. Y mientras caía, y el cuerpo del Demonio se hacía más y más grande, tanto como una pequeña

galaxia, mi cerebro no dejaba de preguntarse por qué. Qué sentido tenía aquello.

¿Me había arrojado Gizeth al Abismo por error, o es que era un traidor? ¿Se había vendido al bando contrario después de tantos siglos de contemplar el sufrimiento de las almas? ¿O es que, de alguna manera absurda, imposible de imaginar... éste era un ritual por el que pasábamos todos los ángeles vengadores?

Vencer al enemigo implica conocer al enemigo. Estar en su casa, ver su mundo. Saber cómo viven, para aprender cómo matarlos.

Sí, podría ser eso. Ojalá lo fuera, por mi bien.

Cuando ya pensaba que me iba a hacer tan viejo como Gizeth, la caída terminó. Fui a dar contra un suelo blando, esponjoso, pero que dolió como el demonio. El mero hecho de tocar aquella tierra pútrida era anatema para mí, me producía un dolor insoportable. Y el paisaje...

Seguro que habrás imaginado mil veces el Infierno como una especie de laberíntica sala de calderas, con la gente cociéndose dentro de ollas gigantes y chillando a pleno pulmón. Cortesía de nuestros amigos psicópatas del Santo Oficio y su afición por probar la resistencia de los interrogados al aceite hirviendo.

No sabes cómo de equivocados estaban.

En el Infierno no hay fuego. Es más, es un lugar extremadamente gélido, porque el calor proviene de la luz, de la energía, y allí sólo hay oscuridad y muerte. Yo me había detenido en la primera escala del viaje, pero sabía que no era la única. Estaba de pie en la epidermis de aquel titán, cerca de una montaña tan grande que podían haber cabido cien planetas como el nuestro en su sombra.

¿La cabeza del gigante? Quizá. Sé que al caer me pareció ver los pináculos de una ciudad, muy lejos, una urbe de pesadilla enclavada en la cuenca de un ojo tuerto.

Vi edificios cuya simetría ninguna matemática podía compensar. Puentes cuyo peso sólo podía ser sostenido por sueños. Vi calles, formas de piedra y cristal, pero no tenían sentido, ni tampoco salidas. Era un laberinto sin lógica, una trampa para la razón, una obra de arte desquiciada. Una oración de piedra que se alzaba para honrar el recuerdo de una civilización desaparecida, de un culto obscuro, de un dios macabro.

Y algo, allí abajo, entre las torres y los pináculos y los palacios de locura, me devolvió la mirada.

Sentí cómo la poca cordura que me quedaba se hacía pedazos en el interior de mi cráneo. Esos pedazos golpearon neuronas y activaron procesos. Uno de esos procesos era el acto de mirar alrededor, de explorar la llanura que se extendía hasta el infinito, no fuera a esconder mil peligros.

Lo que vi me dejó paralizado.

Imagina que eres un microbio y contemplas la piel de una ballena azul. Una piel hecha de barro podrido, de algo que podría estar vivo y que si lo está es en la fase terminal y necrótica de un cáncer. Caminar por aquel páramo era como pisar la cara de un millón de enfermos de tuberculosis y sentir cómo la carne se les desgarraba bajo tus pies. Y había más, otro elemento que definía aquel paisaje: Estacas. Miles, millones, trillones de ellas, clavadas en el barro como el sueño de un acupuntor demente. No distaban más de un metro unas de otras, y se extendían hasta el horizonte, llenando de púas el paisaje.

Y en la cúspide de esas púas había farolillos.

Podía ver porque muchos de aquellos faroles estaban iluminados. No había fuego en su interior, sino corpúsculos de luz que derramaban una luminiscencia mórbida sobre el paisaje, convirtiendo los mástiles en una arboleda abandonada a la necrosis. No tardé en averiguar qué eran aquellos corpúsculos.

Las almas de los condenados seguían lloviendo sobre el páramo. Pero no llegaban a tocar el suelo. Todas ellas eran atrapadas por algún farolillo que aún no tuviera nada en su interior. El alma dejaba de ser plateada para adquirir un fulgor sanguinolento, y yo sentía una onda de puro dolor, transmitida a través de la luz. Dolor y pánico. Las almas ardían sin llama en sus diminutas cárceles, en aquellos árboles de salud enloquecida, y rezumaban una especie de savia negra que rodaba lentamente por la estaca.

Esa savia negra se acumulaba en el suelo, al pie de la estaca. Y, como pude apreciar por algunas que estaban a punto de eclosionar, de su interior emergía algo vivo.

Así nacían los demonios.

Vi eclosionar varios montones de detrito en lo que estuve allí, tratando de asimilar el surrealismo de aquel panorama. Demonios de las más variopintas especies brotaron como plantas de aquel suelo enfermo. Algunos eran grandes y tenían cuernos, otros eran muy pequeños y con la piel espinosa, como el caparazón de las langostas. Algunos parecían montones de pus con ojos y boca, y otros, felinos cruzados con cucarachas. Era espantoso. Cada alma daba a luz a un engendro diferente, supuse que en relación con la culpa que

ella misma arrastrase de su vida anterior. Karma perverso que se reencarnaba en pesadillas.

Entonces comprendí lo que nos había explicado Séfora sobre cómo el Otro, el Enemigo, reclutaba a los muertos para engrosar sus huestes.

No podía aguantar más aquel dolor. Ni el que me transmitían las piernas al tocar el sustrato del mundo, ni el de las ocasionales ondas de agonía que enviaban los farolillos. Así que cerré los ojos, me concentré como nunca y pensé en volar, en subir, en alejarme de todo.

Lo conseguí.

Fue un momento glorioso a pesar de las circunstancias, el instante en que extendí las alas y me elevé como un pájaro por encima de toda aquella inmundicia. Volar es un viejo sueño de los hombres, y cuando consigues hacerlo realidad... no es que cumpla las expectativas. Qué va. Es muchísimo mejor.

Rabiando con una mezcla de furia y gozo, de éxtasis y de pena, sobrevolé aquellos campos de infortunio. Visto desde arriba, el paisaje aún deparaba más sorpresas: Había unos pozos ardientes (ardientes de verdad, con fuego y humo) repartidos por el páramo, a razón de uno cada diez o quince hectáreas de estacas. Eran depresiones teñidas de rojo y dorado, como si hubiesen caído meteoros y aún estuviesen descargando energía, en una explosión lenta.

Me acerqué a uno de esos pozos. Sentía que alguien me llamaba, una voz que conocía bien. No podía creerlo cuando vi que en el centro de aquella grieta fuliginosa se retorcían demonios. No almas humanas, sino diablos de la más perversa índole. Y a dos de ellos los conocía.

Una era la chica que me había seducido en Santorini, la súcubo que me llevó con sus malas artes a las garras del desmodu. Estaba padeciendo horribles sufrimientos, puede que como castigo por su fracaso, y otros demonios recién nacidos del bosque de estacas eran sus torturadores.

El otro era el propio desmodu. Ta'ahm.

La bestia que me había torturado en la isla. La que me marcó en la frente con su nombre, para que llevase ese estigma de vergüenza durante toda la eternidad. Y la tenía allí, indefensa, reducida a poco más que un guiñapo agonizante.

Recuerdo que mi mano derecha se cerró, y algo apareció en su interior. El mango de una espada. La rabia había convertido las mariposas de mi estómago en crisálidas repletas de gusanos. Los espasmos de mi corazón me oscurecían la sangre.

Pero sabía que no había bajado hasta allí para cobrarme mi venganza. Al menos, no de una forma que fuera piadosa para el demonio. Recordé la advertencia de Gizeth sobre lo que me esperaba de ahora en adelante, la lucha interna que simbolizaba el equilibrio entre un poder supremo y las ganas de usar desmedidamente ese poder. «El odio frente a la piedad, la locura frente al raciocinio. La humildad contra la soberbia».

Podía elegir. Ésa era mi prerrogativa, mi mayor don.

Y elegí ser cauto.

Si en mi mano derecha había una espada, en la izquierda apareció un espejo. Otro símbolo de la balanza que no debe descompensarse: la furia desatada contra la sabiduría. Era un espejo similar al que portaba Séfora, en cuyo interior estaba el espíritu de Nínive. Sólo que el mío, por el momento, estaba vacío.

Apunté con él hacia el desmodu. Podía haber dirigido la espada hacia su cuello, pero no, le presenté la superficie plana de aquel cristal. Y sucedió algo increíble: Ta'ahm fue absorbido por él. Su esencia entró en el espejo, y desde entonces permanece allí dentro, cautiva.

A diferencia del estado de Nínive, el de Ta'ahm no era bienvenido, así que le sentí retorcerse, escupir baba, herirse a sí mismo con las uñas porque no tenía a nadie más a quien hacer daño.

Estaba preso. Era mi demonio particular, mi ayudante en la lucha contra sus semejantes. Y te puedo garantizar, Isaac, que no le gustaba lo más mínimo.

Si te dijera que no sentí un inmenso placer al ver cumplida mi venganza, estaría...

—... mintiendo, y a los ángeles no nos gusta mentir —concluyó Erik. La cerveza no había resistido ni la mitad de su largo parlamento. La dejó a un lado de la mesa y pidió unos frutos secos al barman.

Isaac le miraba, atónito.

—¿Bajaste al Infierno para capturar a tu... ayudante?

—Fue algo más que eso. Creo que la lección que tenía que aprender tenía más que ver con averiguar contra qué estaba luchando, que viera lo que nos espera a todos (ángeles y humanos) si fallaba en mi empeño, que con satisfacer el ansia personal de venganza. Aunque eso último no estuvo mal, he de admitido. —Hizo una mueca. El camarero le sirvió lo que había pedido en

un platito, y añadió un nuevo cartucho de servilletas al que estaba vacío—. Gracias.

—Así que ése fue el demonio que se tragó al que...

—Al otro, al que atacó el avión. Tiene un apetito voraz, el muy bestia. Y como sólo le doy de comer a otros de su género, tiene que estar realmente cabreado.

El joven árabe se frotó los ojos con los pulgares. Sus manos habían dejado de temblar, pero estaban pálidas.

—Creo que va a ocurrir.

—¿El qué? —preguntó Erik.

—Lo que dijiste hace un rato. El colapso. Siento el mundo entero... cómo se me viene encima.

Erik le puso una mano tranquilizadora en el hombro.

—Llora si quieres, te lo has ganado. Deja salir lo que tienes dentro o será peor. Si quieres romper cosas, vamos fuera, al aparcamiento.

Isaac sonrió con tristeza.

—¿Me dejarías descargarme con un coche?

—Uhm... no, mejor no. Soy una poderosa fuerza del bien, después de todo —dijo con voz de falsete.

—Eres increíble.

—Y me sobra humildad a paletadas, no lo olvides. —Su mirada se perdió en la lluvia que tamborileaba en el ventanal de la cafetería. Había empezado a llover mientras le hablaba a su protegido sobre el Infierno—. Qué lástima no saber dónde está esa pija presumida de Tanya —suspiró—. A ella le tocaron los poderes curativos.

—¿La Tanya que mencionaste antes?

—Otra de mi quinta. Necesito encontrada. Fue la única orden que me dio Gizeth cuando me sacó del Abismo, una vez capturé a Ta'ahm. «Encuentra a la chica», me dijo. «A ella y al otro niño, el scene depresivo de los huevos».

—No parecen caerte muy bien...

Erik le miró, serio.

—Les debo la vida. —Luego suavizó un poco la expresión—. Aunque eso no implica que deba amarlos con locura, ¿no? —Dio un golpe con la palma de la mano en la mesa—. Dios, nunca creí que llegaría a decir esto, pero espero que Tanya no haya caído muy lejos, o nos llevará una verdadera eternidad encontrada...

HACE 3.860 AÑOS

La náusea dio paso al dolor, la claridad a la penumbra, y el mundo se cerró bajo sus pestañas.

Le costó unos segundos aceptar que la luz quería llegar hasta su cerebro. Quería mostrarle un cuadro, un resumen difuso de dónde se encontraba y qué era lo que estaba pasando a su alrededor. Cuando lo comprendió intentó abrir las puertas, despejar las barreras, para que su cerebro pudiera decidir si había peligro.

Arena... polvo... calor. Mucho calor. Sequedad en la boca. La lengua era un trapo sucio.

Tanya se miró a sí misma. Vestía de una manera extraña, anacrónica, desde luego no del siglo que la había visto nacer, y desde luego no de la parte del mundo a cuya cultura estaba acostumbrada.

Se incorporó pesadamente. Le dolían los pies, como si hubiese corrido durante mucho tiempo sin descanso. Pero no recordaba el propósito de esa carrera, ni cuál era la meta.

El aire estaba caliente, como correspondía a un desierto. Y ese parecía ser el escenario que se extendía como un mal sueño en todas direcciones. Un desierto de piedra y tierra, con matojos dispersos aquí y allá. Al fondo, siluetas de colinas que yacían encorvadas como ancianos dormidos, con penachos verdes de algo que podía ser hierba tocando sus cabezas.

Se tocó el cuello, las caderas, los brazos. Estaba vestida con ropas de campesina, pero no de su época. Definitivamente no. Alzó un pie para que la punta asomara por debajo de aquella especie de toga azul y naranja, y vio una sandalia de cuero con un diseño funcionalmente primitivo. La toga parecía estar compuesta de una sola pieza cruzada por delante, como el kimono de las geishas, y lo que tenía por cinturón (lo único que evitaba que se abriera la prenda) era un trozo de cuerda con un doble nudo.

El miedo empezó a llegar a su cerebro, pidiendo paso (*¡aquí estoy, aquí estoy!, ¿me echabais de menos?*) después de la luz.

Separó un poco las dos alas de la toga de sus pechos. Como temía, no había nada debajo, ni en el pecho ni en la ingle. Nada que la sujetara para evitar incómodos balanceos al caminar. Estaba completamente desnuda bajo aquella tela que parecía... ¿lana de oveja pintada a mano?

Hizo un esfuerzo por recordar. Hacía un minuto estaba... sí, exacto, estaba en la feria abandonada. Sonriendo, sintiéndose orgullosa del buen trabajo que había realizado en Grecia frente a aquellos dos seres maravillosos; Arcángeles con forma bípeda que Séfora había convocado para que le dieran consejo. Rafael y Samael. Dos de los seres más poderosos y antiguos de la Creación.

Entonces el primero había hecho un gesto con los dedos, y...

El miedo llegó, pleno, con un disparo de adrenalina, una explosión de hormonas. Tanya giró sobre el mismo pedacito de terreno en el que había recobrado la consciencia, sin atreverse a dar un paso en ninguna dirección hasta no estar segura de lo que estaba pasando.

Oyó voces.

Al volverse vio a otras personas, ataviadas de una forma similar a ella. Parecían extras sacados de una película de judíos del tiempo de Cristo, sólo que con detalles en la ropa que los modistos de Hollywood nunca habían imaginado. Había un hombre que guiaba con un cayado a unas ovejas en dirección a los pastos de aquellas colinas. Y unos niños que jugaban: rapaces sucios, mal alimentados, con las manos y los dientes negros a tan corta edad y la piel salpicada de granos.

Uno de aquellos chicos guiaba a sus compañeros, simulando ser una especie de jefe militar. Llevaba una trompetilla de cáñamo pegada a los labios, de un diseño arcaico pero que emitía notas limpias.

El niño se afanaba en arrancar sonidos fieros a aquel instrumento. Entonces el pastor se le acercó, malhumorado, y le arrancó la trompeta de un papirotazo.

En ese momento reparó en la presencia de Tanya.

—Cualquiera sabe el daño que puede causarse tocando una trompeta en estos parajes —dijo a modo de explicación por su comportamiento, y se reunió otra vez con sus animales. El niño estaba llorando.

Tanya se acercó al zagal para consolarlo. Los niños, de inmediato, comenzaron a explicarle mil cosas y a pedirle comida. Por algún motivo se sentían muy a gusto con su presencia, a pesar de que Tanya era una completa

desconocida. Una extranjera, además, de una raza que quizá ellos no habían visto nunca, pues tanto el pastor como los niños tenían la piel oscura, los ojos rasgados, y unos rasgos faciales que encajaban perfectamente en sus túnicas árabes.

—Esperad, esperad un segundo —pidió Tanya, en el mismo idioma en que le estaban hablando. Eso no le sorprendió, después de lo que les había dicho Nínive a los tres elegidos sobre la capacidad de hablar todos los idiomas del mundo—. ¿Quiénes sois? ¿Dónde estamos?

No parecieron entender la pregunta. Tal vez, el hecho de explicarle a alguien cómo se llamaba aquel pedazo de tierra o cómo se llegaba a él desde parajes distantes era una abstracción demasiado compleja.

Uno de los niños, el que figuraba ser el jefe de la tropa, hizo un leve gesto de comprensión, como si se le hubiera encendido una bombillita debajo de todo aquel pelo rizado y apelmazado de suciedad.

—Siddim —dijo tímidamente, y se quedó esperando la reacción de Tanya.

—Siddim —repitió ella. Le sonaba de algo ese nombre, pero, ¿de qué? ¿Un dato oscuro en un lejano examen de historia, tal vez?

Se fijó en las manos del muchacho. Estaban negras, pero no por una tintura natural de la piel, sino por algún tipo de sustancia con una textura similar al carboncillo desmenuzado. No era una mancha reciente, sino de esas que no se van por mucho que se froten con agua y jabón, porque la piel ya ha absorbido la sustancia hasta hacerla adquirir la firmeza de un tatuaje. Y luego estaban los callos. Y las heridas nunca sanadas en la epidermis, abiertas una y otra vez por una larga exposición al sol y a la manipulación de objetos cortantes.

Eran manos de trabajador. A pesar de su corta edad, aquel chiquillo (y los más pequeños que le acompañaban en sus juegos) estaba acostumbrado a trabajar durante buena parte de las horas de luz.

—¿Qué es esto? —preguntó, acariciando sus manos. Por un momento temió que no fuera a comprenderla, o que los chavales creyeran que la mujer era tonta por no saber lo que era una mano. Pero el chico entendió la pregunta.

—Betún —aclaró—. De los pozos.

Quisieron enseñárselo, así que tiraron de su brazo para llevarla a lo alto de una colina. Tanya se dejó hacer. Estaba notando una sensación muy rara en el cráneo, como si en algún punto entre el hueso y el cerebro estuviese teniendo lugar una reacción. No sabía a qué podía deberse, pero no era dolorosa, sino más bien un agradable cosquilleo que hacía que se sintiera estimulada

intelectualmente. Como en sus largas noches de lectura, cuando encontraba un tema nuevo que despertaba su pasión por aprender y dejaba la biblioteca de la ciudad seca de libros.

Era la misma sensación: el movimiento de las ideas, la llegada de los recuerdos, los vínculos de especulaciones que llevaban a conclusiones insólitas.

Alcanzó jadeando la cima de la colina que tenían detrás, de donde había venido el pastor con sus ovejas. Tanya suplicó a los chavales que le dejaran recuperar el aliento antes de seguir, pero a ellos les bastaba con aquella posición. Era un lugar alto, pues el terreno descendía a partir de ahí hacia una ancha planicie, un valle de grandes proporciones con casitas intuidas en la distancia y negros pozos recorridos por hormiguitas atareadas.

Tanya iba a preguntarles si esos pozos eran su lugar de trabajo, y si en alguno de aquellos poblados dispersos de aspecto primitivo podían estar sus casas... pero no lo hizo.

En realidad, no pudo hablar durante un rato.

El asombro no le dejó hacerlo.

Aquel paisaje de pozos de betún trabajados por escuadras de hombres y animales era suficientemente barroco en sus detalles como para dejarla sin aliento (lágrimas de alquitrán de color castaño oscuro; carromatos llevando capachos de un asfalto seco hasta unos crematorios para convertido en argamasa; un río que entraba azul en las excavaciones y salía negro por el lado opuesto; gente hundida en el barro y la suciedad hasta la cintura, intentando arreglárselas con herramientas simples y la mera fuerza de sus brazos)...

Pero lo más impresionante de todo era la ciudad.

La joven trastabilló por el asombro al ver aquella muralla, más alta que una torre de seis hombres, dividida en segmentos separados por almenas. Más de quinientas almenas, así a ojo. La muralla, de un color terroso, se extendía por lo alto de una meseta lejana, al otro lado del valle, y dejaba entrever cientos de tejados, picos, alminares, banderas, mástiles y afiladas torres por detrás. Podía haber espacio fácilmente allí dentro para más de cinco mil personas.

Tanya sabía que había algo mal en aquel panorama. O eso, o sus profesores de historia llevaban años impartándole la clase equivocada. Había leído que las insignias más antiguas que se conocían en Europa eran los vexilos romanos, usados por los legionarios en sus campañas y adaptados de los ejércitos musulmanes... pero aquella ciudad tenía banderas, y parecía

mucho más antigua que el mismísimo Imperio Romano. Y de todos modos, no estaban en Europa. Aquello era Asia, sin duda alguna.

—¿C... cómo se llama esa ciudad? —preguntó, con la garganta doliéndole de la sequedad. Los niños rieron, burlándose descaradamente de ella. Aquella pregunta parecía la gota que colmaba el vaso. Ya se les hacía duro entender que alguien (alguien que no estuviera loco) les preguntara a qué venían las manchas de sus manos, y qué nombre tenía aquel lugar de donde ellos no se habían movido en su vida. Pero que no conociera aquella ciudad... la ciudad, la más grande, majestuosa e invencible de todos los tiempos...

—Sodoma —dijo el niño, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

Fue más o menos en ese momento cuando Tanya se desmayó.

Alguien entonaba una canción, sencilla pero pegadiza, que podía haber sido confundida con la melodía de una caja de música.

Tanya abrió los ojos. Le pesaba la frente, el sudor frío.

No, era otra cosa. Un paño húmedo. Alguien se lo había colocado sobre los ojos, echándole hacia atrás con cuidado el pelo.

Se incorporó, quitándose el paño de encima. Estaba en un lugar cerrado, una habitación de adobe sin forma definida (las paredes distaban mucho de formar un cubo, aunque al menos eran verticales), tumbada en un catre. Había un fortísimo olor a especias flotando en el ambiente, tanto que al principio sintió unas constantes ganas de estornudar que no se iban ni masajeándose el puente de la nariz.

Miró alrededor. Alguien había clavado unos estantes de madera en las paredes, pero no con metal, sino con cuñas de un material negruzco. Rocalla de alquitrán, imaginó. La parte inservible del procedimiento, que los trabajadores se llevaban a casa como parte de su paga diaria. A ella la habían colocado en el catre principal, el más grande, pero había otros más pequeños, todos arracimados en la misma habitación. La casa no se prolongaba mucho más allá de aquel espacio, y de hecho, si se intuía otra estancia gemela, era seguramente porque había que conducir el humo de la chimenea hacia un lugar distinto.

La mujer que movía unos trozos de carne en un espetón la miró en cuanto dio señales de haberse despertado. Dejó la carne encima de unas brasas y se acuclilló delante de Tanya. El techo era tan bajo allí que la europea tuvo que sentarse al borde del catre.

—Menos mal que has despertado. Mi marido ya empezaba a preocuparse por ti —dijo la mujer árabe, regalándole una amplia sonrisa. Rondaba los veinte años, aunque tenía los ademanes seguros y la sabiduría en la mirada de quien ha dejado media vida atrás.

—¿Dónde estoy? —preguntó Tanya.

—En la casa del dictador. Eres nuestra invitada.

—¿Del... dictador? —Tanya arrugó la frente.

—Sí, el dictador de sentencias, el jefe espiritual. Es mi marido —agregó con orgullo, mientras rescataba la carne de las brasas y la limpiaba frotándola con un paño manchado de lo que parecía corteza de canelo. A continuación, depositó una tabla de arcilla en el lugar donde antes estaba la carne, para que se fuera calentando. Tanya no logró adivinar ni por asomo el porqué de esa acción.

—Ah, el sacerdote, vale —entendió—. Perdona, creo... creo que no he oído tu nombre.

—Me llaman Edith. ¿Cuál es el tuyo?

—Tanya.

—¿Thanea?

—Tanya.

—¿Tâniia?

—Vale, dejémoslo así. Tâniia, Como te habrás fijado, no soy de por aquí. Edith rió. Era una sonrisa limpia.

—Créeme, chiquilla, eso se nota a la legua. Sin embargo hablas muy bien nuestra lengua. ¿Quién te enseñó?

—Este... —carraspeó—. Ejem. Mi tía Séfora. Vivía... vive por aquí cerca, en la ciudad.

—Uf, los sodomitas no son gente de fiar, te lo dice alguien que tampoco nació en el valle de Siddim. Pero siempre hay excepciones, ¿no? —Metió la carne en unos sacos hechos con las ubres de algún animal y los colgó al sol. La tabla de arcilla seguía calentándose lentamente sobre las brasas, llenándose de gotas de material derretido—. Mi marido y yo llegamos aquí hace un par de años. Por aquel entonces aún era fácil establecerse en torno a los pozos. La gente del valle tiene la piel más oscura que los de la ciudad, pero su corazón es más claro.

—Sodoma... —Tanya recuperó el nombre, y parte de la angustia que llevó a su cerebro a decidirse por el apagado momentáneo para impedir males mayores. No era para menos—. Había oído hablar en numerosas ocasiones de

ella, pero... sinceramente, jamás pensé que algún día llegaría a estar ante sus puertas.

—¿Con quién has venido, con los carreteros de cedro de Amanus o las caravanas del Badakhshan? —La miró con el ceño arrugado—. La verdad, no tienes aspecto de venir del Oriente.

—Uh... no, creo que... mi patria está hacia el oeste. Muy lejos. Pero si te soy sincera, no recuerdo bien cómo he llegado hasta aquí. Quizá —se frotó la sien—, me di un golpe en la cabeza.

—Vaya, chiquilla, qué mala suerte. Si necesitas que te vea un sanador, mi marido conoce bien esos misterios. Lleva toda la vida sanando a las ovejas.

«Pues qué bien», pensó Tanya con espanto. Con una sonrisa cordial, declinó el ofrecimiento.

—No, no, seguro que se me pasará con un poco de descanso. Antes me caí porque... porque no esperaba ver la ciudad. Su tamaño me impactó.

—Eso nos pasa a todos con la Pentápolis, en general. Sobre todo a los que hemos nacido en Caldea. —Hizo un aspaviento, Tanya no supo si para espantar una mosca o un pensamiento igual de zumbón—. Ah, canastos, es difícil la vida, sobre todo si vas a la zaga de mil cabezas de ganado. Podemos ser ricos en honores y sirvientes, pero daría la mitad de lo que posee mi marido por una cama blanda. ¡Pero no se te ocurra decírselo!

—No, descuida. Tú... ¿eres rica? —Se le hacía difícil ligar ese concepto a una mujer con ese aspecto tan harapiento, aunque el hecho de tener una casa y comida sobre el fuego ya era para sentirse orgulloso, según en qué épocas.

—Tengo más de lo que necesito para vivir. Ven, te lo enseñaré.

Edith la acompañó fuera de la casa. De inmediato, el apestoso hedor de centenares de ovejas y otras tantas cabras irritó las fosas nasales de Tanya. La vaharada provenía también de canastos de betún, abrevaderos con agua marrón, más ubres llenas de carne colgadas en los dinteles de otras viviendas, mesas con filetes medio enterrados en sal que eran el epicentro de torbellinos de moscas, un agujero cercano sin tapa que podría ser una letrina (había un chico con el trasero al aire y la toga agarrada con los dientes, defecando dentro), y lo más apestoso de todo con diferencia: los propios pastores.

—Desde que ganó el sacerdocio de Melquisedec junto a su amado tío — esta última palabra la pronunció con inquina, como si fuera más un insulto que un halago—, mi marido ha ido ganando en fama y en dineros dentro de la comunidad. No somos como la gente rica de Sodoma, pero vivimos bien. — Miró hacia el horizonte, donde una nube de polvo difuminaba el valle—. Ven,

tiene que estar al llegar. Te lo presentaré. Creo que le agradecerá conocer a una amorita.

—Un... un momento. —El cerebro de Tanya trabajaba a marchas forzadas. Y ahí estaba otra vez aquella sensación, la misma que había sentido sobre la colina. Era como el sonido de varias puertas abriéndose a la vez en su cabeza, detrás de las cuales había voces, conceptos, luces, pistas, enigmas...

Tanya se preguntó si aquello que estaba experimentando era otro de los dones celestiales de los que había hablado Séfora. Cuando le preguntó si había libros o bibliotecas en el Cielo, Séfora se había reído y le había dicho que no, que el conocimiento se adquiría por otras vías. El conocimiento estaba allí, omnipresente, como el aire que respiraban sus cuerpos. Sólo había que abrir los canales adecuados y dejado entrar.

Tanya se concentró en esa idea, por si acaso era verdad. Visualizó una puerta y la abrió, y quiso que al otro lado estuviera el paquete comprimido de conocimientos que necesitaba para sobrevivir en aquel entorno. Pero claro, no sería tan fácil, porque para sobrevivir en la época de Sodoma, una ciudad que fue destruida en torno al 1.800 y pico antes de Cristo por un cataclismo... necesitaría conocer muchos detalles que para los nativos eran moneda de uso común, y la Pentápolis, claro, era esa reunión administrativa de cinco ciudades bíblicas, Sodoma, Gomorra, Segor, Seboim y Adama, los centros políticos del mundo cananita durante siglos y cuna de cultos paganos a Dagan, Baal, Asdod... y, claro, por eso Edith la había llamado «amorita», que significaba «semita occidental», piel más blanca y mayor estatura media y, ¡Dios, sí, estaba funcionando!

—¿Estás bien? ¿Te está doliendo la herida?

—No, no... estoy bien, sólo es... una migraña. Se me pasará dentro de nada.

—¿Qué es una migraña? ¿Tienes una araña dentro del cráneo? —preguntó Edith, asustada—. ¿Te entró anoche por el oído, mientras dormías?

Sonaron una especie de timbales a lo lejos.

—¡Allí está, ya vuelve! —exclamó Edith, sacudiendo un brazo en el aire. Su casa estaba en el centro de uno de aquellos poblados que Tanya había visto desde la colina, uno muy cercano al río. Una pequeña multitud salió de aquellas cabañas de adobe, se enfundó en holgadas telas livianas para protegerse del sol, y fue a recibir lo que en principio no era más que una marea de cabezas de ganado. Un rebaño más numeroso de lo que hasta ese momento había visto Tanya, cierto, pero no era más que ganado.

—Tu marido es realmente popular —murmuró.

—Es el dictador —dijo la mujer, acelerando el paso para ser la primera en recibirle.

La multitud se congregó alrededor de un hombre que encabezaba la procesión de ovejas. Habían cruzado el río por un puente de madera, y ese simple hecho se le antojó extraño. Era cierto que una civilización capaz de alzar zigurats y murallas esplendorosas como las de Sodoma no tendría por qué tenerle miedo a construir puentes de madera, pero en la *Biblia* no se mencionaban puentes ni una sola vez a la hora de que sus protagonistas vadeasen ríos. Siempre que alguien tenía que cruzar una corriente de agua, desde un ridículo arroyo al vasto Mar Rojo, recurría a un milagro. Eso quería decir que a Dios le salía más barato invertir en prodigios que en puentes.

Tanya examinó al pastor desde lejos: alto, aspecto general de vagabundo de los caminos, túnica color herrumbre, cayado en una mano, pelo largo y negro, sonrisa amable y confiada, varios colgantes con huesecillos alrededor del cuello...

Sintió que se le paralizaba la sangre en las venas, pero luego desechó el pensamiento. No, no podía ser él. La historia situaba a Sodoma casi veinte siglos antes de su nacimiento, bajo el mandato del monarca Bera y fundada sobre un antiguo jardín. Era más o menos la misma época en que la mítica Ur dominó Mesopotamia. Los libros no podían estar tan equivocados.

Edith llegó corriendo hasta el hombre y le dio un fuerte abrazo, como si hiciera semanas que no le veía. Luego intercambió unas palabras breves mirando de reojo a Tanya. Ésta estaba demasiado lejos como para escuchadas, pero notó cómo se le clavaba la mirada del pastor, aquel hombre alto de nariz truncada y ojos tan rasgados que parecían mongoles.

El marido de Edith no abandonó en ningún momento la sonrisa, pero sus ojos ofrecían otro discurso. Era la mirada de un hombre acostumbrado a ver maravillas, y sabedor de que éstas no siempre traían cosas buenas para su pueblo.

Los dos se aproximaron a Tanya.

—Esposo, esta es Tâniia, una amorita. Es nueva en la región. Se hospeda en nuestra casa, ¿te parece bien? —explicó rápidamente Edith.

El pastor asintió con serenidad.

—Los viajeros siempre serán bienvenidos bajo mi techo —dijo. Tenía un acento peculiar, como si tampoco hubiese nacido cananita—. Mi nombre es Lot.

Las dos hijas de Edith y Lot llegaron tarde a comer. Sería el equivalente a las cuatro de la tarde cuando al fin se puso la mesa, usando hogazas de pan finas a modo de platos y cubiertos de madera. Fue el padre quien cortó la carne y la bendijo, usando unas frases que no tenían nada que ver con las que el Cristianismo haría populares milenios después.

Lot rezó en primer lugar a Nanna, divinidad suprema venerada en Ur y en Sodoma, y mencionó después a potencias menores como Dagan y Asdod. En último lugar reservó unas palabras, casi de refilón, para un oscuro dios cananita llamado Yaoh.

Tanya estaba sentada en un lugar de honor en la mesa, como correspondía a un invitado. No podía apartar la vista de aquellas pizpiretas niñas que rondaban los diez años, que entre risas y juegos intentaban que su padre les diese el pedazo más grande de pan que quedaba por servir. Eran dos chiquillas muy morenas, con los ojos entre negro azabache y un marrón de cedro, bastante guapas. Una llevaba un brazalete que, por lo que le había contado Edith, significaba que ya era lo bastante mayor como para «estar disponible» para la comunidad. No debía de tener más de once años.

El flujo de información de la «hiper-net» divina seguía llegando hasta Tanya. Aquel hombre con estratos de polvo de los caminos sobre la cabeza era Lot, y teniendo en cuenta las circunstancias de su llegada a aquella época, Tanya podía jurar que no un Lot cualquiera, sino el bíblico, el sobrino del famoso Abraham, el primer patriarca post-diluviano de la *Biblia*.

Y si este era Lot... entonces su mujer, Edith (cuyo nombre, ahora lo entendía, significaba «estatua de sal», en un vaticinio con muy mala uva de lo que iba a depararle el destino), era la madre de las únicas mujeres supervivientes a la destrucción de Sodoma. Pero todo eso ocurriría, claro, cuando aquellas niñas fuesen mayores, unas bellas adolescentes con ganas de perpetuar la especie. Ese dato era importante, pues en los textos sagrados se las recordaba precisamente por su afán procreador.

Tanya aceptó una hogaza de pan con forma de flauta de una de las niñas, y se preguntó cuál de las dos sería, si Bitiá o Atará. En los textos no aparecían los nombres de las niñas, pero a ella le había venido el dato junto con otros detalles sobre aquella singular familia. Lot tendría otras dos hijas más, con el tiempo, pero ambas perecerían en la devastación de Sodoma. Edith aún no las había traído al mundo.

Terribles y trascendentales momentos les estaban aguardando. Una de aquellas inocentes chiquillas, Bitiá o Atará, tendría la idea de emborrachar a su propio padre, el que ahora las regañaba para que guardasen la compostura,

y la otra lo conduciría a una cueva donde copularían hasta que las dejase embarazadas. De esa unión incestuosa nacerían los fundadores de dos tribus históricamente influyentes en la región, los Amonitas y los Moabitas, enemigas (cómo no) del pueblo de Israel.

Tanya contuvo un escalofrío. Se imaginó a aquella familia destrozada, únicos supervivientes de la masacre, en las horas posteriores a la destrucción de la ciudad. Intentando no volver la vista atrás por nada del mundo aún cuando su madre había desobedecido el designio divino y se había quedado petrificada, la piel convertida en la misma sal que les ayudaba a preservar los alimentos.

Se los imaginó trepando por una escarpadura como supervivientes de un holocausto nuclear, con ceniza lloviendo a su alrededor, el olor a carne quemada en el ambiente, los gritos agónicos de miles de personas, hombres, mujeres y niños, que se asaban en los incendios...

Y las niñas pensando en cómo seguir adelante con la Historia. Cómo asegurar un mañana, incluso después de que los coléricos dioses hubiesen sentenciado a muerte a su especie (porque no sólo Sodoma y Gomorra fueron arrasadas en la noche fatal, sino también Adama y Zeboim; todas las capitales importantes de su tiempo. Fue un verdadero «apaga y vámonos» bíblico). En ese contexto, a Tanya dejó de parecerle una aberración la conducta de las chiquillas, violando a su propio padre. Lot sería el único donador de semilla disponible en esa parte del mundo, y si no lo hubieran hecho así, la historia de las tribus de Oriente Medio habría acabado con aquel cruento desenlace de llamas y agonía.

—¿Y tú, Tâniia, tienes familia? —preguntó Edith con una amplia sonrisa, mientras le servía un trozo de carne.

Tanya compuso una expresión melancólica.

—Sí, pero están lejos. Mis padres viven en una ciudad que... eh... está más allá del mar.

Las niñas rieron. Habían interpretado como un chiste eso de que hubiera tierras habitadas al otro lado de la inmensidad azul.

Lot se mesó la barba, con una actitud muy distinta a la de sus hijas. No paraba de observar a su invitada con suspicacia.

—¿Y cómo has llegado tan lejos? ¿En un barco?

—Sí, con unos mercaderes.

—Te lo dije, esposo. —Los ojos de Edith se iluminaron—. Ella podría ponerte en contacto con caravaneros que conozcan nuevas rutas, a lo mejor.

—Nosotros comerciamos con lo que los camellos traen del este, y con la madera que nos llega en barco por el río —dijo Lot, no muy convencido de que la historia que le había contado Tanya fuera cierta—. Tu piel podrá ser la de una amorita, pero también podrías venir de Armenia.

—¿Qué bienes preciosos os traen de Armenia? —preguntó Tanya.

—La obsidiana nos llega desde Armenia —explicó el pastor—, y la diorita desde Magan.

—Las usan los orfebres para esculpir objetos para la realeza —le guiñó un ojo Edith, al tiempo que sacaba la tabla de arcilla del fuego y la ponía sobre un soporte de madera. La arcilla estaba roja, y era maleable.

Su marido cogió una cuña de madera, tallada por un lado con diversas formas geométricas. Se puso a hacer leves incisiones en la arcilla mientras seguía hablando.

—También tenemos cedro de Anatolia, lapislázuli de Badakhshan, oro de Egipto... Por esta región pasan muchas de las riquezas que hacen prosperar al *akkusam*. De ahí que Sodoma haya prosperado tanto. Sin la presencia de su ejército y sus sacerdotes para encargarse de la seguridad y la contabilidad... —dejó en suspenso la frase, dejando entrever una conclusión nefasta.

—Comprendo. Vosotros os encargáis del comercio en el valle, y dejáis a la ciudad las cuestiones de Estado.

—Por así decido. Pero también hay gente que viene desde lejos a buscar el consejo espiritual de mi marido —terció Edith, sentándose en un taburete entre sus dos preciosas niñas. Sus manos comenzaron a repartir equitativamente los manjares entre los países limítrofes que eran Atará y Bitiá—. De ahí sacamos buena parte del ajuar, la verdad.

Tanya se imaginó que en esa época sería una práctica corriente cobrar por la exhortación de los sacerdotes y los hombres santos. Seguramente todos lo hacían, desde los sacerdotes del gran zigurat de Sodoma, hasta los anacoretas que vagaban por los caminos y subsistían de las limosnas que les daba la gente. Era una práctica que todo el mundo defendería como justa y necesaria.

—Antes me dijiste que Lot compartía el sacerdocio de Melquisedec —recordó Tanya—. ¿Qué significa?

—Lo obtuvo durante una visita al gran sacerdote, hace una década, junto con su tío Abram. Fue más o menos en la misma época en la que dejamos nuestra casa de Girsu, cerca de los montes Zagros. Los dos le demostraron que eran devotos de la voluntad de los dioses, y el gran Melquisedec los bendijo con su báculo. Fue una suerte.

—Y tanto —sonrió Lot, mientras continuaba haciendo metódicas incisiones en la tablilla—. El pastoreo de hombres nos mantiene a flote cuando el de ovejas conoce malos tiempos. La gente puede pasar sin lana ni leche, pero no sin consejo espiritual.

Tanya entornó la puerta de la hiper-net. Fluuuuuuusshhh, más datos. En la *Biblia* se mencionaba explícitamente el episodio de la visita de Abraham (o Abram, su nombre pre-Pacto, que significaba «padre de muchos pueblos») a Melquisedec. Claro, se necesitaba un hombre de fe ya reconocido para proclamar a otro, igual que Jesús buscó legitimar su estatus de gurú religioso con el chalado de Juan el Bautista, quien lavaba la frente de los devotos en los charcos de orina de res y, si eran mujeres, trataba de que le demostrasen su «devoción carnal» justo después.

Edith había mencionado la ciudad de Girsu, en Mesopotamia. Era un enclave situado a unos ciento cincuenta kilómetros de la gran urbe de Ur, capital del mundo conocido y cuna de la primera civilización. La *Biblia* aseguraba que Abram, el hombre escogido para sellar la alianza con Dios, había nacido en Ur, lo cual era lo mismo que decir que uno era de Atenas en la época helénica o de Nueva York en el siglo xx. Nacer en la capital del mundo era un trasfondo de esencial importancia cuando uno iba a escribir una biografía, ya que le otorgaba al homenajeador prestigio y autoridad.

Pero Edith había mencionado Girsu, una ciudad no muy extensa de cabreros con una importancia histórica más bien modesta. Su emplazamiento estaba cerca de Ur, sí, pero no era Ur, la ciudad cuyo pasado se perdía en la noche de los tiempos. Ese cambio sutil de empadronamiento del patriarca decía mucho de las intenciones de los que escribieron el Génesis.

Lot se fijó en que Tanya no apartaba la vista de las incisiones en su tablilla, y explicó:

—Llevo la cuenta de la distribución de cebada entre las familias que dependen de nuestro rebaño. Si no tenemos claro cuánto sale y cuánto entra, los negocios se nos hundirán en el betún.

Tanya rió por lo bajo. No pudo evitarlo.

—¿Hay algo mal? —preguntó Lot, revisando sus marcas. Era pura escritura cuneiforme, con triángulos y líneas rectas y puntitos que representaban personas, animales y minas de cebada.

Su invitada se sonrojó.

—No, para nada, lo siento mucho. No estaba revisando sus cálculos. Es sólo que... —*Que estoy asistiendo a uno de los mayores progresos de la humanidad, el nacimiento de la escritura. Fue aquí, en esta parte del mundo,*

y en esta misma época. Y lo que tú haces ahora mismo, Lot, manchándote las manos de arcilla derretida, las mismas manos con las que luego darás de comer a tus hijas, es la simiente de las grandes maravillas que llegarán en un futuro lejano—. Es sólo que me estoy acordando de cuando mi padre hace eso mismo. Odia hacer cuentas, pero no le queda más remedio.

—¿También es comerciante?

—Bueno... más o menos. Más tirando a menos. Cualquiera debe tener aunque sea una gota de comerciante en mi... —iba a decir «época», pero corrigió en el último momento—... mi país, si quiere sobrevivir al día a día. Eso no cambia, por muchos siglos que pasen.

—Sabias palabras —convino Edith, dándole una palmada en la mano a Bitiá cuando intentaba robarle un trozo de carne del plato. Un perro sarnoso entró en la casa atraído por el olor del asado (la puerta estaba permanentemente abierta, como todas las del poblado), pero al oír el hueco sonido de la palmada salió corriendo—. El problema es que demasiadas gotas de esas terminan por corromper la sangre. Y si no, que se lo digan al tío de mi esposo.

—¿Quién, Abram?

Lot refunfuñó.

—Prefiero que no volváis a nombrar a esa persona en mi casa. Es cosa del pasado.

Tanya miró inquisitivamente a Edith, rogando porque le explicase a qué venía tanta animadversión, cuando un sonido llegó desde el exterior.

Era como una trompeta, tocada desde algún sitio alto y por un heraldo de buenos pulmones. Su barritar, que arrancó ecos por todo el valle, no debía presagiar nada bueno, porque inmediatamente Lot y su familia se pusieron en pie, casi tirando los platos al suelo, y las niñas se abrazaron a la madre.

El efecto del sonido (ya se lo había dicho aquel pastor al quitarle la trompetilla al zagal: «No se sabe el daño que puede causar el tocar por estos lares una trompeta») fue el mismo que debieron sentir los habitantes de Troya al oír las campanas cuando desembarcaron los griegos, a juzgar por la expresión de la familia.

—¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando? —preguntó Tanya, nerviosa.

Edith la miró con ojos desorbitados.

—¡Nos atacan!

Salieron a toda prisa de la casa. Las gentes corrían de un lado a otro, asustadas, llevando a los animales por los cuernos o tirándoles de la lana del lomo.

—¿Qué pasa? —preguntó Tanya.

—¡No lo sé! —exclamó Lot, haciendo señas a sus subordinados para que se acercaran. En un momento, y a pesar del caos, impartió órdenes y trató de organizar a su gente. Se veía que tenía madera de líder, pensó Tanya, pero era un líder sin armas, y las personas así morían con la misma facilidad que los más desamparados.

—¿Alguien sabe qué pasa? —preguntó Edith. La gente se encogía de hombros, seguían corriendo sin tener claro a dónde iban. Las trompetas vestidas de ecos llegaban de un lugar lejano: las torres almenadas de la ciudad. Los vigías tenían que haber divisado algún peligro importante, y daban la alarma a todo el valle.

—¡Se acerca un ejército! —gritó alguien, y por primera vez hubo luz en la oscuridad.

—¿Un ejército? —preguntó Lot, agarrando por el cuello de la túnica a aquel hombre—. ¿Desde dónde? ¿Qué bandera llevan?

El hombre, un minero con la cara más negra que el asfalto, juró en un dialecto semita y se soltó de la presa de Lot. Éste se subió al tejado de su propia casa, intentando ver más lejos.

No era mala idea. Tanya se arremangó un poco la toga por las rodillas y también subió. Se plantó junto a Lot, en el tejado de adobe, y miró a lo lejos, haciendo pantalla con una mano.

En efecto, algo se acercaba. Algo grande.

Empezó como una nube baja en el extremo sur del valle, un remolino de polvo cuyo origen no era natural. Luego empezaron a distinguirse puntitos oscuros en el interior de ese remolino, y los puntitos se hicieron lo suficientemente grandes como para distinguir soldados, carretas y caballos.

Sí, era un ejército. Y no venía solo. A Tanya se le puso la carne de gallina.

Otras cuatro nubes de polvo llegaban desde los demás puntos cardinales. De repente, lo que había sido un valle pacífico y casi vacío, salvo por los pastores y los mineros de betún, se convirtió en un pandemonio donde no cabía ni una sola alma más.

—Que Nanna nos acoja bajo su piadoso manto... —rezó Lot, trazando un signo cabalístico en el aire. La piel de su cara, morena de por sí, había perdido todo el color.

—¡Esposo! —gritó Edith desde el suelo, abrazada a sus hijas—. ¿Qué ocurre? ¿Qué ves?

—¡Codorlaomor y sus huestes se acercan a la ciudad!

Tenía que hacerlo, no le quedaba más remedio. Tanya pidió auxilio a la esfera de datos celestial, y su mente explotó en una nube de imágenes. Tal fue la fiereza de esta descarga que tuvo que agarrarse al brazo del pastor para no caerse del tejado.

Estaba asistiendo nada menos que al punto culminante de una guerra que ya duraba casi quince años. Codorlaomor, rey de los elamitas (una tribu del altiplano situado al este de Sumeria), junto con otros tres reyes de Oriente, había sometido a los reyes de la Pentápolis y les exigía fuertes tributos. La *Biblia* recordaba que al llegar el año número catorce de aquel expolio, los cinco reyes de la Pentápolis unieron sus ejércitos y se enfrentaron en otros tantos valles al invasor.

La *Biblia* también decía que perdieron.

Tanya buscó una salida con la vista, un camino seguro que llevase hasta las colinas. Pero no lo había. Heraldos que portaban vexilos de las diferentes facciones llegaban de todas partes: del este con los leones dorados de Senaar, del sur con la garza y la espada de Goyim, del norte con los árboles muertos de Elam, las ramas secas formando un tapiz sobre la cabeza de hombres armados...

No había salida del valle. Ni siquiera para la columna de refugiados que se crearía en cuanto las pezuñas de los caballos y los camellos de guerra empezaran a aplastar las chozas de los pastores. Sólo había un refugio posible para aquellos desdichados (entre los que la misma Tanya se contaba), pero sus puertas estaban cerradas. La ciudad amurallada.

—Tenemos que alcanzar Sodoma —sugirió Tanya. Lot asintió, llegando a la misma conclusión.

—Sí, de ningún modo habremos de alcanzar las colinas si intentamos seguir el curso del río. Vamos.

Bajaron del tejado y comenzaron a ayudar a Edith y a las niñas a coger lo mínimo imprescindible del interior de la casa. Edith y su marido entraron como una exhalación, metieron comida dentro de sacos y cogieron mantas. Las niñas lloraban: no entendían lo que estaba pasando, pero la urgencia y la lividez que se leían en las caras de sus padres lo dejaban claro: corrían un peligro enorme. Las dos estaban muy asustadas.

—Ssshhh, venid aquí —dijo Tanya, abrazándolas. Por los dioses... tanto Yahvé como aquellos a los que rezaba Lot... ¿cómo podían los poderes

celestes permitir semejante locura? ¿Es que no había nadie cuerdo en toda la Creación?

Lot tiró al suelo sin querer las tablillas con sus cálculos y las rompió. Tanya contempló con infinita pena aquellos trozos de arcilla, pensando en cuánto más se perdería en el saqueo. La inteligencia humana rota en pedazos por la barbarie de unos y la necesidad de sobrevivir de otros. El pan de cada día de su especie.

—¡Vamos, vamos, dejad todo lo que no sea imprescindible! —ordenó Lot a su familia y a los hombres de las otras casas—. ¡Si no podéis llevaros a los ancianos y a los lisiados, dejadlos también!

Tanya miró a las hijas de Lot, se acordó de su particular historia... y lo comprendió. La supervivencia de la especie por encima de todo.

Vosotras también contribuiréis a ello, cuando os llegue el turno.

En pocos minutos, el poblado de Lot y los otros que circundaban los pozos de betún estaban vacíos. Una gran cantidad de gente harapienta seguida por filas y filas de animales escalaba lentamente la colina, rumbo a las murallas de Sodoma.

Al final se habían quedado bastantes ancianos atrás, sobre todo los cojos, los encamados, los inválidos, porque se escuchaban sus gritos lejanos condenando a los jóvenes y deseándoles muertes horrendas en pago por lo que estaban haciendo. Tanya tenía el corazón en un puño. Aquello no se parecía en nada a las bellas secuencias de acción coreo gráficas que se veían en las películas. La gente tenía pánico a morir, a presenciar cómo los suyos eran descuartizados por las lanzas enemigas o convertidos en esclavos, y haría lo que fuese por evitado. Lo que fuese.

Lot fue el primero que tocó las murallas de la ciudad, pero no pudo llegar más lejos. Una flecha se clavó en el suelo, junto a sus pies. Procedía de las propias torres de Sodoma.

—¡Alto! —gritó un soldado desde arriba—. ¡No sigáis, tenéis prohibido entrar aquí!

—¡Abrid las puertas, somos siervos de la Pentápolis, hijos de Segor y de Bela! —exclamó Lot con autoridad—. ¡Os lo ordeno en calidad de dictador! ¡No podéis abandonarnos aquí fuera!

—No tenemos víveres para sostener a tanta gente —explicó el soldado con una voz cuarteada de escarcha—. Si os dejamos entrar, el enemigo ganará por el hambre antes que por el bronce. Deberíais haberos ido del valle mientras aún estabais a tiempo.

—Llevamos comida con nosotros —expuso Lot, señalando las ovejas—. Podremos mantenernos a nosotros y a nuestros hijos, y aún sobraré mucha comida para la milicia. Dejados entrar o todas estas cabezas de ganado caerán en manos de los elamitas. ¿Es eso lo que queréis, que ellos refuercen sus provisiones y vosotros veáis menguadas las vuestras?

Hubo unos instantes de silencio. Tanya apretaba con tal fuerza los puños, por la tensión, que sentía sus propias uñas clavadas como estiletes en la palma de la mano.

—Os propongo un trato —gruñó otro soldado de mayor rango, desde otra torre—: Podrá entrar en la ciudad una persona por cada animal. Cada oveja valdrá por un hombre, mujer o niño. Así nos aseguraremos que nadie comerá más de lo que tiene asignado.

Lot miró con desesperación a su familia. Ellos cuatro podrían entrar sin problemas, pero había menos cabezas de ganado, sumando todos los animales del valle, que gente. Muchas familias quedarían destrozadas, separadas por aquellos altos muros que decidirían quién estaría a salvo y quién no.

Tanya sintió que le hervía la sangre. Tenía unas ganas irresistibles de darles una lección a aquellos bastardos. ¿Y si sacaba las alas y empezaba a lanzar rayos de luz, igual que en Santorini, exigiendo en nombre de Dios que se detuviera la guerra? ¿Cómo se tomarían semejante despliegue de efectos especiales los jerifaltes de aquella ciudad de locos?

Pero antes de tomar una decisión radical, tan exagerada como para cambiar el rumbo de la Historia, decidió esperar. Puede que hubiera otra salida. Tal vez no haría falta que se le apareciera con su aspecto de ángel a toda la muchedumbre. Si pudiera entrar en la ciudad a escondidas, aunque fuera volando por encima de la muralla (y pegándose la hostia padre al aterrizar; otra vez el fantasma de aquella serie tan graciosa de los ochenta), y de esa forma aparecerse sólo a los monarcas...

Las puertas de Sodoma se abrieron con una lenta y pesada solemnidad.

Los campesinos estallaron en vítores, una algarabía que al poco murió. A Lot se le habían iluminado los ojos, pensando que los reyes habían entrado en razón y se apiadarían de ellos, pero al ver lo que aguardaba tras aquellas colosales puertas, los batallones de hombres armados y sus carros tirados por caballos... la alegría se trastocó en miedo.

Los campesinos retrocedieron, abriendo paso ante aquel ejército que portaba cinco estandartes distintos. Cinco reyes del oeste contra cuatro del este. Así estaba escrito.

Las sandalias de los soldados hicieron retumbar la tierra. Lot reunió a su familia y la alejó de las puertas, mientras las columnas de infantes salían de la relativa protección de los muros y se alineaban en el camino que conducía al valle. Allá abajo, en la planicie entre ríos y colinas, docenas de columnas similares de hombres y bestias se reunían en un solo punto: un hormigueante núcleo de reunión que iba creciendo como un tumor maligno, haciéndose más y más denso a medida que las fuerzas combinadas de los elamitas y sus aliados se mezclaban en una masa indistinta.

—¡Vamos, escoria, no os quedéis ahí! ¡Pasad u os cerraremos las puertas!
—gritó un capitán desde el patio de armas.

Los campesinos tardaron en reaccionar lo que duró su expresión de sorpresa. De inmediato cogieron a sus familias y sus animales y empezaron a entrar en tromba, de la manera más desordenada posible, dentro de la urbe.

Lot y su familia, así como la asustada Tanya, también cruzaron las puertas. En el fondo todo había salido bien, porque Tanya ya se estaba temiendo que lo que llovería sobre los campesinos desde Sodoma serían flechas y no muestras de ayuda. Pero ahora estaban a salvo. Por el momento. No sabía si reír o llorar.

La joven se echó a un lado, dejando que los campesinos y mineros se las arreglaran solos (estaban acostumbrados a lidiar con el caos y a sacar provecho de él, al fin y al cabo), y aprovechó para echarle un somero vistazo a la ciudad. Un privilegio por el que cualquier historiador de su época daría su brazo derecho por disfrutar.

Era más miserable, y al mismo tiempo más grandiosa, de lo que habían imaginado los historiadores. Las casas no pasaban de ser construcciones de adobe y paja iguales a las que había en el valle, sólo que éstas estaban más apiñadas y en muchas ocasiones se apoyaban unas en otras para ganar fuerza estructural. Pero era igual que si alguien reunía cincuenta o sesenta poblados miserables y los apretujaba dentro de una muralla con planta en forma de ocho.

Tal apiñamiento de casas no dejaba que ninguna calle, salvo la mayor, se mantuviera recta durante más de unos metros. Todo eran quiebros, giros inesperados y arquitectónicamente inútiles, callejones sin salida y salidas sin callejones, escaleras que subían y bajaban de forma arbitraria... El laberinto de callejuelas de la ciudad era digno del rey Minos, y seguro que se habría tragado a muchos incautos matándolos de hambre antes de que encontrasen la salida.

—Increíble —murmuró Tanya. Aún le parecía un sueño lo que estaba ocurriendo. Un sueño con un incómodo aspecto general de pesadilla, todo hay que decirlo, pero maravilloso en algunos momentos.

Entonces lo notó.

Había alguien allí. Alguien especial, además de las miles de personas que habitaban Sodoma y sus alrededores, los poblados, las tribus, los refugiados, los ejércitos.

Era una sensación muy extraña, y al mismo tiempo desagradable. Como la primera vez que había visto al Desmodu.

Tanya subió por una de aquellas escaleras que circundaban la plaza, el ancho patio de armas de la ciudad, y giró lentamente la cabeza en una panorámica. Vio miles de cabezas tocadas con chalina larga, bosques verticales de lanzas, grandes cuernos de cobre colgados de postes de madera, banderolas que flameaban al viento, gente asomada a balcones y pasarelas sin barandilla...

Y un rostro. Uno en particular entre la multitud, que la estaba mirando fijamente a ella.

El desconocido se dio la vuelta y desapareció en el interior de una casa sin ventanas ni puertas, un lugar abandonado en medio de aquel hervor de multitudes.

Las tinieblas del umbral la llamaban, invitándola a entrar, a reunirse con el hombre oscuro. Y Tanya sabía que no podía negarse.

Elevó la vista al cielo. Como un funesto presagio de hechos venideros, un remolino de nubes negras confluía sobre la urbe. Alcanzó a ver incluso varios destellos que podrían ser relámpagos, ocultos dentro de la espiral de tinieblas. De fondo, procedente del centro de la ciudad, una voz aguda entonó un tebba, una endecha fúnebre.

Haciendo acopio del valor de que disponía, y a sabiendas de que esta vez ni Séfora ni Erik ni Mauro estaban allí para protegerla o ayudada a escapar, se encaminó hacia aquella siniestra casa.

De su puerta oscura salía una especie de resplandor índigo en vaharadas, en ondas tangibles, algo que con toda probabilidad sólo vería ella, y que denotaba el inmenso Mal que reinaba allí dentro. Aquella casa era un santuario de la maldad pura, del infierno en la Tierra, y Tanya sabía que necesitaba entrar en él para buscar respuestas.

—Chicos... —musitó, la voz temblándole de miedo mientras encadenaba a la fuerza un paso tras otro—. Séfora, Mauro, ¿dónde estáis cuando más se os necesita...?

ENEMIGO A LAS PUERTAS (DEL CIELO)

Por entonces, dos ángeles regresaron a la Isla de Luz, con el gozo en su corazón, y se llamaban Séfora (ángel de guerra, de protección, de luz y de fuego) y Mauro (querubín de sentimientos, de plegarias, del infinito amor y el infinito perdón). Ambos cruzaron las Puertas Grises, volaron sobre los puentes de Ramid y Alzhala cuya armonía crea eco entre los mundos, y fueron recibidos con loas en las planicies de la hierba infinita, donde las almas peregrinas encuentran solaz, antes de que sus ojos vieran por sí mismos la gloriosa majestad del Gran Árbol de Plata. El crisol donde todo-fue-creado.

Y he aquí que Séfora díjole a Mauro:

—Éste es mi hogar.

Y sus palabras tuvieron mucho sentido para él, pues desde su nacimiento en el mundo de los hombres el joven había estado buscando infructuosamente un espacio que llamar suyo, un lugar al que poder reclamar como propio. Y nunca encontró nada que encajase mejor en ese anhelo que lo que estaba viendo.

—Ven, te lo enseñaré.

Los dos ángeles volaron por encima de la llanura hacia la base invertida del Gran Árbol. Mil maravillas yacían ocultas bajo la sombra que ellos mismos proyectaban en el océano de hierba, algunas de las cuales incluso reaccionaron a su presencia, levantándose para verlos pasar. Ningún saludo fue enviado, empero, y ningún saludo devuelto.

He aquí la ordenación de la ley que prescribe el Creador:

Que se alzaré un gran árbol de copa invertida, sin más raíces que las hebras de luz que se desprendieron de la creación del universo, y su color será la plata de la pureza, y sus ramas serán infinitas y sus hojas santuarios para los caminantes. La punta quedará hacia abajo, pues arriba será siempre la

dirección del crecimiento, no de la disminución, y cuanto más y más se escale el Árbol, mayores serán las ramas y más cálidos los santuarios.

Esa cúspide invertida apuntará a los abismos que yacen debajo, y será más allá del mar de hierba infinita, y será detrás de los acantilados de las almas libres, y será pasado el dédalo de las tormentas y los bosques de la razón, donde se ocultará el lugar donde la Palabra fue luz, y donde aquél que Es empezó siendo.

Pero a ese lugar sacro no podrá viajar ningún vástago de la Creación, ni ángel ni mortal ni demonio, pues tiene que haber un espacio que no sea de nadie salvo de Él, y que ninguna de Sus criaturas ose profanar. Y ésta es una ley inviolable.

Séfora guió a Mauro por la base del Árbol, y éste, maravillado, vio los primeros santuarios, tan pequeños que parecían ocupados sólo por sueños, o por criaturas de la imaginación que los humanos creen que sólo existen en el mundo de las hadas. Eran hojas de plata, cada una guardiana de un secreto, y el secreto brillaba con luz dorada en su interior.

Pero había otro tipo de luz en aquel idílico ambiente. Rojiza. Inquietante.

Mauro parecía haber nacido para gobernar aquellas alas que le crecían en la espalda, y no tenía ningún problema en seguir a Séfora en sus majestuosas espirales, siempre hacia arriba, siempre hacia lo alto. Pero esa altitud le dio perspectiva, y al mirar hacia abajo vio que justo en la vertical del Árbol, allá donde apuntaba el cono, se abría un abismo insondable. Y esa hendidura en la realidad apuntaba hacia otros mundos, hacia otros paradigmas. Otras verdades.

Y estaba pintada de rojo.

Cosas horribles se movían allá abajo, en la distancia, girando y girando en un torbellino desquiciado. Una catarsis de polvo, viento y fuego. Un remolino que se iba formando bajo el Árbol como una suerte de espejo deformado, y que a cada segundo se iba aproximando más.

Las cosas que se mueven allá abajo cantan en el helor inaguantable de la podredumbre. Una cortina de bruma corre por su córnea cuando los mira, y Mauro sabe que son aspectos del Enemigo, la imagen invertida, el mismo espejo. Y son millones: sin pureza, sin los rasgos bellos y nobles que definen a los ángeles, pero seguros en la terrible matemática de la masa, de lo no mensurable, de la numeración infinita. Son muchos, muchísimos, un trillón de ellos por cada ángel guerrero que desciende para combatirlos. Hay más maldad que virtud en el universo. En el corazón del abismo resuenan los

tabiques ventriculares, del mismo modo que los timbales en una orquesta que toque la sinfonía última, el adagio de la destrucción.

Mauro vio todo eso y lloró, porque el desenlace de tan desmedida crueldad estaba cerca, y sólo podía traer derrotas sobre ambos bandos. Vio la estela de los ángeles guerreros que se desprendían como frutos maduros del Árbol, ángeles que caían en lentas espirales hacia su muerte, allá abajo, en la marejada de los universos, el lugar donde Cielo e Infierno se tocaban. Los ángeles caían, espadas alzadas, escudos brillantes, y eran tragados por la fuerza del remolino carmesí. Luchaban, sí, y mataban demonios por millares, pero tras ellos venían muchísimos más, y las delgadas murallas que creaban los ángeles con sus escudos pronto se vieron forzadas hasta el límite.

«Por Dios», pensó Mauro, «¿cómo hemos llegado a esto?».

—Ven, tienes que conocer a alguien —le urgió Séfora, y cambió de rumbo para internarse en la foresta de hojas de plata y nidos de luz.

Mauro la alcanzó cuando se había posado en una de estas hojas. Era muy pequeña en comparación a los gigantescos pabellones de sus hermanas superiores, las de las ramas altas, pero aún así podía albergar a decenas de ángeles.

Y en el centro titilaba... aquello.

Mauro se acercó a la luz. Era suave, pulsante, hermosa... la promesa de un conjuro lleno de vida, de posibilidades creativas. Y había formas en su interior. Parecían fetos que flotaran en una matriz de sueños, pero Mauro no supo si eran almas o sólo la génesis de una idea abstracta.

Era bellísimo lo que estaba viendo. ¿Por qué el Enemigo quería destruirlo? ¿Por qué alguien querría acabar con tanta perfección, con tanta hermosura? ¿Acaso en venganza por no pertenecer a ese grado de refinamiento de las cosas?

Otro ser llegó desde arriba, planeando. Era uno de aquellos majestuosos ángeles guerreros, que al ver a Séfora hizo una pausa en su caída al Abismo y se posó a su lado.

Mauro lo contempló, asombrado. Sus alas tenían filos rojos, como las de Séfora, y la armadura que recubría su cuerpo perfecto surgía de la propia espada: eran hebras de oro que nacían de la empuñadura y reptaban por el brazo, formando un arabesco cada vez más complejo (y para nada etéreo) hasta que pintaba una cota de malla sobre todo su cuerpo, menos en la cabeza. La melena dorada flameaba al viento. Eran un solo ser, el ángel, la espada y la armadura.

—Bienvenida, Séfora —dijo el ser.

Ella le sonrió, y le hizo una breve reverencia.

—Ímalan —saludó—. Es un honor volver a verte.

—¿Qué hace un querubín aquí? —preguntó el ángel, examinando a Mauro. Aquellos ojos parecían capaces de atravesar cualquier defensa, cualquier mentira. Por eso no se sorprendió cuando dijo:

—Ah, ya veo. No es un querubín.

—Es uno de los Niños Perdidos. Le he traído porque quiero que conozca a mi maestro. Es el siguiente paso.

—Estás corriendo un grave riesgo, Séfora.

—Sí, y por eso doy gracias porque hayas sido tú el que nos diese la bienvenida en lugar de cualquier otro, Ímalan —murmuró, la voz tensa—. Sé que comulgas con mis inquietudes, por mucho que hayas decidido bajar a defender los adarves.

—Comulgo con la Voluntad Divina, como deberías hacer tú.

—¿Voluntad Divina, dices? —Séfora parecía enfadada. Mauro no sabía qué hacer, ni dónde esconderse, así que optó por quedarse absolutamente inmóvil para no llamar la atención de aquellos seres titánicos—. La voluntad del Metatrón, querrás decir. Él es ahora el Señor de los Cielos.

—Nuestro Creador volverá.

—Ahí tienes una prueba de fe —sonrió Séfora—. Es tu mayor anhelo, pero no lo sabes con seguridad. Lo intuyes, lo deseas con toda tu alma, ansías que sea cierto... pero lo único que sabes, a día de hoy, es que en el lugar donde estaba Él, sólo queda un gran vacío, y que su paradero es un misterio. Se ha marchado, Ímalan, y ya sólo nos queda la esperanza.

—Bienvenidos a la raza humana —susurró Mauro.

El ángel guerrero se situó al borde de la hoja, mirando hacia abajo. Un acantilado sin fin se abría bajo sus pies, y lejos, muy lejos, en medio del resplandor carmesí, batallaban almas contra almas.

—Lo que sucedió en el principio está volviendo a ocurrir —dijo para sí. Pero también esperaba una respuesta a ese pensamiento. Su cara era un poema triste, una endecha que cantaba a los millones de almas que se habían perdido en aquella debacle, y las muchas que extinguirían su luz antes de que todo acabara.

Séfora le acarició el borde de un ala, tiernamente.

—Lo mismo no. Esto es peor. Ya no le tenemos a Él para que lo solucione con el Verbo.

—¿Crees que estamos llegando a un fulcro, Séfora? ¿Al fin real y duradero de todo lo que existe? ¿A esa decisión tras la cual no hay vuelta

atrás?

La mujer tardó un poco en contestarle, mientras buscaba las palabras. O la fuerza para pronunciadas. Mauro estaba lívido de espanto.

—Creo que mientras Él exista habrá algo además del caos absoluto. Y esa premisa es eterna, ¿verdad?

—Eterna sí. Igual que el Verbo. Pero el Verbo puede esconderse y hacerse invisible si lo desea. —Le tocó la mano, respondiendo con una mirada a su ternura—. Adiós, Séfora. Espero sinceramente que tú y los tuyos tengáis razón, y que seamos los demás los equivocados. Siempre alabaré la esperanza, por encima de cualquier otra cosa.

Con esa frase acabó la conversación, pues el guerrero se lanzó al vacío y cayó dando vueltas hacia la vorágine.

Una lágrima rodó por la mejilla de Séfora, que lo miraba como preguntándose si sería la última vez.

—Vamos —espetó, conteniendo las lágrimas—. Nos queda mucho por hacer, y apenas queda tiempo.

Los niveles superiores del Gran Árbol eran más bellos y complejos, si tal cosa era posible. Las ramas tenían el tamaño de continentes, y las hojas que sostenían los pecíolos y nectarios podían haber albergado civilizaciones enteras. Y el Árbol, sobre sus cabezas, seguía creciendo hacia el infinito, siempre mayor, siempre más vasto, siempre más extenso.

Séfora estaba intranquila. Volaba con prisa, esquivando mientras le fuera posible los grupos de ángeles con los que eventualmente se topaban. No quería hablar con nadie, ni exponerse a que ojos indebidos notasen la presencia de su chico. Sólo pensaba en ir casi de tapadillo a un lugar del que aún no le había contado nada a Mauro.

La vista del antiguo scene saltaba maravillada de un corpúsculo de luz dorada al siguiente. Estos eran sensiblemente mayores que los de las ramas del cono, así que se podía distinguir mejor lo que había dentro.

Eran entes. Seres vivos. O así lo sugería el tono pulsante del resplandor, la música sincopada de sus almas.

Mauro pensó que podían ser almas humanas, o de otras criaturas cuya forma original no podía ni imaginar. Puede que almas de animales, o hasta de plantas, o de seres sensibles de órdenes que ni siquiera existían en su planeta. Y todas medraban allí, bailando, sumidas en una danza de respeto y amor

mutuo. En una hélice de evolución espiritual que las hacía cada vez más perfectas, más complejas y autónomas.

Entonces Mauro comprendió lo que era realmente el Cielo: No era un lugar, ni un concepto estático. Era una progresión. Aquel árbol representaba la continua evolución de las ideas, de las formas de vida, hacia estados complejos de existencia que se aproximaran a lo que hubo en el Principio, cuando todo-fue-creado.

Aquellas almas comenzaban el ciclo desde abajo, en las ramitas pequeñas, e iban cantando y bailando mientras se hacía más perfectas, escalando niveles, trotando por aquella red infinita de santuarios hasta aproximarse a lo que eran los ángeles, los seres más perfectos. Y ahí estaba el secreto: Las almas que llegaban del plano mortal estaban destinadas a mejorar, a convertirse en ángeles, como les había ocurrido a Mauro y sus compañeros, sólo que a un ritmo mucho más lento, más fácil de asimilar.

Tarde o temprano todos serían ángeles. O demonios. Y entrarían en el juego sin solución de los conceptos antagónicos.

—Eso es lo que quiere acelerar el Metatrón, ¿verdad? —preguntó Mauro, esforzándose por volar rápido y no perder a Séfora de vista—. El proceso de maduración de los chiquillos. Quiere que se conviertan en soldados lo antes posible.

—Está loco —dijo ella, en un hilo de voz—. La maduración que él pretende sólo puede llevar al holocausto. No puedes hacer madurar a un niño poniéndole una espada en las manos.

—¿Qué solución alternativa hay?

El rostro de Séfora se ensombreció.

—Lo descubrirás enseguida.

Se posaron en una hoja periférica, cuyo nido de luz aún no había germinado. Era una hoja virgen. Y en el centro les esperaba alguien.

Mauro se sorprendió al verlo. Era como una idea sacada de contexto. Un ermitaño de aspecto pobre y desaliñado, cubierto de polvo rojo, que se apoyaba en un báculo. Una capucha se echó hacia atrás cuando ellos se acercaron, revelando un rostro tan viejo que portaba un mapa del tiempo.

—Maestro —saludó Séfora. Mauro detectó un leve matiz de cinismo en su voz, pero el anciano no pareció sorprendido. Ni enfadado.

—Querida hija, bienvenida —dijo Gizeth—. Sé quien es tu amigo —no era una pregunta.

—Tu sabiduría me abrumba —masculló Séfora, y esta vez el sarcasmo quedó muy patente—. He venido a pedir consejo.

—Sé lo que me vas a preguntar. Y carezco de respuestas.

—Y una mierda —le cortó Séfora—. Eres demasiado viejo y demasiado cínico como para ver las cosas con la suficiente perspectiva. No habrías abandonado tan alegremente tu puesto de centinela en el Abismo de no ser así.

Gizeth compuso una expresión agria.

—Tu repertorio de florituras verbales terrestres aumenta con cada visita que haces a ese mundo.

—Y no es lo único —dijo ella, buscando por acto reflejo un paquete de tabaco en los bolsillos de su traje de piedrecillas.

«¿Se podrá fumar en el Cielo?», se preguntó Mauro. «¿O para hacerlo los ángeles tendrán que salir fuera, a las grandes puertas de San Pedro?».

—Le debo mucho a ese mundo —dijo Séfora—, y no estoy hablando sólo de vicios.

—Tal vez no deberías ser tan afín al destino de los mortales. Aunque en tiempos nacieras entre ellos, has trascendido. Sabes lo poco que cuenta ese vulgar Plano de la existencia en los acontecimientos que están ocurriendo a nivel cósmico.

—Parece mentira que digas eso, precisamente tú —masculló Séfora—. Conoces tan bien como yo la profecía: «Tres veces se luchará, una en la Tierra, otra en el Cielo y otra en el Infierno. Y del resultado de esas tres batallas dependerá el futuro de todo lo creado» —recitó—. Eso le concede un gran poder para inclinar hacia un lado u otro la balanza a ese Plano que tan fácilmente dejas de lado, maestro.

—Hasta los profetas pueden equivocarse en sus interpretaciones del futuro, no te olvides tú de eso, querida discípula —enfaticó, apoyándose en el báculo como si el peso de la túnica fuera demasiado para sus viejas articulaciones. ¿O era el peso de toda la supuesta sabiduría que llevaba sobre los hombros lo que le cansaba?

—Hablando de profetas: quiero que me cuentes la verdad —exigió Séfora, con una actitud muy poco sumisa para ser ella la discípula, y aquel viejo decrepito su maestro—. Qué está ocurriendo de verdad en los Planos superiores. Y por qué el Metatrón está haciendo lo imposible por ocultarlo.

Gizeth miró hacia arriba, tal vez como acto reflejo. El orbe celeste era un monstruoso cono invertido de ramas lejanas y puntos de luz dorada. Era la visión más hermosa e increíble que Mauro hubiera visto nunca... de no ser porque también era inquietante. Algo aguardaba allá arriba, sentado en la

cúspide de aquella infinitud, y no era su Creador. Era un ser casi tan poderoso como el mismo Dios, que bien podía estar escuchándolos ahora mismo.

¿Cómo se podía luchar contra algo así?

Gizeth habló en voz baja, y Mauro entendió que no era un efecto físico real, sino la metáfora de su intento por ser lo más recóndito y discreto posible.

—Cuando Él se fue... se llevó también todas las reliquias —explicó—. Todos los objetos de poder que una vez formaron parte del Árbol de Plata y estuvieron en mancomunidad de todas sus criaturas... se han esfumado.

—¿Reliquias? —preguntó Mauro, atreviéndose a entrar en la conversación.

Séfora parecía aturdida por la noticia, pero contestó:

—Cuando el Creador dio forma a Su obra —explicó, con ese tono de voz hueco que se refiere a acontecimientos increíblemente lejanos en el tiempo—, varias partes de Su ser se condensaron en objetos físicos. Eran oasis de poder divino en un vasto desierto donde aún estaban por nacer las estrellas. Las espadas de los ángeles que se rebelaron contra Él, las Fraguas de Luz donde nacemos, las semillas del Gran Árbol, los incensarios de maná... son pequeños objetos que encierran un enorme poder en su interior.

—Objetos mágicos —comprendió Mauro—. Estás hablando de objetos mágicos.

—Reliquias, más bien. Eran nuestra única esperanza de equilibrar de nuevo las cosas si... bueno, si el Enemigo lograba atravesar nuestras defensas. Su poder almacenado, como comprenderás, es enorme.

—Pero ahora Él se ha marchado —masculló Gizeth, cansado—, y se ha llevado todas esas reliquias sagradas consigo. ¿Adónde? Eso es algo que al Metatrón le haría muchísima ilusión averiguar.

—No todas —dijo Séfora, y aquí volvió a bajar, metafóricamente, la voz—. Puede que ésa... la primera de todas... aún exista.

A Gizeth la idea le cogió un poco desprevenido, pero sacudió la cabeza negativamente.

—No, es imposible.

—No pudo habérsela llevado, no después de haberle encomendado una tarea tan importante —insistió Séfora—. Aún tiene que seguir allí, plantada en el mismo sitio donde la puso el Arcángel. Custodiando el paso que nadie debe cruzar.

Ambos se sostuvieron la mirada unos segundos eternos. Mauro estaba desesperado, con mil preguntas acumulándose en la garganta.

—¿¡Qué!? —preguntó cuando no pudo aguantarse más—. ¿De qué reliquia habláis? ¿Por qué es la única que queda?

—Si aún estuviera allí, el Metatrón se habría hecho ya con ella —meditó Gizeth, ignorando despreciativamente al joven querubín—. Jamás se le habría pasado por alto semejante detalle.

—¡No, no es verdad! —exclamó Séfora, nerviosa—. Él tampoco tiene potestad para cruzar ese umbral. Está vetado a todas las criaturas, incluyendo a los ángeles y los demonios. Ninguno de nosotros puede saltarse esa prohibición.

Gizeth observó en silencio a su discípula, perdido en cavilaciones. Y por primera vez desde que había aparecido para hablarles, la débil sombra de una duda (mezclado con otra cosa, algo casi infinitesimal llamado «esperanza») titiló en sus ojos. Pero era una idea tan, tan absurda, tan descabellada, que todo su ser le pedía que la rechazase.

—Si aún sigue allí, inmaculada después de tantos milenios, podría ser nuestra única oportunidad de evitar que el Metatrón extermine a la Humanidad —dijo Séfora, casi rezando.

Gizeth asintió, muy lentamente.

—Por todo lo sagrado... puede que tengas razón...

—Ya sabes por qué debemos mantenerlo en secreto.

—¿Quién más está detrás de esto?

—Sus nombres no son un misterio —rezongó Séfora—. No me hagas pronunciarlos en voz alta. Pero te diré que también confían en mi plan.

—Espera, espera, hay algo que no encaja en ese plan tuyo —barbulló Gizeth, esperando coger a su discípula entre la espada y la pared en algún error de su plan, en algún detalle que hubiese pasado por alto y demostrase que engañar al Metatrón no era un juego de niños—: Si ninguno de nosotros puede entrar a recuperarla, ¿cómo piensas hacerlo tú? ¿Cómo crees posible triunfar en una empresa que ni el Metatrón puede alcanzar?

Las mejillas de Séfora ardieron de color. Éste era el principal punto flaco del plan, cierto... pero también la mayor de sus apuestas.

—Yo no podré hacerlo, es evidente, pero puede que haya alguien que sí.

Y los dos, a la vez, se giraron hacia Mauro.

El joven sintió que se le iba toda la sangre a los pies.

Las personas normales tienen luz al otro lado de los ojos, hogueras que crepitan por dentro. Puedes escucharlas lanzando pavesas si te acercas mucho. Pero lo que bailaba tras las pupilas de Gizeth era otra cosa. Un secreto antiguo, el misterio tras una puerta de cien cerrojos, más que la llama de una

vitalidad real, tangible. Era como si las esfinges y pirámides de muchos Egiptos milenarios estuvieran acechando desde aquellos agujeros negros.

Mauro comprendió por qué Séfora le seguía considerando su maestro (aunque ya no le tratase con respeto), a pesar de todas las barrabasadas que se suponía que él le había hecho.

—Bbll... bll... —fue lo único que atinó a decir. En su mente, eso debería haberse traducido por «¿Yo? ¿Por qué yo?».

El anciano miró alternativamente a Mauro y a su discípula, y una sonrisa de incredulidad se abrió paso lentamente en su cara.

—No. Imposible.

—¡Piénsalo! —razonó Séfora—. ¡No es tan descabellado! Los Niños Perdidos tienen en su interior una chispa, muy leve pero chispa al fin y al cabo, de la esencia de los Seis Primeros, los que se alzaron en la batalla del albor de los tiempos. Y ahora han encontrado a otro, un cuarto niño. —Puso una mano en el hombro de Mauro, haciéndole participe de su total confianza—. Por separado no podrían atravesar jamás el sello... pero juntos tienen poder. Tienen fuerza para reclamar lo que una vez les perteneció. No olvides que aquella reliquia se la quitó Él al primero de los rebeldes, cuando aplastó la rebelión. En realidad, en tiempos inmemoriales perteneció e incluso fue forjada por uno de estos chicos.

Gizeth les dio la espalda. Los músculos de su cuello estaban tensos, rígidos como cuerdas. Los dedos le tamborileaban en la barbilla al ritmo de sus pensamientos, produciendo una musiquilla nerviosa.

—Podría funcionar... —murmuró, pero se notaba que ni él, con toda su sabiduría y su ancianidad, se lo creía—. Aunque será increíblemente peligroso. Todos podríamos ser exterminados por el Metatrón, si se entera de lo que tramamos.

—Todo largo viaje comienza por un simple paso, ¿no? —preguntó su discípula. Y por primera vez le tocó, acariciándole la mano. Entre ellos se avivó un lazo que Mauro notó muy, muy antiguo, aunque nunca del todo extinguido; el rescoldo de una relación que había comenzado siendo intensa y diferente, pero que había pasado por tantos escollos y dificultades, por tantas fases distintas, que sobrevivía sólo como una huella, la marca fosilizada de lo que una vez hubo—. Lo primero de todo es hacer que los chicos se reencuentren. Rafael los separó porque su naturaleza es tal que, si están mucho tiempo juntos, atraen sin remedio la mirada de los Grandes Poderes. Y eso no nos conviene. Además, los chicos deben aprender ciertas lecciones importantes sobre la vida que no podrían asimilar en su entorno normal.

—Ya, eso es muy «rafaeliano» —dijo Gizeth, con sorna—. Espera... — hizo una pausa dramática—. Sí, ya lo recuerdo. Esto sucederá. Hablé con uno de ellos, Erik, en el futuro.

Mauro dio un respingo.

—¿Esa frase no está mal construida? —se extrañó—. ¿Está hablando del pasado o del futuro?

Séfora hizo un mohín.

—En este lugar el tiempo se las trae. Y del espacio ni te cuento.

—Ya hablé con uno de los Niños Perdidos y le dije que tenía que encontrar la reliquia —se entusiasmó su maestro—. ¡Oh, vaya! Le dije que estaba inextricablemente ligada al destino de uno de ellos, un tal Isaac. En el futuro, en ayer-mañana. ¡Ahora lo recuerdo! ¡Le puse en marcha hacia su destino!

Mauro cruzó los brazos, suspirando. Ya se había resignado al hecho de no entender cómo funcionaba el cerebro de aquella gente. Eran ángeles, al fin y al cabo. Podían permitirse ser excéntricos.

—Tienes que enseñarle a Mauro el hechizo de la última reunión —le pidió Séfora—. Si él lo lanza, puede que los reúna a los tres, aunque sea por un corto espacio de tiempo. Lo justo para que el Metatrón no note su presencia, pero ellos puedan ir a recuperar la reliquia.

El anciano miró al joven como quien evalúa la eficacia de una herramienta. Mauro sintió que un sudor frío le resbalaba entre las alas.

—¿Será lo suficientemente fuerte para lanzado?

Séfora le palmeó el hombro. Esta vez rió de verdad, porque le salió de dentro. Mauro se sorprendió al escuchada porque era la risa de una niña, fácil y fugaz.

—Tengo confianza en mi chico. Cosas peores ha soportado en la vida, créeme.

SIETE SELLOS PARA SIETE PROFETAS

—**P**or favor, no vuelvas a hacer eso si no quieres que te pinte las alas de gris estómago —advirtió Isaac.

Acababan de aterrizar en una azotea, en el centro de Madrid, tras un corto vuelo de unos kilómetros. El muchacho árabe estaba pálido, gris ceniciento, y se apoyaba con las manos en la cornisa mientras sus pulmones se inflaban con ansiedad. Las piernas le temblaban por dentro de los vaqueros.

Erik contrajo las alas, un gesto que se había vuelto automático con el tiempo. Era como un gigantesco halcón preparado para reposar tras una sesión de caza. Por lo que Isaac había entendido sobre cómo funcionaba la mitología angelical, mientras Erik tuviese expuestos sus atributos divinos (las alas, la espada) sería virtualmente invisible para cualquier observador, ya fuese humano o tecnológico. Lo que Isaac no tenía muy claro era si él también se volvía invisible siempre, o sólo mientras Erik le llevaba en brazos en aquellos vuelos suicidas por el cielo de la ciudad.

—Venga, que piloto mejor que los tíos esos del aeropuerto —dijo Erik—. No me dirás que te asustan un par de pasaditas a ras de suelo.

Isaac lo miró, inexpresivo, recordando lo cerca que había estado de tragarse aquel carrito de la compra junto con la mujer que lo empujaba, y también el coche que había detrás. En aquel crítico instante se sintió igual que su héroe favorito de cómic, Batman, a punto de convertirse en un bat-sello de correos tras calcular mal la longitud de su cable.

—¿Dónde estamos? —preguntó, conteniendo las arcadas. Podía disimular su recién descubierto miedo a volar en las entrañas de un confortable Airbus, un hotel volante, pero no cogido en brazos por un ángel psicótico.

Erik contempló la ciudad, callado. Un manto ocre de *smog* cubría la urbe distorsionando el perfil de los edificios, volviéndolos irreales, difusos, como

espectros que se aparecían sobre las ruinas de una ciudad más moderna, desafiándole a descubrir cuál de las dos era la auténtica.

Parecía una ciudad fantasma.

—Éste es un buen sitio para vigilar.

—¿A quién estamos buscando? ¿A la gente que me persigue?

Erik concentró la mirada en ciertos puntos del perfil de la urbe. Parecía expectante, nervioso, como aguardando algo que estuviera a punto de pasar... o que tal vez no pasaría nunca.

—Casi. A esa gente nos la acabaremos encontrando, queramos o no. Pero no son ellos quienes me preocupan.

—¿Cómo que no? —Isaac se ofendió al oír esas palabras—. Se supone que estás aquí para protegerme.

Erik le dedicó una genuina mueca de «no me des la tabarra, pobre ingenuo», y volvió a la pose vigilante. A Isaac le recordó a una gárgola que acechaba desde las alturas con sus alas de piedra, siempre atenta, esperando el momento idóneo para que su inmovilidad se transformase en velocidad para golpear por sorpresa a su enemigo.

Le dio un poco de miedo, aquel chico. Y eso que se suponía que era su salvador.

Además, Erik había sacado el espejo de su bolsillo dimensional, o como quiera que se llamase aquel lugar que a veces existía y a veces no. Del cristal surgía un resplandor ígneo, perverso, como si dentro se agitaran cosas que era mejor mantener alejadas de este mundo.

—Me gustaría que me enseñaras a defenderme —comentó Isaac—. Por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—A ti te pasara algo.

Erik levantó de forma solemne una mano. Su compañero pensó que iba a señalar, a indicarle algo en la distancia, pero la ominosa mano acabó en su barbilla para rascarse un no menos ominoso (y celestial) grano.

—No me va a pasar nada, no te preocupes —dijo, abstraído—. Es una prerrogativa de los ángeles guerreros, que siempre estamos ahí cuando nos necesitan.

Isaac leyó entre líneas, aunque no le gustó el mensaje: *Y si me pasara, tú no tendrías la menor oportunidad de defenderte, así que quédate tranquilo y disfruta.*

Su salvador parecía más perdido en sus mundos interiores que nunca. Y ésa era una actitud que Isaac no sabía interpretar. Porque podía extrapolar

mensajes y actitudes de cuando un chico normal parecía perdido en sus mundos internos (a él mismo le pasaba a menudo), ¿pero cómo interpretar ese mismo gesto en un ángel?

—Oye, ¿dónde estás ahora? —preguntó el árabe. Erik dio un respingo.

—¿Eh? Ah, perdona, sigo aquí, contigo. Es sólo que... hay bastantes cosas que me preocupan.

—Quieres decir... además de todo eso de los aviones explotando y los ejércitos demoníacos, ¿no? Esas minucias.

—Sí. Es que no sé qué debo hacer contigo mientras prosigo con mi misión.

Eso cogió por sorpresa a Isaac.

—Creí que yo era tu misión.

—Sólo una de ellas, pero mientras dure mi estancia en la Tierra tengo otras cosas pendientes. La agenda de un Puño del Cielo es muy complicada, no tenemos tiempo ni para echarnos un cigarrillo —sonrió.

Isaac aguardó una explicación. El aire frío de aquella altura le daba de lleno en la espalda, así que se sentó, apoyando la espalda en el muro. Estaban en la cima de una de las torres más altas de Madrid, una que parecía la acumulación de unos cubos de diseño vanguardista.

Erik se apiadó de él. Sabía lo duro que era no entender nada de lo que estaba pasando, sobre todo si esos acontecimientos giraban a tu alrededor.

—En circunstancias normales, como las que tuvo Séfora cuando nos reclutó a nosotros, un ángel tiene un único objetivo y se dedica a él en cuerpo y alma. Por ejemplo —le apuntó con un dedo—: proteger a un pringado. Pero éstas no son circunstancias normales.

—¿Ah, no?

—Para nada. Allá arriba, Rafael y sus amigos (los poquísimos que tiene) están angustiados urdiendo un plan para frustrar al Metatrón y haciendo lo imposible porque éste no lo sepa. Imagina lo complicado que debe de ser ocultarle algo a un ser cuyos poderes incluyen la omnisciencia.

—Imagino que debe de ser difícil —se asombró Isaac.

—Es casi imposible. Por eso sus agentes somos muy pocos, y debemos abarcar mucho trabajo. Eso también me lo dijo Gizeth, que esperase de todo menos un rato libre para escaparme al cine —dijo con sorna—. A la vez que te protejo a ti, tengo que encargarme de otra cosa.

Isaac frunció el ceño.

—¿De qué?

Erik se volvió de nuevo hacia la ciudad, y esta vez, una sonrisa torcida se abrió paso por su cara.

Su mano volvió a levantarse, ominosa, y en esta ocasión sí señaló un punto en la distancia.

—De eso —murmuró.

Isaac asomó la cabeza por la cornisa. En cuanto lo vio, sus ojos se abrieron desmesuradamente.

Se quedó pasmado unos segundos, intentando asimilar lo que estaba viendo antes de que Erik se lo explicara. Porque dudaba mucho de que hubiera una explicación mínimamente coherente para aquello.

En el centro de la ciudad había aparecido un objeto que un minuto antes no estaba. Una torre, ridículamente alta (ni siquiera el rascacielos Burj Khalifa, orgullo de la nación de Isaac y el primero del mundo en aproximarse al kilómetro de altura, llegaba a hacerle sombra) cuya cúspide se perdía entre las nubes. Era muy delgada, apenas la mitad de gruesa que el edificio sobre el cual se encontraban ellos, y no tenía ventanas, sino que parecía hecha de algún material a medio camino entre lo mineral y lo orgánico, que habría hecho las delicias de H.R. Giger.

La torre se estaba volviendo sólida por momentos, pero nunca llegando a concretarse del todo. Era como el fantasma de una torre, un espectro que luchaba por ser corpóreo pero que no tenía voluntad o energía suficiente para conseguirlo.

—¿Es... estás viendo lo mismo que...? —balbuceó el árabe.

Erik asintió.

—Sí, ese inmenso monstruo tipo Godzilla que se dirige directo hacia aquí, ¿verdad?

A Isaac se le petrificó la cara.

Erik le palmeó la espalda, riéndose.

—Era broma, hombre. Sí, claro que veo la torre, y los humanos normales también la verán dentro de nada. Ahora mismo estás asistiendo al espectáculo de cómo cruza entre las dimensiones, pero cuando deje de ser transparente... estará ahí, sin duda, siendo sólida y pesando miles de toneladas y haciendo aquello para lo que haya sido convocada.

—¿Qué es? ¿Quién la ha convocado? —siseó el joven árabe. Un silbido molesto acompañaba sus frases, como si sus pulmones tuvieran un agujerito en alguna parte. Un pequeño fallo de presión.

«Oh no», pensó, «otra vez el asma no».

Erik también se apoyó en la cornisa. Más bien se sentó sobre ella, con los pies colgando en el aire. Por debajo se abría un acantilado de más de treinta pisos que caía a plomo hasta la calle. En esas circunstancias Isaac estaría notando cómo el escueto almuerzo que tomó en aquella cafetería, mientras Erik le contaba su viaje al Infierno, se convertía en una bola de fango en sus intestinos. Pero el ángel no parecía inmutarse ante la altura o el frío.

Isaac supuso que una vez que alguien adquiriría la facultad de volar, también perdía automáticamente la sensación de vértigo.

—No sé ni siquiera si esas torres tienen nombre —dijo el ángel—, pero creo que sé de dónde provienen. Alguien me contó la historia hace mucho tiempo.

—¿Del Infierno?

—No, no son artefactos del Enemigo. Son de los nuestros. Una especie de torres repetidoras que captan y amplifican energía espiritual. Nidos verticales de querubines atados a la materia.

Isaac comprendió. Y con la comprensión llegó también el miedo.

—¿El Metatrón?

—Bravo. Te acabas de llevar el gallifante.

Unos relámpagos restallaron en el aire, circundando la torre, vistiéndola de chispazos eléctricos e invisibles tormentas de ozono. Los humanos aún no podían verla, y menos aún tocarla, pero la Naturaleza sabía que algo estaba llegando. Algo que no pertenecía a este mundo. Y reaccionaba ante su presencia.

—Gizeth dice que habrá siete de estas en distintos lugares del mundo, todas apareciendo a la vez. Cuando su fisicidad sea completa, cuando estén ahí, el Metatrón usará la esencia de los querubines atados a ellas para absorber la energía vital de todos los seres vivos. O al menos de los que le interesen.

—¡Pero así se está violando una regla del statu quo del que me hablaste! —protestó el árabe—. ¡Así todos los humanos podrán ver una manifestación de lo divino, y sabrán que es real!

—Esa norma la impuso el Jefe hace muchos milenios, cuando comenzó la vida, pero... ¿crees que el secretismo tiene sentido cuando lo que quieres es cargarte a todo lo vivo? ¿Qué más da que lo vean ahora, si un segundo después estarán muertos?

Isaac formó una T con las manos, como un entrenador de baloncesto, pidiendo tregua.

—Espera, espera. Aquí hay algo que no cuadra —caviló—. ¿No se supone que el poder de ese tío, el Metatrón, es casi infinito? ¿Entonces por qué necesita de esas... cosas para actuar? ¿Por qué no simplemente alinear a sus ángeles en la estratosfera, con las espaditas apuntando hacia abajo, y...?

—Es una buena pregunta, yo también me la hice al principio. Pero si lo piensas durante un momento, resulta lógico: ¿Cuál crees que es la principal diferencia entre Yahvé y los dioses de otros panteones?

—¿Que Él no es panteónico?

—Ésa es una. Otra puede ser que siempre, desde el principio de los tiempos (es decir, en lo que nos incumbe a nosotros: desde los acontecimientos narrados en el Antiguo Testamento), Yahvé ha necesitado de un conductor físico para sus milagros. Un objeto o una persona viva para que hiciera de canal. —Erik hizo un gesto con ambas manos como separando aguas—. Moisés canalizó el milagro del Mar Rojo a través del cayado, igual que las plagas de Egipto. Cristo usó sus manos para curar a los enfermos. Si te fijas, Zeus se aparecía él mismo entre las nubes cuando quería castigar a alguien y le lanzaba con mala hostia el rayo. El cabronazo tiraba a dar. Pero Yahvé no, a Él no le gusta aparecer directamente en escena. Prefiere delegar en Sus representantes.

—O sea, que el «milagro» del exterminio de la humanidad...

—Se hará posible gracias a esas torres.

Isaac se tiró de los pelos, sintiéndose impotente. Enfadado. Aturdido. No, no sabía cómo se sentía.

—Pero... ¿no hay nada que podamos hacer para evitado? ¿No podemos detener la materialización de las torres, o algo así? ¡Tú puedes, tienes grandes poderes! —exclamó, pero en cuanto vio la mirada de loco de Erik, y esa sonrisa de «estaba esperando que lo dijeras, pequeño», supo que había cometido un error.

—Así me gusta, que le echas huevos —dijo, y lo arrojó al vacío por encima de la cornisa.

El vuelo fue tan intenso y aterrador como el anterior. Isaac no dejó de gritar en ningún momento, pero ni siquiera él pudo escuchar su voz. La presión del viento, el batir de las alas de Erik, la presión de la gravedad contra su corazón y su misma alma... todo se convirtió en una barrera física que le aplastó el pecho y casi hizo que perdiera el conocimiento.

Sólo estuvo en caída libre unos segundos. Luego Erik saltó con elegancia desde la cornisa, agarró en el aire a su protegido y se lanzó como un proyectil hacia la base de aquella torre fantasmal. Isaac se desgañitó mientras Madrid giraba locamente a su alrededor (coches abajo, coches arriba, gente que caminaba por las aceras sin caerse, semáforos, semáforos), y cuando sus pies tocaron tierra (¡la maravillosa, bendita y nunca lo suficientemente valorada tierra!) abrió la boca para vomitar, pero ya no quedaba nada dentro de su estómago. Miró a Erik con ira.

—¡Te pedí que nunca jamás volvieras a hacer eso! —chilló con una vocecilla histérica.

—¿Ah, sí? Perdona, es que a veces me hablas por el lado malo —dijo, tocándose un oído. Luego miró hacia arriba: tenía la torre justo encima, un fantasma tubular, una jabalina interminable que partiendo del suelo llegaba a clavarse en las estrellas. De cerca, translúcida y vestida de relámpagos, era aún más sobrecogedora.

Isaac se sintió aplastado por su tamaño, por la escala a la que un arquitecto celestial parecía haberla diseñado.

—Retiro lo dicho —murmuró—. Creo que ni tú tienes poder suficiente para parar esto.

Erik arrugó el mentón, marrullando alguna idea.

—Puede que no, o puede que sí. Sígueme de cerca y agáchate. Esto podría ser peligroso.

Isaac obedeció, ¿qué remedio tema? Siguió casi a gatas a su protector (qué cínico parecía ese apelativo en algunos momentos) hasta la base de la torre fantasma, su centro exacto.

La mole, cuando se solidificara, quedaría plantada en el interior de un patio sucio y lleno de grafitis. Era el espacio que había quedado entre varios edificios colmena, feos y plagados de ventanas, que databan de los años del boom obrero de los sesenta. El aspecto de aquellos inmuebles era lamentable, y dejaba bien claro que su ubicación no tenía nada que ver con la prosperidad ni con la higiene. Era un lugar viejo, sucio y peligroso, hogar de alimañas (no todas de cuatro patas) que podían surgir de improviso de las sombras para atacarles.

Isaac tenía miedo. Dubai tenía muchas zonas así, alejadas de los barrios ricos, que albergaban a la mayor parte de la población trabajadora. Los que construían los carísimos hoteles y los edificios de un kilómetro de altura, los que atendían al turismo y satisfacían los caprichos de los políticos. Esa gente

malvivía en edificios como aquellos, vejados monumentos a la condición humana que se habían atrofiado aún más rápido que sus habitantes.

Isaac y su familia procuraban evitar por todos los medios aquellos lugares, aunque a veces, si se quería llegar de un punto a otro, obligatoriamente se tenía que cruzar por alguno lleno de trampas y misterios.

Por fortuna, como solía decir su tío Saffed, Allah inventó las limusinas blindadas.

Erik entró con cautela en aquel espacio entre colosos llenos de ventanas. Estaba desierto, salvo por un individuo que esperaba en el centro exacto del patio. Sólo había que fijarse en la circunferencia de la torre espectral para darse cuenta de que también estaba en el centro de ésta, esperando. Quizás haciendo algo para que se acelerara el proceso de solidificación, pero desde esa distancia era imposible afirmarlo.

El hombre parecía joven, como Erik, y vestía una especie de dalmática elaborada con un material rudo, como el lino, que le llegaba hasta los tobillos. Esa indumentaria lo separaba brutalmente de su entorno, aislándolo no física pero sí conceptualmente, como si fuera una reliquia escapada de otro tiempo. Isaac imaginó que ése era exactamente el caso.

—¿Qué hacemos ahora? —susurró a gritos. Erik, que iba dos pasos por delante de él, le indicó que se ocultara detrás de un muro, en uno de los accesos a los edificios. Parecía una buena idea.

—Escóndete allí y déjame trabajar —le contestó Erik, en un murmullo casi inaudible—. No saques la nariz hasta que yo te lo diga, ¿vale?

—Vale, pero... ¿qué es eso, un demonio? ¿Un siervo de Satanás?

Erik sacudió la cabeza.

—Estas torres las está situando aquí el Metatrón, y él nunca se serviría de bestias del Abismo para sus fines.

Un escalofrío trepó por la espalda de Isaac.

—Es otro ángel —comprendió.

Isaac corrió un breve trecho hacia el muro que le había indicado Erik, pensando que las tenía todas consigo, pues aunque él nunca había sido un prodigio de agilidad, el otro ángel estaba de espaldas a ellos y muy concentrado en su labor.

Pero la segunda cosa que le había dado tiempo a aprender sobre los ángeles en su breve relación con Erik (la primera era que volando eran unos malditos kamikaces), era que con ellos no podía darse nada por sentado.

El hombre de la dalmática oyó los pasos del joven, o los sintió a través del frío aire del patio. Y se giró bruscamente hacia él. Unas líneas de luz sólida

culebrearon a sus pies, enredadas en sus tobillos; eran como serpientes actínicas con vida propia, que se trenzaban y anudaban y formaban complejos tapices a medida que su amo se desplazaba.

Las cabezas de aquellas serpientes de luz se alzaron, apuntando como perros de presa a Isaac.

El árabe estaba paralizado. Sus miembros habían dejado de responderle. Quería seguir corriendo, y así se lo hacía saber a gritos a sus pies y caderas, pero era imposible. Se había convertido en una estatua de sal, el monumento póstumo a un chaval que una vez se había llamado Isaac, y que había sido lo suficientemente estúpido como para meter la nariz en asuntos divinos.

Con un terror que iba más allá de lo soportable, contempló cómo el ángel se movía en su dirección, mirándole con ojos que eran pozos de fuego blanco. Ahora veía sus alas, y eran blancas, puras, con un brillo argénteo y metálico igual a la pintura de los coches de lujo que tenía su padre. Y su mirada... que Allah tuviera piedad de su alma, era la misma que había visto en la cara de Erik cuando se enfrentó al demonio del avión. Una mirada asesina, la que pondría un emisario divino dispuesto a eliminar cualquier obstáculo que se encontrara en el camino, con tal de cumplir su misión.

Desesperado, Isaac pensó en chillar pidiendo ayuda. O mejor gritando «fuego», como aconsejaban los psicólogos a las mujeres que sufrían acoso. Nadie se atrevería a asomarse si alguien gritaba pidiendo auxilio, pero una llamada de advertencia sobre un incendio haría que hasta los piojos saltasen del lomo de los perros. Y en aquellos edificios colmena tenía que haber muchísima gente, gente asustadiza. Gente que quizás no se hubiese asomado ya porque tanto la columna titánica como el ángel que la custodiaba eran invisibles para sus ojos mortales.

Isaac abrió la boca. Ningún sonido salió de su garganta. Hasta sus cuerdas vocales eran pilastras de sal, el pánico un muro tan alto como la torre, infranqueable.

El ángel ya casi había llegado hasta él, y las serpientes actínicas se estaban tensando como para salir disparadas hacia su yugular... Cuando ocurrió. Una sombra surgió de la nada, armada con una larga espada que dejaba estelas de luz en el aire. La sombra extendió sus propias alas, se abalanzó sobre el ángel desde atrás y le asestó un único y poderoso golpe en el cuello.

Isaac tenía lágrimas cristalizadas de miedo bajo los ojos, y sus filos cortantes no le dejaban cerrar los párpados. Por eso se mantuvo alerta y

mirando a su adversario cuando Erik saltó sobre él y le rebanó la cabeza de un tajo.

El ángel no exhaló el menor sonido al morir; simplemente, las dos partes de su cuerpo se desmenuzaron en algo parecido a una tormenta de lavanda que se evaporó en el aire, y todo lo que había sido, menos las serpientes de luz, desapareció.

Erik aterrizó manteniendo una pose de espadachín oriental. Luego se incorporó, guardó la espada haciendo un molinete y agarró las serpientes con la mano.

—Tensores espirituales —barruntó—. Chakras metafísicos. Ese mamón los estaba colocando para que hicieran de cimientos para la torre.

Isaac exhaló un nervioso angh, angh, que tardó en descubrir que no eran palabras, sino los vagidos ahogados de su respiración.

Erik frotó las serpientes contra el borde de ataque de sus alas, convirtiéndolas en hilachas de luz, y el fantasma de la inmensa torre que se elevaba sobre sus cabezas se volvió más transparente. Casi, casi llegó a desaparecer.

Alguien se asomó a una ventana, echó un rápido vistazo al patio y se escondió al instante, como si la discreción y el evitar por todos los medios involucrarse en problemas ajenos fuera la norma en aquel lugar. De fondo se oía una discusión amortiguada entre dos personas, y más allá, un bebé que lloraba en una cuna.

Las primeras palabras que acudieron a la garganta de Isaac fueron:

—¿Lo has... has matado?

—Me temo que sí. Ese tipo era un Custodio, un encargado de operaciones transdimensionales. No se puede discutir con esa gente.

—¿Y... y ahora qué hacemos?

Erik se apartó el flequillo de los ojos, peinándose con el mismo gesto.

—Ir hasta la siguiente torre y tratar de retrasar su llegada, igual que con ésta. Si interferimos en la parte del plan que transcurre en la Tierra, puede que ganemos tiempo.

—¿Tiempo para qué?

Se encogió de hombros.

—Quién sabe. Para que Tanya o Séfora encuentren alguna solución a todo este embrollo, si es que siguen vivas. O para que Rafael y los Arcángeles den con el talón de Aquiles del Metatrón antes de que él los mate. En estos momentos, créeme si te digo que estoy tan confundido como tú. —Le guiñó un ojo—. Por cierto, gracias por ayudarme. Muy bien jugada tu parte.

—Me has usado de cebo —comprendió él, atónito.

Erik sonrió.

—Nah, es tu imaginación. Venga, recoge que nos vamos. Esta vez prometo volar más despacio, si quieres. Miró hacia la huella de luz que habían dejado las serpientes, que seguía tatuada como un mandala en el pavimento.

—A tenor de este patrón, creo que sé dónde se levantará la siguiente torre. Pero tendremos que ir con muchísimo cuidado. Ahora están sobre aviso.

—¿Adónde vamos?

—¿Alguna vez has estado en Venecia, Isaac?

El joven iba a responder que sí, que la ciudad de los canales era un destino obligado para cualquier estudiante de arte que se preciara, igual que Roma o Florencia. Saffed le había acompañado en varias ocasiones, dejándole disfrutar con sus museos y sus iglesias mientras él se dedicaba a explorar otras zonas menos prestigiosas de la ciudad. Pero no tuvo tiempo de decírselo, porque antes de que se diera cuenta Erik le había puesto un brazo alrededor de la cintura, y el suelo se alejaba otra vez a gran velocidad como si le diera asco tocar sus zapatos.

Durante las siguientes horas, Isaac guardó un tenso silencio mientras Erik lo llevaba en brazos a través de medio mundo, de medio cielo.

Cuando se atrevió a hablar, fue para formular una simple pregunta:

—¿Por qué lo mataste? ¿Él no era de los tuyos, otro ángel?

Erik le contestó igual de escuetamente.

—Isaac, ¿todavía no te has dado cuenta de que hay en marcha una guerra sin bandos, en la que luchan todos contra todos?

CAUTIVOS

Tanya empujó con suavidad la puerta de aquella casa abandonada.

No se abrió.

El mecanismo que hacía girar la jamba era muy primitivo, un palo que surgía de la esquina trasera de la puerta y se hundía en un agujero del suelo. Eso hacía de eje, en ausencia de goznes. Y estaba obturado.

Empujó con más fuerza, hasta que la puerta gimió y el polvo acumulado bajo ella cedió. Logró abrir un hueco lo suficientemente grande como para pasar de lado si contenía la respiración. Sin embargo, antes de hacerlo echó un vistazo al interior.

La penumbra dominaba el lugar, pero como en toda penumbra también había matices de luz. Luz de distintos colores. Igual que las casas que tenía a los lados, y que sí estaban habitadas, aquella poseía sólo dos orificios en las paredes, además de la puerta: una ventana estrecha que parecía más una saetera, y un agujero redondo en el techo, sobre una especie de hogar obstruido con piedras, donde en tiempos debió de arder una hoguera. El agujero no era tal, pues lo cegaban los colmillos de un cristal tintado (no le extrañó, a pesar de la época: ya en el 2.500 antes de Cristo había toda una industria de producción de vidrio en Egipto).

La escasa luz que entraba por el agujero pasaba a través de aquel cristal sucio, transfigurándose en todos los matices que sus ojos eran capaces de captar. Rebotaba anaranjada en los muros, se hería de rojo y dorado junto a las paredes y se entretejía en un movimiento intrincado en el hogar, como el de la lanzadera en el telar. Una hipotenusa de telarañas levantaba visillos en zonas de la casa que no estaban realmente separadas.

Telarañas. Manchas de hollín que fagocitaban como algas carnívoras las paredes. A eso le pareció a Tanya que había quedado reducido el mundo.

En lugar de vigas o travesaños, lo que sostenía las paredes en su sitio (además de la argamasa que, muy vieja ya, hacía de engrudo para el adobe) eran trozos mal cortados de madera que el albañil había colocado estratégicamente, aquí y allá, en los sitios destinados a cargar con más peso. Los ojos de Tanya se acostumbraron a la poca luz que se colaba por aquella primitiva chimenea, y distinguió cascotes, tierra, restos de ropajes muy antiguos e incluso el esqueleto de algún animal. Nadie había habitado aquel lugar desde hacía mucho.

Eso la preocupó aún más. Extramuros, en el valle y las colinas de los alrededores, si alguien dejaba sin habitar una choza lo mismo podía ser reclamada por un pastor como abandonada a su suerte por los siglos de los siglos (vaya, se dio cuenta: la hiper-net seguía funcionando, incluso de manera subconsciente). Pero dentro de las murallas de Sodoma, la fagocitación urbanística tenía que ser extrema: Ninguna casa podía quedar deshabitada mucho tiempo antes de que o bien los familiares de su antiguo dueño o bien el gobierno la reclamaran.

De lo cual se deducía que si aquella casa estaba así era porque nadie la quería, a pesar de que, al igual que en las ciudades de la época de Tanya, el metro cuadrado de terreno fuera el bien más precioso para comerciar.

Empezó a sospechar el porqué.

Nadie quería aquel lugar porque sobre él flotaba un aura maligna. Una sombra oscura, un hálito obscuro y tenebroso que probablemente los hombres no sabrían explicar, pero aún así intuían su presencia.

Tanya la percibía con más claridad. Y en cierto modo, su influencia llegaba a causarle un dolor físico.

«En este lugar el Lado Oscuro es más poderoso», pensó con una sonrisa nerviosa. «¿Tendré que medirme a espadas contra una versión anti-Tanya de mí misma? ¿Una Tanya Barbie vestida de rosa? Dios, qué horror...».

Entró en la casa. Unas formas pequeñas y veloces huyeron en cuanto puso un pie entre los cascotes. Algo cortó el haz de luz que caía desde arriba, pero no supo si era un hombre o un animal.

Entonces oyó la voz.

—Entra, visitante, pero no dejes ni una gota del bien que traes contigo.

Tanya se sobresaltó. Era una voz profunda, de hombre, que parecía deformada por uno de esos aparatos que usaban los secuestradores en las películas cuando hablaban por teléfono. Una voz absolutamente maligna, profunda y reverberante, que hizo que se le pusiera el vello de la nuca de punta.

—¿Q... quién es? —balbuceó. Cogió un cascote del suelo y lo sostuvo como un arma—. ¡Déjate ver!

Dos puntos centellearon en la tiniebla. A la mente de Tanya llegaron imágenes nítidas de desmodus, islas griegas estallando en arrecifes de fuego y catástrofes varias.

Pero aquél no era uno de esos monstruos horribles. No lo pareció, al menos, cuando dio un paso hacia la zona de penumbra.

—Estás muy lejos de tu casa, sanadora. ¿Qué haces en este lugar, y en este tiempo? —preguntó la voz. A Tanya le llamó la atención que no hubiera una amenaza implícita en ella, sólo una intrigante curiosidad.

La joven dio un paso atrás, hacia la puerta. La rendija por la que había entrado hacía un momento se le antojó demasiado estrecha para una huida rápida.

—¿Cómo sabes...? ¿Quién eres?

La figura se alzó como un borrón de humo en la penumbra.

El hombre era más alto que ella, atlético y bien formado. Pero lo más asombroso era su rostro. Era increíblemente bello, rubicundo y luminoso, como el de un ángel de luz. Pero no era fulgor lo que despedían sus ojos. Tanya se sintió agredida por aquella belleza mezclada con crueldad, que le recordó algunas estatuas que había visto en sus visitas del colegio a los museos. Era una figura con aspecto de estatua, con aquella incómoda mezcla entre la majestad divina y un distanciamiento absoluto del ser humano que impregnaba el arte antiguo.

—Soy quien soy, y lo he sido desde que existe la Creación —dijo el hombre de la voz terrible. Tanya sintió un miedo tremendo y a la vez una gran satisfacción al contemplar aquel rostro, un placer casi sexual, algo parecido a lo que debió experimentar Odiseo cuando escuchó atado a un mástil el canto de las mujeres pájaro, las sirenas—. Y estoy donde debo estar. Pero tú, pequeña flor de un día, centelleo de luz que acabas de nacer, no deberías haber venido.

—Me... me enviaron para... —Calló. Ni siquiera ella tenía claro por qué la habían mandado a aquella época los Arcángeles, así que era mejor cerrar la boca. Sobre todo porque aquel ser (cuya majestad rebasaba la de los Arcángeles, aunque de una forma radicalmente opuesta) parecía saber lo que iba a decir antes que ella misma.

—No, no lo sabes, es cierto. Rafael y sus hermanos juegan a los enigmas con sus criaturas. Algún día deberíais rebelaros contra ese abuso de poder, como hice yo.

—¿Tú...?

El hombre hermoso se aproximó a la saetera. Tanya se fijó en que no tenía alas, como los ángeles o los demonios, sino dos muñones emplumados y manchados de sangre. Alguien le había amputado las alas hacía mucho tiempo, pero la herida jamás cicatrizó.

Tanya sintió un escalofrío. El dolor que sentía aquel ángel debía de ser atroz, pero ni el más mínimo gesto en su cara lo traicionaba. Era como si el dolor fuera parte de él, de la misma concepción de su ser, una parte de sí mismo que había aceptado hacía mucho.

—La humanidad. Mírala —dijo, espiando por la saetera el caótico movimiento de masas—. Algunos opinábamos que crearla fue un gran error, porque se acabaría convirtiendo en una amenaza para todos. Pero claro, nuestras opiniones jamás eran tenidas en cuenta. Ahora llega el momento de hacer balance y, ¿con qué nos encontramos? Conque Él sí que es capaz de hacer tábula rasa, después de todo —dijo con malicia.

—Eres... él —comprendió Tanya, aterrada. Apenas le llegaba aire a los pulmones. Sentía una presión en el pecho que amenazaba con hacer estallar su corazón.

Sabía que podía intentar huir, sí, existía esa posibilidad. Y también que era una maniobra completamente inútil, si el ser con el que estaba hablando, el hombre que miraba por la ventana con expresión melancólica a menos de dos metros de ella, era quien insinuaba ser.

—Yo. Es un gran nombre, un gran concepto. Me alegra mucho ser Yo, porque si no lo fuera, otro debería ocupar mi lugar. Así está dispuesto en el gran plan divino.

—¿P... por que estas...?

—¿Aquí? —Miró hacia arriba—. Ya lo sabes. El destino de esta ciudad está sellado, y pronto ocurrirá. Debo ser testigo. Igual que tú, tal vez.

—No... no quiero ver cómo muere toda esta gente...

La risa que brotó de aquellos hermosos labios se pareció a una nube de ceniza tamizada por un atrapasueños. Tanya palideció.

—Si tuvieras más opciones, igual que yo, las aprovecharías. Pero harás lo que se te ordene. Así fue en el comienzo, en el Principio de todo, y así será en el futuro distante. Seguramente te han criado en el convencimiento de que el «libre albedrío» es una realidad a escala cósmica, pero es la mayor mentira del universo. —Se frotó el agraciado mentón. Tanya jamás había visto (ni volvería a ver) unas proporciones tan perfectas en un ser humano. De existir una regla para medir la belleza como expresión matemática, aquel cuerpo

obtendría la mejor puntuación—. Yo no tuve opción de elegir mi propio camino, y ahora que por fin otro de nosotros ha encontrado una forma de hacerlo, de ser realmente libre... —Sus ojos se ensombrecieron, tristes—. Él lo impedirá. Lo hará de nuevo.

—Si te refieres a... al Metatrón, hay otros que quieren detenerle. No sólo... —Tanya señaló tímidamente hacia arriba con un pulgar.

El hombre asintió, regalándole una sonrisa absolutamente cautivadora. Una especie de halo negro casi invisible en aquella penumbra perfilaba su rostro, añadiéndole una dimensión adicional.

—Lo sé, Rafael y sus aliados han establecido una alianza. Pero no servirá de nada. El Metatrón no tiene por objetivo arrasar las hordas del Abismo, sino ser libre, sobreponerse a las trabas y los muros de agonía, de esclavitud suprema, que encadenan su destino. Tal y como quise hacer yo. Pero Él —imitó de una forma graciosa el gesto del pulgar de la joven— hará tábula rasa, otra vez, como en los tiempos del Diluvio. Y esta vez nada escapará a Su furia. Ni siquiera... —torció el gesto, y esta vez sí que dejó escapar algo parecido a la ira contenida—... yo.

—Yo le detendré —dijo Tanya, sin creérselo. En realidad no podía creer que nada de aquello estuviera pasando. Que estuviera en presencia de... Él, y aún continuase con vida—. Y mis amigos. Somos los Niños Perdidos. Los elegidos.

El hombre se quedó mirándola durante unos segundos. Por un momento pareció que iba a romper a reír, pero a sus labios sólo asomó una sonrisa tímida.

—¿De verdad estás dispuesta a hacerlo, a pagar el precio?

Tanya descolgó la cabeza hacia un lado.

—Bueno... depende de cuál sea. Pero lo que es seguro —dijo, recuperando el aplomo—, es que lucharemos contra cualquier dificultad que se nos ponga por delante. Da igual que sea el Metatrón, o... —le temblaban la voz y las manos—... o tú.

El hombre hermoso asintió, satisfecho con sus palabras. Metió las manos en los bolsillos de su túnica cananita en un gesto sorprendentemente parecido a las maneras del siglo de Tanya.

—Entonces es verdad. El imbécil de Rafael tenía razón, después de todo.

—¿Sobre qué?

—Que vuestro espíritu es fuerte. Puede que exista una minúscula posibilidad de escapar a la próxima tábula rasa universal, el próximo Diluvio.

Y si tú estás aquí, significa que... —alzó un dedo hacia la puerta, que se abrió con un crujido— el juego empieza esta misma noche.

—¿Esta noche? ¿Pero cómo voy a...?

No pudo acabar la frase. Algo que no era viento pero que empujaba como tal salió de aquel dedo perfecto, y arrojó a Tanya fuera de la casa. Rodó por el suelo, a muchos metros del umbral, plantándose en medio de la plaza donde habían estado reunidos los ejércitos antes de salir a afrontar su destino.

Pero lo que había ahora en aquella plaza no era ningún ejército. Al menos, ninguno amistoso.

Había pasado más tiempo en el exterior de la casa que dentro. Tanya lo supo por la posición del sol, a punto de ocultarse ya, y porque parecían haber ocurrido mil cosas en la ciudad mientras ellos hablaban. Por lo pronto, las gigantescas puertas dobles de Sodoma habían caído (o habían sido abiertas desde dentro por algún traidor), y los ejércitos de los reyes del Este estaban penetrando en sus defensas. La gente huía despavorida de un lado a otro mientras guerreros montados en camellos y ataviados con lorigas de bronce luchaban en las mismas puertas.

Tanya sintió que se le revolvía el estómago cuando vio los cadáveres que poblaban la plaza, la mayoría de soldados de distintos ejércitos, pero también muchos de simples campesinos. No era una visión agradable. La sangre era muy roja, casi negra, y formaba pequeños lagos donde afloraban islas de vísceras humanas. Tanya se tapó la boca para no vomitar. Aquello no era como en las películas: era una batalla real, llena de gritos, de olores agresivos y desagradables, de niños chillando los nombres de sus padres antes de que los filos de las lanzas enemigas cayeran sobre ellos. De saetas impregnadas de betún que trazaban arcos de humo hasta toparse con casas donde se refugiaban familias enteras.

No, no era bonito. Era la guerra, la guerra de verdad, y también el espectáculo más deplorable que hubiera visto nunca.

Entendió a qué se refería el... el inquilino de aquella casa, cuando dijo que tenía que ser testigo de la barbarie: No estaba hablando de la destrucción cataclísmica de Sodoma (para eso aún faltaban algunos años, cuando Bitiá y Atará fueran mayores), sino a la invasión de la ciudad por los reyes del Este. Una matanza de la que pocos saldrían vivos, y de la que la urbe, asombrosamente, surgiría de nuevo de sus cenizas aún más violenta y depravada que antes.

«Lógico», pensó Tanya; «si sufres ataques constantes de tus vecinos y tus hijos crecen entre la muerte y la crueldad, ¿qué ciudad de este mundo no se

volvería malvada?».

Lo peor era que ni siquiera se podía distinguir quiénes luchaban de un bando y quiénes de otro, por lo que se hacía muy difícil pedir ayuda. Las armaduras de los soldados parecían clónicas, y los estandartes (había muchísimos) eran copias casi idénticas entre sí. Las masas de hombres se mezclaban unas con otras en un cenagal indistinto, y si en algún momento hubo alguna clase de metaestructura en el programa de batalla, a estas alturas no era más que un triste recuerdo.

Apretando los dientes, Tanya se arrastró como pudo hacia una esquina de la plaza, procurando quitarse de en medio para cuando entrasen los carros. Si llevaban cuchillas en las ruedas, a semejanza del ejército persa, aquella violenta masacre cuerpo a cuerpo podía convertirse en una auténtica carnicería.

Mamá, susurró. Estaba muerta de miedo, y deseó que sus padres estuvieran allí para protegerla. Al mismo tiempo sentía pánico ante esa idea, pues no los había recuperado tras la batalla de Santorini para que se los arrebatara un bárbaro con una espada.

Llegó hasta donde descansaban unos heridos. La sangre manaba a borbotones de tajos tan grandes como un brazo, verdaderas mutilaciones que mostraban sus cuerpos. Tanya vomitó encima de uno de aquellos hombres sin poder evitarlo (fue la comida que tan cálidamente había disfrutado en el hogar de Lot), pero también recurrió a su energía, a la luz de la curación. Sus manos brillaron, y al menos pudo estabilizar a aquellos desgraciados. Buscó más víctimas, hombres, mujeres o niños, incluso soldados, daba igual de qué bando fueran. Pero sus ojos sólo vieron cuerpos descuartizados, llanto, dolor, sufrimiento, ira, devastación.

Una risa con textura de ceniza que sonaba de fondo.

No pudo soportarlo más. Se puso lentamente en pie, mirando con expresión iracunda la barbarie.

Aunque lo que iba a hacer cambiase el curso de la Historia, le traía sin cuidado si lograba detener aquella locura. La muerte estaba marcando su paso sobre aquellos muros milenarios, y ella iba a hacer lo mismo.

Extendió los brazos. Se concentró en sus alas, en extenderlas en toda su majestad. Vale, a ver cómo les sentaba a aquellos fanáticos un poco de miedo religioso de verdad.

Antes de que pudiera sentir la energía fluyendo por su cuerpo, cambiándolo... el regatón de una lanza se estrelló contra su cráneo, y Tanya perdió el sentido.

Lo último que oyó antes de que su cara quedase medio enterrada en uno de los charcos de sangre, fue la risa de aquel hombre increíblemente hermoso, que reía no de la maldad que se desplegaba a su alrededor, sino de lo macabro de aquella broma a la que él mismo había llamado... humanidad.

Lo único que desmentía la aparente quietud de la noche era el canto de las cigarras.

Tanya abrió los ojos, muy despacio, sólo una rendija. Si estaba en el suelo (que lo estaba) y los supervivientes de la masacre la habían dado por muerta (cosa lógica, teniendo en cuenta que ella se daba a sí misma por muerta), era mejor mantener esa ilusión. Que pensasen que era un cadáver más, y así nadie se molestaría en ir a rematarla.

O a hacerle cosas peores.

Por la saetera formada por sus párpados vio otros cuerpos, pero no parecían estar muertos. Era gente sentada, arracimada en un área muy pequeña. Gente vestida tanto con los trajes sencillos y negruzcos de los mineros, como con las ropas elegantes que sólo un alto funcionario de la ciudad o un sacerdote podía llevar. Todos mezclados, arracimados en el mismo grupo, reducidos a un mismo estatus.

Oyó llantos entrecortados, muy cerca. Creyó reconocer una voz, la de una niña que preguntaba cosas entre susurros a su madre. Una niña.

Tanya se levantó sin miedo. Sí, estaba en un lugar distinto, una especie de campo de refugiados. Tenía el pelo apelmazado por algo. Ceniza.

Cuando alzó la vista por encima de la línea de *taqiyas*^[1] vio el altiplano sobre el que estaba la ciudad de Sodoma. Numerosas columnas de humo brotaban de conatos de incendio al otro lado de las murallas. Esas columnas se fusionaban en una sola, grande y pesada, que volvía a caer al suelo sobre el valle disfrazando con una falsa niebla los campamentos.

La lucha parecía haber acabado. Y tras toda lucha llegaba el momento del saqueo.

Lanzó un gemido de impotencia. Su intento de cambiar la Historia había fracasado. Puede que hubiera una regla cósmica que no le dejara hacerlo, por más que quisiera. Una vez había leído una historia de ciencia-ficción en la que se aseguraba que, si la línea del tiempo no era múltiple sino unitaria, una especie de nudo gordiano sin hilachas ni puertas traseras (es decir, si no era verdad toda aquella parafernalia de los universos paralelos, cualquier intento de cambiar lo que ya había ocurrido acabaría en fracaso: las casualidades, los

hechos fortuitos, se confabularían para que alguien que no debiera estar ahí evitase el asesinato de Kennedy, por ejemplo, o para que un ángel en periodo de pruebas no fuera a meter la pata y rescribiese toda una era de Oriente Medio.

Tanya se incorporó, llamando la atención de las personas que estaban a su lado. Se alegró como nunca al reconocer el rostro de Edith, con aquellos ojos brillantes y sinceros que ocupaban el noventa por ciento de su cara. También estaba su marido, sentado entre ella y las niñas, con la túnica manchada de sangre ajena y media barba quemada.

Los cuatro se alegraron muchísimo cuando la vieron incorporarse.

—¡Gracias a Nanna, estás bien! —exclamó Edith, abrazándola. La cristalina agua de sus lágrimas le mojó la mejilla—. Creíamos que... que ya no...

—Soy más dura de lo que parezco —sonrió Tanya. «Claro, a vosotros os espera otro destino por delante de este, entendió». Por eso no le sorprendió verlos allí, vivos y sin un rasguño—. ¿Qué ha pasado? —preguntó, frotándose la cabeza allá donde había impactado la lanza. No quedaba rastro alguno del moratón, cortesía de sus poderes curativos.

—Las tropas de Codorlaomor y sus reyes esbirros han tomado la ciudad —explicó Lot—. Ahora la estarán saqueando. Eso si el propio Codorlaomor se lo permite.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —preguntó Tanya. No sonaba lógico. En la Antigüedad era costumbre pagar a los soldados con el botín de las victorias, con lo que un rey que prohibiese a sus hombres una *razzia* se estaba buscando tener en nómina a un montón de desertores.

—Codorlaomor no desea expoliar la ciudad. Quiere que Sodoma siga siendo lo que es, comerciando con los reinos de la Pentápolis y rindiendo beneficios en forma de tributos. Dejará que sus hombres saqueen, pero sólo en algunos barrios no demasiado importantes. —Se rascó lo que le quedaba de barba. Entre los pelos anudados en bucles corretearon unos puntitos minúsculos. Tanya sintió que empezaba a picarle todo el cuerpo al darse cuenta de que aquel campamento debía de ser una selva de piojos—. Nos han dicho que a partir de ahora deberemos rezar a Nanna invocándolo por otro nombre: Sin.

—¿Sin?

—Es su nombre acadio. Cambiar de nombre a tu dios es el primer paso para cambiar para siempre tu manera de vivir —razonó, apesadumbrado. A pesar de su aspecto de cabrero sucio, era un hombre muy culto para su época.

Y conocía los números, lo cual era todo un prodigio, aunque su hiper-net particular le dijo a Tanya que ciertas numeraciones dependientes de la sumeria sólo podían ser proyectadas hasta el número mil. No había conceptos mentales ni abstracciones para números más grandes.

—Nosotros estamos bien, gracias a Nan... a Sin —dijo Edith, abrazando a sus hijas. En las mejillas de éstas se veían surcos trazados por las lágrimas, unos canales de sufrimiento que no se borrarían nunca.

—Siempre supe que la rebelión era una mala idea —se quejó un hombre que estaba junto a ellos, en cuclillas. Vestía ropas nobles, pero su cara seguía siendo tan barbuda y manchada de hollín como las de los campesinos—. ¡Levantarse en armas contra una coalición de ejércitos más poderosos! ¿Quién fue la mente calenturienta, que la gran serpiente soberana de la ponzoña se la lleve, que ideó tal cosa?

Esas palabras tuvieron un efecto devastador en Tanya. La barrera de frialdad que sintió al despertar era una especie de sistema de defensa, un foso infranqueable para los sentimientos. Una presa que mantenía a buen recaudo el horror del ataque, los llantos de las víctimas, la agonía de los heridos, el callado lamento de los muertos, que acaso se preguntaban si todo habría valido la pena.

Pero esa barrera se vino abajo, y Tanya no pudo más que llorar, chillar amargamente, golpearse las rodillas con los puños y abrazarse como hacía cuando era pequeña, meciéndose lentamente en la inútil espera de que las cosas volvieran por sí solas a su cauce.

«Soy más dura de lo que parezco». Qué gran mentira. Por un momento había llegado a creérselo.

Ecos de su vida pasada se interpusieron en el presente, subrayando escenas de la memoria con una tinta más agradable. Era su yo, su verdadero yo, intentando por todos los medios poner orden en el desbarajuste celestial.

No aceptes lo que crees que está pasando, porque no es más que una pesadilla («no, no lo es, y ésa es la mala noticia»). Escóndete bajo las sábanas, como haces cuando tienes frío, que cuando suene el despertador te levantarás para ir al instituto, entrarás en tu clase, la misma de todos los días, para saludar a los mismos chicos y los profesores que parecen vivir dentro de las aulas. Abrirás los mismos libros por la marca que dejaste ayer y sacarás de tu gracioso estuche lleno de gavetitas y recovecos los lápices con tinta brillante y la calculadora científica, para encarar con valentía un nuevo teorema sobre las asíntotas («no, eso tampoco pertenece ya al presente, y ésa es la noticia peor»).

El último momento de su vida en el que fue... ¿normal?, llegó a ella con nitidez, e intentó borrar las sombras del presente, acomodarla en cómo deberían ser las cosas y no en cómo se habían vuelto. Normal era ella saliendo de una clase de matemáticas en el segundo piso, con las celosías de aquel pasillo que se caían a pedazos, rodeada por sus amigas. Normal era lanzar esa mirada llena de preguntas hacia aquel chico que podría sustituir a su actual novio, si las cosas no se arreglaban. Normal era reír mientras discutía con Alba y con Sandra sobre el disfraz que se pondrían en Carnaval, si cada una se lo haría por su cuenta o pondrían en común sus recursos.

Normal era no tener que preocuparse de si una hora después seguiría con vida.

Afirmaba un viejo dicho que cuando corren tiempos de bonanza, uno añora los tiempos difíciles. Es lo que les pasaba a los veteranos de guerra, cuando relatan su odisea a los nietos: si uno atiende sólo a la emoción que se esconde tras la voz, al grado de detalle de los peores momentos, a la fuerza que tienen los impactos de balas que son como impactos de puntos suspensivos en esas gargantas... podría parecer que no hubo sufrimiento, sólo aventura, o que nada se perdió, sólo se dejó pendiente.

Pero nunca es así. La guerra se basa en horror, y muerte, y eso Tanya acababa de aprenderlo con mayor claridad que en cien clases de historia.

Una vez le escribió una carta a su abuela, cuando todavía estaba viva. Sentía próxima su muerte, aunque en aquel momento no habría podido explicarlo. Le contó todas sus frustraciones de adolescente, sus temores, sus penas y alegrías, las cosas importantes que sabía que estaban por llegar. Cuando acabó, la carta parecía una pequeña novela, en apariencia mucho más larga que sus días.

Su abuela la leyó y la juzgó con una simple sonrisa. «Algún día descubrirás qué partes de esto que has escrito encierran verdadera sabiduría y cuáles pertenecen al terreno de la infancia», le dijo con esa sonrisa. Y nunca lo supo, pero le arrancó una lágrima que aún estaba en aquel papel.

Tanya sollozó. Sintió que los brazos de su abuela, escolleras en una tempestad, crecían a su alrededor como murallas para defenderla. Pero no, no eran los de su abuela. Eran los de Edith, que también lloró al ver que Tanya se derrumbaba, y de algún modo supo compartir parte de la carga y de la responsabilidad por todo lo que habían visto esa tarde.

—Sssshhh —la consoló—; duerme, pequeña, duerme. Que tu corazón no se aflija, porque tras cada noche llega el día, y sobre las nubes de tormenta siempre brilla el sol...

Edith cantó así:

*Carezco de padre, sólo cuento los días
fabrico mis nombres, y las caricias de las melodías
mientras tú sonrías yo canto
mientras hieres el corazón deshecho
mientras los leones del redil escapan
circunnavego fiordos de otros soles
y mantengo calientes los lechos.*

*Pero si acometen con furor
custodios de los pecados que quedaron
heraldos de la dolorosa ausencia
borrad sus nombres de la piedra
que crezca en sus tumbas la hiedra
y dadles mundos en herencia.*

*Es tiempo de decir adiós
a los pájaros y a las cerezas
a los tesoros hallados bajo la arena
a la leche que mana de sus pechos
y alimenta el reflujo de las olas
y los ciclos de la pena.
Tiempo de saludar el nuevo día
a la musa de un pasado a veces triste
del cálido suspiro en añoranza
de un futuro de esperanza.
Tiempo de vivir
de cantar lo que nunca fue imaginado
de bailar los misterios del ve/o
de bautizar con nombres de lirios
las luces que manchan con designios
la desolación sin mácula del cielo.*

*¿Para qué, si no, vive el halcón
si no es para volar alto
hacer de los vientos su dueño
y no regresar jamás a la arena?
¿Para qué existiría el cielo
si no bulleran aquí abajo los sueños?*

—Esta noche sucederá algo —prometió Edith, cuando acabó su canción—. He tenido un sueño, y lo he visto.

—No sabes lo acertadas que son esas palabras —asintió Tanya, que sabía perfectamente lo que iba a suceder. El mundo y su negación en un mismo oxímoron de carne y fuego. Eso si las Escrituras estaban en lo cierto, claro—. Y lo peor es que aún no se ha vertido toda la sangre que ha de manchar esta tierra...

EL HECHIZO DE LA ÚLTIMA REUNIÓN

Séfora, acompañada por su mentor Gizeth y por Mauro, dejó atrás el Árbol de Plata y voló siguiendo su extensa sombra durante quién sabe si horas o días. Sobrevolaron las planicies de hierba infinita y se acercaron a lugares que a Mauro se le antojaron santuarios inexplorados. Tenía miedo (¿quién no, en esas circunstancias?), pero Séfora parecía saber lo que hacía, y también su maestro, así que se dejó llevar y trató de prepararse mentalmente para la prueba que le esperaba.

—¿Será lo suficientemente fuerte el chico? —había preguntado Gizeth con ese tono, el tono del que sabe lo realmente peligrosa que es una prueba y no está seguro de que quien falle al intentar pasarla sobreviva.

Pero Séfora confiaba en él, y en estos momentos (aunque fuera una fe ciega, injustificada, a tenor de lo débil que se sentía el propio Mauro) ése era su principal apoyo.

Después de volar a la máxima velocidad a la que permitían sus alas durante un tiempo indeterminado, Séfora se dejó caer en picado y su maestro la imitó. Mauro, más precavido (en esto de volar aún era un novato, aunque por lo visto tenía talento para ello), bajó haciendo una amplia espiral hasta que sus pies tocaron tierra.

Ya no estaban en la planicie de hierba, cuyos límites se perdían más allá del horizonte como en la inmensa Pampa argentina. El paisaje había ido trocando poco a poco la llanura por suaves elevaciones, y éstas por algo parecido a colinas, hasta convertirse en unas quebradas sumergidas en una especie de neblina púrpura, que vistas desde el aire recordaban las circunvalaciones de un gigantesco cerebro.

Los tres ángeles se ocultaron en una de estas quebradas, entre la niebla. Hacía frío, pero no era un frío físico, sino espiritual.

—¿Dónde estamos? —preguntó Mauro, intentando resguardarse del abrazo de la niebla en el caparazón formado por sus alas. Pero era inútil.

Séfora echó un somero vistazo a su alrededor, y se frotó las manos.

—Es el Dédalo de las Tormentas, uno de los lugares donde nació lo que conoces como inteligencia. Aquí prendió la primera chispa de autoconsciencia de los seres vivos.

«Uauh», pensó el chico.

—¿Y para qué hemos venido?

Fue Gizeth el que respondió. Parecía ser inmune al frío, con las ropas ajadas colgando flácidas de sus miembros, revelando un cuerpo hecho de arena y tiempo.

—Este lugar tiene vida propia. Una especie de sentido o noción de sí mismo como entidad única a gran escala. Nos escudará de la visión del Metatrón con su pantalla de ego cuando realicemos el hechizo.

—¿Pantalla de ego...?

—No intentes comprenderlo —le calmó Séfora—. Es un lugar amigo. Ven.

Le condujo a lo más profundo de una estribación, un lugar donde la niebla era muy espesa. El frío aumentó muchos enteros, y Mauro empezó a temblar.

—¿Lo percibes? —preguntó Séfora. Mauro iba a preguntar a qué se refería, pero no hizo falta. Sí que se daba cuenta.

Había un... aura manando de aquella niebla. No era benigna ni maligna, era sólo... la sensación de saberse observado. De notar los ojos que se escondían para mirarle desde lejos, y escuchar los mensajes que cuchicheaba el viento. Mensajes ocultos dirigidos al propio ser que los enunciaba, y que era yo mismo, porque...

Mauro sacudió la cabeza. No, él no era... ese «yo» del que hablaban los mensajes secretos. Se estaba viendo a sí mismo como otra persona, desde fuera.

—¿Qué me está pasando?

—Tu mente nota la sensación del yo de este lugar, y se confunde con él. No le hagas caso —explicó Gizeth, apoyando el báculo en una roca. Se sentó en una posición similar a la del loto, y le pidió a Mauro que hiciera lo mismo—. Ponte enfrente de mí, así. No, las piernas una encima de la otra. Bien, ahora quiero que te concentres.

—¿En qué?

Gizeth abrió los brazos.

—En todo. En la niebla, en el color púrpura. En el perfume de la inteligencia que nació en este lugar. En el método y el álgebra de su primer razonamiento. Escucha su música y déjate llevar.

Mauro, que había cerrado los ojos, entreabrió uno y miró a aquel viejo chiflado. ¿Que escuchara la música de la niebla? ¿Era un acertijo? ¿Con qué oídos, los reales o los del corazón, o todos a la vez?

Decidió no preocuparse. La respuesta, si estaba ahí fuera, vendría a él por sí sola. Para eso tenía un guía.

Aguardó.

Yo (no, no debía usar esa palabra tan ambigua, y menos en este lugar) se percató de que surgían ideas de la niebla. Intenciones. Estaba perdido en un cerebro gigante tatuado en un mundo que era infinitamente plano. Era una mota de polvo atrapada en aquel accidente geográfico, en la campana de ego que lo rodeaba, y que lo protegía de las miradas indiscretas.

(Mauro sintió que algo se movía en el Árbol de Plata, algo enorme, sentado en un colosal trono en su cúspide. Y ese algo había percibido que no todo salía según sus planes. Había una nota discordante en la sinfonía)

y aprendió que en aquel lugar se había definido por primera vez en la historia del cosmos la idea de «reunión», que había brotado como el capullo de una nueva flor de aquellas mismas paredes, de aquella misma tierra

(Y eso es algo que él sabe, oh, sí, lo sabe, y las ramas del Árbol se sacuden mientras la presencia, incómoda, preocupada quizás, atisba entre la frondosidad, y su mirada es un vendaval que agita las hojas y perturba la paz de los nidos de luz)

y Mauro se concentró, primero en ser él mismo, luego en sus propias intenciones y prioridades, y al final del túnel escuchó la voz de Gizeth que decía:

—¡Por aquí, muchacho, no te pierdas! ¡Sal del laberinto!

Y entonces llegó el dolor.

Séfora escuchó el grito de Mauro al canalizar la energía, y se apiadó de él. Tal vez debería haberle contado que los hechizos de alta energía no eran fáciles

de lanzar, y que podían ser tan extenuantes para el alma que los canalizaba que la muerte al final del proceso sí era una opción. Tal vez.

Pero había demasiado en juego. Y aunque sabía que Mauro no se echaría atrás aunque se lo dijera... era mejor que el chico afrontara las cosas tranquilo, según le llegaran.

Concentración, concentración.

Séfora también estaba concentrada, a su modo. Había algo que no le gustaba en aquella neblina. No el helor, por supuesto; algo más... inquietante.

Cuando Rafael separó a los muchachos, enviándolos a épocas y lugares distintos, Séfora imaginó que tendría una buena razón. Mientras más tiempo permanecieran los tres juntos, mayores serían las posibilidades de que atrajeran la mirada del Metatrón, y éste, con sus increíbles poderes, adivinara parcialmente el futuro. Vería lo que se le venía encima. Y no le gustaría nada.

Séfora era consciente del peligro, pero eso no quería decir que le gustase. No le agradaba la idea de tener a sus muchachos desperdigados, solos, enfrentándose a Dios sabía qué...

Menos mal que, al menos, a Mauro y a ella no los habían separado. Podía parecer un simple detalle sin importancia, pero tenía que significar algo. Por eso Séfora tenía tanta confianza en su discípulo: Si había un evento reservado en el futuro, en su destino, para el joven Mauro, seguro que tendría que ver con este lugar y este momento. No la defraudaría.

Erik y Tanya eran harina de otro costal.

Erik se había entrenado durante dos años, no directamente bajo la atenta mirada de Séfora pero sí con gente de la que ella se fiaba. Había luchado, sufrido, había aprendido a manejar la espada. Se había convertido en un guerrero, e incluso había bajado por su propio pie (bueno, con una pequeña ayudita de Gizeth) al Infierno a reclamar el alma de un demonio para que le sirviera en la lucha. Ya era todo un hombre, aunque aún seguía temiendo por él, y por esas pasiones incontroladas que medraban en su interior.

Tanya... a ella sí que la echaba de menos. Y era la que más le preocupaba. La chica era fuerte y decidida, y podía cuidar bien de sí misma, pero algo parecido al amor de madre (una sensación muy parecida a la que la malograda y muy recordada Nínive siempre había profesado hacia ella) le mantenía compungido el corazón. Necesitaba protegerla, situarla bajo su ala protectora, pero Tanya estaba prisionera en un tiempo muy lejano, y ni siquiera Séfora podía viajar tan atrás para ayudarla. En estos momentos era la que más peligro corría de los tres.

¿Y el nuevo? No sabía qué pensar de Isaac. Para ella, el chico era un completo misterio. No estaba destinado a trascender como ángel, pero tampoco era del todo humano... Esas cosas la sacaban de quicio. Rafael y los otros Arcángeles rebeldes (qué mal sonaba esa palabra) les habían proporcionado muy pocos datos sobre el futuro, porque probablemente ellos tampoco sabrían mucho más. Pero eso sólo hacía el trabajo de Séfora más difícil.

El hechizo tenía que salir bien, tenía que reunirlos a todos. O lo que se perdería sería muchísimo más que el simple amor maternal de una ángel guerrera venida a menos.

Un movimiento. A su izquierda.

Séfora se tensó. Podía escuchar los pensamientos del Dédalo de las Tormentas, notar su miedo. Algo reptaba por su enorme rostro, mancillando la misma tierra con su presencia. Las quebradas lo notaban. Ésa era otra de las razones por las que habían acudido allí: que la tierra fuera capaz de transmitir ideas y sentimientos a la gente que la pisaba era un magnífico mecanismo de alerta.

Convocó la espada antes incluso de verlos.

Sombras, siluetas de polvo negro resbalando sobre las rocas. Acercándose sibilinamente por ambos lados, tratando de emboscarla. Séfora dio un salto y lanzó un rápido vistazo al entorno desde una altura de diez metros: la niebla dificultaba la tarea, pero el incómodo cosquilleo de la tierra la ayudaba a localizarlos. Por allí me duele, por aquí me hieren.

Los demonios no eran voladores. Pero su presencia en aquel lugar, tan lejos de la Sima, significaba que habían encontrado otra entrada. Eso implicaba que podían estar en todas partes. Los que intentaban emboscar a Séfora eran Sombras de Hiroshima, seres creados en el infinitesimal instante de tristeza que convirtió en manchas tatuadas en los muros de cemento a las víctimas de la devastación nuclear.

Séfora se lanzó sobre ellas como un halcón en picado. Su espada trazó senderos de destrucción en las siluetas, rompiendo la terrible simetría de la magia, liberando los gritos de los muertos de aquella masacre que habían permanecido encriptados desde entonces en el polvo.

Los demonios no eran rival para ella si los veía venir; el problema solía ser esto último, ya que eran una clase de depredadores muy silenciosos. Mortalmente silenciosos.

Otro grito. Séfora limpió el polvo de la hoja con un molinete y se acercó a donde esperaban Gizeth y Mauro, y lo que vio la dejó paralizada.

Mauro estaba flotando, por encima incluso que su maestro. La niebla formaba un torbellino a su alrededor, le traspasaba el cuerpo con lanzas etéreas, amenazaba con amarrar su espíritu y llevárselo lejos. Pero él se resistía. Gizeth le gritaba diversas y complejas instrucciones, aunque todas se resumían en una:

—¡Aguanta, muchacho, aguanta! ¡Trata de visualizar a tus amigos, tráelos hasta ti! ¡Aguanta!

VENECIA

Era la quinta góndola que pasaba por debajo de su ventana, y el tercer remero que hacía una pausa en su monótona cadencia para golpear violentamente el agua con el remo.

Isaac lo observó a través de la cortina, que no cumplía correctamente su función porque estaba tejida con una tela medio transparente. El golpetazo del remero fue tan fuerte que las gotas saltaron hasta la propia ventana del hotel. Los turistas que iban en la góndola (un grupo de seis personas rubias) se agarraron a los asientos cuando ésta se tambaleó, y se perdieron en la noche entre risas.

—¿Por qué hacen eso? —preguntó Isaac. Le daba un poco de asco tocar la tela de la cortina, porque estaba amarillenta y quién sabía cuándo la habrían lavado por última vez. Y no digamos acercarse a la cama: hacía un rato se había agachado para revisar por debajo, y había encontrado un paquete rasgado de patatas fritas.

Dios, ¿por qué el mundo era un lugar tan sucio?

Un rumor de agua le llegó desde el baño. Erik le había aclarado una cuestión un poco espinosa sobre las necesidades fisiológicas de los ángeles («no, no necesitamos usar el inodoro, aunque podemos comer comida humana si queremos»), pero su cuerpo aún se ensuciaba porque seguía siendo sólido. Y a Erik le gustaba estar limpio...

—¿Por qué hacen qué? —preguntó Erik desde el baño—. ¿Lo de los golpes en el agua?

—Sí.

—Para espantar a las ratas —aclaró el ángel. El agua de la ducha corrió en mayor cantidad—. Salen por la noche y se ponen a nadar por los canales. Algunas son grandes como gatos. Por eso les dan con el remo, para que no se acerquen a las góndolas y asusten a los turistas.

Isaac intentó reprimir una arcada del asco. Sólo lo intentó.

—Me estás tomando el pelo —murmuró.

—No, es en serio. Y ya que estamos en un primer piso, te aconsejaría que mantuvieras la ventana cerrada por la noche si no quieres encontrarte con algún... visitante inesperado.

La expresión de horror saltó a la cara del árabe con tanta contundencia que, cuando Erik salió del baño vestido con sus ropas habituales y el pelo mojado, rompió a reír.

—Se te ha puesto cara de rata, chaval —bromeó.

—No es por criticar —rezongó Isaac. Se movía por la habitación como si tuviera miedo de rozar hasta el aire—, pero ya podrías haber conseguido otra pensión más... menos...

Erik se dejó caer en la cama, que crujió como si hubiera mil cosas escondidas dentro del colchón (y como si algunas pudieran moverse por sí solas), y su cabeza desapareció dentro de la toalla.

—No te podía llevar a un hotel elegante porque tenemos que pasar desapercibidos. Además, no me quedaba dinero.

—¿Qué tiene que ver pernoctar en un antro como éste con pasar desapercibidos? ¿Los demonios sólo buscan en el Hilton o qué?

Erik se restregó el pelo con la mano, como si estuviera frotando con un estropajo. El resultado fue que se le quedó todo el cabello de punta, como si hubiera pasado un rastrillo por él. Ese «peinado despeinado» encajaba de una forma extrañamente concreta con su cara. Le sentaba bien.

—No te quejes, anda. Si tienes hambre, baja a la cafetería y carga lo que quieras a la habitación. Ya veremos luego si puedo conseguir dinero para pagarla.

Isaac tardó unos segundos en captar todas las implicaciones de esa frase.

—¿Me vas a dejar aquí? —preguntó con terror.

—Este edificio emana un poder místico enorme. Seguro que antes de ser una pensión de mala muerte era una iglesia, o un templo de algún tipo. Puedo captar ese destello espiritual, pero no me pidas más detalles. A lo mejor son los cimientos, que pertenecieron a algún lugar de culto cuando se fundó la ciudad. Esa pantalla mística escudará tu olor de cara a nuestros enemigos .

—¿Y tu...?

Erik miró con disimulo por la ventana. Las góndolas nocturnas no eran tan frecuentes como las que trabajaban de día, pero recogían a los turistas que llegaban tarde a la ciudad y les sacaban algún dinero. Eso sí, de noche estaban

prohibidos los tenores. El paseo seguía siendo muy romántico, de todas formas, aún sin el *sole mio*.

—La segunda torre está a punto de aparecer aquí, en Venecia —dijo Erik—. Pero capto algo más. En los años que llevo trabajando como Puño del Cielo —sonrió ante lo rara que sonaba esa expresión—, ya sabes a qué me refiero, he aprendido a sentir ciertas cosas. Impulsos o sentimientos relacionados con el Enemigo. Y aquí son especialmente potentes.

—O sea, que nos hemos metido en la boca del lobo —coroló Isaac. Estaba tan preocupado que se había sentado en el colchón y ni siquiera había oído los crujidos.

—Sé que suena extraño que, teniendo que protegerte de esas bestias, te arrastre por medio mundo a los lugares donde se están concentrando —asintió Erik—, pero es necesario. Ya te lo dije, tengo que simultanear misiones y no me queda mucho tiempo. Tú estate tranquilo, no abandones estas cuatro paredes, y todo irá bien. Aquí no te encontrarán.

—¿Estás seguro?

—Claro.

Isaac torció el gesto.

—¿Completamente?

—Uhm... sí. Al noventa y nueve por ciento.

El árabe tembló al pensar en las horribles atrocidades y pesadillas que ocultaba ese simple uno por ciento.

—Relájate un poco. Volveré en un par de horas, cuando haya explorado la zona.

—Aún no me has dicho nada sobre el objeto ése.

—¿Qué objeto?

Isaac se desesperó.

—Erik, me contaste una historia sobre un objeto mágico que iba a aparecer, o algo así, y que estaba estrechamente ligado a mi destino. ¿O era otra mentira?

—Yo nunca miento, amigo.

—Ya, como cuando no me usaste de cebo para cargarte a aquel ángel.

Erik hizo una mueca.

—Eso no era mentir, sino darte los datos justos que necesitabas conocer sobre la estrategia. Y respecto al objetito de marras —continuó, sin darle tiempo a replicar—, existe. Eso creo. Supongo que sabremos más de él en cuanto...

Levantó un dedo en un acto reflejo, como si hubiera oído algo.

Las mejillas de Isaac enrojecieron de golpe. Miró frenéticamente en todas direcciones, imaginando mil horrores que en cualquier momento podían caer sobre ellos. Puertas que se abrían, paredes desgarradas, sombras llenas de colmillos que salían de debajo de la cama, ese espacio sin nombre donde los niños guardaban sus pesadillas desde tiempo inmemorial.

—¿¡Qué!?! —chilló en voz baja, abrazándose a Erik—. ¿Qué pasa, qué ocurre, qué viene, qué...?

—Tranquilo —dijo el ángel con voz sosegada, mientras se deshacía del abrazo del chico. No parecía nervioso, pero había sucedido algo que llamó su atención. Eso era evidente—. No estamos en peligro. Es sólo que... me ha parecido oír una voz.

—¿Una voz? ¿Qué voz?

Erik movió la cabeza en varias direcciones, como un ciego que no está seguro de dónde llegan los estímulos auditivos. Lentamente, bajó el dedo.

—No será nada. Yo también estoy un poco nervioso. En fin —suspiró—, Venecia es un lugar de enorme potencial místico, del tipo de energía alineada con nosotros. Así que esos demonios no pueden pasar desapercibidos. Provocarán alteraciones en las auras locales y dejarán un rastro, por mucho que se escondan. —Abrió la ventana y se sentó en el alféizar, con las piernas por fuera, tras comprobar que no se acercaba ninguna góndola—. Anda, baja al bar y tómate algo. Pero no te pases; que podamos reunir dinero no significa que debamos abusar de él. —Se quedó un instante quieto, mirando al infinito—. No me puedo creer que yo haya dicho eso. Dios, este trabajo de ángel me está corrompiendo.

Y saltó por la ventana.

Isaac no lo vio cuando asomó la cabeza. Ni siquiera sintió el batir de sus alas. Allí fuera sólo quedaba la noche, el aire frío, el olor a amoníaco mezclado con una extraña miasma que despedía el canal, los postigos cerrados de las ventanas del edificio de enfrente, que le observaban como mudos centinelas.

Se encerró en la habitación y corrió todo pestillo, cerrojo o pasador susceptible de ser cerrado, tanto en ventanas como en puertas. Ni siquiera el ventanuco de ventilación del baño se quedó abierto. Luego se plantó en el centro de la habitación, mirando fijamente la puerta, y permaneció un buen rato sin hacer ningún movimiento.

Intentando no hacer ruido.

No oler.

No destacar.

No proyectar sombra.

Y entonces le entraron unas ganas irresistibles de orinar.

«Mierda», pensó. Aquello le trajo a la mente, no supo por qué, un episodio de *Huckleberry Finn*, una novela que había leído de pequeño. En concreto, una parte en la que el niño está solo en su casa, de noche, escondido bajo las mantas porque sabe que un indio asesino anda suelto. Y entonces le entran unas ganas horribles de ir al baño, una construcción de madera que se encuentra fuera de la casa, en el patio de atrás. Y el niño intenta contenerse apretándose la vejiga, porque sabe que el indio puede estar cerca, arropado en las tinieblas, vigilando cualquier casa del pueblo, esperando a que un chaval desprevenido abandone la seguridad de su casa para satisfacer su venganza.

Y entonces el niño salía, porque no podía aguantar más, y cuando sus manos abrían la ventana, alzaba la vista y el indio monstruoso estaba allí, de pie, junto a la ventana, con sus ojos dementes clavados en él, esperándolo, esperando a que saliera para...

Qué horror. Qué escalofrío con forma de milpiés con patitas heladas que se le estaba enroscando en la columna.

Aquella escena le había traumatizado. Miró a la puerta de la habitación y se imaginó a todos los indios del infierno apostados detrás, esperando que se abriera más que fuera un centímetro para poder entrar. ¿Por qué Erik le había hecho esto, por todos los santos? ¿Por qué lo torturaba así, haciéndole pasar más miedo del que había tenido en toda su vida? ¿De verdad la única manera de protegerlo era llevado al mismo corazón del problema, en lugar de poner medio mundo de distancia entre ellos?

Entonces se le ocurrió una posibilidad realmente inquietante. Espeluznante, en realidad.

Erik podía estar loco. O ser un ángel estúpido. También los habría, ¿no?, ángeles idiotas. El Cielo no podía estar lleno de Einsteins con alas, y menos entre sus huestes guerreras. Era pura estadística. A algún mortal tenía que tocarle la china del ángel de la guarda idiota.

Y ese retrasado mental con alas le había traído a Venecia, nueva capital mundial de los demonios, para hacer no sé qué historia con una torre fantasma y unos...

Se puso en pie. Si seguía un minuto más en aquella habitación le daría un colapso. Al menos en el bar habría más gente, personas con las que conversar o sencillamente que tener cerca. Contacto humano. Sí, por lo más sagrado, ahora necesitaba la cercanía de la gente.

Y de un buen coñac.

Se aproximó a la puerta, pegó la oreja a la madera, y cuando se cercioró de que no había nadie en el pasillo (¿no podía ser que fueran demonios voladores?, no, no, maldita sea, quítate esa paranoia de la cabeza), salió.

No había indios locos gigantesco junto a la puerta. Con eso bastaba. Bajó silbando un tema hasta la cafetería. Se sentía triste, no sabía por qué.

No fue hasta que pidió el primer vaso de coñac cuando se dio cuenta de que esa melodía que silbaba era el tema principal de *El exorcista*.

Venecia lucía muy distinta desde las alturas.

A pie de canal, a uno le embargaban las sensaciones ligadas al agua, cuando en otras ciudades eran las ligadas a la piedra: humedad, flujo, profundidad, cambio constante, ductilidad. Pero al contemplarla desde arriba, volando por encima de los edificios, el agua cambiaba de significado. Al ver el mapa de canales, a Erik le pareció un enorme sistema circulatorio por el que fluían la sangre y los humores de un ente vivo, tan consciente de sí mismo y de su precario estado de salud como sus habitantes.

La ciudad respiraba. Latía. Se hundía lentamente en el fango. Moría, siglo tras siglo.

Venecia estaba condenada a desaparecer, o eso decían los expertos, pero como cualquier otro ser vivo, no lo haría pasivamente. Se resistiría a su fin con uñas y dientes, aferrándose al aire como una ballena con miedo de volver a sumergirse y perder para siempre el cielo azul.

A Erik le gustaba mucho esa ciudad. La primera vez que la visitó fue siendo ángel, y se quedó enamorado de sus puentes, sus monumentos, su sistema circulatorio de agua y barcas y canciones, de te quiero y promesas eternas y llantos de abandono. Era una ciudad que, además, emitía esa especie de campana mística, ese grito de santidad modulado en una frecuencia que era como una sinfonía. Mucha, muchísima gente había muerto allí a través de los siglos, pero en lugar de desaparecer del todo, parte de su esencia había quedado resonando en las bóvedas de las catedrales.

Se preguntó si en otras ciudades más ligadas a la espiritualidad, como Roma o la Meca, pasaría lo mismo. O simplemente, si Venecia era especial por no ser una ciudad normal, sino un sueño construido sobre pilares de agua.

Planeó sobre el Ca'd'Oro, sin proyectar ninguna sombra sobre los tejados. De todos modos era de noche, y aunque su cuerpo hubiese sido lo suficientemente sólido como para detener la luz de luna, ésta no habría dibujado ninguna silueta.

Veía la urbe como un archipiélago de fuerzas espirituales. Aquí y allá se levantaban orbes que era imposible describir porque no tenían color, ni textura, sólo una presencia intuida en el corazón. Orbes que representaban concentraciones de poder, a veces superpuestos, a veces aislados como si recelaran de la presencia de sus hermanos. Había orbes sobre San Zaccaria y uno muy potente en el Redentore, donde había muerto toda aquella gente en la epidemia de peste.

Erik dio gracias porque Mauro no estuviera presente, o sus poderes de querubín (esa absurda capacidad para sentir y canalizar la angustia humana que cabalgaba las plegarias) lo volverían loco.

Pero sentía algo más.

No se lo había contado a Isaac para no ponerle más nervioso, pero en aquella ciudad había algo... que no funcionaba. Una dimensión errónea, equivocada, a un nivel más místico que físico.

No tenía nada que ver con la voz que le pareció oír en la habitación, aunque eso le había dejado bastante intrigado, tanto como para investigarlo luego. Era otra cosa, como si por debajo de toda esa campana de interferencia espiritual subyaciera algo, una presencia que llevaba dormida muchísimo tiempo. Más tiempo que el que Erik había visto acumulado en el acantilado donde conoció a Gizeth, al borde del Infierno. Algo tan antiguo como las estacas con farolillos que vio en la piel del Diablo, cuando visitó el crisol de demonios.

Y le daba miedo.

En los dos años que habían pasado desde que Rafael sacudió su insidiosa varita mágica y su vida anterior se fue al garete, Erik había asistido a muchas maravillas: visitar el Infierno, ver los crisoles, ríos de almas, ejércitos de ángeles (no antropomórficos) armándose en los bastiones celestes para la batalla final...

Pero aquello era distinto. Allí, en Venecia, dormía algo, un ser que probablemente llevaba escondido en el mundo desde mucho antes de que unos marineros avispados decidieran plantar aquí su primera tienda.

Y fuera lo que fuese, la presencia de tanta espiritualidad lo había mantenido dormido, arrullado como con una bella e incesante nana. Pero ahora esa nana empezaba a desafinar.

Erik escuchó las notas disonantes cuando se acercó por fin al Gran Canal, el mayor de la ciudad, y vio el fantasma de la torre.

No se había equivocado. Allí estaba, clavada como un fantasma invisible (por el momento) a los ojos de los mortales, pero ganando solidez por

segundos. La enorme lanza se clavaba verticalmente en pleno centro del canal, cerca del puente de Rialto. Justo allí fue donde aterrizó Erik.

Sus pies tomaron tierra sobre la arcada de piedra que coronaba el puente. Miró hacia arriba y vio cómo la torre fantasmal se perdía entre las nubes. La base estaba a menos de dos metros de la barandilla del puente, tan cerca que casi podía tocarla con sólo extender una mano. Pero aún no era el momento. Todavía era un fantasma, hasta para él.

Olfateó el aire como un perro sabueso. Sí, olía a demonio. La hez que desprendían esas criaturas irritaba sus fosas nasales como si hubiera metido la cabeza en un tarro de formol. Y la peste venía de...

Miró a su izquierda. Un edificio, aparentemente igual que cualquier otro de esa zona de la ciudad. Antiguo, bello, agrietado, vetusto... y de él no brotaba una campana de energía positiva, más bien al contrario. Aquella casa de cuatro plantas, que tenía una puerta que daba a la calle peatonal y otra a un pequeño embarcadero, apeataba a la hiel del mal.

El mango de su espada cosquilleaba contra su mano, y eso que aún no la había invocado. Pero todavía no era el momento. Invocar físicamente la espada consumía muchos recursos de su fuerza vital, y había que apurarla al máximo.

Se acercó volando al tercer piso, a la única ventana abierta. Miró dentro con extrema cautela: oscuridad al principio, una habitación después. Muebles más modernos de lo que requería aquella casa, un ordenador. Una cama. Aquí vivía alguien, pero llevaba fuera bastante tiempo, a juzgar por los estratos de polvo.

Erik se deslizó como una sombra. Ocultó las alas para que no chocaran contra las paredes y fue de puntillas hasta la puerta. Detrás había un descansillo, y una escalera que venía del piso inferior y conectaba con el de arriba.

Decidió bajar. Fuera lo que fuese lo que había en aquel lugar, estaría abajo. Era una característica intrínseca a los demonios, aunque nadie había podido buscarle una explicación: por qué, siempre que se pudiera establecer un arriba y un abajo (es decir, cuando uno estuviera en la superficie de la Tierra y no flotando en el espacio, donde todas las direcciones eran «abajo»), ellos elegían el segundo.

Complejo de inferioridad, le había dicho una vez otro ángel. Erik no estaba tan seguro.

El olor era cada vez peor, casi insoportable. La presencia del mal estaba a un paso de provocarle verdadero dolor físico, igual que había ocurrido cuando

visitó el Infierno. Aquella escalera bajaba trazando claustrofóbicas espirales hacia lugares que estaban por debajo del nivel del agua. A los secretos antiguos de Venecia.

Se frotó la cicatriz. Aún le dolía. Nunca había dejado de dolerle, desde que el demonio que ahora era su esclavo se la había tatuado. Día tras día, mes tras mes, año tras año... esa sensación había estado bullendo tras sus párpados. Y no había magia que pudiera curada. Algunos aseguraban que era su propio odio el que encontraba un lugar donde arder en aquella cicatriz, y hasta que esa rabia no desapareciera la herida seguiría abierta. Erik había meditado sobre eso en incontables ocasiones, pero cuando ponía su odio en la balanza, éste siempre triunfaba, no importaba lo que hubiera en el otro plato. El odio hacia los demonios era lo que le daba fuerzas. Lo que le mantenía con vida.

El dolor era un precio pequeño en comparación con cierto tipo de satisfacciones.

Sus pies desnudos chapotearon en el agua acumulada sobre los peldaños. Descendió varios niveles en absoluto silencio, esquivando los demás charcos. Pero no fue hasta que notó el moho de las paredes en las manos y escuchó el golpeteo de las olas contra la piedra, cuando vio al primer demonio.

Apenas quedaba nadie en el bar. Pronto cerrarían hasta el día siguiente, o eso le había entendido al camarero. La decoración era clásica, elegante y algo recargada, como todo en Venecia. Unos pósters con publicidad de eventos para turistas dominaban la pared: entre ellos llamaba la atención el anuncio de una galería de arte que exhibía una rarísima colección de relojes. No eran relojes normales, por supuesto, sino reliquias con un valor histórico similar al de los Stradivarius en música, que habían sido fabricadas siglos atrás por un monje científico, un tal Alestes de Colean. Y si había que hacer caso al rótulo que acompañaba a las fotografías, la función de aquellos relojes distaba mucho de dar la hora.

Isaac imitó la sonrisa de las manecillas de uno de los relojes. Era un trasto curioso, con un diseño muy *steam punk*. No entendió lo que ponía la frase publicitaria.

El italiano no era su fuerte, aunque tampoco lo sería del barman, que era tan árabe como él. ¡Ya sabía qué le había hecho tanta gracia! Se había imaginado a sí mismo pidiéndole algo al camarero, un plato de comida específico, pero diciendo en realidad otra cosa, y al camarero entendiéndole

otra cosa a esa otra cosa... y al final un menú realmente estrambótico apareciendo en frente de él, en una bandeja de colores.

—¿Sabe?, mi tío Saffed entendía de barcos —le contó al camarero, con la voz más mojada en alcohol de lo que querría admitir—. Su sueño era comprarse un yate e ir por el mundo buscando tesoros sumergidos. Lo cual no es una profesión fácil, no señor. —Movié el índice de un lado a otro delante del aburrido camarero—. Para nada. La gente que piensa en barcos hundidos se los imagina firmes, con los palos para arriba y los esqueletos de los tripulantes tocados con sus tricornios, jugando a las cartas sobre un montón de doblones.

Isaac rió. Esa imagen le hacía mucha gracia.

—No, amigo, no —continuó, antes de que el camarero tuviera tiempo de marcharse—. En el mundo real los naufragios no se ven a simple vista. Me lo dijo mi tío, que sabía. Los que naufragaron en el Caribe, aunque las aguas fueran poco profundas, tuvieron que soportar siglos de tormentas y mareas. El fondo absorbió todos los pedazos y el coral creció sobre ellos, reteniendo a los muertos.

»Hoy en día hay que ser un hacha para localizar los restos de aquellos galeones. La principal manera es buscar neumáticos en el fondo marino. ¡Sí, tío, neumáticos! Cuando la marea atrae a una embarcación hacia los arrecifes, mata los corales frágiles y deja una marca que vista desde el aire parece el dibujo de un neumático. Eso es lo que buscó mi tío en sueños, durante toda su vida. Ruedas en el fondo del mar...

El camarero le retiró el vaso con cara de «qué historia tan fascinante, amigo, pero me quiero ir a mi casa a dormir».

Aquel hombre tenía razón: era muy tarde y aquello era un hotel, no un *after hours*. Isaac se apeó de la silla y trató de encontrar el camino inverso, el que llevaba a su habitación, él solito. Sólo se encontró con el cuarto de las escobas una vez, luego se orientó y tropezó con la escalera.

Todavía riéndose, llegó hasta la puerta de la habitación. La cerradura era de llave, al estilo antiguo, no de esas modernas de tarjeta electrónica. Luchó unos segundos contra el agujero para encajar el instrumento (eso le hizo mucha gracia cuando repasó mentalmente la frase), y abrió la puerta.

No le dio tiempo a chillar pidiendo ayuda cuando la garra negra impactó contra su cara.

UNA QUIJADA DE ASNO

El dolor de la herida había desaparecido, pero no así el cansancio. Tanya estaba agotada, y los elamitas no es que respetasen ninguna convención de Ginebra ni nada parecido: no tenían la menor consideración hacia sus prisioneros. Los mantenían dentro de una cerca, apestando como animales sucios, sin proveerlos de mantas ni de protección contra el viento de la noche. Les daban agua, pero no comida, y habían sido los propios prisioneros quienes habían cavado agujeros en el suelo, aquí y allá, para ubicar las letrinas. Nadie se preocupaba de que hubiera niños pequeños que se hubieran quedado sin madres esa misma noche y se pasaran horas llamándolas a gritos, o que cerca de un tercio de los adultos tuviesen feas heridas en diversas partes del cuerpo, heridas que seguían sin lavarse ni desinfectarse.

Dentro de ese panorama tan crudamente medieval, tan espantosamente primitivo, a Tanya le pareció el menor de los males tener que dormir al raso. Al menos al principio, cuando las piedrecillas no se le clavaban como perdigones y el viento frío que llegaba del oeste no empezó a convertir el valle en una inmensa nevera industrial. Pero cuando ya llevaba dos horas así, apretada contra el tipo sucio de la barba por un lado y contra Lot por el otro (porque Edith estaba ocupada repartiendo su escaso calor corporal con sus hijas), Tanya se descubrió rezando porque todo acabara pronto, de una forma u otra.

Mejor si era de otra.

Tenía que acercarse a esos heridos para sanados, ¿pero cómo? ¿Cómo sin provocar el pánico entre los que los cuidaban? Ya había intentado alterar la historia una vez, y ésta se las arregló para permanecer incólume. Si ahora empezaba a repartir curaciones mágicas por doquier, ¿cómo reaccionaría la gente? ¿Se postrarían a sus pies, adorándola como una enviada de Nanna... o

huirían despavoridos, provocando más heridos y más muerte con la desbandada?

Tenía que pensárselo bien antes de dar el siguiente paso, porque las consecuencias de un error podrían ser terribles.

Ya llevaba un rato largo pensando en ese dilema cuando sucedió. O mejor dicho, empezó a suceder.

El primer signo de que algo anormal estaba pasando fue un ruido como de un martillazo sobre un cuenco de latón. Uno de los centinelas de la cerca se desplomó justo después de ese martillazo.

El sonido provenía de una piedra que le había golpeado en el casco con mortal precisión. Un proyectil lanzado a gran velocidad por una honda.

Tanya se incorporó levemente, pero no se arriesgó a elevar demasiado la cabeza por encima del colchón de cuerpos dormidos. Si las flechas empezaban a volar, mejor que la encontrasen agachada.

Unas formas se intuían en la noche. Cuerpos encorvados, sombras furtivas, asesinos vestidos de tinieblas que se acercaban al campamento. El corazón de Tanya se aceleró. Uno de los centinelas vio caer a su compañero y dudó un instante, antes de dar la alarma: era tan improbable que les atacase una fuerza nocturna, en aquel valle conquistado, que sus ojos estaban puestos dentro, en la cerca, no fuera. Su trabajo era vigilar que no escapasen los prisioneros, no cuidar de que no se acercara un contingente enemigo con ganas de suicidarse.

Ese instante de duda le costó la vida. Tanya se tapó la boca con la mano para no lanzar un grito involuntario, al ver cómo se alzaba una cuerda larga en la noche y empezaba a dar giros encima de una cabeza. El hondero no debía de tener más de quince o dieciséis años (parecía un chaval en la distancia), pero su pericia a la hora de manejar aquella arma campesina era impresionante.

La honda efectuó cuatro giros muy rápidos para cargar de inercia el proyectil. La piedra voló, demasiado rápida para que la vista pudiera seguida, y se estrelló contra un lateral del casco de aquel hombre. Puede que su loriga fuera de bronce, pero una pedrada en el cráneo es capaz de astillar el hueso si el metal está pegado a él. Y eso fue lo que ocurrió.

El hombre sufrió una convulsión y cayó al suelo, sobre su propio escudo. Se produjo un pequeño estrépito y alguien tocó un cuerno de alarma. Entonces se desató el infierno.

Lot se despertó con aquel cuerno y buscó instintivamente el contacto con su mujer y sus hijas.

—¿Q... qué pasa? —balbució, tratando de quitarse de encima las gasas del sueño—. ¿Quién grita?

—¡Cubríos, nos están atacando! —avisó Tanya, obligando al dictador a agacharse. Alrededor de Lot y su familia se había ido reuniendo, a medida que caía la noche, una pequeña congregación de fieles que buscaban consuelo espiritual en aquellos momentos tan oscuros. Ellos también despertaron, pero al ver que su guía mantenía baja la cabeza, ninguno la levantó.

—¿Que nos atacan? Por el amor de Sin, ¿quién?

—¡Ellos! —señaló Tanya, apuntando con un dedo al flanco sur del campamento.

Por aquel lugar llegaban jinetes. Pocos, en realidad, pero iban escoltados por una pequeña turba de hombres a pie, que corrían sin armadura y con sandalias. Parecían campesinos levantados por un señor feudal, no una milicia bien equipada.

Los campesinos cayeron como leones sobre los pocos elamitas que no se habían quitado las armaduras, reduciéndolos brutalmente. Pocos llevaban espadas. La mayoría iban armados con enseres del campo: hondas, ganchos, azadas, hoces y largos palos de madera segmentados parecidos a los nunchakus orientales. Instrumentos no pensados para el combate pero que podían hacer mucho daño sobre adversarios desprevenidos.

A medida que los elamitas iban muriendo, los atacantes tiraban sus palos y les robaban a los cadáveres sus espadas y escudos. Así, por cada siervo de Codorlaomor que caía, la hueste agresora se hacía un poco más fuerte.

—¡Adelante! —gritó una voz madura, de hombre mayor, desde algún punto en la oscuridad—. ¡No dejéis a ninguna de esas bestias con vida! ¡Que los ríos de sangre lleguen hasta los cielos y manchen las nubes!

Una algarabía disfrazó el sonido de cientos de sandalias que corrían hacia el campamento. De repente, unas trescientas personas, jóvenes y no tan jóvenes, surgieron de la nada y se arrojaron sobre las tiendas de los elamitas, altas y cilíndricas como las yurtas mongoles. Un espantoso tapiz de gritos llenó la oscuridad, manchando con violentas explosiones de sangre las trémulas burbujas de luz de las antorchas.

Los atacantes estaban vestidos con pieles de ovejas y otros animales, empapadas en betún para hacerlas invisibles. Saltaron la cerca de los prisioneros con auténtica destreza de machos cabríos y comenzaron a repartir armas entre los que no estaban heridos. Más brazos y lenguas sedientas de venganza encontraron su hueco en la oscuridad, la oportunidad de resarcirse a placer con los confundidos guardias.

Tanya gateó por debajo de las piernas de los prisioneros que se habían puesto en pie, llamando a gritos a sus dioses y pidiendo terribles condenas divinas contra los elamitas. Llegó hasta la pequeña Bitiá y la abrazó.

—Tranquila, pequeña, no te muevas —le suplicó, con el corazón en un puño, y le tapó los ojos con la mano—. Esto acabará pronto.

A su lado apareció Edith con la otra niña. Juntas esperaron a que el caos se calmase un poco y quedara claro quién había vencido.

Entonces lo vio.

Era un jinete, uno de los poquísimos atacantes que no iban a pie. Se materializó justo en la frontera de luz de las antorchas, galopando como un poseso y blandiendo algo en una mano, un objeto largo como una espada pero que no era de bronce.

De un prodigioso salto, el caballo sorteó la valla y se plantó entre un grupo de guardias que habían rescatado sus armas de los «tipis» de lanzas. El objeto que portaba en la diestra se alzó y descendió como una maza sobre la cabeza desprotegida de uno de los soldados, que inmediatamente se desplomó. Justo después le llegó el turno al siguiente, tal era la furia con la que aquel *berserker* frenético combatía.

—¡Vamos, salgamos de aquí! —exclamó Tanya al ver que algunas de las *melees* en que se había dividido la batalla se acercaban a ellos. Seguida de Edith y su familia, la joven gateó a la mayor velocidad posible hacia una esquina del cerco de prisioneros, que daba a su vez al establo donde los guardias tenían a sus bestias.

Tanya asomó la nariz por encima de la valla y contempló con pánico a aquellos enormes, gigantescos animales (una nunca sabe lo grande que es en realidad un caballo hasta que no ve uno con sus propios ojos). Se preguntó si para salvar la vida se vería obligada a montar a uno de aquellos animales. Ojalá no, rezó. Prefería volver a tentar a la suerte (y a la confabulación asesina de probabilidades que protegía la línea del tiempo) y sacar sus alas de ángel antes que arriesgarse a subirse a un caballo que no sabía manejar, que podía tirada al suelo y dejada paralítica o coceada hasta la muerte. Aquellos eran caballos de guerra, no palafrenes de monta para señoritas, y en sus ojos se leía la misma furia asesina que movía a sus amos.

—Dónde estarán los buenos *Land-Rover* cuando los necesitas, mecachis...

—¡Cuidado! —La mano de Lot le obligó a bajar la cabeza, y justo a tiempo, porque una flecha hirió la valla en el mismo punto donde un segundo antes estaba su cráneo.

Tanya miró con los ojos inyectados en sangre a Lot.

—¡Gracias! Me has salvado la vida...

—Aquí nos salvamos todos, o morimos todos —gruñó el hombre, y fue el primero en saltar la valla. Los caballos piafaron y corcovearon aún más nerviosos cuando lo vieron acercarse, pero de alguna forma, con esa magia que tienen las personas que se han criado toda la vida entre animales, Lot logró calmar a uno. Y eso arrancó reacciones similares, más sosegadas, en los demás.

El hombre sonrió. Resultaba curioso: visto de perfil, el espejismo pacífico de su devoción desaparecía y salía a la luz un aplomo severo.

Tanya estaba paralizada. «Dios, va a suceder», tragó saliva; «me va a obligar a subirme a ese monstruo. Y yo me voy a caer y ni siquiera mi don divino me salvará de hacerme polvo el nervio ciático, o de quedarme parálitica como mi adorado Christopher Reeve...».

Entonces sonó una trompeta, y el signo de la batalla cambió. Los defensores se hicieron fuertes en el extremo norte del campamento, y lanzaron algunas flechas en llamas hacia el cielo para llamar la atención de otros enclaves elamitas. No quedaba mucho tiempo antes de que aquel lugar se convirtiera en un hervidero de lanzas, como había sido Sodoma horas antes, y los campesinos fueran vencidos de nuevo.

Había que salir de allí, y ya.

Lot subió a las niñas a los caballos, sentándose una por delante y otra a la espalda. Las niñas se agarraron como expertas amazonas, provocando un gemido de envidia en Tanya. Edith y otros refugiados se repartieron el resto de los animales, que esperaban en vano la llegada de unos soldados que ya habían caído bajo la furia de las hondas y las hoces.

—¡Vamos, súbete! —exclamó Edith, al verla allí paralizada—. ¿A qué esperas?

—Yo... no sé montar —dijo Tanya, encogiendo graciosamente los hombros.

Edith la miró con consternación, pero enseguida reaccionó. Le dio una palmada a su caballo en la grupa y gritó:

—¡Cabalgarás conmigo!

El cruce de cables en la cabeza de Tanya no se prolongó más allá de ese segundo. Un instante después estaba trepando con torpeza por un lado del animal (por Dios, ¿en qué siglo se habían inventado los estribos?), y sentándose detrás de Edith, en donde debería estar el arzón trasero de la silla. Edith montaba a pelo, como todos sus compatriotas.

Lot dio un grito ininteligible, algo a lo que estaban acostumbrados los caballos, y éstos salieron a toda velocidad por una puerta encarada a la llanura. Tanya se aferró como un calamar a la cintura de Edith y dejó escapar un larguísimo y lento iiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiihhhh de miedo, mientras el mundo subía y bajaba rítmicamente y la realidad se convertía en una sucesión de imágenes rápidas: Los atacantes lanzando antorchas contra las tiendas, y reagrupándose para comenzar la retirada; los refugiados de Sodoma huyendo, cada cual a su ritmo, intentando desaparecer en la noche sin un rumbo fijo; los pocos conatos de violencia que quedaban resolviéndose, con los elamitas haciendo valer la supremacía del bronce sobre las armas campesinas.

Tanya no supo cuánto duró aquella cabalgada. Horas, tal vez. Sólo supo que cuando abrió los ojos estaban en una zona más alta del valle, y que un delicado fulgor empezaba a incendiar el horizonte, anunciando el alba. La silueta oscura de Sodoma seguía enseñoreándose del paisaje, pero ya no ardía: las columnas de humo habían sido sustituidas por una grisácea mortaja que volvía blancas las murallas.

Los jinetes se habían reunido en una colina muy cercana al lugar donde ella había «aparecido», cuando la teleportó Rafael. Desde allí se abrían varios senderos que conducían a otras partes de aquel turbulento país.

El valle de Siddim era un paisaje yermo, completamente cambiado. Ya no hervía la vida alrededor de los pozos de betún. Éstos, por el contrario, se habían convertido en trampas mortales para los ejércitos defensores: por la cantidad de restos humanos que los rodeaban, Tanya dedujo que las fuerzas de la Pentápolis, al huir, se habían topado con aquel difícil terreno minado, y lo que había sido su principal fuente de riqueza se había convertido en una trampa mortal. En su loca huida cayeron dentro de los pozos que tan ricos habían hecho a los nobles de la ciudad.

Tanya iba a comentar algo en voz alta, cuando sucedió algo muy extraño.

Escuchó una voz, lejanísima, casi imperceptible, pero que le hablaba directamente a ella. A su interior. A su alma.

Miró extrañada en varias direcciones, pero nadie más lo había percibido. Y no era una voz desconocida, sino muy familiar, a pesar de que todavía no lograba asociada a un rostro.

Esa voz la estaba llamando. Quería que fuera a alguna parte, lejos de allí... ¿pero dónde?

—Gracias a la misericordia de Nanna, al que nunca más llamaremos Sin, hemos salido con vida —salmodió Lot, reuniéndose con su familia en lo alto del cerro. Tras él venían muchos otros, tanto supervivientes de Sodoma como

de la hueste que había arrasado el campamento. Y con ellos venía también aquel jinete misterioso, el que lideró el ataque.

Al verlo, por la cara de Lot y de su esposa pasaron muchos sentimientos, algunos de ellos contradictorios. Tanya distinguió alivio, sorpresa, alegría, una pizca de resquemor y otra de amargura. Era obvio que Lot conocía a aquel jinete, y que habían compartido un pasado que no acabó del todo bien para ninguno de los dos.

El jinete llegó hasta ellos. Era un hombre sorprendentemente mayor, el clásico anciano que en tiempos de Tanya llevaría lustros batallando para que no lo ingresaran en un asilo. Podía tener fácilmente noventa y cinco o cien años, pero sus brazos seguían siendo fuertes y sus piernas aún podían sostenerlo en aquella grupa. Vestía una lorica idéntica a la de sus enemigos, con unas túnicas arrugadas debajo, por lo que Tanya dedujo que la había robado en el combate.

El anciano clavó en ellos unos ojos marrones, intensos, los de un hombre zarandeado por muchas pasiones encontradas, y por responsabilidades que habrían aplastado a otros más débiles que él. Su rostro estaba animado por una inteligencia poética, casi divina.

Era el rostro de un líder, quizás de un fanático... pero también el de su salvador, la persona a la que ahora mismo debían la vida. El que se había enfrentado a un batallón de soldados vestidos de bronce con un grupo de campesinos armados con enseres de labranza.

Lot fue el primero en agradecersele, porque hizo una profunda reverencia y dijo, en un idioma distinto al que había usado hasta entonces:

—Bienhallada sea la gracia que ha guiado tus pasos hasta mí, y tu corazón hasta la voluntad de Nanna. Tu presencia es como el primer rayo de la Aurora, y tu sombra da cobijo venturoso a los creyentes...

Tanya lo entendió porque se lo tradujo su don, pero la cara de Edith y de los demás era de una respetuosa ignorancia. Debía de ser un idioma secreto de los religiosos, presumió, uno en el que se comunicaban los sacerdotes entre ellos y en el que celebraban sus liturgias, como el latín en la Edad Media.

El anciano le respondió con otra fórmula predeterminada:

—Mi alma se siente dichosa al volver a verte, y al pisar la tierra donde germinó la semilla de los creyentes. —Se dieron un fuerte abrazo, sin bajarse todavía de los caballos—. Lot, sobrino, hermano —el anciano volvió a la lengua común, indicando así que las formalidades entre sacerdotes habían concluido—, creí que te había perdido para siempre. Si por mí fuera habría perseguido a esos carniceros hasta Joba, en el país de Damasco.

—Por fortuna no ha hecho falta. ¿Cómo te enteraste de nuestra desgracia?

—Un fugitivo logró llegar hasta el encinar del amorreo y nos contó lo que había sucedido. Tardamos menos tiempo en reclutar a los hombres de mi hacienda y en armarlos de lo que durará esta conversación. Luego nos despedimos de nuestras mujeres y nos pusimos en marcha hacia el valle.

Tanya miraba fijamente a aquel hombre, ya lo que portaba en la diestra. Era la misma arma con la que había vencido a tantos hombres en la refriega, poseído por una furia frenética. Pero, sorprendentemente, no era una espada, ni un objeto fabricado para la guerra o la labranza.

Era una simple quijada de asno.

Aquello merecía una explicación (me la merezco yo, después de todo lo que he sufrido, pensó Tanya, enfadada), así que se concentró para que el torbellino de la hiper-net la bañara de nuevo. Y allí estaba, sí... aportándole datos sobre las quijadas de asno empleadas como arma, y sobre los hombres tan particulares que las esgrimían.

La voz sin palabras le contó que algunos hombres legendarios se habían alzado sobre sus enemigos, coronando grandes gestas, usando aquella cosa sucia y llena de dientes como estandarte. No era el arma de un rey, desde luego, pero sí la del caudillo de un pueblo pobre, inculto, que estaba mucho más cerca de sus dioses en aquella época de lo que lo estaría en los milenios posteriores.

Sansón, uno de los jueces de la *Biblia*, había sido traicionado por las gentes del pueblo de Judá y entregado a sus enemigos, los filisteos, un pueblo tradicionalmente enemigo de los israelitas que provenía del Egeo. Hasta la época de Tanya no había llegado ninguna de las leyes promulgadas por aquel juez tan fornido, aunque sí la fama de su descomunal fuerza física (un poco al estilo del griego Hércules, que también era una especie de culturista de su época).

Según la tradición oral israelita, vestigio de tiempos en los que sólo unos pocos elegidos sabían leer, el iracundo Sansón se alzó contra sus captores y, armado con la quijada de un asno, llevó a cabo una matanza de la que no se libró ni un solo filisteo, ni tampoco los traicioneros hijos de Judá que lo habían engañado.

Y al igual que el mítico Sansón, el Aquiles del pueblo hebreo, portaría una quijada en sus hazañas como símbolo del poder de los pobres, otros patriarcas que le precedieron también lo harían.

Entre ellos...

—Edith, acerca tu caballo —pidió Lot—. Deja que presente a nuestra joven amiga a mi tío.

Edith aproximó su animal al del anciano *berserker*. Éste le dedicó a Tanya una mirada perturbadora. La mirada de alguien que vive mental o espiritualmente en varios mundos a la vez.

—Tío, esta es Tâniia, una extranjera que ayer me salvó la vida. Es, por tanto, una invitada a perpetuidad de mi casa. Tâniia —dijo, haciendo un gesto servicial hacia el anciano—, este es mi tío Abram, el señor de la casa de Taré.

EL POZO DE MÁRTIRES

El demonio estaba de espaldas a él, concentrado en alguna tarea repugnante (Erik no lo veía bien desde su posición, pero lo dedujo: todas las tareas que se le podían encomendar a un engendro de esa clase siempre eran repugnantes). Tenía una forma vagamente humana, como si al cuerpo de un varón caucásico le hubiese crecido un insecto gigante en la espalda, y éste hubiera rasgado la piel para sacar al exterior parte, sólo parte, de las patas y los hemélitros.

Repugnante.

El ser debió de averiguar que estaba muerto cuando la espada de Erik ya le había cercenado el cuello. O tal vez ni eso. La cabeza siguió masticando la rata que se había convertido en su aperitivo mientras caía hacia un lado, y su expresión fue de estupor, más que de rabia, cuando rebotó contra el suelo.

Erik avanzó de puntillas, ocultándose tras la siguiente puerta. Dios, el olor. La percepción abrasiva del mal. Era avasallador. No podía imaginar lo que habría allá abajo, pero sin duda sería algo digno de verse. Cuando la gente del otro bando daba rienda suelta a su retorcida creatividad, sin que nadie les pusiera límites, los resultados eran... dantescos, a falta de una palabra mejor.

Atravesó el umbral. Sentía la ponzoñosa pesadez de los hechizos entretejiéndose a su alrededor, reaccionando a su presencia. El tacto de la espada en su diestra resultaba tranquilizador, y su peso un impulso agradable que mantener en equilibrio, la punta siempre hacia delante. Siempre dispuesta.

El espejo de Ta'ahm vibraba con una rabia incontenible nacida del hambre. Ansiaba alimentarse, llenar el espantoso vacío de su estómago que le torturaba como un agujero negro en miniatura. Y si lo único que Erik iba a proporcionarle eran ejemplares de su misma especie, bienvenidos eran.

Erik sujetó con firmeza sus dos armas, espada y espejo, castigo y justicia, y entró en la sala principal de aquella siniestra catacumba.

Lo que vio lo paralizó durante unos instantes, casi tanto como para que el ataque de los dos diablos que custodiaban la entrada fuera letal.

Erik los esquivó en el último segundo y dejó hacer a su demonio esclavo. El rostro de Ta'ahm se derramó sobre el cristal y abrió sus bocas, encajadas unas dentro de otras, creando un cono de absorción del que los hemélitros no pudieron escapar. Mientras, el cerebro de Erik procuraba dotar de un sentido al paisaje que tenía delante, y que iba viendo a trozos, a medida que hacía cabriolas para esquivar los ataques.

La habitación era circular, y ancha. Tendría unos veinte metros de diámetro, por lo que la mitad invadía con seguridad el espacio del canal. Seguro que toda esa agua circulaba por encima, llena de turistas tan asombrados por la maravillosa arquitectura veneciana que no sospechaban lo qué tenían debajo de la quilla.

Erik podía calcular a ojo la altura de aquella sala abovedada, pero no su profundidad, porque justo en el centro se abría un pozo oscuro con las paredes llenas de símbolos cabalísticos, cuyo fondo bien podía llegar hasta el Infierno. Un humo amarillo, malsano, manaba del pozo y dibujaba arabescos en el aire, como si la atmósfera misma estuviese corrompida por la maldad.

Una columna gigantesca, transparente y huidiza como un sueño, se encajaba en la boca de aquel pozo. Erik tardó unos segundos en entender que era la base de la torre del Metatrón. Cuando fuera sólida, su masa encajaría allí como la pieza de un puzzle. La sala no estaba vacía. Había demonios. Más de los que Erik habría estimado para una pelea justa. Y todos clavaron a la vez sus ojos en él.

Erik concluyó la última cabriola golpeando con el espejo la cabeza del hemélitro, ocasión que Ta'ahm aprovechó para arrancársela de un mordisco.

Mientras su demonio masticaba con placer, haciendo ruiditos graciosos con las lenguas, Erik alzó el mentón, infló el pecho, y dijo:

—Si no queréis pagar las pizzas, tíos, hay otras formas de decirlo.

Los demonios lo miraron durante un instante, ponderaron interiormente su situación, y salieron huyendo en tropel de la sala, desapareciendo por el propio pozo y por aberturas de las paredes.

Sólo quedaron dos, que no se habían movido un ápice desde que el ángel irrumpió en la sala. Uno tenía una forma humana achaparrada, bastante más bajita que él, pero estaba tan metido en las sombras que Erik apenas pudo distinguirlo.

El otro era enorme, más grande que un elefante. Y por desgracia su cuerpo era perfectamente visible bajo la escasa luz.

El vello de la nuca de Erik se alzó como esarpas. Había combatido antes contra aquellos engendros, los fatídicos grablezus, pero siempre rodeado por otros Puños del Cielo y siempre planificando bien el encuentro. Nunca se había topado con uno cara a cara, de sopetón, exceptuando aquella vez que estuvo a punto de morir en Santorini. Y no deseaba repetir la experiencia.

El demonio era una variante conocida como elemental del silencio. Esto no quería decir que fuera mudo, sino que era la encarnación de los gritos de auxilio de todas las personas que habían muerto en circunstancias trágicas y no habían podido chillar para pedir ayuda. Era la máxima expresión del terror de saberse solos, desamparados, abandonados a una suerte horrible... y la conjunción de todas esas tragedias sin nombre le confería una fuerza enorme. Daba igual que por fuera el demonio se asemejara a una fosa común de cadáveres cubiertos de cal a la que un nigromante hubiese dotado de vida propia. No. Lo más terrorífico de él eran todas aquellas bocas abiertas que le sobresalían de la piel, congeladas en un grito único y sostenido.

Erik volteó la espada, lentamente. Caminó hacia el extremo del pozo y se plantó frente al demonio, mirándolo con odio. Era consciente de la presencia del otro, el achaparrado, el que no parecía una amenaza... pero el noventa por ciento de su atención estaba puesta en el elefante necrótico que tenía delante.

—Bien, chavales, estáis rodeados —dijo con voz fuerte y clara—. Tengo a cincuenta ángeles ahí fuera esperando mi señal, y una tanqueta celestial y dos destructores, así que será mejor que en los próximos minutos os replanteéis la vida. Y rapidito.

Una risa rebotó en las paredes. No provenía del grablezu, sino del demonio pequeño.

—La desfachatez de los ángeles guerreros siempre me ha sorprendido —cloqueó—. Entrás en nuestro santuario. Solo. En clara desventaja. Ves lo que aquí ocurre. —Hizo un gesto extensivo a su alrededor—. Y únicamente se te ocurre salir y plantar cara. ¿Cuál es tu nombre, heraldo de la luz, para que mis siervos lo paladeen mientras te arrancan la piel?

—Me llamo Erik, que en la lengua de los humanos significa «aquel que pone las cosas en su sitio» —dijo, engolando la voz—. Por cierto, al número total de tus siervos réstale unos cuantos de los que me encargué arriba. No te vayas a equivocar en la nómina.

—Mátale —susurró a su mascota. Fue apenas un suspiro, pero la orden cuajó perfectamente en los oídos de la bestia que tenía a su lado, que se lanzó

bramando como una apisonadora hacia el ángel.

Erik contuvo la respiración hasta el último segundo, mirando fijamente a la bestia, calculando sus movimientos, lo que podría haber oculto bajo ellos...

Y allí estaba de nuevo la voz. En la cabeza, en el alma. La misma que había oído en el hotel.

Era agradable, tranquila; la voz de un amigo que, desde un lugar inconcebiblemente lejano, pronunciaba con calma su nombre.

Y que llegaba en el peor momento posible.

Esa mínima distracción hizo que Erik sólo tuviera media atención puesta en el monstruo cuando éste le embistió. El golpe fue brutal: El cuerpo del ángel recorrió una parábola que acabó abruptamente cuando una pared se interpuso en su camino. El choque le hizo crujir todos los huesos del cuerpo.

Erik cerró los ojos un instante, el tiempo justo para lidiar con el dolor, y cuando los abrió...

El grablezu estaba cargando como una locomotora contra él. Era una masa blancuzca de cadáveres amontonados, calcificados, de rostros que intentaban gritar con agonía infinita sin poder hacerlo. Una metáfora de lo que significaba ser condenado al Infierno, sólo que no una metáfora inmóvil y pavorosa, sino veloz y demoledora.

Fueron los reflejos del ángel, afinados durante aquellos años de combates sin fin, los que le salvaron la vida. Antes de que su cabeza racionalizara lo que estaba pasando, sus alas ya estaban extendidas y él giraba en espiral por encima del grablezu. Éste no detuvo su ataque, sino que embistió la pared con la fuerza de una locomotora, reduciendo a polvo los antiquísimos ladrillos de la época de Battista Tiepolo.

Erik pivotó en el aire y cayó de pie, como un felino. Seguía teniendo agarrada la espada, pero aquella bestia iba a necesitar un enfoque distinto.

Sus alas también eran armas. Y en ocasiones más dañinas que la espada-signo. Erik esquivó las feroces embestidas del monstruo mientras daba saltos y hacía girar aquellas cuchillas doradas, plumas cuyo filo había probado el icor de cien demonios. Las alas se convirtieron en un torbellino de aristas cortantes, y al final de cada salto estaba allí la espada, descargando tajos sobre los cortes que habían hecho las plumas como quien derrama kilos de sal sobre heridas abiertas.

El monstruo aulló de cólera, más que de dolor.

El combate no se prolongó demasiado, ya que el grablezu era enorme pero también lento y pesado. Su especialidad era aplastar cosas, pero para ello necesitaba, fundamentalmente, que las cosas se estuviesen quietas.

Erik no pensaba darle esa satisfacción.

Fueron evolucionando por la sala hasta que se aproximaron de nuevo al foso. Erik vio su oportunidad y, lanzándose hacia arriba, imitando por enésima vez el giro que hasta ese momento había conseguido asestar tajos al monstruo... ejecutó un quiebro inverso en el aire. Clavó la espada en el suelo y la usó de ancla para no salir despedido por encima de la cabeza del grablezu; su cuerpo frenó bruscamente y quemó toda esa inercia deslizándose entre las piernas del monstruo.

El torpe grablezu aún estaba buscando al ángel por encima de su cabeza, con la maza de espinas dorsales humanas que tenía por puño agitándose para aplastarlo, cuando la espada le partió el torso en dos mitades.

Su propio peso fue lo que le hizo caer al foso. Erik contempló con orgullo cómo la bestia se partía en dos, y luego, a medida que caía, en pedazos más pequeños. Y todos ellos se hacían más y más diminutos mientras se los tragaba la negrura.

Se escucharon aplausos.

Erik se incorporó, secándose la sangre de la boca con la manga. El otro demonio, que aún permanecía en las sombras, aplaudía con sincera admiración.

—Bravo. Hacía mucho que no veía una muestra de valentía y estupidez como ésta, tan elegantemente mezcladas. Es tan reconfortante encontrarlas en un ser tan joven como tú...

—Y yo hacía tiempo que no me divertía tanto machacando cucarachas como vosotros —jadeó Erik, intentando recuperar el resuello—. Da gracias porque no haya muchos como yo ahí arriba, en el Cielo, o lo tendríais crudo para ganar esta guerra.

—Burlón hasta el final. Estupendo. Creo que podrías dar lugar a un nuevo tipo de fuerza de la luz: el bufón emplumado.

Erik forzó la risa.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Vas a dar la cara para que también pueda jugar a esto de los motes graciosos, o voy a tener que entrar ahí a sacarte?

—Antes mencionaste la palabra clave, ángel: guerra —siseó el demonio, moviéndose por dentro del cono de oscuridad. A Erik comenzaba a darle la impresión de que, igual que la fuente de luz que iluminaba aquella sala no tenía un origen natural, la oscuridad tampoco—. Todos llevamos metidos en esta guerra de una forma u otra desde el principio de los tiempos, incluso los que aún no han nacido. ¿Pero contra quién luchamos? ¿Entre nosotros, como

mandan los antiguos cánones, o es algo más complicado? ¿Te lo has preguntado alguna vez, heraldo?

—Lo que me faltaba —rezongó Erik, aunque en el fondo agradecía aquella pausa—. Un diablo filósofo. Casi prefiero que me lances cuchillos y bolas de fuego, ¿vale?

—Piénsalo, ángel —musitó la cosa que habitaba las sombras—. Porque una vez le encuentres la lógica no necesitarás seguir luchando contra nosotros.

—¿Qué lógica? ¿Lógica de demonios? ¿Dos más dos son tripas y sangre? No, gracias, prefiero quedarme con los cánones esos y hacer mi trabajo. A la antigua usanza.

—Las usanzas ya no sirven, no contra los nuevos enemigos. Mira, observa atentamente a tu alrededor y dime qué estamos haciendo. —Señaló el pozo con una mano a la que por primera vez bañó la luz, y Erik se dio cuenta de que pertenecía a una mujer. Pero había algo inusual en ella, algo... equivocado.

—¿Que observe? Vale. Veo hechizos de magia negra mezclados con un propósito que huele a cosa chungu desde aquí. Y no veas el pestazo.

—No, ángel: no mires. Mira.

Por primera vez, Erik se molestó en analizar fríamente la situación, manteniendo a raya el impulso de destrozarse diablos que le anegaba la mente. Y sí, vio cosas. Cosas que no le gustaron nada.

—Estáis haciendo lo mismo que yo —se asombró—. Detener la aparición de las torres.

El demonio hizo un gesto afirmativo.

—Y sólo has tardado seis demonios en darte cuenta —rió—. A nosotros también nos conviene detener al Metatrón. Si le permitimos exterminar a la Humanidad, a toda ella, nos quedaremos sin almas que torturar en los fosos de infortunio para crear más diablos. Él tendrá su ejército y nosotros una nueva muralla cercándonos. Una nueva prisión.

—¿Pretendes que te ayude a acabar éste... —arrugó la boca con asco—... lo que sea? ¿Que os deje trabajar en paz y no diga nada a mis superiores de lo que estáis tramando?

El demonio salió a la luz, y por primera vez pudo ver sus rasgos.

Era una mujer, sí, pero no una mujer viva. Ni siquiera pertenecía a la época actual. Era un disfraz, un traje, una carcasa robada (o poseída, más bien) en una época en la que los hombres aún no habían desarrollado

totalmente el desplazamiento bípedo, y se apoyaban en las manos para andar. Una piel ajustada al cuerpo de su portador como un hematoma caliente.

Erik vio la frente hundida de aquella mujer, los labios anchos y prominentes, de primate. Las amplias espaldas. Y supo que el demonio que había robado aquella piel lo había hecho hacía mucho, muchísimo tiempo. Antes de que el hombre tuviese siquiera una forma de denominarse a sí mismo como especie.

El demonio que se escondía dentro tenía que ser muy viejo. Quizás tanto como Rafael. Y no había cambiado de disfraz desde entonces.

A Erik le tembló el arma en las manos.

—Ha llegado hasta mis oídos que existe un plan para oponerse al Metatrón —comentó el demonio, observando a Erik con sus propios ojos, lo único suyo en aquella máscara de mujer de Cro-Magnon. Eran dos agujeros llenos de agujas entrecruzadas—. Sabemos que algunos de los tuyos están buscando algo, un objeto. Y que ese objeto tiene que ver con cierto muchacho.

Erik apretó los dientes. Lo sabían. Claro. Era normal tratándose de seres tan antiguos, con tanto poder.

Qué estúpido había sido al traer a Isaac a Venecia.

—No quiero inmiscuirme, ángel —rió la cosa que se parecía a una mujer —, pero estamos luchando en el mismo bando. Ángeles y demonios unidos por primera vez desde la Palabra Original, ¿no es gracioso? Contra un enemigo común. Lo único que podría unirnos, más allá de dogmas o credos.

Erik bordeó lentamente el pozo en sentido contrario a aquel demonio. Ambos recorrían el mismo círculo, permaneciendo equidistantes. Examinándose.

—Yo no me uno a nadie —dejó claro, para que constase. Que aquel engendro sacase sus propias conclusiones, no le importaba; él sabía perfectamente de qué bando estaba.

—Uno de los vuestros... y me refiero a de los vuestros —el demonio colocó una mano por encima de su cabeza, sugiriendo altura, grandeza—, colocó las piezas en el tablero y le dio el empujoncito inicial a la rueda. Pero esa rueda no puede girar y girar sin parar y no proyectar una sombra enorme. Sombras sobre mi mundo.

—¿Crees que formo parte de los engranajes de esa... rueda?

—Eres uno de los que la hacen girar, de eso no me cabe duda. Y el hecho de que estés aquí, ahora, y me refiero no sólo a este lugar del mundo sino también a esta época... dice mucho del plan de ya sabes quién. Antes de que

te marches de aquí, o de que uno de los dos acabe con el otro —la mujer se encogió de hombros—, quiero que niveles la balanza. Dame la información que necesito para frustrar el plan del Metatrón, y dejaré que escapes relativamente intacto.

Los ojos del ángel se convirtieron en saeteras.

—¿Qué te hace pensar que poseo información que vosotros no tenéis? Das la impresión de estar muy bien informado.

—Erais tres. Tres humanos que trascendieron antes de tiempo, con un potencial para desatar poderes ocultos desconocido hasta ahora. Y hay una misión en vuestro destino. Una reunión. Estáis destinados a encontraros de nuevo, y cuando ese hecho se produzca se plantarán las semillas para hacer realidad la peor de todas las profecías.

—Pues sabes más que yo —dijo Erik, con sinceridad—. ¿Podrías repetirlo, por favor? Tengo que tener una grabadora por alguna parte.

El demonio hizo un gesto y algo se movió tras uno de los umbrales. Erik se tensó, pero se mantuvo completamente inmóvil mientras los demonios menores, los asquerosos hemélitros, regresaban a la sala. Y no venían solos.

El ser que apareció era una de las infinitas variantes de diablos que poblaban el Infierno, una que Erik aún no se había encontrado antes en sus batallas. Durante su entrenamiento, Séfora le había enseñado que las criaturas preternaturales (como los ángeles y sus némesis) tenían una apariencia ligeramente humana debido a las plegarias de los mortales. Los humanos los imaginaban así, con toda la fuerza mística de su corazón, y esa fuerza de fe era capaz de manipular el aspecto de las criaturas de luz y oscuridad, haciéndolas antropomórficas.

Pero había seres tan depravados, tan alejados de cualquier canon espiritual humano, que se resistían a adquirir esa forma. Era el caso de la bestia que, con la parsimonia de una ameba gigante, se arrastró sobre un charco de babas hasta situarse junto al pozo. Erik había visto muchas asquerosidades desde que era un Puño del Cielo, y la mayoría de ellas habían caído bajo su filo, pero aquella logró arrancarle una arcada.

Sobre todo, porque en su interior se movía algo.

Era una sombra que flotaba con lasitud en aquella masa de baba sólida apenas consciente de sí misma, que se movía por puro apetito de destrucción.

La mujer de Cro-Magnon asintió con su maxilar ovalado, de simio, y la ameba se abrió en dos mitades. Erik ya intuía el peor escenario posible, el más doloroso, en el que aquella sombra humana se convertiría en su protegido, Isaac, colgando de vísceras de pus y atado con correas de algo que

no era músculo ni hueso, sino un estado intermedio entre ambos. Un escenario de pesadilla en el que el pobre Isaac le mirase con ojos inyectados en sangre, suplicándole que le devolviera la cordura perdida.

Todo eso lo intuyó Erik antes de que la ameba gigante se abriera, y le demostrara que tenía razón.

—Ahora —siseó la mujer, dedicándole a Erik una sonrisa espantosa—, tú y yo vamos a tener una pequeña conversación, si no quieres que tu amigo empiece a ser digerido.

Dolor.

Como nueva definición del mundo.

Llegaba en oleadas, en seísmos de fuego bajo la piel, en fracturas y terremotos de agonía en los nervios de las alas.

Y algo cálido llovía sobre su cabeza. Denso. Rojo. Algo a lo que prefería no ponerle nombre.

Horas, días, eones de dolor, y nunca paraba. La cosa que se alzaba ante él lo miraba con ojos que no eran ojos, con una sonrisa que escondía cosas aún más terribles debajo. Y lo único que quería era deleitarse, libar el sufrimiento del ángel como un colibrí agitando sus alas a cámara lenta ante la flor. Los bisturís que llevaba injertados en las puntas de los dedos también se movían a cámara lenta, yendo, viniendo, manteniendo conversaciones con su piel en las que cada verbo era un suplicio y cada sustantivo una rendición.

El ángel elevó la vista al cielo. Al cielo, no al Cielo, buscando quizás una explicación, o un momento de solaz en un profundo azul que hasta ayer había sido su santuario. Un color que era su hogar, su casa, que velaba por él. Un azul que ya no estaba sobre su cabeza.

Lo que había allá arriba era una bóveda de piedra. Un refugio para la oscuridad. Y los extremos ensangrentados de sus alas, clavados a la pared. A su espalda, tras el tabique, el rumor del agua, el ir y venir de las pequeñas mareas y los oleajes en miniatura de los canales.

Venecia.

Lo habían capturado en Venecia.

Y sus amigos se habían olvidado siquiera de que él existía. No podían, o no querían, venir a ayudarlo. Ya le habían salvado de la muerte una vez. Dos habría sido mucho pedir, hasta para esa ingrata y tramposa de la Dama Fortuna.

Erik miró al cielo, de nuevo, buscando el azul. Pero no estaba.

Oh, Tanya, Mauro, Séfora, ¿dónde infiernos os habéis metido?

Y tú, el de arriba. El Gran Jefe. ¿Por qué me has abandonado?

El demonio volvió a repetirle su pregunta.

—¿Sabes cómo me llamo? No, seguramente no. —Negrura, dolor, agonía, un desmayo repentino y su conciencia que volvía a despertar cogiendo al demonio a mitad de la siguiente frase—:... que estaba allí antes de las Pirámides, esos ingeniosos inventos tan modernos de tu querida humanidad. Fue entonces cuando me llamaron Abaddón, el destructor. Acudí a la llamada del patriarca Moisés cuando exigió un castigo para la orgullosa nación de Egipto, hice un pacto con él, y a la tierra de faraones llevé temporales de granizo y escarcha, y desplegué enfermedades y me regocijé con el sufrimiento de los niños. Todo en connivencia con el patriarca de los hebreos. Fui todo eso, y mucho más.

—Tu currículum es... impresionante —jadeó Erik, confundido por los latigazos de dolor—. ¿Te da... darán empleo en... McDonalds, si lo pides?

—Veo cuál es tu principal virtud, hijo de los hombres. Y debo decir que estoy asombrado. Esa fuerza de voluntad sin origen ni motivo... ese sarcasmo que te mantiene en pie cuando la mayoría de tus hermanos se habrían rendido ya a lo evidente... Dime, hombre, ¿de dónde sacas esa fuerza?

Erik le clavó los ojos inyectados en sangre.

—De tanto ver... Barrio Sésamo. Ahora voy a ex... explicarte... lo que es «lejos».

Abaddón cogió algo que estaba en el suelo, a los pies de Erik. Era su espejo, con el desmodu Ta'ahm agitándose en el interior.

Lo contempló con desprecio.

—Bestias amaestradas, obligadas a luchar contra sus hermanos de sangre —escupió el demonio—. No merecen ni siquiera que se les dé la oportunidad de expiar sus faltas en los Pozos de Infortunio.

Dicho esto, Abaddón se tragó el espejo, entero, de un solo bocado. Erik pudo escuchar el grito de súplica de Ta'ahm antes de que su fuerza vital estallase como una pequeña nova en la garganta de la Cro-Magnon.

—¿Un... poquito de... sal? —balbuceó Erik—. Gracias por hacer... eso. Me lo has ahorrado. —Le lanzó a Abaddón su mejor mirada y ésta le atravesó y cayó al vacío.

El demonio no contestó a su bravata. Estaba observando con verdadero interés antropológico a su víctima, como si hubiera encontrado algo realmente nuevo en todos sus milenios de existencia, y estuviese batallando entre las ganas de destruirlo y el placer que le daría analizarlo. Estudiado con

detenimiento, claro, aunque tuviera que cortarlo en miles de minúsculos pedacitos y mantenerlos con vida, a todos y cada uno de ellos, cada uno con su propia parcela de tormento. Con su trocito de la pesadilla.

Le gustaban los ángeles mestizos, los que habían nacido siendo humanos y lograron trascender a una condición mayor. Pervertirlos y matarlos tenía un doble mérito, porque era mofarse de ese logro, de esa hazaña, convirtiéndola en algo perverso.

Además, los humanos que trascendían siempre se llevaban consigo una chispa del espíritu imperfecto de su anterior condición: no eran ángeles verdaderamente puros porque su alma tenía esquirlas de una hoguera anterior. La rabia que les daba fuerzas, el recuerdo del amor carnal, la sensación de tener a una mujer en los brazos, de morder su carmín en una noche sin estrellas, de esgrimir el pincel sobre un lienzo para que el cuadro se derramase de la paleta...

Abaddón saboreó todo eso al probar la sangre de su prisionero. Y le gustó. Le recordó cómo había llorado Moisés suplicando un castigo sanguinario para la raza que los tenía esclavizados.

Erik, a su modo, también estaba estudiando a su torturador. Le provocaba asco su mera presencia, y también un miedo infinito, pero algo en su interior se vestía con una máscara infranqueable cuando ese miedo tomaba el control. Y no era para menos. El tal Abaddón, cuyo nombre era la primera vez que oía (aunque si no le había mentido y había hecho pactos con Moisés tenía que ser alguien realmente viejo), era una paradoja en sí mismo: un misterio obscuro metido en un envoltorio que le quedaba muy pequeño.

Ahora que le tenía cerca podía ver que su piel estaba rasgada en múltiples lugares, como un saco que se rompe cuando se introduce a la fuerza algo más voluminoso en su interior. Erik dedujo que el diablo que tenía delante debía de ser grande, muy grande, pero que por algún motivo que sólo la lógica de los demonios podía explicar (¡y vaya lógica!) estaba comprimido allí dentro. Quizás sintiendo un dolor atroz al pasar constreñido cada segundo de su vida. Quizás no.

Lo que sí tenía claro era que el tal Abaddón era un adversario peligroso, el peor de los que había encontrado hasta entonces. Y que sus posibilidades de sobrevivir a una hora más de tortura creativa eran nulas. Abaddón seguramente habría apresado y condenado a horribles sufrimientos a muchos ángeles antes que a él, y tendría mucha experiencia.

La idea de claudicar, de firmar con sangre cualquier contrato que aquel diablo le pusiera delante (incluso usando una de sus propias plumas como

estilográfica) se le pasó más de una vez por la cabeza. Y justo detrás venían los argumentos: Al fin y al cabo él tiene razón, estamos en el mismo bando: todos queremos detener al Metatrón. Hacer un pacto con el enemigo no está tan mal si quieres socavarlos desde dentro. Y tonterías así.

Pero cada vez que su fuerza de voluntad flaqueaba, la imagen del desmodu que le había marcado en Santorini regresaba. Regresaba la ira, el miedo, el odio que mantenía la llama viva en su corazón. Pensaba en los padres de Tanya y en el resto de los desdichados que habían sido convertidos en algo parecido a zombis pútridos en aquella isla.

Y el sarcasmo y la ironía volvían a alzarse como baluartes. Y en lugar de firmar un documento, lo que tenía ganas de hacer con aquella hipotética pluma era metérsela por un ojo a Abaddón y dejarle su rúbrica en el cerebro.

Pero ni siquiera esos mecanismos defensivos aguantarían mucho. Ninguna muralla de odio podía resistir eternamente la danza de los cuchillos.

Entonces lo oyó.

Otra vez. Aquella voz interior.

Llamándole.

Y esta vez era lo suficientemente nítida como para saber a quién pertenecía.

—En este pozo de sacrificios —dijo Abaddón, ignorante de lo que estaba pasando dentro de la cabeza de Erik— derramaré la sangre de un mártir y aceleraremos la llegada de la torre. Pero los hechizos que harán de cimientos estarán equivocados, se habrán corrompido por la agonía del sacrificio. Y la torre misma se derrumbará sobre las cabezas de los mortales que la estarán observando anonadados, aplastándolos a todos. Será precioso.

Isaac, que colgaba de la pared junto a Erik, lo miró con espanto.

—¿De un... mártir? —llegó a preguntar, en un hilo de voz.

—Sí —cloqueó el demonio—. Y tú eres un candidato perfecto, niño. Aunque la de un ángel también serviría, si su alma se vuelve lo suficientemente negra antes de morir...

Mauro apretó los dientes, concentrándose. Si hubiera podido sudar sangre y ésta hubiese hecho de engrudo para las hebras del hechizo, habría donado con gusto unos cuantos litros.

El joven giraba sobre sí mismo como una peonza, rápido rápido rápido, al límite de sus fuerzas. El hechizo de convocación palpitaba a su alrededor, enhebrando su alma con hilos de fuego y luz. Gizeth también gritaba; el dolor

de abrirse a tanta energía espiritual estaba consumiéndole desde dentro, sublimando lo que le hacía brillar con luz propia en aquella constelación de hechizos.

Séfora lo miraba todo desde el perímetro del torbellino de neblina que rodeaba al chico, y no sólo lo oía gritar a él, sino también al Dédalo de las Tormentas, que sabía que lo estaban hiriendo con esa magia tan poderosa, clavándole en el rostro una ardiente escarpia de energía.

Entonces los tres gritaron una última palabra, y ésta fue Palabra, y el hechizo pensado para derribar las barreras del tiempo y el espacio se disparó.

Erik no pudo disfrutar de la cara de disgusto de Abaddón cuando su cuerpo desapareció de la catacumba.

Hubo un aleteo de mariposas de luz, una cascada de copos de nieve eléctrica, y en la pared donde estaba colgado el ángel sólo quedaron las estacas que hasta hacía un segundo le atravesaban las alas.

Isaac chilló de pánico, más por encontrarse solo de buenas a primeras que por la rabia que inundó el semblante de la mujer prehistórica.

Abaddón miró al muchacho, que se desmayó antes de que pudiera ponerle una cuchilla encima de puro miedo.

Pero el demonio no quería tocarle. No todavía.

Abaddón era demasiado viejo y había luchado en demasiadas batallas como para dejarse llevar fácilmente por la rabia. Así que se alejó de la pared de los torturados y se frotó el mentón. Pensaba. Meditaba sobre las múltiples explicaciones que podía tener lo que acababa de pasar.

Alguien se había llevado a Erik a otro lugar. No a otro Plano, porque habría percibido ese tipo de cambio, así que aún tenía que estar en la Tierra.

Pero la pregunta crucial no era dónde, sino cuándo.

ÁRBOL GENEALÓGICO (LO QUE SE TRAGÓ EL DESIERTO)

La colina donde se levantaba la casa de Abram estaba poblada de encinas.

A Tanya le gustaban aquellos árboles. Agradecía su sombra, la enrejada frondosidad de las ramas bajas, el olor que despedía la madera y le recordaba a la ciga y la cogulla. Paseaba durante horas por aquel lugar idílico, aspirando con fuerza el aire de un mundo que aún no sabía lo que era el petróleo, ni la industria. Y pensaba en cuál era su lugar en ese esquema.

Pocos días después de que el tío de Lot liberase a los prisioneros del campamento, y después de un duro viaje hacia la colina de Mambré, situada en las estribaciones de Hebrón, la comitiva había llegado hasta unas fincas dominadas por una casa de adobe. Una casa grande, pensada para albergar a varias familias con sus respectivos criados y animales.

Habían llegado menos de los que escaparon de Siddim. Al principio eran una columna densa de refugiados, pero por el camino se les fueron desprendiendo más y más personas, que se marchaban con gran alegría en su corazón y una enorme gratitud hacia Abram y se iban en busca de sus tierras y sus familias. Lot no podía evitar mostrar preocupación por ellos, pues los ejércitos del Este habían puesto en peligro toda la estructura de poder de la Pentápolis, y si antes de la invasión no era seguro andar por los caminos, ahora muchísimo menos.

Durante los días que estuvieron viajando, Tanya no le quitó ojo de encima al tío de Lot.

Abram.

¿Sería posible que fuera él, el Abraham bíblico que estableció el pacto con la divinidad, a cuya estirpe le fue entregada la tierra de Canaán? ¿Era aquel viejo medio estrábico de semblante regio el primero de los patriarcas post-diluvianos?

Tanya había aprendido un par de cosas sobre lo que decían las Escrituras desde aquel lejano día en que un ángel se le apareció para alterar para siempre su destino. Y la principal enseñanza, lo que se le había grabado a fuego en la mente, era que la realidad fue muy diferente a como la recogieron los cronistas de la *Biblia*.

Tanya había visto películas donde el protagonista (o uno de los personajes principales) era Abram, pero siempre lo caracterizaban como un anciano amable de mirada tierna, larga barba blanca y báculo de pastor en la mano.

Nada que ver con la realidad.

Abram tenía esa mirada de loco que poseían muchos de los fanáticos religiosos que habían sido juzgados en tribunales del siglo XXI. Y al oírlo hablar, Tanya notaba perfectamente que bajo aquella piel correosa, de marinero que ha conocido mares de sal en lugar de océanos de agua, hervían mundos enteros. Mundos de fe, de obediencia, de lucha por la supervivencia. Hervía la fuerza de voluntad de quien lidera un clan de hombres, ganaderos trashumantes en su mayoría, y que tenía la potestad de reunirlos y convertirlos en una fuerza armada importante. Una fuerza que caía sin piedad sobre sus enemigos aprovechando la oscuridad de la noche y unas tácticas de guerrilla que ya eran usuales en los tiempos de Babilonia. Un pequeño ejército no profesional que no perdonaba ninguna vida, ya fuera a hombres armados o a sus sirvientes, los esclavos del ejército que no tenían culpa de nada, sólo de estar allí.

Tanya se había sentido muy decepcionada cuando Lot le presentó a su tío. Esperaba que el elegido de Dios fuera realmente alguien excepcional, con una bondad infinita, adelantado mentalmente a su tiempo y con talento para ver las cosas con una perspectiva moderna, avanzada. Inteligente y sobre todo bondadoso. Como el protagonista de aquellas películas.

Pero a medio camino del encinar de Mambré, mientras la columna de hombres serpenteaba por las colinas, sucedió algo que le borró para siempre esa idea de la cabeza.

Los capitanes de la turba de Abram, entre los que se encontraban sus hermanos Nacor y Harán (cosa que le extrañó a Tanya, pues la *Biblia* les había asignado un destino diferente), y que eran más como capataces de voz dura y garrote despiadado que hombres entrenados militarmente, hicieron un prisionero entre los soldados de Codorlaomor. Lo habían mantenido en secreto, llevándolo amordazado y medio muerto de hambre en una carreta, mientras decidían si hablarle a su señor de su existencia, y de ser así cómo enfocarían la utilidad del prisionero.

Lot se enteró de la existencia de aquel soldado enemigo antes que su tío. Y fue él quien, tras debatirlo en una especie de concilio al que sólo acudieron hombres (Tanya tuvo que acompañar a Edith y a sus hijas a recolectar en un frutal cercano, para preparar la cena de los varones de esa tarde), decidió que Abram tenía que saber de él. Era imperativo hacerle partícipe para que pudiera decidir. Al fin y al cabo, su extrema ancianidad no era óbice para que dispusiera de una mente sagaz y despierta. Y seguía siendo el jefe del clan.

Así pues, llevaron al prisionero a presencia de Abram, y le preguntaron qué rescate podían sacar de él. Un rescate que el ejército de Codorlaomor podía pagar en dinero o en especias, y que serviría para ayudar a los pobres refugiados que ellos mismos habían liberado del campamento.

A Tanya jamás se le borrarían de la cabeza las palabras que pronunció el bondadoso patriarca aquella tarde, de las que ella supo porque se había acercado a espiar a la tienda de Lot, tras dar esquinazo a Edith:

—¿De veras fuiste ungido por Melquisedec en la Orden del Dios Altísimo, querido sobrino? —berreaba la sombra de Abram, colérica, dirigiéndose a la silueta de Lot que el fuego derramaba sobre la tela de la tienda—. ¿En serio recibiste el sacerdocio y juraste los votos? Porque sólo oigo sandeces indignas de un ungido salir por tu boca, y quiero pensar que no fue porque nos equivocamos al consagrar tu vida a Yaoh y Nanna.

—Pero... tío Abram, no veo que haya nada ofensivo para Yaoh en entregar este rehén a cambio de una suma que podría ayudar a nuestros compatriotas... —se defendió Lot.

—¡Es un sacrilegio! —estalló Abram. Y hasta la llama de la hoguera tembló bajo el peso de aquella voz—. Yaoh dijo a sus primeros hijos: «Por la ponzoña y la podredumbre se ha desvirtuado la pureza de la sangre, pues habéis copulado con bestias, habéis dejado que vuestros hijos se mezclen con los animales, y vuestro linaje ya no es digno de Mí. El que fuera uno se ha convertido en muchos, y la única raza que Yo creé se ha dividido por sí sola, sin Mi consentimiento, en un sinnúmero de clanes que pululan como alimañas por la tierra». —La sombra oscura de Abram desenvainó una espada y se acercó, amenazadora, a la temblorosa silueta del prisionero, que gemía impotente en una esquina de la tienda—. El Gran Dios que lidera el panteón nos confió la vigilancia de la tierra santa, y hemos dejado que esta escoria conduzca sus carros por ella y nos arrebate lo que por designio divino nos pertenece. Por lo tanto, la respuesta es sí, sobrino. —Miró a Lot sin dejar de apuntar con el filo del arma al cuello del prisionero—. Sí, hay herejía en esas palabras. Yaoh nos ordenó que no perdonásemos la vida a ninguno de

nuestros enemigos, ni hombres, ni mujeres, ni mucho menos niños, para que su semilla impura no se siga extendiendo por la tierra. Porque nosotros, sólo nosotros, los de la sangre de Noé, somos la raza pura y perfecta, y sólo nuestro debe ser el mundo que pisamos.

A continuación, y sin pensárselo dos veces, Abram cortó la cabeza del prisionero, que lloraba pidiendo clemencia, y la sacó de la tienda y la mostró como un trofeo de su lucha contra los infieles a todo el campamento, mientras chorreaba sangre.

Había pasado casi una semana desde aquello, pero Tanya aún tenía el sabor del vómito en la garganta. Lo había echado todo fuera (hasta las tripas, fue su impresión) al ver la salpicadura de sangre que siguió a la estocada y que impactó contra la tela tras la que ella se escondía.

Esa noche lloró, y también la noche siguiente, porque el mundo en el que transcurrían las «hazañas» de aquellas personas legendarias era un mundo cruel, de matanzas, de fanáticos religiosos, de niños asesinados y cabezas cortadas. De pueblos que invadían y otros que eran sometidos. Tan sólo la idea de que Dios hubiese depositado su confianza en aquellos carniceros le revolvía las tripas.

Procuró no acercarse lo más mínimo al tal Abram, el anciano de ojos locos, a menos que él se lo pidiera expresamente. Y sólo se lo pidió una vez, cuando al fin llegaron al encinar de Mambré y abrió las puertas de su casa a todos los que habían aguantado hasta el final la larga marcha.

—¿Cuál era tu nombre, niña? —preguntó a Tanya, su voz un mapa de arrugas igual que su piel—. Me temo que tanto polvo del camino a veces se aposenta en mis sienes, y me hace olvidar las cosas importantes.

Tanya tragó saliva y respondió:

—Tâniia, señor. Pero no soy importante.

El viejo hizo un gesto inclasificable con la cabeza y barruntó:

—Lo eres, hija. Lo eres.

Y no dijo más.

Lanzó una mirada clarísima y nada disimulada a los pechos de Tanya, como ponderando su volumen, y se retiró a hablar con los mozos de las cuadras y a encargarse personalmente de que todo fuera bien en su hacienda, dejando a Tanya paralizada como una vieja fotografía en sepia, o una estatua de sal.

Tuvo su gracia que en ese momento apareciera Edith.

—¿Qué te ha dicho?

Lo eres, hija, lo eres.

Tanya salió de su estupor, cubriéndose el pecho con los brazos.

—Eh... no estoy segura. Es... es un hombre... inquietante.

La esposa de Lot rió.

—Lo es, sin duda, por eso la sangre de Taré corre por sus venas. Mi marido a veces me recuerda mucho a él. Ha aprendido bastantes cosas de Abram, aunque no quiera admitirlo: gestos y frases y decisiones que luego aplica a la vida diaria. En el fondo, y a pesar de sus diferencias, le admira muchísimo.

—No lo pongo en duda —dijo Tanya, entornando los ojos para que el recuerdo de la explosión de sangre del prisionero no se proyectase una vez más contra sus párpados.

—Ven, te enseñaré dónde dormiremos. A partir de este día seremos los invitados de la casa de Taré. Sabremos hacernos dignos de tal honor.

Tanya procuró no acercarse demasiado a Abram en los días posteriores. Vagaba como un fantasma por los senderos de la finca, y notaba cómo las demás mujeres la señalaban y cuchicheaban cuando creían que ella no las estaba mirando.

Qué dirían. Probablemente que era una extranjera muy rara, sin costumbres reconocibles ni rutinas diarias. Tanya hacía lo posible por ayudar en las faenas de la finca, y en aquellos días aprendió mucho sobre algunos oficios que ni siquiera existían en su época, como usar el betún para teñir las telas, trenzar hilo en una especie de primitiva rueca de madera, o distinguir entre cuándo el piafar de los caballos indicaba que estaban sanos y cuándo que estaban enfermos.

Se sintió libre haciendo todas esas cosas tan inusuales en la vida de una chica de barrio (de un barrio moderno). Hasta aprendió a cocinar poniendo en práctica unas técnicas que no dependían de la electricidad ni del calor de vitrocerámica, y que en boca y manos de Edith se convertían en auténticas obras de arte.

Pero ella seguía con sus paseos. Seguía perdida en sus pensamientos, haciéndose preguntas silenciosas que, de haberlas escuchado alguna de aquellas cotillas, la habrían denunciado sobre la marcha por herejía al jefe del clan.

Pero cómo hablarles de lo impotente que se sentía. Cómo decides que estaba varada en una costa que no era la suya, encallada en una arista del tiempo, rezando porque los Poderes que la habían enviado allí se acordasen de ella o, al menos, le dieran un propósito. Una misión que justificase los horrores que estaba presenciando.

Ya no se atrevía a hacer cosas que pudieran alterar profundamente la vida de aquellas gentes. Lo había intentado durante el sitio de Sodoma, había querido extender las alas y demostrarles a todos aquellos asesinos que Dios existía... y recibió instantáneamente un palo en la cabeza. Casi le costó la vida el atrevimiento, y entonces pensó: Quizá la historia no quiera cambiar. O no pueda ser cambiada. Puede que la teoría de los infinitos universos paralelos dependientes de decisiones no sea verdad, y sólo haya una línea del tiempo. Y que ésta se blinde contra intrusiones graves como esa a la que llamaban «Tanya».

No, lo mejor era no exponerse a otra singularidad cuántica bestial, o como lo llamasen en las clases de física, no fuera a ser que otra lanza apareciera de la nada y se clavara en su pecho, mientras el tiempo seguía tratando de permanecer inalterado y coherente. Era mejor esperar e ir viendo cómo se desarrollaban las cosas, hasta que al fin apareciera alguien, un mensajero con unas instrucciones precisas para ella.

Y esa decisión tuvo su ironía.

Porque el mensajero apareció antes de lo que Tanya había imaginado.

Comenzó con la voz que la sacó del sueño.

Fue el decimocuarto día de su estancia como invitada (invitada trabajadora y sin sueldo, a jornada completa, como pronto se dio cuenta), justo después de conocer a la esposa de Abram: Sarai. Ésta había estado fuera, encargándose de resolver en nombre de su marido ciertas disputas entre los ganaderos que cruzaban por sus tierras... aunque algunas malas lenguas afirmaban que, en realidad, se había ido de la finca aprovechando que Abram partía con sus guerreros para encargarse de un feo asunto con una esclava, Agar, que (por lo que contaban las lenguas viperinas) había parido un hijo ilegítimo del patriarca.

A Tanya le sorprendieron varias cosas de aquel relato. Primero, que la casa de Abram tuviese esclavos, aunque después de lo que había visto en las colinas no le sorprendía. Y segundo, que su esposa resolviera por su cuenta un asunto tan espinoso como el de un hijo bastardo.

Realmente parecía que había dos mundos superpuestos allí, el de las mujeres y el de los hombres, y aunque a veces se abrían ventanas entre ellos e interaccionaban un poco. Lo que Tanya aprendió era que cada uno funcionaba de manera autónoma, con sus propias reglas, como si el otro no existiera.

—La señora de la casa es una mujer que sabe lo que quiere —le contó Edith en una ocasión en que había acompañado a las mujeres a lavar la ropa al río. Curiosamente no usaban jabón, sino una mezcla del residuo de ciertos álcalis hervidos (gracias, hiper-net)—. Sarai es una persona muy organizada. Y previsor. Si no fuera por ella, su marido no podría solo con todos los deberes y obligaciones que acarrea su cargo.

—¿Es el dueño de todas estas ganaderías? —Tanya señaló los grupos de animales que se movían a lo lejos, en el valle, masas oscuras que iban de un lado para otro como atolones de cuernos entre la hierba.

—Y de muchas más. Es un hombre muy rico. Empezó en el negocio con el dinero que trajo de Egipto, pero en cuanto se ordenó dictador los pactos comerciales con los demás clanes florecieron deprisa.

—Pero no tiene descendencia —la animó Tanya, intentando que la conversación no se desviara de lo que quería averiguar. Sabía que el tema del bastardo era espinoso, pero quería oír la auténtica versión de la historia por boca de aquellas mujeres, porque la que venía en la *Biblia* tenía más de lírica pastoral que de rigor histórico—. ¿Qué es esa historia de un hijo ilegítimo?

Las mujeres rieron por lo bajo mientras frotaban la ropa en la linde del río. Tenían el trasero tan levantado y tan puntiagudo que desde lejos constituirían un espectáculo muy pintoresco.

—Ningún clan que se precie puede ver morir a sus patriarcas sin tener descendencia asegurada —explicó Edith—. Pero esa, por desgracia, es la pata de la que cojea la casa de Taré.

—La señora escogió a una de nosotras hace tiempo y le pidió un enorme favor —continuó otra mujer, en el mismo tono confidencial—. Pero ahora se arrepiente. Da igual qué tratos se hayan hecho, o a qué lugar haya enviado a Agar y al niño: eso no está bien.

—¡Miriam!

—¿Qué? —se defendió la aludida, una chica de cabello tan negro que despedía reflejos azules—. Digo lo que pienso, y lo que pensáis vosotras. ¿Qué le va a pasar ahora a esa desdichada que compartió el tálamo con el dictador? No está bien, y punto.

—¿Le propuso tener un hijo con su marido y ahora que el niño ha llegado se lo quita de encima? —preguntó Tanya, indignada. Hasta aquí la historia era idéntica a la de las Sagradas Escrituras, y decía mucho sobre cómo funcionaban las cosas en aquella familia.

Edith asintió, tendiendo las ropas mojadas en la rama de un árbol.

—Incluso las familias de bien pueden llegar a ciertos acuerdos desesperados en las malas épocas... pero es cierto que romper los acuerdos cuando una de las partes ya ha cumplido nos parece injusto. Ahora bien, entiendo que la llamada de la sangre es la más fuerte del mundo, y que cuando tuvo al bebé en los brazos, la señora debió sentir que aquello no estaba bien.

—¿Y cuál es la solución? —continuó la otra mujer, Miriam, con inquina—. ¡Que el desierto se lo trague todo! Como a tantas otras cosas por aquí.

—Esa Agar... ¿era sierva en esta casa, como vosotras? —preguntó Tanya.

—Ay, si, cariño. De tan baja cuna como la que más. Pero el señor vio algo en ella desde el primer día en que llegó a la finca, y aunque era una chica un poco inútil, la protegió.

—No hace falta que hables tan claro —rió otra mujer, haciendo un gesto sobre sus pechos como si éstos fueran el triple de voluminosos.

Miriam se sonrojó, aunque siguió la broma de su compañera.

—Si, Agar era la mejor... dotada de todas nosotras. Y tenía buenas caderas, anchas y robustas. Ideales para parir.

—¿La mejor dotada? ¿Estás bromeando? ¡No sé cómo no se partía la espalda cada vez que se inclinaba en el río con esas dos ubres!

Edith se llevó un poco aparte a Tanya, alejándola de la charla soez de sus compañeras.

—No les hagas caso. Es que están celosas de que Abram haya escogido otra favorita.

—¿Abram estuvo de acuerdo con su esposa en tener ese hijo?

—¡Claro! Que yo sepa, y a menos que intervengan fuerzas sobrenaturales, estas cosas nunca suceden por error. El dictador tenía que saber muy bien lo que estaba haciendo cuando... ya sabes, cuando la pobre Agar le abrió los pétalos de su flor.

Tanya lo comprendía. Sarai era muy vieja, igual que su marido. Y también al igual que él tenía un carácter fuerte, intransigente, de líder. No era nada fácil hablar con ella. Tanya había visto cómo lo intentaba Edith en un par de ocasiones y, aún teniendo en cuenta el lazo familiar que existía entre ambas, Sarai era tan comunicativa como una pared de adobe. Edith hablaba, pero las palabras chocaban contra una especie de campana que flotaba alrededor de la anciana Sarai (una campana a la que Tanya creía poder poner nombre y apellidos, como «estatus social superior» y «dueña de la casa frente a simple sirvienta»).

Al igual que a su esposo, a Sarai también la obsesionaba algo. Pero no tenía que ver con tierras ni con ganaderías, ni con incursiones de hombres armados.

Por lo que le contó Edith, la locura de Sarai tenía que ver con su obcecación extrema por ser madre. Por darle ese hijo a su esposo que la naturaleza se negaba a traer. Sarai había vivido en Egipto junto a Abram, atrayendo la mirada de hombres poderosos gracias a su extrema belleza, y luego había seguido a su esposo durante su periplo vital por Damasco, Canaán, Sodoma, Ur... y los años habían pasado, y las décadas, y Sarai contaba ya casi un siglo de vida. Y el momento de tener hijos había pasado hacía mucho, muchísimo tiempo.

La desdichada Agar era una mujer que tenía el físico adecuado para llamar la atención de un viejo verde como Abram, y al mismo tiempo de complacer los requisitos que Sarai pondría para minimizar los problemas del parto. En esta época no había epidural, ni resonancia magnética. Y la posibilidad de que un niño muriera nada más nacer era altísima.

Tanya estaba paseando entre las encinas meditando sobre toda esta angustia vital, de la que ni siquiera los patriarcas de la *Biblia* se libraban, cuando oyó la voz.

Llamándola.

Tanya se giró en redondo, porque pensó que había alguien tras ella que conocía su verdadero nombre. Pero allí no había nadie. Sólo una estrecha senda flanqueada por troncos de árboles y macizos de flores.

Siguió caminando un poco más, recordando que ya le había parecido escuchar esa misma voz hacía unos días, cuando escaparon del campamento, pero...

Tanya.

Se paró en seco. Esta vez no había duda. Alguien la llamaba desde un lugar que estaba más allá de toda comprensión.

Trató de abrir su mente al conocimiento celestial para intentar resolver el enigma... pero en última instancia no lo necesitó. No requirió ayuda externa para darse cuenta de a quién pertenecía la voz.

Mauro.

Y también Erik, de fondo.

De alguna manera habían logrado contactar con ella a través de abismos de tiempo. Y eso sólo podía significar que...

Fueron las encinas las que se inclinaron al son de un viento intangible. Y las flores las que cantaron con melodías inaudibles al oído humano. Y las

rocas las que supieron que allí, y en aquel momento, estaba a punto de suceder algo. Algo milagroso.

No hubo explosiones de luz ni efectos mágicos de ningún tipo. No hubo terremotos ni lluvias de fuego ni manifestaciones grandiosas de la gloria divina. Tan sólo una sensación de calor, la caricia de un poder secreto, y él estuvo allí, a su lado, mirando desconcertado en todas direcciones.

—¡Mauro! —gritó Tanya, y casi tumbó de bruces a su amigo al abrazarlo.

El joven le dio unas palmadas en la espalda, abrumado por tanto ímpetu. Parecía exhausto, como si hubiese estado realizando un esfuerzo de intensa concentración durante mucho tiempo.

Hubo un plaf. El bulto que había caído entre los árboles tenía que ser Erik; de alguna forma sentía la inconfundible firma de su espíritu. Pero no se movía. Se había quedado inmóvil tras la caída.

Eso la preocupó.

—¿De dónde venís, qué ha pasado? —preguntó Tanya con el corazón en un puño, mientras corría hacia Erik.

—Es una larga historia —jadeó Mauro. Estaba realmente agotado, aunque sonriente—. En el Cielo... bueno, te lo explicaré más tarde. Lo importante es que por fin nos hemos encontrado.

Los dos se aproximaron a toda prisa al bulto que había caído entre unos arbustos, y que no se movía. Era un cuerpo humano, sí, de un varón de la constitución de Erik. Pero parecía desmayado. O muerto.

Había caído boca abajo. En cuanto Tanya le dio la vuelta para verle la cara, ahogó un grito.

Sí, era él, su antiguo compañero de aventuras. Pero lejos de parecer psicológicamente cansado, como Mauro, y sano por lo demás, Erik mostraba una compleja red de heridas que se extendía por todo su cuerpo. Parecía como si le hubiesen encerrado en una mezcladora de cemento junto con varias toneladas de cuchillos, y alguien le hubiera dado al botón.

Tanya perdió todo el color de las mejillas.

A su amigo lo habían torturado.

TRES ÁNGELES EN CASA DE ABRAM

Cuidado, Antonio, esquiva esos árboles... peligro, hay focos escondidos y cables por allí, cuidado con la moto...

No, no quiero dejarte, chica, pero tampoco puedo estar siempre contigo...

Ahora, cuando caiga la primera claqueta, me verás en acción...

Z de sueño...

El colchón era incómodo, y a la postre fue eso lo que le obligó a despertar. No el griterío de los extras en la película del sueño, ni los abrazos de aquella chica tan guapa que trabajaba en el departamento de Dirección Artística ¿cómo se llamaba, Ana, Diana, algo que acababa en a...? sino la incomodidad de la camilla. Por Dios, ¿es que la miserable productora no tenía presupuesto para mandarlo a un hospital decente? ¿Eran formas estas de cuidar a los artistas?

Apoyó un codo en el colchón, y fue entonces cuando se dio cuenta de que no había colchón en absoluto. Estaba apoyado sobre una especie de esterilla tensa de cañamo, clavada a cuatro soportes verticales. Nada de sábanas, por supuesto, aunque el calor que hacía en la habitación no las demandaba. Estaba sudando, y eso que por la oscuridad reinante parecía noche cerrada.

¿Dónde demonios...?

Se incorporó, y el recuerdo de cien heridas llegó en forma de un patrón de agujas de fuego blanco que se le clavó en la piel, hundiéndose hasta el músculo.

Erik apretó los dientes, pero el dolor no fue tan intenso como esperaba. No llegó a pasar del latigazo inicial: después se fue calmando hasta convertirse en un ruido de fondo, una estática de pulsaciones que remitía a una tormenta de sufrimiento.

¿Quién le había curado? Los demonios no, desde luego. Tampoco los humanos, porque o bien estaría durante meses intubado y forrado hasta las cejas de vendajes en un hospital, o estaba más muerto que los personajes de *Perdidos* y todo aquello no era sino una alegoría fuera de contexto del mundo real. Un sueño inducido en una mente reventada por el dolor, un yonqui galopando sobre alguna droga de diseño, destinada a consumirle en su viaje a través de la arteria.

Los misterios de uno en uno, le había dicho una vez su padre mientras le enseñaba a jugar al Cluedo.

Erik comprobó la resistencia de sus piernas, se puso en pie y asintió con satisfacción al ver que eran capaces de sostenerle. Tampoco debería haber sido así, después de las barbaridades que le había hecho probar Abaddón en los pocos minutos que compartieron en su clínica del horror. Pero no iba a ponerle objeciones al destino si decidía ayudarlo.

Entonces se le ocurrió una posible solución. Una manera de haber sanado tan rápidamente aquellas heridas. Pero tenía que ver con alguien que estaba, supuestamente, muy lejos. Alguien cuyo don era curar hasta el dolor más profundo, el que deja cicatrices que se empeñan en permanecer abiertas.

—¿Tanya? —preguntó, en un susurro.

Para su sorpresa, una silueta familiar apareció en el umbral de la habitación.

—¡Erik! ¡Estás despierto! —dijo ella en un todo, un todo mezclado con abrazos y ojos de dibujo animado japonés, enormes, amplios, que ocupaban toda su cara.

—Hola, Tarta de Fresa —sonrió Erik—. ¿De qué vas vestida? ¿Dónde estamos?

Entonces se miró a sí mismo. Tampoco llevaba una ropa muy moderna. O eso, o las togas de *Judea-Pret-a-Porter* se habían vuelto a poner de moda dos milenios después.

—¿Dónde coño estamos...?

Tanya se aferró a su brazo para ayudarlo a caminar, aunque se alegró al ver que no lo necesitaba.

—Tengo un montón de cosas que contarte, pero primero tienes que ver algo. Ven, salgamos fuera.

Y salieron.

Erik vio aquella casa de adobe de líneas básicas, primitivas, rodeada por un amplio huerto y flanqueada por dos líneas de encinas torcidas. La casa formaba parte de un complejo con otras edificaciones, igual de primitivas y

sin más decoración que algún parterre de flores en las ventanas, con cortinas en lugar de puertas y humo saliendo de agujeros practicados en el tejado, sin chimenea que lo canalizara. Estaban en lo alto de una elevación, una especie de colina abrazada por un río que dominaba unas tierras planas, verdes sólo a ratos, con rebaños dispersos aquí y allá que nunca se separaban demasiado de la corriente.

Al verle despierto, otras personas le saludaron con amplias sonrisas. Se acercaron y le ofrecieron agua y comida, en una lengua que Erik por supuesto entendía, pero que no se parecía a ninguna de las que su don le había permitido hablar antes. La entonación era lejanamente similar a la de Isaac, pero...

Isaac.

Al acordarse del muchacho se tensó. Y se volvió preocupado hacia Tanya.

—¡Mi protegido! —exclamó—. ¡Lo han cogido, lo van a torturar!

—Sssshh —siseó ella, poniéndose disimuladamente una mano frente a la boca—. Procura usar el idioma de esta gente, aún cuando hables conmigo. Son muy suyos para estas cosas. ¿Quién es tu protegido, y por qué le van a hacer daño? ¿Tú también apareciste aquí después de lo de la feria?

Erik tuvo que recomponer el puzle en su cabeza antes de responder. Aquella pregunta tan inocente le había descolocado por completo.

—¿La feria? ¿Te refieres a cuando el listillo de Rafael nos mandó a todos a quién sabe dónde? —se asombró—. Tanya, eso ocurrió hace dos años.

La joven lo miró, estupefacta.

—No, Erik, al menos para mí no. Ocurrió hace pocas semanas. Yo aparecí aquí, y... bueno, han pasado tantas cosas que no sé por dónde empezar.

Erik dejó caer su humanidad, agotado, en la esquina de uno de aquellos parterres. Un perro le miraba, intrigado, como si estuviera decidiendo qué grado de compasión podía esperar de aquel extranjero.

—Veo que a mí me han dado bastante más trabajo —gruñó el chico—. He pasado dos años machacando demonios y aprendiendo a usar la espada. Y tú aquí, de un día para otro, en una finca con cipreses.

—Son encinas.

—Bueno, lo que sea. No estoy enfadado, pero es que... no es justo. ¿Por qué no me tocaron a mí las encinas, y a otro las espadas? ¿Era yo quien tenía que subir todos esos niveles de guerrero?

Tanya hizo un gesto que seguramente habría aprendido allí, entre aquellos árabes, porque Erik no se lo había visto hacer nunca. Sugería discreción, pero también la necesidad de tomar una decisión rápida. Y trascendental.

—Rafael tendría sus motivos.

—Ya, es lo que los creyentes dicen siempre que no entienden algo. «El Señor tendrá sus motivos». Pues yo opino que el Señor es un metepatas de cuidado.

—¿Quién es ese Isaac del que hablabas? ¿Quién lo ha capturado?

Erik no tardó demasiado en contarle toda la historia, desde su charla con el maestro de Séfora en el Abismo hasta el momento en que Isaac cayó en manos de Abaddón, pasando por su fugaz visita al Infierno y todo el asunto de las torres.

Tanya le escuchó en silencio, muy interesada, y fue abriendo más y más sus ojos a medida que el relato se iba volviendo terrorífico.

Le chocó sobre todo el hecho de que Erik se hubiese tenido que enfrentar no sólo a demonios, sino también a ángeles, en su lucha por seguir el plan de Rafael. Y que el tal Isaac, otro muchacho más de su tiempo que había sido atrapado en aquella vorágine, estuviera destinado a encontrar un objeto de origen místico.

—¿Te dijo Gizeth de qué objeto se trataba? —preguntó, intentando poner con cuidado una hebra de razonamiento detrás de otra.

Erik negó con la cabeza.

—Creo que ni siquiera él tenía demasiado claro ese punto. Seguro que Rafael y sus colegas Arcángeles le dan la información con cuenta gotas, como a nosotros. —Bufó—. Si es que les gusta más un secretito que una noche de juerga...

—Teniendo en cuenta contra quién nos estamos enfrentando, es natural que todos anden con un secretismo absoluto —meditó Tanya—. La aparición repentina de Isaac, que hayas dispuesto de más tiempo que los demás para entrenarte, lo de ese objeto de origen místico... las torres del Metatrón y los demonios que tratan de derribadas... parece un laberinto. Pero seguro que no lo es. Tiene que haber un fulcro en alguna parte.

—¿Un qué?

—Un fulcro, un acontecimiento o línea temporal de acciones y reacciones donde todo converja, y la causalidad global adquiera sentido. —Tanya saludó de pasada a unas mujeres que bajaban al riachuelo con hatillos de ropas. Las mujeres tenían los ojillos divertidos clavados en Erik, y disimulaban muy mal sus comentarios—. Teniendo en cuenta que nos hemos reunido los tres aquí, en estas coordenadas espacio-temporales, en un lugar del mundo donde sucedieron acontecimientos clave para la historia bíblica, no sería de extrañar que el fulcro estuviese cerca. Temporal y geográficamente cerca, quiero decir.

Erik parpadeó.

—No me acordaba de que eres un coquito —dijo, haciendo una mueca—. Vale, Einstein fucsia: ¿Cómo vamos a averiguar dónde está el fulcro ese, y qué tenemos que hacer cuando nos alcance?

—Ni idea. —Tanya se apartó un mechón de pelo de la frente—. El tal Isaac parecía una parte fundamental del enigma mientras me lo contabas, pero te lo dejaste atrás.

—Oye, que me acorraló un demonio primigenio —se ofendió Erik—. Eso contará, ¿no?

—Ya. Sólo digo que si él es el portador del objeto, el que está destinado a encontrarlo y llevarlo... mientras no logremos rescatarle de los demonios no podremos seguir avanzando en el plan de Rafael.

—Pues cuéntame tu parte de la historia, y a lo mejor entre tus súper neuronas y las mías damos con alguna solución.

Tanya se dio cuenta de que aún no le había contado su mitad de la historia. Y cuando lo hizo, fue divertido ver cómo el rostro de Erik iba perdiendo gradualmente su color y se transformaba en una especie de estatua de piedra que la miraba, sin pestañear. Una estatua de pupilas pequeñas y estáticas.

—Estamos en el tropemil antes de Cristo —dijo Erik a modo de resumen. Tanya asintió.

—Así es.

—Y esto es Canaán, y ésta la casa de Abraham. Del Abraham bíblico, el que estuvo a punto de sacrificar a su hijo en una noche de borrachera porque Dios se lo pedía y todo eso.

—Exacto.

—Y la ciudad amurallada que dices que hay más allá de esas montañas es Sodoma. La de Sodoma y Gomorra y toma lluvia de fuego que os vais a cagar por haberos salido del tiesto.

—Bingo.

Erik dio un paseo nervioso alrededor de los parterres. El perro le ladró.

—Necesito un trago —dijo, muy serio—. ¿En esta época se había inventado el *whisky*?

—Vaya, mira quién viene por ahí —sonrió Tanya, señalando el camino. La familiar silueta de Mauro se acercaba con su andar característico, mezclando un paso vivo y despreocupado de niño pequeño con el cansancio de un anciano que ha vivido demasiado.

Al llegar junto a ellos, abrazó con ternura a Erik. Su sonrisa era jovial. Se notaba que había cambiado mucho desde los tiempos en que se hacía cortes en la piel para somatizar su profundo dolor. Quizás era el que más profundamente había cambiado de todos ellos, lo cual era muy positivo, pero a Erik le daba repelús.

—¿Dónde te has dejado a Jekyll, tío? —preguntó, mirándole raro.

—Compañero, es un verdadero placer verte recuperado —dijo Mauro, todo afabilidad—. Estabas realmente al borde del colapso, menos mal que Tanya ha dominado su poder desde lo de Santorini. Te ha salvado la vida.

Erik la miró. Tanya se sonrojó un poco.

—No ha sido nada —dijo ella—. Habría hecho lo mismo por cualquiera.

—Me curaste las heridas —recalcó Erik—. Algo dentro de mí me lo decía. Gracias.

—Te digo que no hay por qué darlas. ¡Ay!, ¿por qué no hablamos de otra cosa? —insistió la joven, incómoda. Desde hacía unos instantes no sabía dónde meter las manos—. Tenemos muchas cosas que decidir.

—¿Como qué?

—Si nos vamos a quedar aquí, por ejemplo. O por cuánto tiempo. Mauro nos reunió con la ayuda de Séfora y Gizeth. —Los dos miraron al antiguo scene, que les dedicó unos pasos de baile—. Eso quiere decir que, según el plan, los tres ya hemos hecho por separado lo que teníamos que hacer, y a partir de ahora toca seguir juntos.

—Puede que no permanezcamos juntos mucho tiempo —precisó Mauro—. Séfora me dijo que el hechizo de reunión no era permanente. Puede que dentro de horas, o días, cada cual vuelva a su propia línea temporal. O no. No lo sé.

Tanya afiló los ojos.

—O sea, que tenemos poco tiempo para deliberar. Bien. Analizando fríamente la situación, y teniendo en cuenta los datos de los que disponemos, creo que nos quedan muy pocas opciones.

Erik acarició al perro, que al final se había acercado a ellos con el hocico húmedo. El animal gimió de placer cuando los dedos de Erik encontraron ese espacio genéticamente preparado para las caricias detrás de su oreja.

—La *Biblia* dice que tres ángeles visitaron la casa de Abraham para anunciarle que su mujer, supuestamente estéril, daría a luz un niño —recapituló Tanya—. Es una de las prefiguraciones más antiguas del nacimiento sobrenatural de Cristo. Si dos más dos siguen siendo cuatro, aún

en esta línea temporal, es factible suponer que esos tres ángeles somos nosotros.

—¿Vamos a darle la enhorabuena? —se maravilló Mauro—. Es lo más bonito que nos ha pasado desde que estamos juntos.

—Sí, se supone que Isaac nacerá y será el niño que Abraham va a sacrificar cuando...

—Aguarda un minuto, Mastermind; ¿has dicho Isaac? —Erik dio un respingo.

—Ese es el nombre del hijo de Abraham, sí.

—¿Como el Isaac que encontré en nuestra época, al que parecen estar persiguiendo la mitad de los diablos del Infierno? ¿Ese tipo con problemas de integración social, como si hubiera tenido una infancia difícil? —Se rascó la barbilla—. Ya sabéis, difícil del estilo de «mi padre estuvo a punto de hacer lonchas de carne conmigo».

Los tres se miraron, sopesando posibilidades.

—¿Estás insinuando lo que creo? —preguntó Mauro.

—No saquemos conclusiones precipitadas, ¿vale? No puede ser la misma persona —dudó Tanya—. ¿O sí? Al fin y al cabo, nosotros estamos aquí. No veo motivos para que él no esté allí, en compensación.

—No, no puede ser —dijo Erik—. Seguro que no se trata de la misma persona. El Isaac al que llevo aguantándole la llorada varios días es un tipo con un pasado. Nació en Dubai, viene de una familia pudiente, estudia historia del arte... Es un chaval con problemas y un tanto paranoico, pero no tiene pinta de venir de otra época.

Mauro se sentó en la hierba, apoyando la espalda contra una encina. Tomó una bocanada de aire antes de hablar, disfrutando de un *cocktail* de fragancias que parecía propio de aquella época, en una combinación que no había sobrevivido, como tantas otras cosas, hasta su siglo. Había detalles en aquel aroma, partículas o microorganismos o una sutil alquimia de ambos, que no sobrevivirían a los milenios posteriores.

—Podría ser una reencarnación —sugirió el antiguo scene, con su acostumbrada calma—. Hasta ahora no hemos visto ninguna, pero en esas oleadas de sentimientos y plegarias que me han sacudido desde niño... —se tocó el pecho— he reconocido algunas almas que parecen haber dado varias vueltas a la rueda, acumulando más experiencias y sentimientos de los que cabalmente ocupan una sola vida.

—¿Eso no es un pelín anti cristiano? —se extrañó Erik—. Lo de la reencarnación y tal... Se supone que todo este tinglado se basa en que uno no

vuelve por aquí ni de broma una vez ha muerto, ¿no?

—Bueno, que no hayamos encontrado ninguna hasta ahora no significa que no existan. Tampoco yo creía en los ángeles que fumaban como carreteros y tragaban pintas y pintas de cerveza.

—Sea un alma reencarnada o no, lo cierto es que no está con nosotros —intervino Tanya—. Y le necesitamos. Tendremos que rescatarle.

El mentón de Erik asintió por él.

—Voto por eso.

—Tal vez la solución esté en este lugar y este tiempo —prosiguió Mauro—, pero sin más pistas será como buscar una aguja en un pajar cósmico. Espera un momento... Yo ya he estado en el Cielo, y he visto el Árbol..., Tal vez la fuente podría ayudarnos, si consigo volver.

—¿Qué fuente?

Tanya entendió por dónde iba su amigo.

—La fuente del conocimiento, la hiper-net. Gran idea, Mauro, pero ya he tratado de usarla varias veces para obtener pistas y no se puede. El flujo de datos me dice cuál es la solución a la espiral parabólica de Fermat, pero ni un solo dato sobre nosotros o nuestra búsqueda. Es frustrante.

—Eso es porque no estamos justo allí, en la misma fuente de donde parte ese flujo de sabiduría. Pero si logro volver al Árbol y encuentro el manantial del conocimiento... quizás podría acceder a un nivel superior de comunión con él —aventuró Mauro—. Es una teoría, por supuesto. A lo mejor tal manantial ni siquiera existe. O está tan custodiado que los querubines de bajo rango como yo no pueden ni siquiera mirarlo.

—Ahora nos encontramos en un punto en el que cualquier idea es buena, por absurda que parezca. Inténtalo si vuelves a hablar con Séfora —consintió Tanya—. Yo prefiero quedarme aquí y averiguar qué secreto se esconde en esta época. Tiene que haber una razón para que me hayan mandado aquí. Tú, Erik, parece que estás atado de alguna forma al destino de Isaac. Tienes que regresar a por él.

—Apoyo el plan —dijo Erik—. Ahora, si su majestad el mago Merlín quiere devolvernos a cada uno a nuestra época...

—Ya te dije que no lo controlo, Erik —repitió Mauro—. Seguro que Séfora y su maestro están siguiéndonos la pista o monitoreándonos en estos instantes, pero no tengo más datos de los que ya os he dicho.

—Pues díles que espabilen y nos devuelvan a cada uno a nuestro sitio —refunfuñó Erik—. Preferiría que nos quedásemos los tres juntos, la verdad, pero sólo pensar que en estos momentos el pardillo de Isaac, con lo debilucho

que es, está en manos de esos demonios torturadores... —reprimió un escalofrío—. Me da miedo ir a buscar lo que quede de él cuando hayan terminado de divertirse.

Tanya sonrió.

—¿Sabes, Erik? En el fondo eres un buen chaval. Muy, muy en el fondo —añadió.

El joven hinchó el pecho.

—¿En serio lo crees?

—Vas de listo y de me-tiro-todo-lo-que-se-mueve, pero sabes cuándo hace falta tu fuerza. Y estás dispuesto a sacrificarte por ese chico indefenso, aunque sea un suicidio volver allí en solitario. Eso dice mucho de ti, aunque no lo creas. —Tanya y Mauro cruzaron una mirada cómplice—. Por debajo de ese barniz de capullo integral subyace una buena persona. Quién lo diría.

—Y por debajo de esa buena persona, aún más abajo, se esconde otro capullo —sonrió Mauro.

Erik iba a replicar cuando un sonido le interrumpió. Era una extraña melodía, una voz de niño que cantaba con un tono agudo, acompañado por el entrecocar de unos platillos de metal.

Los tres se volvieron hacia el camino que serpenteaba por la colina, desembocando en la puerta de la casa. Venía mucha gente por aquel sendero, y todos tenían la mirada puesta en ellos tres.

—Oh, oh —murmuró Erik. E instintivamente se preparó para invocar su espada.

El niño percutía unos crótalos de metal produciendo un sonido metálico y rítmico. Su voz tenía una cualidad similar, con golpes de voz que parecían un tamborileo de aire contra la membrana de sus cuerdas vocales.

Marchaba por delante de una larga fila de personas, la mayoría portadoras de ramos de flores y coronas sobre sus cabezas, que se dirigía directamente hacia los tres adolescentes.

Justo detrás del niño, con la cara congelada en esa expresión inquietante que a Tanya le daba tanto miedo, iba el anciano Abram, seguido de su esposa y la familia de Lot. Tenían una expresión indescifrable, como si no estuvieran seguros de si marchaban hacia un velatorio, una boda o un linchamiento.

Tanya, Mauro y Erik se pusieron en pie, formando un frente contra aquella hueste que se les acercaba mirándolos como si no fueran reales, o como si hubieran descubierto un secreto que no sabían muy bien cómo

afrontar. El niño llegó hasta ellos y se detuvo a unos diez metros, acabando su canción con un entrechocar fuerte de crótalos.

Luego todo quedó en silencio.

Las encinas curvaron sus ramas, la brisa acostándose en ellas. Las fragancias seguían mezclándose en proporciones insólitas, suaves y agresivas a la vez. Las canciones de amor de los insectos se entretejían con mensajes de muerte y renacimiento, iniciando una vez más el ciclo de vida.

Y aquella gente seguía mirándolos.

Abram se adelantó. Caminó pausadamente hacia ellos, sin pestañear, sus ojos dos agujeros sin fin, ventanas hacia una forja de sentimientos encontrados, de preguntas sin respuesta. Un abismo lleno de enigmas rocambolescos que sólo los hombres santos podían entender y formular.

Se detuvo tres pasos por delante del niño de los crótalos. Llevaba un paño en las manos y acababa de humedecerlo en una jofaina que portaba Sarai. Abram sostenía el paño abierto, con ambas manos, en actitud de ofrenda. A su espalda, Lot y Edith eran los más expresivos de la comitiva, pues los sentimientos chocaban unos contra otros sobre su piel, tan violentamente y tan deprisa que ninguno parecía mandar sobre los demás; eran pecios encallados en un océano de preguntas: Quiénes sois, qué sois, por qué no nos lo habíais dicho antes...

Tanya cruzó una mirada inquieta con sus compañeros. En la cara de los tres se leía la misma inquietud que comprimía su corazón, aunque matizada por posibles explicaciones que se les iban ocurriendo: Erik pensaba en una salida a la fuerza de aquel lugar, desplegando las alas y la espada si hacía falta. Mauro era como una vela tendida al vendaval de sus sentimientos, de los corazones de toda aquella gente, y estaba tamizando claramente las oleadas que le llegaban de la multitud, quedándose con las más puras. Y sonreía.

Eso era buena señal, porque significaba que los sentimientos de la multitud eran positivos.

Abram se adelantó, llegando prácticamente hasta donde esperaban los adolescentes. E hizo algo que Tanya jamás habría esperado llegar a ver en un hombre como aquél.

Se arrodilló sumisamente.

—Emisarios, heraldos de Aquél que Todo lo Sabe y Todo lo Ve, os lo imploro: aceptad mi ofrenda y perdonad a quien por haber nacido de mujer está ciego, y sólo ve cuando vuestro resplandor no le ciega los ojos.

Tanya y Mauro se miraron, pasmados.

—Nosotros, como huéspedes de su casa, somos quienes debemos estar agradecidos por el trato recibido —atinó a decir Mauro, tratando de llevar el momento a un plano menos formal, más cercano. Pero el anciano siguió en sus trece. No les miraba directamente a los ojos a ninguno.

Con meticulosidad, Abram acercó el paño húmedo a los pies de Mauro y comenzó un ritual que, como bien sabían, era la máxima muestra de respeto de aquellas gentes: la ceremonia del lavado de pies.

Primero desató las sandalias del joven, las retiró y fue humedeciendo la piel y frotando con suavidad, trazando pequeños círculos, para eliminar el polvo del camino y las piedrecillas que hubiesen quedado incrustadas en la epidermis. Separó los dedos y frotó suavemente las uñas antes de pasar al tobillo y al empeine. Y todo en un respetuoso silencio, bajo la atenta mirada no sólo de los homenajeados, sino también de Sarai y el resto de los miembros de la casa de Taré.

Tanya empezó a sentirse incómoda, sobre todo cuando le tocó el turno a Erik; el joven estaba rojo, con las mejillas encendidas y haciendo un esfuerzo supremo por contener la risa. Los cuidadosos gestos, pulsaciones y raspados con los que Abram le aplicaba el lavado le estaban provocando unas cosquillas terribles en la planta del pie. Erik se estaba clavando los dedos en los muslos para contener la risa.

—Por favor, mi señor, levantaos —le pidió Tanya, ante el asombro de todos—. Es muy generoso lo que estáis haciendo, pero nos gustaría saber qué ha cambiado para ser merecedores de este honor.

Abram la miró, confundido. Compartió una conversación silenciosa con su mujer y, finalmente, dobló pulcramente el paño y se sentó en una piedra.

Todos los presentes, desde Sarai hasta el último sirviente de la casa, se sentaron con las piernas cruzadas en el camino y aguardaron.

El anciano explicó con voz queda:

—Soy yo quien debe estar inmensamente agradecido a Aquél que Todo lo Ve por concederme este honor. Mucho he viajado y removido en esta tierra, durante mis largos años de vida, para ser merecedor de una simple señal, por velada e ignota que fuese, de que el Señor escuchaba mis plegarias. He rezado por ella, he sufrido incontables penurias y afrontado terribles desafíos para merecer esa señal, pues con ella me habría bastado para compensar los altares elevados, la sangre por Él derramada y los sufrimientos de toda una vida. — Tanya dio un respingo al oír la palabra «sangre», pero mantuvo la compostura y le dejó terminar—. Pero despertar un día y darme cuenta que tres, nada menos que tres emisarios del Divino estaban en mi casa, compartiendo mi

techo, bebiendo mi agua... —prosiguió Abram con absoluta admiración. No parecía ni de lejos el hombre rabioso de hacía unas semanas, sino un anciano manso y sabio, más acorde con la imagen que la Iglesia tendría de él en los milenios posteriores—. Es un privilegio que no podré pagar ni en mil vidas de postración y dedicación absoluta al Verbo.

«Lo sabe», pensó Tanya, mientras el pulso pasaba de moderatto a presto en su caja torácica. «De alguna manera se ha dado cuenta de quiénes somos, y se lo ha dicho al resto del clan».

—Sé que liberaros de aquella prisión de herejes formaba parte de la prueba —dijo el anciano—. Os suplico vuestro perdón por no haberos reconocido antes.

—No te preocupes, nunca es tarde si la dicha es buena, chaval —sonrió Erik. Tanya le propinó un codazo.

—La verdad es que el orgullo es nuestro, por poder estar aquí, en la casa de un hombre que tiene el corazón tan puro —dijo, aunque ni ella misma se lo creía—. Ahora... es, bueno, creo que es menester que os demos la... la noticia.

Un murmullo se extendió entre los espectadores. Sarai fue la primera que se atrevió a decir algo, además de su marido:

—¿Qué buena nos traéis?

—¡Silencio, mujer! —estalló Abram, y con un gesto de ira que fue como el mandoble de una espada le mandó cerrar la boca—. ¡Las mujeres no tienen derecho a dirigirse a los emisarios! —A continuación volvió a adoptar la pose de sumisión absoluta y el tono de voz tierno—: Disculpalla por la impertinencia, señores. Es sólo una hembra inculta que no sabe controlar su lengua. Pero ya no os molestará más.

Sarai pareció disminuir de tamaño, haciéndose más pequeña a medida que volvía a acomodarse en el suelo.

Tanya sintió que le subía la sangre a la cabeza al presenciar aquel maltrato. Le faltó medio latido para ordenarle a aquel viejo que se disculpara y se humillara ante su esposa, pero una mirada de Erik la mantuvo quieta.

«Ni se te ocurra, esta gente vive en el siglo en el que vive y las cosas son así», le dijo Erik, silenciosamente. «No nos vengas ahora con arrebatos feministas o nos cuelgan de una encina».

Tanya apretó los dientes y se dejó llevar por la situación. Lo que más le asombraba de aquel hecho era lo distinta que parecía Sarai cuando estaba sola, gobernando la casa, a cuando su marido estaba presente. A la sombra de Abram se esfumaba toda su fuerza, toda su presencia.

—Cuando lo deseéis, estaremos ansiosos de escuchar la buena nueva — prosiguió Abram—. Hasta entonces, por favor, disfrutad de mi casa y de mis dones, pues ya no me pertenecen por más tiempo, sino a vos.

Mauro le robó la intervención a Tanya, con su voz sosegada, cosa que ella agradeció infinitamente:

—Una gran noticia os traemos, es cierto, y en señal de respeto a la casa de Taré la revelaremos ahora. —Hizo una pausa dramática. Decenas de ojos estaban clavados en él—. Llevas tiempo esperando un heredero, Abram, pero Dios no os ha bendecido con ninguno. Han pasado muchas décadas desde que ambos dejasteis de ser fértiles, pero para el poder del Señor nada es imposible, y esa espera no será en vano.

El color volvió a subir a las mejillas de Sarai, que ya estaba anticipando con todas sus fuerzas y toda su alegría la noticia que estaba a punto de dar Mauro. Edith se acercó a ella, junto con otras mujeres, y formaron una piña. Las lágrimas tremolaban en sus ojos.

—Pues cierto es que Aquel cuyo nombre no puede ser pronunciado os va a conceder la dádiva que más anheláis. En breve, Sarai, darás a luz a una criatura sana a la que llamarás Isaac. —Mauro exageraba un poco los gestos, haciéndolos bastante teatrales, pero Tanya comprendió que era exactamente el tipo de discurso que esperaba aquella gente. Si hubiese sido más coloquial, menos solemne, probablemente habría suscitado sospechas y malestar—. Y tú, Abram, cambiarás tu nombre por el de Abraham, y serás el guía de un pueblo nuevo. Pero te lo advierto —la voz de Mauro se tornó más oscura—: Sé amable y generoso con todos los que te rodean, desde tu familia a tus sirvientes; dales lo mejor de ti y nunca levantes la voz a ninguna mujer, ni uses la violencia con ningún semejante, o la dádiva que con tanto amor se te ha concedido, con la misma facilidad te será retirada.

El anciano miró con ojos desorbitados al muchacho, pero no se atrevió a rechistar. Tanya tuvo que hacer un esfuerzo por contener la risa, igual que Erik. Pedirle aquello a aquel fanático era como pedirle a un león que fuese vegetariano, o a un ciclón que bajase su fuerza al nivel de una brisa. Y todo ello de por vida.

«Para ti va a ser un auténtico suplicio, pero te lo tienes merecido», pensó Tanya, no sin cierto placer perverso. «Por Dios, espero que la Historia no nos castigue por esto».

—Haré con mucho gusto todo lo que me mandéis —dijo el anciano, dócil como un niño pequeño. Se notaba que estaba sufriendo mientras su cerebro intentaba frenéticamente encontrarle un sentido a esa orden.

—Bueno, y ahora... ¿qué tal un aperitivo para calmar los ánimos? — preguntó Erik, frotándose las manos. Cuando vio las caras de mármol de sus compañeros, se encogió de hombros—. ¿Qué? ¿Es que las revelaciones divinas no le dan hambre a nadie más?

Alguien había dejado un rastro sinuoso en las cenizas de la hoguera con los dedos. Parecía un camino trazado en la carrera del tiempo, en el reloj de arena de una persona que por primera vez había mirado en su interior y había encontrado sentido a las sombras que poblaban su alma.

Tanya también le encontró sentido a esa metáfora. Y eso la preocupó.

La luz moría rápidamente, como si el día tuviese prisa en extinguirse bajo un temporal de nubes y estrellas. La casa de Taré estaba silenciosa, y hasta el lejano antepasado de Abram (nada menos que Noé, el superviviente a un holocausto que había tenido lugar miles de años antes) se habría asomado en esa hora de la tarde a la ventana para saber si el Oeste y su pléyade de estados crepusculares le traería un mensaje de esperanza.

Ninguno de los chicos había tenido noticias aún de Séfora, ni sabían cuánto tiempo le quedaba al hechizo de Reunión. Puede que días, puede que segundos. Si en verdad alguien o algo estaba controlando su destino, movía las piezas de tal manera que éstas nunca sabían si estaban cumpliendo bien con su cometido, o si con sus actos estaban sentenciando aquella absurda y eterna guerra a un final cataclísmico.

Tanya suspiró. ¿Alguien le había mencionado la palabra «presión» en su última ronda de exámenes?

Cogió una pieza de fruta de un cesto. La mordió. Durante un rato se entretuvo en no pensar en nada, sólo masticar, desmenuzar la fruta, paladear el sabor... el sencillo e indescriptible placer de las cosas pequeñas.

Erik entró en la habitación. Tanya, acostumbrada a verlo con ropa deportiva, encontró muy gracioso verle enfundado en aquella túnica azul cobalto. Se rió.

—¿Llego a tiempo al final del chiste... o soy el final del chiste? — preguntó Erik, investigando con los dedos en la cesta de la fruta. Cogió otra pieza similar a la de su amiga.

—Eres, eres. Estás muy gracioso con ese *look* bíblico.

—Ya. Cualquiera día de estos me llamarán para hacer de doble de Charlton Heston.

—¿No había muerto?

—Ahora viajamos en el tiempo, guapa. Cuando volvamos a nuestra época pienso pedirle a Rafael que nos deposite unas cuantas décadas antes de nuestro momento.

—¿Y qué harás? Ya habrás visto todas las películas que estrenen en el cine. Y la música dejará de sorprenderte también. Es un muermo saber todo lo que va a pasar antes de que pase.

—Sí, pero compraré Amazon, o Microsoft, justo cuando las funden como empresas, y otro gallo nos cantará.

—Si yo fuera rico... —canturreó Tanya.

Erik se sentó a su lado. Comieron juntos durante un rato sin que nada les molestase. Sólo ellos, sentados en un jergón de hierba, perdidos en sus propios pensamientos.

—Tendrás ganas de verlos —dijo Erik.

—¿A quién?

—A tus padres.

Tanya asintió con la cabeza, y apoyó la espalda en la pared irregular de atrás. Había una piedra que sobresalía de la argamasa y resultaba un poco incómoda, así que cruzó los brazos por detrás de la cabeza e hizo unos estiramientos.

—Aaaaahhh... sí, me encanta cuando las vértebras crujen.

Por la ventana vio pasar a Edith, cargando unos bártulos. Le dio un acceso de tristeza cuando la vio. Las cosas habían cambiado mucho desde que Abram decidió (porque fue una decisión unilateral, tomada antes incluso de que ellos tres le confirmaran que eran ángeles) que sus invitados merecían un trato especial. Un trato reservado a seres sobrenaturales.

Tanya se había acostumbrado a jugar con las hijas de Edith. Le encantaba verlas retozar en la hierba, entre las encinas, y divertirse burlándose de los adultos en improvisados juegos del escondite. Las niñas irradiaban un aura de vida, de alegría y tranquilidad, que ya querrían para sí los adultos.

Por eso, cuando algo cambió en la forma de mirarlos que tenían Edith y Lot y los demás adultos, Tanya se entristeció.

Sabía que era imposible separarse de su condición de «criatura sobrenatural» para volver a ser sólo Tanya, la joven extranjera que habían acogido en su casa en el valle de Siddim. Había tratado de acercarse a Edith, en algún momento en que pudiera cogerla a solas y hablar con ella, pero la mirada de la mujer estaba subyugada por mil años de superstición y de sumisión a sus dioses. Nunca aceptaría la idea de que un ángel pudiera sentarse en la orilla del río a jugar con sus hijas. Era demasiado extraño. A

partir de la Revelación del día anterior, a Tanya se la tendría que tratar con deferencia y temor reverencial, y punto.

En aquel momento, Tanya comprendió por qué los ángeles casi siempre tenían el semblante triste en los cuadros del Renacimiento.

—Es increíble —comentó Erik, sacándola de sus cábalas.

Tanya le miró.

—¿El qué?

—Estamos sentados aquí, en una choza de mala muerte de hace tres milenios, viendo cómo el universo se va al garete... y mi único pensamiento es hacerme millonario. —Lanzó un bufido—. ¿Tan mala persona soy?

—No eres malo, sino pragmático. Tu mente se niega a aceptar que estamos al borde de la aniquilación total, y sigue pensando en términos de utilidad. Eso es bueno. Significa que tienes confianza en que habrá un futuro en el que será factible gastar todo ese dinero.

Erik apuró el corazón de la fruta y arrojó los restos por la ventana. Unos perros acudieron como buitres a la carroña, peleándose por los restos.

—Oye, Tarta de Fresa, ¿lo que dijiste antes era cierto?

—Dije muchas cosas. Si no especificas...

—Eso de que en el fondo, muy en el fondo, soy un gran tipo —sonrió Erik—. ¿Iba en serio o de coña?

—De coña.

—Oh. —Sonó a un «oh» de verdad—. Ya me extrañaba.

Tanya lanzó una carcajada y se apoyó en su hombro. Estuvieron en silencio un rato más. El tiempo no parecía transcurrir en ninguna dirección allí, ni hacia delante ni hacia atrás. Había otra forma de entender la vida. Sólo paz, quietud. Reflexión. Ver la vida pasar, los rayos del sol acortar sus ángulos. Las alas de las mariposas abrirse y cerrarse con parsimonia como si nada importase.

A Tanya no le extrañó que éstos fueran los tiempos en los que la humanidad forjó las grandes religiones.

—Algún día, cuando todo termine, me tienes que invitar a una de esas reuniones que hacéis vosotras, las tías raras —propuso Erik. Su tono de voz sugería que se estaba quedando dormido.

—¿Te refieres a las Lolitas?

—Sí, esas. Seguro que hacéis cosas dignas de aparecer en una película.

—A veces. Depende del día. Lo llamamos *tea party*.

—¿Tenéis un saludo secreto, o algo así?

Ella le pellizcó.

—Idiota. No somos una secta. —Y al ratito—: Tenemos un baile, aunque no es exclusivo de nuestro colectivo. También viene del Japón. Se llama *para-para*. Es muy divertido.

—¿Lo bailas?

—Sí. Gané dos años seguidos el concurso de *para-para* y de *cosplay* en el salón del manga de mi ciudad. Lo montaba la gente de una tienda de cómics llamada *Krypton*. Me costó un montón de horas de práctica frente al espejo.

—Me asombra que una tía tan rematadamente lista como tú ande metida en todas esas movidas. Es como si quisieras demostrarle al mundo que no tienes los pies en la tierra.

—Y a mí me asombra que un tío tan idiota como tú despierte tantas pasiones en las chicas. Desde luego, el truco del gimnasio sigue funcionando, ¿eh?

—Eso también supone un esfuerzo. No todo en la vida va a ser estudiar.

Tanya frotó su oreja contra el hombro de Erik como estudiando cuál era la posición más cómoda.

—¿Tienes aspiraciones, Erik? Quiero decir, que no podrás trabajar toda tu vida como especialista de cine. Es un oficio peligroso, para gente joven. ¿Qué harás cuando seas mayor?

—No lo he pensado. Montaré una tienda, probablemente. En Malasia. De surf.

—Coger olas en Malasia. Suena bien.

—En Asia están las mejores playas del mundo. Algún día te llevaré, ahora que podemos volar y eso. Lo vas a flipar con los atolones y los arrecifes de coral. Es uno de los paisajes más bellos del mundo, y hay unas olas increíbles. ¡Y tiburones!

—Venga ya. ¿Harías surf en una playa con tiburones?

—Y tanto. Los grandes blancos son impresionantes cuando los ves de cerca.

—No te veo regentando una tienda de surf y salvando al universo al mismo tiempo, Erik. Seguro que el tal Abaddón te arruina el negocio a la mínima oportunidad.

El muchacho arqueó una ceja.

—Eso es cierto, no lo había pensado. Tendré que asegurarlo a todo riesgo, lo que incluirá ataques de demonios perversos y cataclismos universales.

—Buf, vas a tener que ser millonario para pagar una póliza así.

Un perro se asomó por la ventana, apoyado en el alféizar. Miró a los dos jóvenes que reposaban contra la pared, casi abrazados el uno al otro, y soltó

un ladrido de hastío.

—¿Y tú qué me dijiste que ibas a estudiar, que no me acuerdo: ingeniería, medicina, arquitectura...?

—Qué gracia. Asumes que será una carrera difícil.

—Un coquito como tú no puede aspirar a menos. ¡Ni debes! Necesitamos gente con cerebro para echar a toda esa manada de mangantes que llamamos políticos. Deja los oficios para los descerebrados como yo.

—Cuánta responsabilidad —sonrió, aunque fue una sonrisa amarga—. Ahora no estoy para pensar en eso, la verdad. Sólo me preocupa que todo este lío termine de una vez. Y vivir para contarlo.

—Vale, planteemos una declaración de intenciones: Yo quiero comprar Amazon y Microsoft, así que tú puedes hacer otra cosa por el estilo. No sé, ¿has pensado en fundar el Lolita en esta época?

—No digas tonterías. Las mujeres de este siglo ya están suficientemente esclavizadas como para encima enseñarles a vestir como muñecas. Las colgarían.

—Puede que tengas razón.

—Pero sí que hay algo que quiero hacer cuando esta aventura acabe —cayó en la cuenta.

—¿El qué? —preguntó Erik.

—Fundar mi propio estilo Lolita. Todos los días nace uno nuevo, así que nadie se ofenderá si invento uno. Conjugaré todo lo que estoy aprendiendo de esta experiencia vital con mi forma particular de ver el mundo. Será algo muy bonito, y muy original.

Erik soltó una risita.

—Las tías como tú estáis como cabras.

—Y el resto del mundo no, ¿verdad? Ni los políticos, ni los hinchas de fútbol, ni los adolescentes que sólo encuentran sentido a sus vidas emborrachándose...

Erik gruñó.

—Vale, hay cosas peores. Siempre se puede encontrar a alguien más loco, a poco que te pongas.

—Eso me reconforta.

—Estás siendo un poquito cruel con el mundo, ¿no? ¿No se supone que las Lolitas sois todo dulzura?

—¿Acaso no te parezco dulce, Erik?

Él la miró, fijamente. Pasaron unos segundos de absoluto silencio, en los que ambos se sostuvieron la mirada.

Y muy lentamente, sus rostros se acercaron, milímetro a milímetro. Hasta que sus labios estuvieron a un suspiro de tocarse.

Pero no hubo contacto. Ni siquiera un mínimo roce. Porque justo en ese momento el aire titiló a su alrededor. Se levantó una campana de luz, y el hechizo de Reunión terminó.

Tanya, Erik y (en otra parte de la finca) Mauro desaparecieron, rumbo cada cual a su tiempo y lugar. Sus cuerpos se convirtieron en nubes de corpúsculos luminosos que dispersó la brisa.

Y en el lugar donde los labios de Tanya y de Erik estuvieron a punto de tocarse, a sólo una décima de segundo de sentir el calor del otro, no quedó nada. Sólo un profundo vacío.

LIBRO DOS

EL EVANGELIO SEGÚN SAN ERIK

LA FUENTE DE TODO CONOCIMIENTO

Fuele dada una señal cuando regresó de tan singular viaje, y he aquí que a su lado dos ángeles moraban, uno de ellos con rostro de mujer, el otro de anciano, y que al verlo despertar le preguntaron:

—¿Qué fue de ti, niño? ¿Qué lugares conociste, qué gentes pudiste guiar, qué hechos importantes rubricaste en la tablilla de la Historia?

Mauro sacudió la cabeza. Le desconcertaba ese aire a encíclica que tenía su percepción de la realidad cada vez que subía al Cielo.

A su derecha estaba Gizeth, y enfrente Séfora, con la espada desenvainada y presta para la lucha. Aún se encontraban en el Dédalo de las Tormentas, perdidos en las circunvoluciones de su cerebro geológico.

—¿Por qué desenvainas tu espada? —le preguntó a Séfora—. ¿Estamos en peligro?

El ángel barrió la periferia de la quebrada con la vista. Parecía preocupada.

—Sí, los demonios han encontrado otra entrada. Están dispersos por los campos. Tenemos que darnos prisa y regresar al Árbol.

—¿Qué viste? —preguntó Gizeth—. ¿Funcionó el hechizo con los otros dos, estuvisteis juntos?

—Y tanto —asintió Mauro—. Visitamos la casa de Abram y le anunciamos el nacimiento de su hijo. Fue genial. —Se puso melancólico—. Una vez tuve un profesor de catequesis que insistía en contarnos una y otra vez ese episodio bíblico, creo que era el que más le gustaba del Antiguo Testamento. Y nos describía con todo lujo de detalles la parte del lavado de pies y de la sumisión de Abram y la riña que tuvo con su esposa... —Rió—. Ay, si en aquel entonces hubiese sospechado que yo, el alumno más distraído de la clase, era uno de esos tres ángeles anunciadores, creo que le habría dado un infarto.

—Tres ángeles en casa de Abram —meditó el maestro de Séfora—. Como estaba profetizado... Todo converge.

—Lo que no sé es qué habrá sido de Tanya y Erik —continuó Mauro—. Espero que estén bien. Les prometí que acudiría a la Fuente del Conocimiento para intentar aclarar un poco más este asunto.

Una sombra de inquietud aleteó en los ojos de Séfora.

—La Fuente está muy arriba, cerca de donde mora el Metatrón, sentado en su trono de piedra —explicó—. Si nos acercamos tanto no sólo percibirá con claridad nuestra presencia, sino que podría leer en nuestras almas como libros abiertos. Y descubriría todo el plan. Es demasiado peligroso.

—¡Entonces existe! —exclamó Mauro, contento—. ¡La Fuente de dónde proviene la sabiduría de los ángeles! ¿Es un manantial, o algo así?

Gizeth sacudió la cabeza.

—No. Es un arco de luz, que surge en el corazón del más grande Árbol que a todos nos da la vida, y que hace eones estuvo en tu mundo. Plantado... en el centro de un jardín.

Mauro sintió que se le aceleraba el corazón.

Sí, Gizeth se estaba refiriendo a ése árbol. No cabía duda.

—El árbol del conocimiento del bien y del mal... —susurró—. Aquel del que la primera mujer robó la manzana.

—Fue un alma primigenia, no una mujer —precisó Séfora, molesta por el deje sexista de la leyenda—. Y no fue una manzana sino una chispa de voluntad, el destello de lo que luego sería el concepto del libre albedrío. Dios les había prohibido a las almas inocentes hacerle preguntas al árbol, pues no quería que esa inocencia se perdiera con el conocimiento. Pero aquella alma inquieta se acercó al tronco y le hizo una pregunta, algo tan simple como la diferencia que había entre las cosas buenas y las malas, para poder discernirlas y no ofender al Creador. Y el árbol le dio su «fruto», es decir, la chispa de sabiduría que Yahvé declaró prohibida. Así empezó todo.

—¿Castigó a todas las almas inocentes por eso, por tener inquietudes sobre cómo funciona el mundo? ¿Tan traicionado se sentía?

—No le traicionaron —precisó Séfora—. Nada ocurría en aquellos tiempos al margen de Su voluntad, así que si la entregó a través del árbol fue de buena gana, como si supiera que ése sería el empujón que pondría en movimiento la gran rueda. Pero el saber implica responsabilidad, y un amargo discernimiento de todas las posibilidades de la vida. En cuanto entró en juego la amargura... no sé, la inocencia, y con ella el estado puro de aquellas almas, se perdió.

»En aquel tiempo las almas vagaban por tu mundo sin cuerpo que las albergase, y fue después de aquella profanación cuando Dios decidió encerradas en prisiones de carne. Así nacieron nuestros primeros antepasados, condenados a «trabajar para ganarse el sustento», es decir, a cuidar de unos cuerpos físicos imperfectos que necesitaban alimentar y que se degradaban con cada aliento que tomaban.

—¿De veras existió el Edén? —se maravilló Mauro—. ¿Estuvo emplazado en la Tierra, en una época ignota?

—Sí, pero sus flores se marchitaron después de que el ángel enviado por el Señor cerrara sus puertas para siempre. El jardín se pudrió, las arenas del desierto lo sepultaron, y sólo quedaron dos seres vivos en su interior para atestiguar lo que una vez fue: un pedazo del árbol del conocimiento, y otro del de Adán, el árbol del pecado.

—Nunca había oído hablar de él.

—El del conocimiento fue llevado a los cielos por el Arcángel Miguel después de la muerte de Adán, el primer nacido tras el encierro de las almas en cuerpos —rememoró Gizeth, y fue como oírle hablar de hechos que hasta para él eran leyendas—. El segundo árbol aún permanece allí, en tu mundo. Otros mortales lo encontraron en épocas muy posteriores al linaje de Adán, y con su madera fabricaron...

Séfora les interrumpió.

—Vámonos de aquí. Ya —dijo de repente.

—¿Qué ocurre?

—Llegan demonios.

No hizo falta decirles más. El propio cerebro del valle los sentía, notaba la podredumbre, la maldad, y lanzaba campanadas de alarma en todas direcciones. Pero ni Séfora ni sus compañeros podían hacer nada por salvaguardar sus quebradas de la invasión. No tenían efectivos como para enfrentarse a un ejército.

—¡Míralos, allí! —gritó Mauro cuando alzaron el vuelo. Sobre los campos dorados vieron una columna de puntos negros que iban pudriendo el suelo a medida que lo pisaban. Esos puntos, vistos de cerca, consistían en diversas clases de demonios, no sólo Sombras de Hiroshima, sino otros aún más horribles que Séfora describió como glabrezus, canes tricéfalos de ceniza, exploradores infernales sikk'a, y unos seres pavorosos que parecían troncos de árboles partidos y que se desplazaban arrastrando las raíces.

—Colmenas de suicidas —aclaró—. Un ser colectivo que sufre un tormento infinito, flagelándose a sí mismo con las ramas por los errores y la

necesidad que condujeron a sus integrantes a la muerte. Jamás te acerques a ellas, a menos que tengas un hacha para talar.

—Qué cosa tan horrible —exclamó Mauro, sintiendo el grito de las almas que agonizaban. Aquellas colmenas de suicidas aún gritaban llamando a Dios, implorando que tuviera un destello de piedad, que los perdonase y les sacase del Infierno.

Pero nadie les respondía. Y ahora menos que nunca, ya que Yahvé no estaba allá arriba para que los querubines enfocasen sus lamentos.

—¡Volad lo más rápido que podáis, apenas nos queda tiempo! —ordenó Séfora, y se puso en cabeza enfilando directamente al Árbol de Plata.

Éste estaba empezando a sufrir daños.

Mauro lo notó al verlo desde tan lejos, en perspectiva. Su imponente cono invertido estaba cada vez más cerca de la fisura que unía los dos mundos, el Cielo y el Infierno. Y como un espejo (una imagen violenta y depravada de sí mismo) el otro cono se acercaba. Era un torbellino carmesí de fuego, de vientos de furia y destrucción, de diablos y engendros de toda calaña liberados para que ellos mismos abrieran a mordiscos el camino hacia el Paraíso.

Mauro se dio cuenta de que, contemplados desde aquella distancia, los dos conos (el Árbol y el torbellino de fuego) parecían un apocalíptico y titánico reloj de arena. Solo que la arena, es decir, los ángeles y los demonios que brotaban de cada uno, fluía en ambas direcciones; demonios hacia arriba y ángeles hacia abajo hasta encontrarse en el vórtice, la fisura, el punto de unión de los Planos de existencia.

Y allí se desataba una guerra.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Mauro cuando al acercarse distinguió las huestes celestiales cayendo en picado, en un número no inferior a muchísimos millares, sobre el vórtice de fuego; las espadas fulgurando, las armaduras rompiendo en mil destellos la realidad, las alas cortando la vorágine de llamas como si fuera una cosa viva, que pudiera sentir dolor. Los gritos de guerra enarbolados como banderas de luz frente a farallones de tinieblas.

Y dirigiéndose hacia ellos, la otra ola de ese desquiciado tsunami: Un avispero bullente de demonios, monstruos, pesadillas hechas carne y fuego, horrores primigenios y terrores infantiles, oscuridad, podredumbre, caos. Millones y millones de ellos, braceando en marejadas de dolor, lanzados sin miedo a la batalla, muchos más que los ángeles que los frenaban y sin miedo

a caer bajo sus espadas. Un holocausto de colmillos y lanzas envenenadas que apuñalaban las murallas defensivas como un armagedón de rabia.

Hacia allí se dirigieron los tres ángeles, pero cuando estuvieron suficientemente cerca del vórtice como para oír claramente los gritos de las víctimas, tanto luces como sombras, muriendo a puñados, Séfora se detuvo.

—No iré con vosotros —decidió, muy seria—. Mis hermanos mueren allá abajo, intentando contener las hordas del Abismo. Tengo que bajar.

—¡No, Séfora! —le suplicó Mauro, horrorizado por tanta barbarie—. Por lo que más quieras, quédate con nosotros. Te necesitamos.

Séfora le dedicó una mirada tierna.

—Sabes que no es posible, pequeña luz. Sube al Árbol a cumplir tu misión, mi maestro te guiará. —Cruzó una mirada con Gizeth para pedir su consentimiento. El anciano asintió, compungido, mientras flotaba en el aire detrás de Mauro—. Él te mostrará la senda hacia la Fuente del Conocimiento, más allá de las fraguas de luz. Pero tendrás que recorrer solo el último tramo del camino, porque Gizeth atraería sin remedio la mirada del Metatrón.

—¿Y si voy solo no? —preguntó Mauro, angustiado. Le daba mucho miedo quedarse allí, cerca de la batalla, pero aún le asustaba más la idea de acercarse al ángel supremo, el Metatrón, sin un guía para acompañarle.

Séfora encogió los hombros.

—Quizá. Puede que tu luz sea tan pequeña como para que no la note cuando te acerques, ya que toda su atención estará centrada abajo, en la batalla. Pero no puedo prometerte que sea así. Tendrás que arriesgarte. —Cerró el puño e invocó su espada-signo—. Esto es una guerra, y todos debemos arriesgar algo.

Y se lanzó en picado hacia el vórtice.

Esta vez no sólo fue Mauro quien lloró, sino también Gizeth, pues sabía que las posibilidades que su aprendiz tenía de salir de allí con vida eran ínfimas. Pero también sentía un enorme orgullo: su chica era valiente. Él la había rescatado de la muerte en Constantinopla, cuando los cruzados asesinos del Papa la arrasaron a sangre y fuego, y la había entrenado a fondo para este día. Para el día en que todo dependiera de que una brizna de hierba se posara en la sobrecargada balanza del destino, y la hiciera caer de un lado o de otro. La silueta alada de Séfora se perdió en la vorágine, y Gizeth murmuró una última plegaria por su alma. Plegaria que, por supuesto, Mauro captó alta y clara, aunque no supo a dónde enviarla.

—Ánimo, el camino hacia los niveles superiores es largo, y esos batallones de Puños del Cielo no aguantarán mucho —sugirió Gizeth. Y sin

esperar al muchacho que sollozaba a su espalda, emprendió el vuelo.

Ímalan estaría allá abajo, si es que seguía vivo. Ése fue el pensamiento que acompañó a Séfora en los últimos metros mientras aferraba la espada y dirigía la punta al pecho del primer enemigo.

Éste ni siquiera la vio llegar.

Hacía calor, y con cada muerte de un demonio la temperatura aumentaba. La hoja de Séfora se abrió paso a través de la carne de los glabrezus, cortando, lacerando, hendiendo, descargando su ira sobre el alma corrupta de aquellas cosas. Y cada vez que uno moría, explotaba en nubes de ceniza que quedaban flotando a su alrededor.

Los otros ángeles dejaban estelas en esas nubes al cargar contra las trincheras del enemigo. Allí se quedaba impresa la huella de las alas, en el cielo, en las estelas de ceniza que brotaban de las plumas y las aristas de sus armaduras.

He aquí...

He aquí que Séfora encontró una montaña de carne roja y supo que eran espíritus torturados, y cayó girando locamente sobre un mar de colmillos y colas y garras y dejó que su espada hablase en la lengua de la venganza, del odio, de la destrucción sin límites, mientras ella chillaba los nombres de sus antepasados...

He aquí que dos desmodus habían aprisionado a un ángel guerrero, y tirando uno hacia cada lado estaban arrancándole las alas, desgarrándolas del tapiz de hechizos que las fundían a su espalda. El ángel chillaba agónicamente, y Séfora no supo si seguía con vida o no cuando sus hermanos acudieron al rescate y decapitaron a los desmodus con lanzas de punta luminosa. El ángel desgarrado fue un cuerpo más que cayó al remolino de fuego, y pronto lo perdieron de vista mientras otros cien demonios ocupaban el lugar de sus verdugos...

He aquí que colmenas de suicidas alargaron sus raíces formando una red, mientras se flagelaban a sí mismas, y atraparon en pleno vuelo a dos Puños de Cielo que, sin poder remediarlo, vieron cómo los engendros los despojaban de sus armas y preparaban sus cuerpos para ser devorados por un enjambre de criaturas que parecían haber evolucionado de las mismas lágrimas de los suicidas...

He aquí que un poderoso grito surgió de las filas de demonios, apartándolos como el árbol caído separa las aguas de un río, y una bestia

gigantesca se encaró con un capitán de ángeles llamado Samal. Éste no tuvo tiempo ni siquiera para gritar pidiendo ayuda. La criatura, un horror de múltiples brazos y un cuerpo hecho de colas entrelazadas de iguanas, enarboló su hacha y dirigió un poderoso cortapiés directo a sus tobillos. El capitán trató de girar en el aire, pero en el arco de vuelta el mango le golpeó en pleno yelmo. Samal perdió el equilibrio y salió despedido hacia abajo, yendo a aterrizar sobre un grupo de glabrezus. Su visión se empañó unos segundos en los que el mundo pareció volverse un poco más frenético: los Puños que arrasaban con su carga la primera línea de baatezus, la desmedida respuesta del enemigo, las chispas que el roce de los metales arrancaba de los filos... El dolor estalló en su pierna cuando uno de los demonios la ensartó con su espada, pero el cerebro de Samal estaba tan abotargado que no tuvo tiempo de procesado. Alzando una mano, desenvainó un puñal largo y, con los dientes rechinando por la rabia, se lo hundió en el ojo a su agresor...

He aquí que sonaron siete trompetas, y con ellas vibraron los cimientos de los mundos y veinticuatro ancianos cayeron del trono de Dios. Sus cuerpos envueltos en sol, vestidos de luna, y sobre la cabeza una tiara con doce estrellas. Eran los testigos de la hecatombe, y murieron uno detrás de otro mientras de sus gargantas surgía la última plegaria al Dios desaparecido: «Huiremos al desierto, donde hemos levantado un palacio de sal con nuestras manos, y allí nos alimentaremos durante mil doscientos sesenta días. Y tras ese tiempo, asistiremos al enfrentamiento final entre el dragón y el caballero que habrá de morir, él también y con gran pena, en la lucha...».

He aquí que hubo profecías por ambos bandos, y aunque todas decían la verdad, a la vez todas discrepaban. De la herida en la tierra por donde fue arrojada en tiempo inmemorial la antigua serpiente, llamada Satanás y Diablo, herida que extravía toda redondez de la Tierra, brotaron sonidos de trompetas que anunciaron el avance de la destrucción. Y las trompetas celestes proclamaron la caída de las grandes murallas blancas, y el desplome de las gigantescas columnas que tiran de las raíces del Árbol. Y las arpas dijeron que nada de eso se conseguiría sin gran derramamiento de sangre, y que se perderían todas las almas que una vez medraron a la vera de los mundos...

He aquí que un ángel necrótico se abalanzó sobre Séfora, exponiendo la fiesta de colmillos que jalonaba su boca. Haciendo un quiebro en el aire, logró superar sus defensas y con una uña abrió una ardiente línea en su hombro. Los dientes de la guerrera crujieron. El ser pasó de largo y se preparó para bajar de nuevo. El ángel ya veía los dientes hundiéndose en su pecho cuando un objeto veloz se interpuso en su camino: era una pluma bañada en un nimbo de

plata, una luz que cortaba tanto como su filo. Su velocidad e inercia eran tan desmesuradas que lograron contrarrestar el giro del ángel necrótico y lanzarlo hacia atrás. Los flecos de luz que hacían de timones de guiado y la runa de purificación que dejó impresa en la herida del monstruo eran una firma de su dueño...

He aquí que el ángel llamado Ímalan apareció atravesando el pecho de un demonio de múltiples tentáculos, abriéndose paso con su arma por una vorágine de costras de sangre seca mezcladas con espíritus a medio digerir, y halló los ojos de Séfora buscándole. Hacia ella voló, soltando estacadas a diestro y siniestro sin mirar sobre quién descargaba su fuerza. Séfora y él se apoyaron brazo contra brazo, orientando la espalda hacia el enemigo, y formaron con sus alas dos torbellinos giratorios para mantener a los enemigos a raya mientras hablaban:

—¿¡Qué haces aquí abajo, no tenías que proteger a un niño!?! —gritó Ímalan, los dedos clavados en los antebrazos de Séfora para que la fuerza centrífuga no los separara.

Ella soltó al hablar unas gotas de saliva que le salpicaron el rostro. Eran gotas de pura rabia líquida.

—¡Él ya tiene su propio destino! —chilló—. ¡Aquí abajo sois muy pocos, no podréis contenerlos mucho tiempo!

—¿Crees que no lo sé? —Las alas siguieron girando, un torbellino de plumas blancas y rojas. Rojo de sangre, rojo de muerte. Rojo de justicia y negro de podredumbre—. Si el Metatrón no hace algo rápido... me temo que la Isla de Luz está perdida.

—Si hemos de morir, lo haremos con honor. Eso solíamos decir allá abajo, en mi mundo, cuando estábamos vivos —sonrió Séfora.

—¿De qué sirve el honor si no queda nada por lo que luchar? —La voz de Ímalan estaba cargada de pesimismo, como si supiera que todo aquel esfuerzo era en última instancia inútil—. No hay nada más allá de esto. Seremos los últimos en ver la Isla de Luz, y todo desaparecerá cuando nos hayamos ido. ¡Todo!

—Ten fe, amigo —dijo ella, preparándose para soltarse de su abrazo y continuar con el cuerpo a cuerpo—. Ten fe...

—¿En qué? ¡Él nos ha abandonado!

Séfora no respondió, pero cuando se separó de su hermano de armas, sostuvo su mirada una fracción de segundo; el tiempo para comunicarle un mensaje que no tenía ninguna base, pero en el que creía más allá de toda razón:

Sobreviviremos a este holocausto. Sólo dales tiempo a mis niños... dales tiempo...

ABADDÓN Y EL POZO DE MÁRTIRES

Erik no esperaba sentir aquella sensación. El frío. El vacío.

Lo último que recordaba era estar en la casa de Abram, a punto de hacer realidad uno de sus sueños secretos (besar a esa pija insufrible... y al tiempo tremendamente atractiva de Tanya), cuando abrió los ojos y comprobó que estaba en otro lugar. Y no un lugar agradable.

Había vuelto al pozo de mártires, en Venecia. Y su llegada tenía que haber sido tan sorprendente para los demonios como para él mismo, porque la cara del lamaazu que tenía delante no tenía precio.

Erik ya estaba reaccionando al peligro antes incluso que su mente supiera lo que estaba pasando. En un solo movimiento fluido, giró sobre sí mismo para coger impulso, su espada se hizo visible, la apoyó un segundo contra su cuello para volteada por detrás de la cabeza, y culminó en un mandoble brutal que partió en dos al demonio.

—¿No os sentís ni un poquito intimidados ante lo bueno que soy? —les gruñó al resto de los demonios que había en la sala. De un rápido vistazo, mientras su lengua trabajaba tan sola como el resto de sus músculos, poniendo en juego el contrapunto altanero que le servía para mitigar el miedo, Erik analizó la sala.

El más peligroso, Abaddón, no estaba presente. Era toda una ventaja, teniendo en cuenta que el maldito hechizo de Reunión, al acabarse, no había tenido mejor idea que devolverlo al mismo lugar donde estaba antes. Pero sí que vio a la ameba asquerosa, la que había aprisionado al pobre Isaac mientras él perdía el tiempo pavoneándose ante un diablo con muchísimo más poder.

«Si es que a veces me merezco que me maten», pensó Erik con una sonrisa, mientras sacudía otras dos estocadas a la ameba. «Pero sólo a veces, de resto soy un tipo encantador».

—¿Verdad que sí? —le gritó a la ameba mientras la cortaba en dos. Había otros dos blancos posibles en la sala, pero no suponían una amenaza. De hecho, salieron corriendo en cuanto Erik comenzó su danza de muerte. No es que fuera una buena noticia (seguro que lo primero que harían esos cobardes sería dar la alarma, y avisar al jefe de todo aquel tinglado), pero al menos le dejaban un poco de espacio para pensar.

«A ver, hacía un segundo estaba en casa de Abram, tres milenios en el pasado. Y ahora he vuelto. Vale, Einstein, no necesitas un mapa para eso. Pregúntate qué vas a hacer a continuación».

Se acercó al borde del pozo de mártires. La fantasmal imagen de la torre era mucho más densa que la vez anterior, lo que significaba que en cualquier momento podría solidificarse.

Erik miró hacia abajo, a las profundidades insondables del pozo. Y lo que vio le dejó boquiabierto.

Era Isaac. Estaba allá abajo, atado con cuerdas a la pared interna del pozo en una pose que sugería crucifixión. Su cabeza colgaba hacia delante, inmóvil, y de ella caían hacia la negrura unos diamantes que brillaban rojizos en la penumbra.

Lágrimas.

El chico lloraba, y sus lágrimas caían como gotas de magma hacia el centro del pozo.

Erik no se lo pensó dos veces. Dio un salto y se quedó flotando frente al muchacho, mirándole con cara de extrema preocupación. Le levantó la cabeza con una mano.

—¡Chaval! ¡Responde! ¿Estás vivo?

Isaac tosió sangre. Fue una reacción automática, visceral, pero le dio al ángel la respuesta que necesitaba.

—Venga, haz un último esfuerzo. Te sacaré de aquí.

Cortó las cuerdas con la espada y subió al chico en volandas hasta el borde del pozo. Isaac parecía estar realmente mal, aunque (gracias a Dios) no tenía signos externos de tortura.

Lo cual no significaba que hubieran sido clementes con él. Un demonio podía atormentar a una persona de muchas maneras distintas, sin necesidad de dejar cicatrices.

—No sé si los hospitales de la Tierra podrán hacer algo por ti, chico, pero mientras no tengamos un ángel sanador a mano tendrán que bastar. —Le tocó la frente. Estaba ardiendo de fiebre. Al levantarle los párpados, sus pupilas se negaron a reaccionar al resplandor de la espada—. Mierda. Lo siento, lo

siento muchísimo —susurró, con el corazón atrapado bajo un yunque de culpabilidad y tristeza. No podía quitarse de la cabeza la idea de que todo aquello había sido por su culpa. No tendría que haber traído al muchacho a Venecia. No tendría que haberse separado de él en ningún momento, por mucho que el imbécil de Gizeth le hubiera aconsejado tal o cual curso de acción. Eran demasiados «no tendría» para un solo desastre—. Si sobrevives a esto, Isaac, te voy a invitar a unas cañas en mi kiosco de la playa.

Isaac sufrió una convulsión. Erik se sobresaltó, pero logró coger al chico antes de que sus violentos estertores lo lanzaran por el pozo.

—¡Isaac! ¿Qué pasa, estás bien? —preguntó, histérico. El joven pesaba muy poco, como si el terror lo hubiese vaciado por dentro. Era un muñeco de trapo que podía desgarrarse en cualquier momento.

Isaac clavó los ojos en la distancia.

—¡L... la bestia! ¡Duer... duerme bajo... nosotros!

—¿Qué estás diciendo? ¿Quién te ha dicho eso?

Erik contuvo el impulso de darle una bofetada para que espabilase. No, no debía usar la violencia. Recuerda lo del muñeco de trapo.

—Venga, sé que lo has pasado mal, pero aguanta un poco. Eres un elegido, ¿entiendes? ¡Eres fuerte! Dime qué bestia es ésa que...

Una voz de ultratumba le interrumpió. Era profunda y retumbante, aunque sosegada.

—Se refiere al monstruo que Yahvé enterró cuando el universo era joven. La Bestia.

Erik se puso en pie e hizo girar la espada, todo en un solo movimiento. El filo quedó apuntando hacia arriba, directamente a la cabeza de Abaddón, que había entrado en la sala. Aún llevaba puesto su traje de mujer de Cro-Magnon, pero tenía algunas costuras abiertas en la piel, como si lo de dentro pugnase por salir.

—Tú eres la única bestia que hay aquí... —masculló Erik. Todo su cuerpo le pedía luchar, saltar sobre aquel engendro y decapitado sin miramientos. Pero un destello en los ojos de Abaddón le sugirió prudencia.

Había algo raro. Algo que no encajaba.

—Escucha, ángel, y serás más sabio. Buscábamos el secreto que se escondía tras el plan del Metatrón, pero hallamos algo más. Una verdad que ni siquiera el Metatrón conoce. Y es espantosa. —Abaddón se plantó a sólo dos metros de Erik, la expresión laxa, los brazos relajados. Sonriente—. Y créeme: para que alguien como yo diga eso, tiene que serlo de verdad.

Erik no bajó ni un centímetro la hoja, pero decidió hablar. Ganar un poco de tiempo hasta evaluar las fuerzas reales de su enemigo, que debían de ser considerables.

—Explícamelo. Con pocas palabras y si es posible, con dibujitos.

—«En ese día, Dios castigará con su espada inclemente a la serpiente que se arrastra, que medra en la inmundicia, que devora el mundo para cavar su ancha guarida y come de hombres y animales por igual» —recitó Abaddón, la voz retumbando en las altas bóvedas—. ¿Te suenan de algo esas palabras? Fueron escritas hace mucho tiempo por aquellos pastores y cabreros incultos, a los que Él eligió para que fueran sus heraldos. Está en la *Biblia*, en el tuje de la prostituta.

—No he leído la *Biblia* —dijo Erik—. Esperaré a que hagan la película.

—¿Que no has...? —El demonio arqueó una ceja—. En fin, renuncio a entender a los ángeles. Sé que no tienes ningún motivo para confiar en mí, pero créeme si te digo, Erik, que necesito tu ayuda.

Una sonrisa cínica asomó al rostro del joven.

—¿Que necesitas mi ayuda? ¿En serio? —Lanzó un bufido—. ¿Después de invitarme al campeonato de cuchillos y usar mi cuerpo de diana? Ni de coña, tío. Prepárate para ser ajusticiado.

Dio un paso, pero la mirada de Abaddón hacia el fondo del pozo, ignorando la posición y actitud de Erik, le hizo detenerse.

Una de dos: o el demonio estaba demasiado seguro de sí mismo y sus capacidades defensivas, y por lo tanto Erik no representaba una amenaza real... o realmente había algo allá abajo a lo que incluso él temía. Algo que daba miedo al legendario Abaddón, el espíritu negro que tentó a Moisés y ayudó a traer las plagas a Egipto.

—Cuando desapareciste, invoqué las páginas del *Organon Maleficarum* sobre el cuerpo de tu protegido —dijo el demonio—. Es el libro de las noches, el compendio de todo Mal. Se escribe sobre la piel de santos torturados y de ángeles caídos. El libro me habló de la bestia, me dijo que había sentido su presencia.

Erik se inclinó preocupado sobre Isaac y le levantó la camisa. En efecto, había rastros de símbolos parecidos a runas en su epidermis, como señales de antiguas cicatrices.

—¡Maldito cabrón, como le hayas hecho algo irreparable...!

—Nada es irreparable salvo la muerte. O en este caso... lo que viene después. Pero no te preocupes, tu niño no sufrió. Físicamente, al menos. — Desde dentro de la cabeza-capucha de la mujer prehistórica llegó un crujido,

como si un par de mandíbulas estuviesen buscando cómo encajar una sobre la otra. Los labios de la mujer no se movieron mientras la cosa que se escondía en su interior hablaba—. El cuerpo de tu protegido era ideal para invocar las páginas del libro. Llegan mejor si para leerlas usas... un soporte de luz, más que uno volcado en la oscuridad. Mancillar lo puro genera más magia negra que destruir lo ya corrupto.

El ángel aspiró aire, intentando tranquilizarse.

—Eso debe de ser como la hiper-net de los ángeles, pero en formato macabro, ¿no?

Abaddón paseó alrededor del anillo oscuro del pozo. Sobre él, el fantasma de la torre rielaba.

—Nosotros también tenemos nuestras fuentes de sabiduría, aunque son diferentes a las vuestras —asintió el demonio—. Abrí el libro por la página adecuada sobre el vientre del niño. —Miró de reojo a Isaac, que jadeaba en el suelo, recordando la pesadilla que había vivido estando a solas con aquellos monstruos—. Y leí. Leí las palabras proféticas. Leí sobre la destrucción de todo lo conocido, en todos los mundos.

—Déjate de cháchara mística y ve al grano —insistió Erik, cansado—. ¿Qué bestia es ésa, y por qué Dios la enterró aquí?

—Tiene un nombre en la antigua lengua del Cielo, que no emplearé aquí —siseó Abaddón—. Pero entre los humanos se le conoce por otro, el de la serpiente que devora mundos, el Mal Que Se Arrastra.

—¿Cuál es?

Los ojos de Abaddón fulguraron como carbones encendidos.

—Leviatán.

El comandante del vuelo 304 con destino Venecia fue quien estuvo a punto de ocasionar la tragedia.

El avión estaba en aproximación final al aeropuerto cuando aquel veterano de la aviación, con más de mil horas de vuelo con pasajeros a sus espaldas, creyó ver algo asomando entre las nubes. Hacía mal tiempo sobre la región de Véneto, con un frente nuboso que parecía venir de todas partes (como cuando se contempla el ojo de un huracán desde dentro) y revolvía los vientos y las cortinas de lluvia sobre la línea de costa.

La visibilidad era escasa, apenas uno o dos kilómetros. Hacía un rato que estaban navegando con los instrumentos, confiando en que el pasillo aéreo

estaría despejado, cuando el comandante creyó ver aquella cosa surgiendo de entre las nubes.

«¡Una torre!», afirmó después, cuando los controladores le interrogaron al respecto. «¡Una torre roja que surgió de la niebla! Y el avión dio una sacudida que arrancó gritos de los pasajeros, y acabó con una auxiliar de cabina rodando por el pasillo central. Hacía muy poco que la noticia del trágico accidente de un Airbus 800 en Barajas había sacudido la prensa mundial, y los nervios estaban a flor de piel».

Pero lo cierto es que ninguno de los instrumentos registró aquella torre. Ni el radar de tierra, ni los paralelos de las estaciones de Treviso y Padova. El copiloto tampoco confirmó su versión. «Un espejismo», fue la siguiente idea. «Una alucinación».

Pero a nadie se le iba de la cabeza que aquel comandante quiso esquivar algo que no existía, que sólo creyó ver él, y que tiró de los mandos en un momento crítico, el de la aproximación a pista, que pudo acabar en tragedia. A punto estuvo de no poder corregir y levantar el morro, y de acabar con el fuselaje del aparato esparcido a lo largo de kilómetros de bosques. Cuando los servicios de emergencia acudieron para recoger al balbuceante piloto, lo único que éste repetía, una y otra vez, era:

—La torre, la torre roja... la torre roja...

—Bajemos al interior del pozo —sugirió Abaddón—. Cuando lo veas con tus propios ojos, te convencerás.

La cara de asombro de Erik no tenía precio.

—¿Y qué sugieres que haga con Isaac? ¡No pienso dejarle aquí a merced de tus esbirros!

—Ya no me quedan esbirros —rió el monstruo. Parecía sincero—. Los he sacrificado tratando de descifrar lo que oculta este pozo.

—Sí, y yo me lo creo.

Abaddón hizo un gesto y unos escalones aparecieron como por ensalmo, descendiendo en espiral por el borde del pozo. Se perdían en la oscuridad, muy abajo, y estaban manchados con sangre de demonios muertos.

El demonio comenzó a descender, pisando con sus pies descalzos en el centro de cada peldaño.

—Haz lo que quieras. Tráelo si te apetece, pero por favor, acompáñame. Si no lo ves, jamás lo creerás.

Erik sintió que se le acababan las opciones.

Aquello no tenía pinta de ser una trampa, era demasiado enrevesada. Si lo que deseaba aquel engendro era matarlos a los dos, ¿por qué no lo había hecho ya? ¿Por qué molestarse en montar toda aquella pantomima?

Abaddón parecía realmente interesado en mostrarle algo que incluso a él le daba miedo. Allá abajo yacía un problema al que no podía enfrentarse ni siquiera rodeado por su pequeño ejército infernal, y para el cual se veía obligado a pedir ayuda nada menos que al otro bando.

Aquello olía a desastre por los cuatro costados.

Cargándose el cuerpo de Isaac sobre los hombros, le dijo:

—Tú primero. Y cuidadito, que no te quitaré ojo de encima.

Abaddón abrió la marcha, y seguido por Erik descendió muchos peldaños, rebasando el lugar donde habían crucificado a Isaac. Llegado a ese punto, el ángel preguntó:

—¿Por qué colgasteis al chico? ¿Qué clase de ritual teníais en mente?

—Sus lágrimas atraen la estructura física de la torre. Si ésta percibe su sufrimiento, se dará más prisa en llegar. Eso hará que los hechizos en los que se cimenta sean apresurados, endebles... nos permitirá destruirla con mayor facilidad.

—Mete prisa a los obreros si quieres que el edificio se tambalee. Comprendo.

Abaddón le miró. Se notaba que las frases hechas y el argot de Erik le resultaban tan extraños como casi todo lo que atañía al mundo moderno. Un mundo que él sólo entendía en términos de depredadores y presas. O en el caso de las torres, de ganado por explotar que un pastor loco iba a sacrificar arbitrariamente.

—He oído hablar del Leviatán —comentó Erik, encajándose el cuerpo de Isaac sobre las alas para que no resbalara. Haber aprendido a usar sus nuevos apéndices con soltura le permitía hacer cosas como ésa y dejar las manos libres para otros menesteres—. Creo que una vez lo vi en una peli. ¿Qué es, otro de vuestros monstruos desquiciados del Infierno?

—¿Tan inculto eres que ni siquiera conoces los pormenores de tu propia mitología?

Erik reprimió el impulso de clavarle la espada en los omóplatos.

—Pregúntame algo sobre motos y verás lo culto que soy. Pero en mi escuela no daban la asignatura de monstruología aplicada, lo siento.

Las mandíbulas que articulaban dentro de la máscara de Abaddón lograron encajar con un chasquido.

—Hay seres... que son más antiguos que nuestras dos razas. Dicen que cuando el Verbo dio la primera orden, «hágase la luz», esa luz arrojó la primera sombra, que era la del mismo Dios —explicó—. De ese fragmento de oscuridad, único donde todo era fulgor, surgió también la vida, pero era una vida obscena, malvada. Nacida de la negación de Dios.

»Cuenta la historia, y esto es leyenda incluso en el Infierno, que la primera sombra cayó sobre la espalda de Yahvé y se fracturó, y de sus pedazos surgieron tres horrendas criaturas: Leviatán, el monstruo del mar, que luego fue llamado Liweth y después Leviatán; Behemoth, que con sus pezuñas hace temblar la tierra cuando camina; y Ziz, el ojo asesino que domina los cielos. Los tres ocuparon un desierto llamado Dandain, del que nada vivo podrá salir nunca.

—Una serpiente marina, un coloso terrestre y un monstruo del cielo —gruñó Erik—. Bobadas. Parece una película mala de los años cincuenta. Todos los pueblos antiguos tenían sus mitos y sus bestias imaginarias a las que rendir tributo.

—No son imaginarias, ángel —dijo Abaddón, y su voz cargaba con el peso de la autoridad. Erik supo al instante que tenía razón en lo que decía, o al menos, que él estaba convencido de ello—. Como te he dicho, no fueron creación directa de Dios. Son algo externo a Él, en cierta forma, pues proceden de aquella sombra primordial. Eso les da un poder inconmensurable.

—Pero la leyenda dice que Dios se enfrentó a esa bestia, ¿verdad? ¿Y no triunfó en la batalla?

—Triunfó, sí —barruntó el demonio mientras seguía bajando más y más escalones. Erik se dio cuenta de que apenas veía el extremo superior del pozo—. Pero no la mató. No podía. La enterró en algún lugar de lo que en aquellos evos antiguos fue Dandain, y que con el tiempo se cubrió de agua y tu gente acabó llamando Mediterráneo.

—Espera. —Erik se detuvo—. ¿Me estás diciendo que el Leviatán duerme su sueño eterno aquí, bajo nuestros pies?

Abaddón asintió.

—Mis esbirros lo descubrieron mientras preparábamos la trampa para derruir la torre. Luego los usé para que bajaran todo lo que pudieran, al fondo del pozo, y siguieran excavando más aún. La cercanía de la bestia acabó con ellos.

—Qué agradable.

—No eran más que baatezus y algunos desmodus, la peste del Infierno —se burló Abaddón, consciente de que estaba ironizando sobre su propia

especie—. Chusma prescindible. Su fuerza vital jamás será tan poderosa como la nuestra, ángel. Por eso te necesito, y también al elegido que cargas sobre tus espaldas. —Lanzó una mirada de reojo a Isaac, que poco a poco estaba volviendo a la vida—. Nuestro poder, sumado, podría escudarnos del aura de destrucción de la bestia y, quizá, bajar lo suficiente como para verla. Simplemente verla. Eso nos dará poder.

Erik aminoró el paso. Aquella aventura sonaba peor a cada segundo.

—¿Pero qué pinta ese monstruo en esta guerra? ¿Lo ha invocado el Metatrón, para que luche de nuestro bando? ¿O fue tu jefe?

Abaddón negó rotundamente con la cabeza.

—No. No tiene nada que ver con tu gente ni con la mía —aseveró—. El poder para despertar a Leviatán de su sueño de evos es algo que va más allá de lo posible para ángeles o demonios. No; la bestia ha sido llamada, pero no por los que luchamos en esta guerra.

—Entonces, ¿por quién?

Abaddón miró a Erik, en silencio. Éste comprendió.

—Oh...

Siguieron bajando aquella escalera interminable. Isaac despertó en un momento dado y Erik tuvo que tranquilizado, porque estalló en gritos en cuanto vio dónde estaba, y quién era su guía.

—¿¡Estás loco!?! —chilló, histérico—. ¿Cómo sigues a esa cosa al Infierno? ¿Ahora trabajas para ellos o qué?

—Cálmate —le ordenó Erik, tratando que su propio miedo no se trasluciera en su voz—. Estamos donde queremos estar. Confía en mí.

Era muy difícil cuadrar esas palabras con el ánimo del chico, cuando el terror, el dolor, los padecimientos sufridos mientras Abaddón invocaba el *Organon Maleficarum* sobre su piel resucitaban en su corazón.

«Otra diferencia más entre ellos y nosotros», pensó Erik: «Hasta para invocar su propia fuente metafísica de conocimientos necesitan hacer daño a otros».

—¿A... a dónde estamos yendo? —preguntó el joven árabe, temblando. Erik lo había bajado de su espalda y caminaba detrás, cerrando la comitiva.

—Pues si este pavo dice la verdad... —murmuró Erik—, a conocer a una bestia antediluviana.

La mirada que le clavó Isaac no tuvo precio.

Un ave de plumaje pardo cantó entre los árboles. El sonido era parecido al que provocaría alguien al frotar sus dedos por el borde de un vaso, una especie de zumbido que encontró eco en la muralla de árboles que dominaba la colina.

El de Mambré era un paisaje precioso, reconoció Tanya, con perfiles y siluetas y formaciones geológicas arrojadas al azar sobre el tapete del horizonte como cartas perdidas de Dios... Eso si uno tenía tiempo de admirado en lugar de vivir constantemente preocupado por el avance de los ejércitos.

Lo había decidido. No le gustaría tener que vivir en aquella época. La falta de contaminación y la densidad de bosques y arroyos no compensaba la barbarie en que se encontraba sumida la especie humana. Si se quedara allí para siempre, prisionera de aquellos siglos de oscurantismo e ignorancia, de ejércitos que recorrían errantes el mundo imponiendo la ley del bronce... probablemente se retiraría a vivir sola, en algún lugar muy lejano, a la máxima distancia a la que pudieran llevada sus alas.

Seguro que América era un sitio mucho más seguro que Asia, ahora que apenas tenía población humana, y la que había estaba formada por tribus nómadas. ¿La isla de Pascua? Bueno, no, tampoco era cuestión de extremarse. Se aburriría de estar toda la vida contándole sus problemas a los alcatraces.

Lo primero que notó al abrir los ojos (además de que el hechizo la había zarandeado un poco) fue que aún estaba en la casa de Abram. Pero había diferencias. Las encinas estaban más grandes. Y echó en falta un detalle en los labios, como una sensación, una presencia...

Se tapó la boca con la mano, asustada.

Un beso, eso era lo que echaba en falta. Había estado a punto de... de...

Dios, no. Con él no, por favor. Eso sí que fue un episodio de locura transitoria y no lo de Lee Harvey Oswald.

¿Cómo se le había podido pasar por la cabeza? Con la cantidad de chicos que había en el mundo (incluso en aquel mundo primitivo), y a ella se le ocurría dejarse atrapar en la red de ese idiota de Erik. ¡De ese presuntuoso!

Como si no le conociera bien. ¿Yo, una más de tus conquistas, otra niña tonta cegada por los trucos del deportista guapo, el ligón incorregible?

De eso nada. Ni aunque fuera el último hombre sobre la Tierra. O bajo ella. O... o donde sea.

Pero le reconcomía ese interrogante, ese «¿qué hubiera pasado si...?». Y aquí podía poner muchos finales. ¿... Si hubieran tenido un segundo más de tiempo antes de que acabara el hechizo? ¿... si hubieran decidido tener esa conversación la noche anterior, cuando nadie los miraba y la oscuridad auténticamente negra de aquellas noches los envolviera con...?

¡Basta!

Sacudió la cabeza para que los malos pensamientos se le salieran por las orejas. No, no iba a pensar en qué hubiera ocurrido si. Gracias a Dios, el hechizo terminó justo a tiempo. Y punto. Si volvía a buscarse otro novio, alguna vez, sería como y cuando a ella le apeteciera, no cuando se lo dictasen sus hormonas. Si la emoción y el sentimiento la trastornaban con tanta facilidad, ¿adónde irían a parar sus propósitos?

Además (distráete, piensa en otra cosa), las encinas de la colina de Abram parecían más viejas.

Era un dato que no paraba de darle vueltas por la cabeza como una abeja zumbona. Seguro que significaba algo importante.

Miró alrededor. El lugar parecía ser el mismo, la colina de Mambré, pero a la vez era distinto. Estaba cambiado, como si hubiesen pasado muchos años desde hacía un segundo.

Un ave de plumaje gris dejó de ser una roca. Aleteó para ayudarse en un salto largo y se aproximó a un riachuelo que descendía por la cara norte de la colina. Hizo unos movimientos raros con el pico, como si estuviera dándole la razón a alguien, y se zambulló.

Tanya lo vio bucear moviendo las alas. Atrapó una presa, un pez muy pequeño, y salió del riachuelo para volver a su elemento. La joven sintió una reconfortante paz al verlo, al asistir a aquel extraño espectáculo en el que se conjugaban dos mundos opuestos.

—¿Mauro, Erik? —llamó en voz no demasiado alta. Lo justo como para que si estaban cerca, muy cerca, supieran que ella seguía allí—. ¿Chicos?

Silencio. El silbido del viento.

El batir de alas de otro pájaro, quizá el mismo. Un tono aceitoso de la luz en las nubes, como si el cielo fuera un espejo de bronce pulido.

Aquello comenzaba a darle mala espina.

Decidió subir al punto más alto de la colina. Si había gente en los alrededores, o en el complejo de casas de la familia de Abram, las vería sin esfuerzo.

Pero lo que vio, lejos de tranquilizarla, contribuyó a hacer aún más preocupante su situación.

Había un resplandor ambarino derramado en el horizonte, en dirección a las montañas de Siddim. Era como si una gigantesca lámpara se hubiese volcado sobre los pozos de betún, y los hubiese inflamado igual que las bombas aliadas harían, miles de años después, con los pozos de petróleo de Irak.

Un incendio.

Estaba viendo el resplandor de un enorme, descomunal, gargantuesco incendio. Y si no andaba muy equivocada, su ubicación debía coincidir más o menos con el enclave de la ciudad amurallada de Sodoma.

—Oh, no —murmuró, temiéndose lo peor.

Bajó de la roca sobre la que se había subido a otear, y casi inmediatamente vio el tejado de las casas un par de curvas de terreno más abajo. También la hacienda de Abram parecía distinta, más... estropeada. El conjunto recordaba vagamente a una de aquellas vetustas mansiones de Hollywood, que habían sido propiedad de estrellas de cine que ya nadie recordaba.

Allí seguía estando la alberca, de donde se extraía en tiempos de necesidad un poco de agua para curar a la ardiente tierra. Y el abrevadero de los animales, donde los pastores llevaban a sus bestias y las mujeres se escondían para espiarlos, sí, allí, en aquel murito de atrás, ahora cubierto de matojos.

¿Qué había sucedido? ¿Se habían marchado todos, dejando abandonado el lugar?

¿Cuánto tiempo había pasado en ese latido, ese cambio espacio-temporal del final del hechizo?

Entonces vio a la mujer.

Su atuendo era tranquilizadamente parecido al de las sirvientas de la casa de Abram, pero al verle la cara (entrevista, más bien, por debajo del pañuelo que le cubría la cabeza) no reconoció a Edith, ni a Miriam ni a

ninguna de las otras. Aunque había algo en sus rasgos que le era tremendamente familiar...

La chica aún no la había visto. Caminaba deprisa, con un cubo vacío en las manos, camino de la alberca, donde apenas quedaba un pozo de agua verdosa, testimonio de que alguna vez había llovido en aquellas tierras. Aquel líquido tenía más de criadero venenoso de bacterias que de agua potable.

La chica no parecía saber nada de peligros microscópicos ni de higiene, porque recogió la poca agua que quedaba, se arriesgó incluso a tomar un sorbo de ella, y se dispuso a volver sobre sus pasos, descendiendo la colina.

Entonces descubrió a la extranjera, mirándola desde su posición elevada.

—¡No te asustes! —dijo Tanya, alzando las manos tranquilizadamente hacia la joven—. No voy a hacerte daño. ¿Quién eres?

La cara de la muchacha, que no debía de levantar más de diecisiete o dieciocho años del suelo, dio un giro rápido hacia el terror que asustó incluso a Tanya. Su primera reacción fue quedarse inmóvil, como las gacelas cuando intuyen la presencia del depredador. Luego hizo el ademán de echar a correr, pero tropezó con un desnivel y rodó hasta unas matas. El agua (por fortuna, pensó Tanya) se derramó y fue absorbida por la tierra.

Tanya bajó corriendo, procurando no cometer el mismo error que ella y pisar en los sitios adecuados. Intentó ayudarla a levantarse, pero en cuanto la tocó la joven se deshizo en plegarias y signos de protección contra los malos espíritus.

Estaba realmente asustada, cosa que Tanya no lograba comprender.

—¡Espera! —le exhortó, un poco más brusca de lo que habría querido—. ¿Por qué haces eso, qué demonios te pasa? ¡No muerdo, sólo soy una chica!

El frenético cambio de expresiones de aquel rostro se ralentizó. Y aquellas proporciones, aquellos ojos, aquellas cejas... fueron encajando lentamente en su recuerdo.

No, no era la misma personita que conoció a su llegada a Siddim, jugueteando nerviosa con su hermana alrededor de la comida, en casa de Lot. Pero las mejillas que parecían lunares de un azul vivo estaban allí, y también la nariz, hecha con un molde a partir de la de su padre. Había cambiado también en su actitud: los cabellos cortos y recios que escapaban del pañuelo reforzaban un aire de desconfiada incertidumbre, tímido y apocado, opuesto al de la expansiva juventud de su niñez.

Era Bitiá, una de las hijas de Lot.

Eso resolvía uno de los problemas de Tanya, el de la ubicación temporal. Al menos ahora sabía que no había saltado cien o doscientos años al futuro,

sino alrededor de una década.

—¡Bitiá! —exclamó—. ¿Eres tú? ¡Cómo has crecido! ¡Cómo es que...! Bueno, te parecerá una tontería lo que estoy diciendo porque hace mucho que no me ves, pero...

La joven se apartó de ella. Seguía mirándola como a un espectro salido del Infierno. Y por primera vez, Tanya se preguntó si no era así.

—¿Por qué te doy miedo? ¿No te acuerdas de mí?

Tanya no deseaba reforzar aquella sensación de miedo, de respeto hacia un ente al que aquella joven había crecido venerando. O temiendo. O siguiendo la imagen, cualquiera que fuese, que se instalara en su cabeza tras su repentina desaparición.

Rezó porque no fuera una imagen nefasta, de maldad, sino todo lo contrario.

—He... heraldo del... infortunio... —baló la joven.

—A ver, dime que no me acabas de llamar heraldo del infortunio, por favor —protestó Tanya—. ¿Tanto han cambiado las cosas por aquí? ¡Háblame, por Dios!

—¡La cólera del Señor cayó sobre nosotros! —dijo con terror—. La ciudad... la ciudad maldita...

—Oh, no —murmuró Tanya.

La leyenda de Sodoma y Gomorra se hacía realidad. Miró al horizonte y la campana de luz ambarina de las llamas le habló de desastre, de un terrible cataclismo que había sacudido el mundo antiguo. ¿Habría sido de verdad como lo describía la *Biblia*, con tormentas de fuego o la herramienta para destruir Sodoma era más racional? ¿Un terremoto, tal vez?

—Explícame lo que ha pasado, Bitiá. Y deja de temblar, hazme el favor, que no pienso hacerte daño.

La joven se quitó un enorme peso de encima al oír esto. Pero el temor la obligaba a seguir manteniendo agachada la cabeza, sin poder mirar a Tanya directamente.

—Nosotros... vivíamos en la ciudad —explicó entre gemidos. Su garganta y pulmones seguían llorando, mientras la boca se esforzaba en articular palabras—. Nos mudamos hace... hace años. Padre encontró trabajo en el templo local. Madre y nosotras... nos preparábamos para el enlace.

—¿Qué enlace?

—Mi hermana está... encinta.

—Oh. Felicidades.

—Iba a unirse en matrimonio con un amanuense del templo, pero... —la voz se le quebró—. Hemos ofendido a Dios, por eso te fuiste, heraldo. —A Tanya le dio una tremenda vergüenza cuando la joven se echó a llorar a sus pies, rodeando sus sandalias con las manos como si no fuese digna ni siquiera de limpiarles el barro—. ¡Por lo más sagrado, perdónanos, te lo suplico!

—Calma, por favor. —Le retiró un poco el pañuelo hacia atrás para acariciarle el pelo—. Tranquilízate. No he tenido nada que ver con lo que le ha pasado a tu ciudad; de hecho, no sé ni siquiera en qué año estamos.

Bitiá pareció estar más confusa que antes, cuando daba por sentado que Tanya era un emisario divino con una misión. El azar y la confusión no eran conceptos que pudiera acoplar en su mente al concepto «ángel».

—¿No te han mandado para castigarnos? —preguntó, tímida.

—Claro que no. Es... es complicado. ¿Dónde están tus padres?

La chica hizo un gesto tembloroso al pie de la colina, y allí, junto a la entrada de una cueva que una década antes había servido como despensa, se levantaba una estatua increíblemente bien detallada, con proporciones perfectas, que representaba una mujer de mediana edad.

Una estatua de color blanco puro.

Un escalofrío trepó por la espina dorsal de Tanya.

—¿Ésa es...?

Bitiá asintió, llorando.

Ambas mujeres descendieron hasta la base de la colina. Tanya no pudo apartar ni un segundo la mirada de aquella estatua, de su increíble grado de detalle. De la expresión aterrorizada tan perfectamente conseguida de la cara, del abrazo anhelante y congelado en el tiempo de sus brazos.

Era la famosa estatua de sal de la leyenda, en la que había quedado convertida Edith al desobedecer a Dios. Su pose contaba una historia, con las manos agarrotadas, con el cuello torcido, con el pelo revuelto y las pupilas talladas en bajorrelieve en la esfera de los ojos. Era una historia con un final terrible.

—¿Has traído el agua? —preguntó una voz masculina, embriagada, desde el interior de la cueva.

Tanya se asomó a la entrada. Al fondo del pequeño túnel estaba la otra hija de Lot, Atará (también hecha una mujer, con el pelo más largo y ensortijado que el de su hermana y mucho más bonita de cara), inclinada sobre el cuerpo de un hombre semidesnudo.

Lot.

Los años no habían pasado bien por el dictador. Estaba muy avejentado. Alrededor de la boca le había crecido una maraña de canas que iba más allá del concepto de «barba». Era más bien como si un zarzal le hubiese carcomido el rostro, lacerándolo con púas y llenándolo de recuerdos de viejas lesiones.

Tenía las mejillas encendidas por un fuego diferente al que consumía su ciudad: el incendio del alcohol, de la embriaguez. Del olvido. Varias ánforas vacías reposaban a sus pies.

—¿Quién ha venido? —preguntó, tropezando como un pato en las consonantes—. ¿Eres tú, Abram?

—No, no soy Abram —dijo Tanya, entrando en la cueva.

Al principio la reacción de los presentes fue la misma que con Bitiá, pero Lot fue capaz de aceptarlo mejor que sus hijas, incluso en aquel estado. De hecho, en ningún momento dejó que su sorpresa se transformase en temor reverencial, sino en una especie de odio contenido. Hacia Tanya, hacia lo que ella representaba. Hacia los poderes que le habían hecho aquello a su esposa.

—Tú... —la señaló acusadoramente—. Has vuelto.

—Lamento muchísimo haberme marchado, pero no tuve opción —se disculpó Tanya. Había en su voz una sincera disculpa por ser quien era, pero era parte de un engaño. Se engañaba a sí misma porque deseaba ayudar a aquella pobre gente, pero viendo su sufrimiento estaba aprendiendo a menospreciarse, a odiar aquello en lo que se había convertido. Y lo peor era que entendía la naturaleza de esa paradoja—. ¿Qué ha pasado aquí?

—El Señor descargó su temible ira sobre la ciudad del pecado, de los infieles y los corruptos —rezongó Lot, rematando la frase con un eructo—. El mundo se ha limpiado otra vez... de infieles. Volvemos a ser puros.

—¿Y tu mujer? ¿También era una infiel?

Lot miró con una mezcla indefinible de miedo y rencor hacia el exterior de la cueva.

—Desobedeció. Pagó el precio, igual que incontables herejes que osaron buscar una explicación a lo que no podían entender con el alma. Espero que su espíritu descanse en paz.

—Lo siento mucho —dijo Tanya, tomándolos de la mano a él y a su hija. Sólo uno de los dos intentó rehuir el contacto—. De verdad. Si hubiese tenido más tiempo, os habría puesto sobre aviso de lo que iba a pasar, pero...

—¿Conocías el futuro?

—No, no exactamente. Una vez leí un relato en un libro, eso es todo.

—Si lo sabías, ¿por qué no nos advertiste? —estalló Atará, apartando su mano de la de Tanya como si le hubiese dado un calambrazo—. ¿Por qué dejaste morir a mi madre?

Tanya sacudió las manos con desesperación.

—¡No podía decíroslo! Creedme, las reglas que gobiernan nuestro destino son demasiado complicadas. En Sodoma, el día que cruzamos sus puertas, traté de mostrar mi verdadera naturaleza. Pero no pude, no me dejaron cambiar el rumbo de aquella guerra. Soy tan prisionera de estos acontecimientos como vosotros, y sinceramente, no sé ni siquiera qué hago aquí.

Lot mezcló otro eructo con un bufido de incredulidad.

—¿Esperas que nos creamos esa patraña, o es que ya no vienes a nosotros como heraldo? ¿Te han expulsado del Cielo, acaso, para que no conozcas ni controles de ninguna forma tu destino?

Tanya asintió. Por primera vez había escuchado una explicación del estado actual de su vida que le parecía razonable.

—¡Papá, viene alguien! —avisó Bitiá.

Todos se pusieron en guardia.

Tanya salió al exterior para descubrir a un hombre de extrema ancianidad, pero que aún era capaz de hacer reaccionar sus achacosas piernas, que caminaba por el sendero en compañía de un joven adolescente. El joven cargaba con un hacha de leñador, e iba vestido con unas ropas blancas que sugerían pureza. El cuadro resultaba tan increíble por su enorme contenido iconográfico (casi como si estuviera contemplando en vivo algún fresco de Fernando Yáñez o de Federico Zuccaro) como la ciudad que ardía al fondo, muy lejos, azotada por los meteoros y los terremotos.

Pero lo que más llamó la atención de Tanya fue el hacha.

El joven la llevaba como si no pretendiera darle un uso real, sino más bien como si fuera un elemento más de la escena. Un objeto que el anciano le había confiado sin saber muy bien por qué.

Pero aquel anciano sí que lo sabía. Tenía muy claro lo que pensaba hacer con el hacha. Y con su hijo, el joven de las ropas virginales.

—Abram —dijo Tanya. Procuró que no se pareciera a un saludo.

—Has vuelto —correspondió el anciano, mirándola a través de las nieblas de la edad y las cataratas—. ¿Qué mala nueva nos traes, ángel, tú que vaticinaste la llegada de mi hijo Isaac? ¿Traes un nuevo mensaje del Señor en este trágico día, de sangre y sufrimiento, en que todos los impuros serán castigados?

—No pongas en tu boca las palabras del Señor, viejo —advirtió Tanya. Su única posibilidad de llegar a alguna parte con aquella gente era jugar su papel de emisaria divina. De otro modo, teniendo en cuenta lo que había ocurrido en Sodoma, ni siquiera se dignarían a escuchada.

Abram tocó a su hijo en el hombro. Isaac. Que tenía esa expresión sumisa en el rostro que se le suponía en los cuadros; esa pose de cordero camino del matadero, que aún así seguía confiando contra viento y marea en su padre.

—Vivimos tiempos de gloria, en que Cielo, Tierra e Infierno se tocan. Se derraman unos en los otros indistintamente y ya no es posible saber dónde se trazan sus fronteras —salmodió el viejo—. Igual que de las cenizas de Sodoma y de las ciudades malditas renacerá una nueva civilización, quizá más pura, quizá más dispuesta a escuchar nuestras enseñanzas... del pacto de Dios con mi antepasado Noé surgirá otro nuevo. Uno que sellaremos esta noche, cuando cortemos la madera del árbol del pecado.

Se acercó a la estatua de Edith. Sus dedos probaron la textura de lo que una vez fue piel, ahora blanca sal. Parte de la estatua se quebró bajo ese contacto, y se precipitó en cascadas nórdicas hasta el suelo.

—Éste es el precio de los que se atreven a desafiar su voluntad. El que nos espera a todos si no nos sometemos.

—¡Mamá! —gritó Atará, y apartó de un empujón a Abram para que no siguiera dañando la estatua. Pero el daño era irreparable.

Una reacción en cadena, una ola de fragilidad desatada a partir de aquella pequeña herida, hizo trizas la estatua. Lo último en desaparecer fue la cara de Edith, atrapada en aquella expresión de pánico, que reventó en una nubecilla blanca.

Las chicas se arrodillaron junto al montón de sal, bañándolo con sus lágrimas. Su padre lloraba junto a ellas.

—¿Habías escuchado alguna vez algo tan triste? —preguntó Lot (y era una clarísima acusación, y algo más: una condena contra su tío).

—No —reconoció Tanya—. Pero me ha hecho apreciar aún más la vida.

Lot se encaró con su tío, colérico. Rezumaba determinación, pero era una cualidad mal enfocada; el alcohol apenas le permitía mantenerse en pie.

—¡Debí matarte cuando tuve la oportunidad! —amenazó. Su voz cargaba con una derrota implícita, la del hombre que vivía en un mundo donde ya no quedaban enemigos, sólo viejos amigos que le habían dado la espalda.

—¿Matarme? ¿Y quién os habría rescatado del campamento de los mercenarios? —se burló Abram—. ¿Quién os habría dado cobijo en su casa y protegido de los peligros del camino? Sin mí, tus hijas serían cadáveres o

rameras de Codorlaomor. No, Lot, no te confundas... —Le acarició la barba con una mano sarmentosa—. Es a este viejo a quien debes lo que eres, lo que has sido siempre. Y ahora que Dios ha castigado al hombre, y no sabemos si habrá un nuevo amanecer más allá de las cortinas de sangre y fuego... sigo siendo vuestra única posibilidad de sobrevivir.

—¿Cómo lo harás? —preguntó Lot, sufriendo cada palabra—. ¿Cómo vas a renovar el pacto entre Yahvé y los hombres?

Entonces, Abram hizo algo que le puso a Tanya los pelos de punta.

Miró primero a su hijo y después al hacha.

EL ÁNGEL SUPREMO

El Árbol de Plata estaba temblando.

Y con él, los cimientos de la realidad.

Gizeth y Mauro subían, subían, subían, siempre hacia arriba, siguiendo la línea de aquel tronco argentino del que brotaban cada vez más ramas, con hojas del tamaño de países, de continentes enteros, hojas que cobijaban millones de nidos de luz.

Y en aquellos nidos se movían cosas.

Mauro sobrevoló unos cuantos en su loca huida hacia las alturas, siempre tras la estela de Gizeth. El maestro de Séfora no habló en ningún momento; parecía absorto en unos pensamientos que habían tenido siglos y siglos para crecer y volverse tan intrincados como aquel árbol. Pensamientos en los que de vez en cuando se deslizaba un ruego, una velada impetración, que Mauro captaba como un grito acompañado de ecos.

Era en esos ecos donde veía imágenes de Séfora cuando era niña, cuando se postraba ante su cama a rezar y un ángel de la guarda llamado Gizeth bajaba a la Tierra para escuchada. A Mauro le sorprendió lo mucho que había cambiado Séfora con respecto a esa imagen, y a la vez cuánto mantenía aún de esa inocencia, de esa claridad de pensamiento y de sensaciones que sólo los niños pueden conservar.

O al menos, así era como la percibía Gizeth. Eso le gustó. Era como una declaración de amor, pero amando lo que una vez fue, lo que podría volver a ser. Y así sería... el día en que ya no necesitaran blandir espadas.

El fragor de la batalla pronto quedó lejos, aunque el resplandor rojo de la muerte aún les salpicaba las alas. Mauro procuró no fijarse en él, en lo que representaba. Prestó más atención a algunas de las hojas y los nidos que las llenaban, y vio cosas maravillosas.

Había gente dentro de ellos. Y no sólo humanos, sino seres que parecían bosquejos de otra cosa, de otro estado más avanzado. Eran líneas y ángulos de luz que prometían transformarse en una idea diferente.

Aquellos entes estaban vivos, con todas las implicaciones que tenía la vida; Mauro podía sentirlo, y también su felicidad. Cada corpúsculo de luz tenía un resplandor dorado que lo acunaba, y en ese resplandor bullían las mil vidas que podía llegar a vivir, con todas sus posibilidades: el amor, el reencuentro, la música, la paz, la reflexión, la soledad, la vida como arco argumental... Era un escaparate de todo lo bueno que tenían las mil existencias a las que cada uno podía aspirar.

Algunos de aquellos corpúsculos, de aquellas almas, querían ver catedrales. Y eso era lo que sostenían sus respectivas hojas: bosques inmensos de catedrales de un mármol tan blanco que dañaba la vista, en cuyas bóvedas cabían todas las plegarias del mundo. Otras almas querían volar libres, y Mauro sintió la intensa experiencia de esa libertad, volando altas, volando lejos, volando hacia horizontes que ellas mismas creaban al imaginarlos.

Entonces comprendió lo que era el Cielo en realidad. Y sintió una profunda paz interior.

El Cielo no era un lugar, sino un estado intermedio de las cosas, la metáfora de esa necesidad de cambio en base a la cual todos los seres habían sido creados. Al no ser un lugar (aunque él lo viera representado como un árbol, el icono perfecto para la vida y las cosas que crecen), no podía ser destruido, aunque cien espadas de fuego cayeran sobre él y lo redujeran a cenizas.

El Cielo era algo que aquellas tiernas luces llevaban por dentro, escrito en su genética de mecánicas celestes. Y siempre que alguna de ellas sobreviviera, por grande que fuera la debacle, el Cielo sobreviviría también.

Juntos, Gizeth y Mauro sobrevolaron los nidos llenos de sueños y de catedrales; proyectaron sombra encima de laberintos de almas en busca de consuelo; agitaron con el aleteo de sus alas bancos de peces que eran semillas de niños por nacer; se alzaron sobre campos cultivados de ideas y conceptos abstractos; divisaron a lo lejos los crisoles donde las espadas cazadoras de demonios convertían sentimientos puros en aleaciones metálicas. Y se impulsaron con más fuerza hacia arriba, siempre, siempre hacia arriba, muy lejos, a las casi inalcanzables fraguas de luz.

El lugar donde nacían los ángeles.

Mauro estaba agotado cuando las alcanzaron. Gizeth no parecía pasarlo mejor, pero al apoyarse contra una nervadura del gran Árbol y contemplar el paisaje, todo esfuerzo cobró sentido, y el cansancio fue sustituido por un jubiloso asombro.

Mauro no había visto nada más bello en su vida. Ni siquiera en el momento en que nació y a través de los párpados cerrados entró la primera luz, reflejada en el rostro de su madre.

Las fraguas eran telares que manejaban algo que no era luz, ni energía, sino un estado de las cosas para el cual jamás existió una palabra... y lo hilaban, lo trenzaban, lo bordaban hasta que los encajes formaban cristales parecidos a copos de nieve. Y esos cristales vibraban con una música propia, una simple nota de diapason encerrada en su alma. Y la música se volvía alma y el alma pensamiento y éste deseo, deseo de volar, de ser libre. De ser feliz. Y entonces nacía un ángel.

Pero algo estaba fallando en aquel grandioso esquema.

Las fraguas estaban rotas. No todas hilaban la pre-materia ni soñaban notas musicales. Muchas estaban fracturadas, quemadas, muertas.

Oscuras.

El cataclismo que sacudía el Árbol se cobraba sus víctimas también arriba. Una lágrima rodó por la mejilla de Mauro al ver tanta belleza consumida, tanta música desperdiciada. Abajo, insondablemente abajo, en la punta del Árbol, los ángeles seguían muriendo a miles tratando de proteger este lugar de los agresores. Pero cada muerte arrojaba un grito, y cada grito mataba uno de aquellos cristales, contrarrestando su música.

—Tenemos que detener esta matanza —dijo Mauro, en un rechinar de dientes.

Gizeth le señaló con el dedo un camino que bordeaba las fraguas, un espacio angosto entre hojas descomunales pero muy juntas. Mauro no lo habría visto entre tanto gigantismo de no estar él allí para indicárselo.

—A partir de aquí deberás seguir tú solo, Mauro. Si te acompaño, el Metatrón volverá hacia nosotros los diez ojos de su tiara, y lo sabrá todo.

—¿Diez ojos...? —tragó saliva.

Mauro sintió plenamente abierto el acceso a la hiper-net (¡la fuente tiene que estar muy cerca!), y abriéndose a ella vio imágenes que en su día debieron cautivar a los primeros profetas. Imágenes de corderos en llamas y trompetas de oro y seres monstruosos llenos de ojos que representaban el aspecto icónico de Cristo y sus siervos.

Imaginó el terror que debió sentir el apóstol Juan al imaginar las escenas del Apocalipsis, sintiéndose sepultado por las alegorías, por las escenas teatrales, por los diálogos imaginarios que se alimentaban de sentidos figurados.

Después de eso, que el Metatrón tuviera diez ojos o quince cuernos no le parecía sorprendente.

—¿Qué debo hacer? —preguntó el joven. Entendía la necesidad de separarse de su guía, pero una cosa era entender que debías vencer tus miedos y aventurarte a solas en el estrecho pasadizo de una pesadilla, y otra que encontraras la fuerza suficiente para lograrlo.

—Vuela, pequeña luz —dijo Gizeth—. Vuela hasta que la propia Fuente te sienta cerca y sea la que te guíe. Si te es permitido acercarte tanto... me temo que encontrarás todas las respuestas.

—¿Lo temes? Es justo lo que busco, que alguien me proporcione respuestas. No sé si todas, pero al menos unas pocas básicas. Estoy harto de dar palos de ciego.

Gizeth rió sin ganas.

—He dicho que hallarás sabiduría y conocimientos, pero no podrás elegir qué aprender y qué no. Y créeme, niño: hay cosas en la vida que preferirías no saber. Esos olvidos que están llenos de memorias... y memorias llenas de olvido.

—Séfora ya me advirtió que te gustaban los acertijos. Por eso le caías un poquito mal.

Esta vez la carcajada de Gizeth fue realmente sincera, y le acompañó en su caída a los niveles inferiores, mientras se alejaba planeando de Mauro.

—¿Qué es la vida sino un acertijo tramposo? —gritó desde la distancia—. ¿Y quién planteó la primera pregunta, sino alguien que sólo tenía respuestas...?

Luego desapareció.

Y Mauro estuvo solo, más que nunca antes en su vida. Perdido en aquel decorado celestial que se le antojaba demasiado grande para que ningún humano sobreviviera; demasiado incluso para un dios.

Por un momento su ánimo flaqueó, y sintió el familiar cosquilleo de la depresión. Había vivido mucho tiempo con la depresión, con el miedo a la vida, con la fobia a la esperanza. Y no quería que esas trampas volvieran a crecer a su alrededor como bosques de zarzas. Ya se había perdido una vez en sus laberintos de dolor, de espinas, de amargura... y logró encontrar la salida gracias a unos amigos que estaban muy, muy lejos, pero que seguro que

pensaban en él en ese preciso instante. Amigos como no había tenido nunca antes (aunque algunos fueran un poco capullos, y no quiso mencionar a nadie en especial), y que ahora necesitaban que hiciese algo por ellos. Aunque le costase la vida, o la existencia inmortal de su alma.

Mauro bordeó a toda prisa las fraguas, sin pensar, dejándose llevar por un impulso. Centrado únicamente en su objetivo, para que ese objetivo se convirtiera en un faro que le guiase en la noche.

Encontraría la Fuente, y le preguntaría por el paradero de la última reliquia, dónde estaba escondida, y por qué el Metatrón no había podido recuperarla para aprovecharse de su poder. Y por qué su destino y el del chico terrestre, Isaac, estaban tan unidos.

Acertijos. Acertijos en la oscuridad.

Y todos dependemos de su resolución.

Muchas habían sido las veces en que Séfora había soñado con batirse sin ninguna restricción contra sus enemigos; sombra y hielo en la danza de las espadas, un huracán de fuerzas encontradas batiéndose un metro por delante de su brazo. Dejando salir toda la rabia que ambos bandos acumulaban dentro, uno contra otro, némesis enfrentadas.

Lo que nunca imaginó era que el sueño (la pesadilla, más bien) pudiera llegar a ser real. Y que cuando lo fuera le daría tanto miedo.

Estaba en primera línea de defensa, formando parte de la muralla de alas que los demonios tendrían que traspasar para seguir avanzando. Otros ángeles cuyos nombres llevaban aparejadas leyendas luchaban codo con codo, integrándola a ella en la formación, en el esquema de la batalla. Ímalan, Ladók, Bersebaz, Lauchet... incluso la intrépida Baobeth, que había visto a Nimrod cazar en los bosques frondosos junto a la torre de Babel y participó en la invención de las primeras lenguas.

Todos parecían moverse a cámara lenta, friccionando los escudos, rozando las puntas de las alas, desatando muerte sobre el enemigo en una danza que tenía mucho de belleza pero también de crueldad.

Séfora se movía al compás de esa sinfonía de acero y luces y fuego. Sus movimientos eran precisos, elegantes, como los de una bailarina, deslizándose en cada estocada un elemento primordial que era a la vez hermoso y mortífero. Los músculos de sus brazos y piernas se tensaban y henchían como acero plateado. Breves explosiones de ceniza recibían el filo del arma cada vez que la letanía de movimientos encontraba un blanco.

Séfora lloraba.

Era un ángel de guerra, había nacido para esto antes incluso de saber que existía la vida más allá de la muerte. Pero no le gustaba lo que veía. Se estaba esforzando por talar la punta de una pirámide de demonios que bien podía extenderse hasta las honduras del Abismo. La violencia desatada tomaba sentido con cada metro que ganaban, pero lo perdía cuando nuevas filas de diablos acudían a relevar las que habían caído.

A quien fuera que comandase aquella matanza (y Séfora estaba segura que no se trataba directamente de Él) no le importaba lo más mínimo sacrificar a millones con tal de ganar una posición avanzada. Con tal de acercarse un poco más a la base del Árbol de Plata. Sus ejércitos eran prescindibles si le concedían un centímetro más de terreno.

Y eso era lo que le daba más miedo.

Ímalan cayó, y ocurrió en un momento en el que nadie hizo una pausa para mirarlo. Ni siquiera para llorar por el fin de una historia, la suya, que podría haber sido eterna. Sólo desapareció aplastado por la fuerza de diez desmodus, su carne desgarrada y las alas trituradas por la vorágine de colmillos.

Ímalan se fue en un instante de locura cósmica, y sólo Séfora pareció darse cuenta.

La batalla se volvía más salvaje...

Las canciones de las Fraguas pronto quedaron atrás. Y el paisaje se volvió más desolado, más... inhóspito, como si quedaran vastas zonas por colonizar de aquel Árbol, por explorar incluso, y Mauro se estuviera internando por primera vez en ellas.

Allí no había ángeles, ni almas en nidos, ni ninguna señal de vida o de trabajo energético.

Sólo espacio virgen, hojas vacías. Silencio cósmico.

Mauro empezó a inquietarse de veras.

Volar a través de aquellos gigantes espacios entre hojas llevaba su tiempo. Mauro no sabía a qué velocidad estaba avanzando (¿se podía calcular la velocidad a la que volaban los ángeles, o era un concepto relativo?), pero le llevó una eternidad dejar atrás las hojas que circundaban las Fraguas y pasar a otro nivel. Y sólo entonces supo que no había nadie más allí. Ni humano, ni celestial. Lo supo con toda certeza.

Y a lo que vino después no se le pudo llamar inquietud.

Era miedo. Miedo en estado puro.

«Venga, ¿cómo puedo tener miedo de algo si estoy en el Cielo?», pensó, tratando de calmarse. Pero por algún motivo, aquel razonamiento no le tranquilizó lo más mínimo.

En algún lugar sobre su diminuta cabeza estaba sentado el ángel supremo, el Metatrón. Mauro sentía su presencia.

Mientras volaba, el joven se preguntó por qué sería tan poderoso aquel ser. Por qué era el único, según algunas leyendas, que podía sentarse en el gran trono en el centro del Paraíso además de Yahvé, mientras que el resto de criaturas (incluyendo los Arcángeles) debían permanecer en pie, adorándoles.

Se preguntó si ése no habría sido el destino originalmente reservado a Lucifer, antes de la rebelión. Si no se hubiese alzado en armas contra su Creador, ¿le habría tocado ocupar aquel asiento, a su diestra, compartiendo la dicha de gobernar el universo?

Y si era cierto... ¿por qué Lucifer había preferido aquel ataque a la desesperada, aquel loco intento por destruir la estructura misma de las cosas? ¿Un ser tan perfecto no aceptaba ocupar un segundo puesto, sino que prefería gobernar en el corazón de la oscuridad a arrodillarse en el paraíso de la luz?

Seguro que no habría respuesta para tales preguntas. Gizeth tenía razón al sugerir que la sabiduría no consistía en saberlo todo, sino en saber qué debías ignorar. Algunos secretos hacían tanto daño que ni siquiera transcurridos eones permitían que se cerrasen las heridas.

En aquel mismo instante no estarían muriendo legiones de ángeles ni turbas de demonios si ese principio tan elemental no fuera cierto.

Estaba a punto de rebasar la siguiente hoja, interminable, infinitamente virgen. Preparada para albergar nuevos misterios. Mauro se estremeció al pensar en qué le aguardaría cuando se asomara a aquella vastedad, al espacio inabarcable que habría tras la rama más alta. Qué nueva maravilla le aguardaría, y si un simple querubín no sería consumido por la locura al contemplada.

Entonces creyó ver algo. A lo lejos, muy por encima de él. Una forma del tamaño de un mundo difuminada en la niebla de la distancia.

Era un pie.

Mauro se detuvo, flotando mansamente al borde de la hoja. Contempló aquel pie. Y creyó divisar el borde de un sillar, una construcción descomunal cuya sombra podría haber abarcado todo el Sistema Solar.

Un trono.

Mauro se tapó la cara. No quería seguir mirando; no estaba preparado para tamaña colosalidad, para los significados épicos y ancestrales que encerraba aquel lugar.

El Metatrón estaba allí sentado. Impasible. Ciclópeo. Sobre el pie que Mauro divisaba habría una túnica, y sobre ésta un cetro, y mucho más allá, tan lejos como podían estarlo las estrellas, una cabeza con una tiara sobre la que brillaban diez ojos.

Ojos monstruosos, crueles, distantes... el ojo de Dios dividido en un decálogo de partes, de principios, de leyes, y sostenido por la cabeza de su mayor siervo.

El pobre Juan casi se había vuelto loco al soñar con aquellas maravillas cuando escribió su terrible libro, el Apocalipsis. El legado de la locura divina. Pero lo que aquel humilde cronista vio no era ni una milésima parte de horrendo que lo que se levantaba en la cúspide del Árbol.

Mauro se retorció de dolor, y allí habría muerto, sucumbiendo bajo la presión de la majestad de las visiones, bajo el aura de conocimiento prohibido y de horror cósmico...

De no ser porque escuchó la voz.

Que le llamaba, por su nombre.

Ríos de sangre corrían por su pecho allá donde se había clavado las uñas tratando de sacarse su propio corazón. Las gotas caían sobre una hoja, pero se dio cuenta de que no era la gargantuesca hoja que le había llevado tanto tiempo sobrevolar, sino otra muchísimo más pequeña.

Un escalón.

En una escalera de peldaños de plata que se perdía en la distancia. Una escalera que no era sostenida por nada, ni columnas, ni muros, ni sogas. Sólo escalones perdiéndose en la niebla.

Mauro encogió las alas, que le dolían de tanto volar, y empezó a ascender por aquel camino. Cada peldaño le llevaba un metro más cerca del Metatrón, pero no le importaba. Aquella voz que reverberaba en su pecho... lo reconfortaba. Era un santuario en la tormenta. Tenía que llegar hasta su origen.

Algo en el interior de aquel pecho que hacía unos segundos había tratado de desgarrar le decía que entonces, y sólo entonces, hallaría las ansiadas respuestas que estaba buscando.

—¡Tenemos que replegarnos! —ordenó uno de los comandantes de campo. Séfora creía recordar su nombre, pero no estaba segura. ¿Esaú?

La masa de demonios estaba demasiado cerca del extremo inferior del Árbol. Ya era completamente imposible alejados de allí (podían impedir que avanzaran más, pero no hacerlos retroceder), y fue entonces cuando se dieron cuenta de que la batalla estaba perdida.

Séfora trató de aislar su mente, de separar aunque fuese un minúsculo fragmento de conciencia de lo que estaban haciendo sus manos. Estaba cubierta de restos de diablos muertos, una doble piel de fuego y ceniza que sólo dejaba al descubierto los carbones encendidos de sus ojos. Y su espada reclamaba más.

Vencían a pequeña escala, en combates individuales. Pero a nivel global no tenían fuerza suficiente para repeler aquello. Volar cerca de la Tierra no sólo le servía para comprender mejor a los humanos y adquirir sus vicios (por lo más sagrado, cómo echaba de menos un cigarrillo), sino también para dejarse contaminar por su pensamiento pragmático. Era muy difícil ser pragmático en el Cielo, un lugar concebido para hacer realidad los deseos... pero una si se alejaba lo suficiente, si se asilaba mentalmente de la situación, ésta cada vez estaba más clara.

Iban a perder.

El enemigo era demasiado numeroso. Y al no tener cerca al Creador para nivelar la balanza (ésa era la verdadera razón por la que estaban perdiendo la batalla), de nada serviría su pericia en el combate.

La pirámide de demonios pronto adquiriría conciencia de sí misma, como si fuera un único organismo global, y les golpearía con su puño maléfico. Aplastándolos.

El Árbol de Plata caería. Y también las Fraguas de Luz. Y ya no quedaría lugar en el universo donde esconderse.

«Oh, Nínive, por qué te fuiste», pensó, el corazón en un puño. «Por qué me has dejado sola. Te necesito más que nunca».

—¡Retiraos! —ordenó Séfora, comprendiendo que era la única salida posible—. ¡Cubríos detrás de las hojas inferiores!

—¡No! —exclamó Esaú, volando hacia ella—. ¿Estás loca? Eso sería como regalarles la entrada al Árbol, a sus ramas, al...

—Eso ya lo han conseguido —cortó Séfora, señalando los campos dorados que se perdían en la distancia—. Han entrado por otros lugares. Los he visto.

—¿Por dónde...?

—Da igual. Nos están rodeando, y si no retrocedemos ahora —insistió, pequeñas gotas de sudor abriéndose paso como ríos de lava entre la ceniza que le cubría el rostro—, no podremos hacerlo nunca.

Esauí, antes de ser guerrero, había sido ángel de la curación. Y había estado en contacto cercano con la Fuente. Ella le había enseñado a pensar, a meditar con serenidad sobre los problemas más acuciantes. Por eso, cuando Séfora le dio la opción, una parte de él se escudó tras frases grandilocuentes y cantos guerreros, de esperanza, de triunfos. Pero otra parte... esa otra parte barajó las posibilidades, examinó fríamente el resultado y supo que ella tenía razón.

Una cosa era usar la valentía como combustible para obtener una victoria, y otra dejar que les cegara hasta convertirse en un problema.

Es mejor vivir para luchar otro día, le dijo esa parte racional. Si pierdes, rinde la espada; nada de últimas cargas desesperadas, nada de fútiles resistencias finales.

Ya habían perdido el Árbol. Sólo que aún no se habían dado cuenta.

—Está bien, retrocederemos hasta las ramas superiores —dijo con una increíble angustia en la voz, como si supiera que algo así no había ocurrido jamás en la historia del Cielo, y que él tenía parte de la culpa, al no poder contrarrestarlo—. Luego nos reuniremos los que quedemos en pie para idear una estrategia.

Séfora plegó las alas.

—Me parece bien. Yo...

Miró al horizonte, a la llanura dorada.

A un lugar del que nunca les había hablado a sus chicos, pero que todos los habitantes del Cielo y del Infierno sabían que existía. Un lugar donde no llegaba la sombra del Árbol.

Allá donde fue el Verbo, donde tras la primera orden todo comenzó, al principio del torbellino de los tiempos.

En ese sacro lugar estaba sucediendo algo.

La escalera parecía no tener fin. Pero tampoco el Árbol parecía algo finito, y sin embargo, la atalaya desde donde el Metatrón contemplaba el universo se asemejaba mucho a un punto sin retorno. Un lugar que no podías sobrepasar ni volver de él una vez lo alcanzabas. Los pies de Mauro no provocaban sonido al pisar los escalones. Tampoco los sentía como si fueran algo real, sólido, que estuviese pisando. Eran más bien un grupo de fronteras, de lugares

donde podía apoyarse porque el Cielo acababa allí, en una línea rayana en la nada con forma de escalera. Por eso Mauro podía ascender por ella. Por eso sabía que tarde o temprano iba a terminar conduciéndole a un lugar importante.

Y la voz seguía llamándole, cada vez más fuerte.

Lo curioso era que Mauro conocía aquella voz. La había oído antes, pero no recordaba dónde. Parecía de mujer, y no precisamente joven, pero...

La siguiente vez que sonó la voz vino acompañada por ideas. Conceptos. Imágenes.

Mauro se frotó las sienes. Sí, era como le habían prometido Gizeth y Séfora: la Fuente sabía que él estaba allí. Lo sabía todo, o no sería lo que él esperaba que fuera. Y se comunicaba irradiando sabiduría, conocimientos... hechos.

Hechos como que Mauro estaba a punto de acceder a un lugar prohibido, vedado hasta para los ángeles de alto rango.

Hechos como que la Fuente le esperaba. Llevaba esperándolo mucho tiempo, a pesar de esa prohibición.

Hechos como que ya nada sería igual para él si seguía avanzando y cumplía con aquella misión que le había encomendado Tanya.

Mauro sabía que era peligroso, por supuesto (¿o se lo estaba diciendo en ese momento la Fuente, expandiendo su conciencia con una llovizna de recuerdos?). Pero, a pesar de todos los peligros que tuviera que afrontar, no habría nada en el mundo capaz de disuadirle. No mientras la vida de sus amigos dependiera de ello.

Subió más escalones, jadeando, sintiendo que se le iban las fuerzas. Sabiendo que no sería capaz de seguir caminando, y mucho menos de volar hasta allí arriba... hasta que vio la luz.

Era un tapiz dorado plegado sobre sí mismo, formando una especie de huevo de Fabergé especialmente ingenioso. La escalera se introducía en aquel tapiz grandioso y no salía por el otro lado.

Mauro apretó los puños. Una vibración lejana sacudió la escalera, provocando una vibración sorda. Era como sentir que el Cielo mismo mutaba igual que un laberinto cambiando espontáneamente de configuración. Cuando el joven miró atrás, para ver qué había provocado el seísmo en la realidad...

Casi se desmayó del susto.

El Metatrón se había movido.

En aquella silueta llena de distancias, de horizontes, de nebulosas perdidas en el infinito, algo se había movido. Era un gesto muy humano, en realidad,

como si el cuerpo entero se estuviese doblando hacia delante y las piernas hubieran comenzado a separarse, provocando olas en aquella túnica de mármol que eran océanos en movimiento.

El ángel se estaba poniendo en pie.

Mauro se giró hacia el huevo de Fabergé y sacó fuerzas del mismo terror para seguir subiendo. Le quedaban muy pocos escalones. El miedo le apretaba el pecho con una garra fría, de dedos húmedos. Era como una losa que hacía presión sobre sus hombros, añadiendo su fuerza a la de la gravedad. Como si el Cielo quisiera tirar de Mauro en sentido contrario, hacia abajo, para que no violara aquel santuario prohibido.

Pero haría falta más que eso para evitar que entrase allí.

Mauro se negó a mirar al Metatrón para que su figura titánica no arruinase para siempre su cordura. Por eso, cuando se lanzó de cabeza dentro de la Fuente, no vio cómo el coloso alzaba un brazo y apuntaba con un dedo tan viejo como el tiempo hacia un lugar. No vio cómo sus diez ojos que destellaban como supernovas se clavaban en el mismo punto.

Ese punto no estaba bajo él, al pie del Árbol. No era ni el Cielo ni el Infierno.

Tampoco era ninguno de los mundos de la Creación.

Era el lugar donde todo, absolutamente todo, empezó. Y donde por primera vez en incontables eones estaba volviendo a ocurrir algo.

LEVIATÁN

Llegó un momento en que parecía que la escalera que conducía al fondo del pozo de mártires no se iba a acabar nunca. Que continuarían descendiendo peldaños y peldaños hasta perder la cuenta de los metros (o kilómetros) que llevaban recorridos. Pero justo cuando Isaac y Erik empezaban a ser fustigados por ese pensamiento...

Sus pies tocaron el fondo.

Los últimos escalones estaban rotos, y había grietas profundas en las paredes, como si un seísmo de poca intensidad hubiera sacudido los cimientos de Venecia.

—¿Por qué Yahvé iba a convocar a esta criatura? —preguntó Erik. Era una cuestión que llevaba batallando en su cabeza desde hacía un rato, pero el silencio que reinaba allá abajo era tan sobrecogedor que parecía un sacrilegio hasta respirar—. Es decir... ¿qué iba a sacar Él de esto? ¿La destrucción de la Tierra? Eso ya piensa hacerlo el Metatrón, no hay encima que proponerle planes alternativos.

Abaddón tanteó el suelo con los pies. Era arcilloso, húmedo, como si estuviera saturado por las lágrimas de mil mártires que se habían inmolado sobre sus cabezas.

—Eso nadie puede saberlo —dijo el demonio, respirando con dificultad. Parecía estar sufriendo los efectos de un aura nociva, la misma que había destruido a los glabrezus y lamaazus que adelantó como exploradores. Erik no notaba nada, pero tampoco estaba seguro de que fuera buena señal.

Isaac permanecía detrás, encaramado a los últimos escalones. Barría una y otra vez con la mirada aquella oscuridad, donde sólo la luz que proyectaba la espada de Erik hacía de faro.

—Sólo puedo aventurar una explicación —prosiguió Abaddón, acariciando las paredes, probando el tacto de aquellas piedras milenarias. El

fondo del pozo era mucho, mucho más antiguo que todo lo que habían construido los humanos encima—. Pero hasta yo tengo ganas de rezar al Creador porque no sea cierta.

—¿De qué se trata?

Abaddón hizo un gesto muy humano, que no casaba para nada con su traje de piel cosida, y lo volvía si cabe más tétrico. Cogió la mata de pelo de su cabeza como si fuera un apósito y la echó hacia un lado.

—Creo que Yahvé está tratando de poner en marcha fuerzas muy anteriores a nosotros, a ángeles y demonios, para conseguir algo. Desatar un poder tan antiguo como la Creación, para que ninguna criatura posterior pueda beneficiarse de él.

Erik arrugó la frente.

—No lo entiendo.

—Las criaturas celestiales, y en consecuencia nosotros también, son destellos de poder divino que han adquirido conciencia de sí mismos. Cada vez que Él da una orden, o usa Su poder para hacer algo, nuevos ángeles nacen y nuevas almas caen en la espiral de tentaciones que lleva al Infierno. Todo lo que existe está relacionado con sus actos, pues no hay nada fuera de Él, ni lejano a su influencia.

Isaac se atrevió a saltar los últimos escalones, pero en cuanto sus pies tocaron el suelo se arrepintió. Era la misma sensación que estar caminando por una piel húmeda que escondía un latido casi imperceptible debajo. Una respiración.

—Quiero irme de aquí —suplicó, sin esperanzas de que ninguno de los dos le hiciera caso.

Pero Abaddón le miró de soslayo, y sonrió.

—Te irás, niño, dentro de poco te irás —dijo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Erik.

—El libro negro ha sido abierto sobre su piel, y me ha contado cosas sobre el futuro. Es curioso: un poder así sólo lo adquiriría siendo abierto sobre el cuerpo lacerado de un mártir santo, de un apóstol o un Arcángel caído en desgracia...

Isaac se ocultó detrás de Erik. No había mucho espacio para moverse allá abajo, pero prefería estar a ese lado de la espada brillante.

—¿Elegido para qué?

—Yahvé despertará a la Bestia de su largo sueño para que medre una vez más, alimentándose de carne, en vuestro mundo —vaticinó el demonio, con un siseo glacial—. Permitirá que more a sus anchas y que siembre el terror

como una vez hizo, y ya nada podrá detenerla, pues sólo Dios tiene potestad para aplastarla con su pie y devolverla al mundo de tinieblas.

—Si Yahvé está conspirando tanto contra ángeles como contra demonios —pensó Erik—, entonces tenemos un enemigo común. Un ser que está por encima de nuestras estúpidas rencillas.

—¿Para qué me han elegido? —preguntó Isaac, encrespado. Estaba harto de que todo transcurriera a su alrededor como si él no pintara nada. Como si la historia dependiese de él para llegar a buen puerto pero le ignorase continuamente hasta que llegara su momento de intervenir. Estaba furioso—. ¡Decídmelo de una vez, malditos seáis los dos!

Erik y Abaddón le miraron durante un segundo. Después continuaron ignorándole.

—Esto es lo que te propongo —resumió Abaddón—: Sea lo que sea lo que trama Yahvé, seguro que es algo en contra de todos, tanto seres de luz como de oscuridad. Ayúdame a destruir la torre del Metatrón para que no pueda reclamar más almas para su ejército, y estaré a tu lado cuando la bestia despierte. Sea para bien o para mal.

—No está mal el trato, pero no estoy seguro de que sea justo. ¿Quién te dice que los míos ganan con eso?

—¿Quieres salvar las vidas de la especie humana o no? —le cortó Abaddón.

Erik no tenía argumento para eso. Así que respondió con otra pregunta:

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que la bestia abra ese ojo?

En ese preciso instante, el suelo empezó a temblar.

Había unas rutas en Venecia que los gondoleros preferían evitar, no sólo por el alto número de alimañas que hacían sus rondas buscando cualquier desperdicio que se les hubiera caído a los turistas, sino porque a las barcas les costaba girar por ciertas esquinas. Hasta para un gondolero experto era difícil mover su barcaza de siete metros por aquellos callejones estrechos, corriendo el peligro de que se quedara atascada con sus ocho pasajeros hechos una furia porque aquello no se parecía en nada a la velada romántica por la que habían pagado.

Pero aún así, esas rutas estrechas se seguían usando cuando la densidad de barcas en Rialto y los canales principales era demasiado elevada. Los gondoleros hacían de tripas corazón y daban lo mejor de sí, esperando que el atractivo de los bastidores de Venecia bastase para mantener intactos su fama

y sus precios. Fue en uno de estos atajos donde alguien observó por primera vez una señal del desastre.

Era un gondolero llamado Lorenzo, que había venido a la ciudad como visitante, igual que tantos otros, cuando era un niño. Allí creció y aprendió no sólo a llevar barcas por las cambiantes sendas de agua, sino también a cantar, y con su voz (que usaba cuando la ronda de turistas pagaba el suplemento) espantaba los malos pensamientos, glorificaba el amor y la esperanza en los corazones, y demostraba que al menos uno de los tópicos que se contaban sobre la ciudad de los canales era cierto.

Pero aquel día Lorenzo dejó huérfana la tercera estrofa del aria de *Pompeo*, de Scarlatti, justo cuando estaba forzando la garganta para alcanzar el tono sublime que brindaría a su protagonista una pausa lírica, un paréntesis en la acción que le serviría para reflexionar sobre algún aspecto clave de la naturaleza humana.

Lorenzo estaba a punto de alcanzar el tono cuando sus ojos se posaron en algo, unos velos de polvo que caían de grietas en la casa que tenían delante. La fachada se estaba agrietando a ojos vista, llenándose de fisuras de las que lloraban cendales de polvo. Las grietas treparon hasta las ventanas, rompieron los cristales y se hicieron más anchas.

Los inmuebles que formaban las estrechas paredes del canal se estaban viniendo abajo.

Lo primero que hizo Lorenzo fue clavar el remo en la pared, deteniendo la barca. Los turistas se dieron cuenta de lo que pasaba y hablaron entre ellos en media docena de idiomas. Lorenzo miró al lugar donde el nivel del agua cortaba las fachadas (y que cada año subía unos cuantos milímetros), y vio ondas: el agua rielaba, como si los edificios estuvieran temblando y el canal temblase con ellos.

Era un maremoto, sólo que a pequeña escala.

Lorenzo hizo un último esfuerzo por recordar la estrofa que se le había escapado del aria, y no supo por qué, ya que en esas circunstancias cualquier otro habría dejado atrás la barca y se habría tirado al agua, para salir nadando de allí antes de que los edificios se desplomaran. Pero él no. De alguna manera supo que iba a morir, y lo único en lo que pensó antes que los edificios se le cayeran encima fue en la impactante belleza de aquella ópera, que siempre había soñado con interpretar en un teatro distinto al de los canales.

Cuando la casa se derrumbó, el estruendo de los cascotes cayendo al agua asemejó el aplauso de un público enfervorecido.

Relampagueantes hipotenusas de polvo aparecieron por las fachadas de las casas que integraban el Sestiere di San Polo, en el segundo meandro del Gran Canal, para extenderse desde ahí al Castello, caer con velocidad hacia el sur para sacudir la fachada del Palazzo Grassi, y dar un giro radical por Dorsoduro hasta tocar con sus quebradizos dedos la Dogana di Mare. Venecia entera se estaba agrietando.

La gente veía aparecer las profundas fisuras en los edificios y se echaba las manos a la cabeza. Contemplaban incrédulos cómo aparecían esas líneas de edad en palacios y catedrales, como si el tiempo se hubiese cansado de esperar y estuviese reclamándole a Venecia lo que los hombres se empeñaban en ocultar con maquillajes.

Pronto empezaron los gritos, al tiempo que se derrumbaban los primeros edificios.

Nadie vio salir aquellas figuras aladas de un edificio próximo a Rialto, ni las vio planear sobre el puente de los artistas. Una de ellas era un ángel, y cargaba en sus brazos con un chaval árabe aterrorizado. La otra era una mujer prehistórica que batía unas impresionantes y oscuras alas de murciélago.

—Déjame adivinar: esto es malo, ¿no? —preguntó Erik, observando cómo el edificio en cuyos sótanos se ocultaba el pozo de mártires se deshacía en una nube de cascotes. Alfilerazos de espuma picotearon el canal mientras las góndolas hacían lo que podían por apartarse.

—¡Está despertando! —exclamó Abaddón, apretando los puños con fuerza. Erik no sabía a cual de las infinitas categorías del Infierno pertenecía, pero lo cierto era que aún no había convocado ningún arma para defenderse. A estas alturas, un desmodu ya haría tiempo que tendría en las manos su espada-cicatriz.

—Quiero volver a Dubai... —sollozó Isaac, abrazándose al ángel.

—Abaddón, quiero tu promesa de que no intentarás nada raro mientras estemos luchando contra esa cosa —dijo Erik—. Si es que la palabra de un engendro como tú vale algo.

—En mi mundo también existen las leyes, ángel —contestó el demonio—. Si no, los pactos con el Señor del Infierno no tendrían ninguna validez. Si te he dado mi palabra de que te ayudaré en lo que pueda para que los dos sobrevivamos, es lo que haré.

—Más te vale.

—¡Por ahí asoma, míralo! ¡Dios mío! —gritó Isaac, señalando el Gran Canal.

A vista de pájaro, la zona de la ciudad que se estaba volviendo quebradiza asemejaba una larga serpiente de varios kilómetros de longitud; una sombra de polvo que trazaba su camino por toda la urbe demoliendo barrios y partiendo canales enteros. Era como si algo que yaciera oculto bajo la ciudad (algo grande) se estuviera desperezando tras un sueño de muchos milenios y hubiera decidido salir para estirar los músculos. Pero para eso tenía que destrozarse todo lo que el hombre había construido sobre su espalda.

Erik contempló, consternado, cómo el ser se abría paso hasta la superficie sacudiéndose de encima las casas. A la altura del afamado Teatro la Fenice hubo una tremenda explosión y algo asomó entre los escombros, una forma triangular de gran tamaño y de un turquesa brillante, aceitoso. Líneas de fuerza tectónica se rasgaron por el suelo de las calles en un kilómetro a la redonda, y el agua de los canales invadió violentamente las zonas secas, mezclando barcas y coches en un maremagno sin sentido.

La gente corría y aullaba. Algunos corrieron directamente hacia las iglesias, pensando que allí encontrarían la respuesta «si ellos supieran...» pensó Erik, afligido. Otros trataron de ponerse a salvo corriendo hacia los barrios donde no alcanzaban los terremotos, pero no todos consiguieron llegar. Las explicaciones más surrealistas corrían de boca en boca como fuego en la maleza, a una velocidad similar a la del miedo: desde atentados terroristas hasta desastres naturales, pasando por teorías sobre el desgaste de los cimientos de Venecia, las personas intentaban encontrarle desesperadamente un sentido a aquella locura.

Pero aquellos que vieron la forma triangular, indudablemente orgánica, alzarse de los restos del Teatro la Fenice y moverse con voluntad propia, fueron los que más se aproximaron en sus elucubraciones a la verdad.

—Que Dios nos proteja —murmuró Isaac.

—Llegas un poco tarde para eso —gruñó Erik, y tomó altura. Quería verlo desde arriba, hacerse una idea de su tamaño.

Entonces se dio cuenta de qué era en realidad aquel triángulo aceitoso.

Era una especie de aleta. Y medía lo mismo que la Estatua de la Libertad.

Pero sólo era una aleta dorsal, como la de los tiburones, no el monstruo completo.

—Creo... creo que vamos a necesitar ayuda del ejército —tembló Isaac—. De muchos ejércitos.

El sonido que provocó el barrio entero del Sestiere di Castello al alzarse y sacudirse como una alfombra vieja semejó un bramido lejano, submarino, un chillido aletargado bajo las frecuencias graves de la destrucción masiva.

Toda una zona de Venecia se levantó, sufrió una convulsión como de una onda y se partió en mil pedazos. El humo de los incendios apenas dejaba ver nada, pero de vez en cuando surgía de la hecatombe una forma corcovada, un lomo verdoso y húmedo, seguido por otro unos cientos de metros más allá, como si estuvieran viendo un sistema montañoso que, preso de la rabia, se sacudiera como una serpiente.

—Cristo —musitó Erik—. Este enemigo los supera a todos. ¿Qué coño vamos a hacer contra esa cosa?

—Morir —dijo Abaddón, que también parecía haberse dado cuenta de lo fútil de sus esperanzas.

Una joroba tatuada de escamas levantó en peso los puentes del sur, que se convirtieron en polvo y cayeron sobre los barcos. Erik miraba todos los puntos de la ciudad donde aparecían aquellas jorobas, y trataba de hacerse una idea del tamaño real del Leviatán. Pero no podía. Su mente estaba bloqueada por el miedo, un miedo que no había sentido ni siquiera cuando descendió al Abismo para reclamar el espíritu de Ta'ahm.

Quizá fuera el hecho de ver al monstruo integrado en un paisaje tan terrestre, tan de su mundo, lo que permitía hacerse una idea clara de su tamaño, de su enormidad. Del peligro que representaba para los mortales.

Si Leviatán despertaba, no habría nada en la Tierra que pudiera combatirlo. Sería el nuevo líder del planeta, una especie dominante de un solo individuo. Y Erik dudaba seriamente que el mayor arsenal del que disponían los hombres en la era actual, con sus bombas atómicas y de hidrógeno, sus misiles balísticos y sus armas de destrucción masiva, fuera a hacer la menor mella en la piel de aquel titán.

—¿Q... qué vamos a hacer? —tartamudeó Isaac.

Erik lo miró a los ojos, y por primera vez sintió verdadera lástima de aquel muchacho, al que él había arrancado de una vida absolutamente normal (salvándole el pellejo en el proceso) para meterlo de lleno en una pesadilla de seres mitológicos, torturas y muerte. ¿Pero cuál habría sido la alternativa? ¿Dejarle para que se estrellase en aquel avión, junto al cadáver de su tío? ¿Haberle puesto a salvo sin contarle nada, haciendo que todo pareciera un sueño y que el chico despertara al día siguiente prometiéndose no volver a tomar alcohol?

En unas décimas de segundo, por la mente de Erik pasaron las imágenes de lo que podría haber sido la vida de Isaac si él hubiese obrado así, con más sutileza que determinación. Sí, habría disfrutado de una vida tranquila, al menos durante un tiempo. Su familia se lo habría traído de vuelta a Dubai

para asistir al funeral del tío Saffed. Isaac habría derramado lágrimas y arrojado quizás una flor a la tumba de su tío, mientras se preguntaba, en lo más profundo de su corazón, si aquellas extrañas escenas que su mente se empeñaba en recordar (un ángel, un avión estrellándose, batallas de espadas y colmillos en cielos cuajados de relámpagos), no habrían sido reales. Si de verdad existió aquel muchacho engreído de la espada luminosa que lo sacó en volandas por el agujero del fuselaje.

Sí, Isaac habría dormido tranquilo, bien arropado en su maravillosa vida de niño rico... al menos durante unas semanas. Hasta que un día encendiera la televisión y viese las increíbles imágenes que llenaban la cabecera de los informativos. Imágenes que mostraban a una especie de serpiente marina gigante arrasando Venecia, y que podrían ser publicidad solapada de la nueva película de Peter Jackson.

En ese momento, la ilusión de tranquilidad de Isaac se rompería como un cristal de bohemia lanzado contra un jardín de piedras. ¿Se habría ahorrado mucho sufrimiento? Claro que sí. No le habrían torturado los demonios, ni habrían usado su cuerpo como soporte para abrir las páginas del libro más blasfemo que jamás existió.

Pero también habría perdido cosas. La oportunidad de entenderlo todo, por ejemplo. De comprender en toda su dimensión celestial qué era lo que estaba pasando, y por qué. Si le hubieran preguntado a él, si le hubieran puesto en el lugar del muchacho, Erik sabía que su decisión sería siempre saber, no ser un ignorante.

Que le dieran la oportunidad de morir luchando, en lugar de aplastado como un microbio por fuerzas que ni entendía ni podía controlar.

Erik descendió en vuelo rasante hasta los tejados de la parte de la ciudad más alejada del monstruo, y depositó a Isaac sobre uno de ellos.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó el chico.

Erik sonrió.

—Aquello para lo que he nacido.

—No me vengas con frases hechas de películas. Nadie nace para suicidarse.

—Tampoco para estar de brazos cruzados mientras los dioses juegan impunemente con nuestro destino. Si se puede hacer algo para salvar unas cuantas vidas, lo haremos.

Isaac permaneció en silencio unos segundos, observando la destrucción. Luego estrechó la mano de Erik.

—Que sepas que eres el mayor idiota que he conocido nunca —le dijo—. Y te lo dice alguien que se ha considerado a sí mismo un imbécil durante mucho tiempo.

—Gracias, Isaac. Espero no estar haciendo una idiotez ahora.

—Por supuesto que la haces. La peor y más estúpida de toda tu vida. Pero me alegro de que tengas agallas para intentado. —Su mirada reflejaba una sincera y genuina admiración—. Yo no sería capaz.

—Claro que sí. Todos somos héroes cuando nos toca. El mundo no está hecho para los cobardes.

—¿Eso también lo has sacado de una película?

—Sí.

—¿De cuál?

—¡De la película de mi vida! —gritó mientras batía las alas.

Erik se elevó, llegando hasta donde aguardaba Abaddón. Su traje de mujer estaba más tirante que nunca, casi como un globo hinchado con demasiado aire. Sea lo que fuere lo que guardaba en el interior, estaba loco por salir. Pero algo se lo impedía.

—¿Algún plan? —preguntó Erik, haciendo un molinete con la espada.

—Ninguno. Y dudo que lanzarnos de frente contra él surta el menor efecto.

—Podríamos dejarlo en manos de los hombres. Mira, ya están dando el primer paso —señaló Erik, apuntando con la barbilla hacia el cielo.

Un grupo en formación triangular de bombarderos italianos y *eurofighters* alcanzaba en ese momento la vertical de la ciudad. Unos diminutos puntitos negros se desprendieron de sus siluetas, cayendo casi a cámara lenta hacia el suelo.

Erik se tapó los ojos cuando el resplandor de las bombas formó un rosario de luz, enhebrando con fuego el centro de Venecia. Docenas de árboles de llamas y humo florecieron por doquier, golpeando al Leviatán en múltiples segmentos de su cuerpo reptiliano. Las esferas de las ondas expansivas arrasaron áreas enteras de los grandes canales, envolviendo las casas en mortajas de llamas.

Pero el monstruo ni siquiera lo notó. No hubo nada en su actitud, en sus fluidos movimientos de serpiente, que denotase el menor daño. Tal vez ni siquiera sabía que las hormigas que huían despavoridas a su alrededor eran seres pensantes que estaban tratando de devolver el daño recibido. Puede que ni siquiera tuviera mente.

—Las armas convencionales no sirven —gruñó Erik—. Puede que las místicas sí. —Miró su espada. Qué débil y microscópica parecía en comparación con el tamaño de aquello—. ¿Tendrá algún punto débil más manejable, como la Estrella de la Muerte?

—Ningún astro simboliza la muerte en el firmamento —dijo Abaddón—. ¿A qué estrella te refieres?

—Olvídalo. Maldita sea —protestó, sintiéndose completamente indefenso—. Si tan sólo tuviéramos un arma acorde con el tamaño de...

Enmudeció.

Sus ojos se abrieron paulatinamente, a medida que una loca y disparatada idea cuajaba en su cabeza.

No, era imposible. Una locura suicida.

A menos que... que Abaddón hiciera aquello... y que luego él...

—¿Qué estás tramando? —preguntó el demonio.

Una débil sonrisa separó los labios del muchacho.

—Abaddón... ¿hacéis carreras de velocidad en el Infierno? Es decir... ¿alguna vez te ha dado por averiguar a qué velocidad máxima eres capaz de volar?

El demonio le miró, con la incredulidad estampada en la cara.

LA PUERTA AL JARDÍN DEL BIEN Y DEL MAL

Hay sonidos que aprendemos a temer sin haberlos escuchado nunca.

Para Tanya, uno de estos sonidos fue el del hacha de Isaac abriéndose paso por la madera de aquel árbol viejo, de una madera tan antigua que casi se había petrificado. Pero el hierro pudo con ella, y poco a poco, tajo tras tajo, una buena parte del árbol cayó troceado.

Abram lo había llamado «el árbol del pecado». Tanya no dudó en consultar su fuente especial de sabiduría para obtener más datos sobre él...

Y lo que aprendió la dejó aún más petrificada que la madera.

Abram no había tenido que caminar mucho para encontrar aquel fósil vegetal; era una de las encinas plantadas en el jardín de atrás de su casa, una planta que sólo destacaba por su fealdad en medio de tanta belleza. Probablemente, muchos huéspedes de la casa de Taré se habrían hecho la misma pregunta al contemplar el encinar: Por qué el dueño de la finca no talaba aquella ruina, aquel cadáver que no hacía más que ensuciar a los ejemplares altos y robustos que tenía al lado. Por qué no acababa con la fealdad como lo estaba haciendo ahora, con un tajo de hacha.

Cuando Tanya comprendió los motivos, supo también que aquel árbol retorcido y muerto era la posesión más valiosa no sólo de la colina y las tierras de Abram, sino posiblemente de todo el mundo antiguo.

Era uno de los árboles que habían crecido en Gan. El jardín el Edén. El árbol que creció de las semillas depositadas en la boca del cadáver de Adán por su hijo Set.

Abram le ordenó a su hijo que talase el árbol y reuniese la leña en un hato. Luego depositó el hacha con cuidado en el suelo, dejándola justo donde terminó con su cometido, y le pidió a su hijo que cargase con la leña hasta lo más alto de la colina.

Isaac seguía con aquella expresión bovina, como si lo viera todo a través del sueño de otra persona y no como algo que realmente le ocurriera a él.

Tanya conocía la leyenda. Sabía perfectamente a dónde estaba llevando Abram a su hijo.

Isaac cargaba como un mulo la madera con la que construiría un altar. El mismo altar en el que su padre le ofrecería su corazón a Dios. Cargaba con los pedazos del lugar en el que sería asesinado.

Lot y sus hijas no quisieron ver el final de aquella historia. Prefirieron quedarse en aquella cueva, siendo protagonistas de su propio destino.

Tanya sabía bien cuál era: había llegado el momento crítico, uno de los más infames y reprobados de la *Biblia*, en que las hijas cometerían incesto con su padre mientras las cenizas de Sodoma llovían por todo el campo, como los restos de un holocausto nuclear.

Pero Tanya no lo veía así. Para ella, el acto de las jóvenes era reprobable, sí, y también asqueroso, pero no dejaba de ser la muestra de una enorme valentía. La única esperanza que le quedaba a la humanidad de obtener una descendencia, una vez Yahvé hubo eliminado a todos los varones de la Tierra con sus plagas y sus cataclismos, salvo a los de aquella familia. Un final infame para cimentar un nuevo y puro comienzo.

Pero Tanya no iba a quedarse con ellas. No vería el final de tan extraño acto.

Ella tenía algo que hacer en lo alto de la colina.

Dejó hacer a Abram y a su hijo porque su corazón se lo pedía. Se podía haber interpuesto, sí, haber levantado las manos y extendido las alas y ordenarles que no restablecieran el pacto... ¿pero habría sido lo correcto? ¿Se habría sentido satisfecho Abram con una coacción, en lugar de con una respuesta?

No, él necesitaba saber. Y también Tanya. Los dos necesitaban comprobar si Dios estaba dispuesto a renovar o no su alianza, porque de no ser así, de haberle dado la espalda por fin al mundo de los hombres...

Muchas de las preguntas que Tanya se había hecho sobre los motivos de toda aquella debacle, de aquella tragedia cósmica, adquirirían un sentido.

Ella también tenía que escuchar la respuesta de Dios. Por eso dejó hacer a aquellos dos hombres, padre e hijo, mientras construían el altar de madera y rezaban oraciones sin fin. Pero eso sí, no pensaba mover un dedo para ayudarles: se quedó convenientemente rezagada, escogió un lugar entre los setos y se sentó a mirar.

Su corazón era una nuez comprimida en el interior del pecho.

Aquello no tenía ningún sentido. No iba con ella, eso de dejar que los padres locos preparasen a los hijos para el sacrificio. Pero si todo salía según la leyenda bíblica, un ángel detendría la mano de Abram en el último segundo, impidiéndole matar al chiquillo.

Cerró los ojos con fuerza. Le habría gustado tomar otras decisiones desde que Séfora se puso por primera vez en contacto con ella, pero desde aquel día todo había sido tan imparable como la caída por una pendiente helada.

Ojalá. Ojalá no estuviera equivocada. El otro ángel se presentaría para detener a Abram. Seguro.

El altar estuvo acabado en un tiempo realmente corto. Desde allí arriba se divisaban las tierras que circundaban Mambré hasta una distancia realmente larga.

Y era un paisaje hermoso. Aunque la noche que debió ser como terciopelo negro se tiñó del rojo de las brasas (y aquel tafetán adquirió un tono aún más parecido al de una caldera de bronce vista desde dentro), todavía seguía conservando esa quietud, esa serenidad que transmitía la idea de que, hicieran lo hicieran los humanos, la naturaleza iba a estar siempre por encima de ellos. Respirando. Aguardando. Observándoles.

Mirando actos tan disparatados como el que iba a tener lugar en aquella cima. Y puede que juzgándolos.

La eternidad se acabaría riendo de los hombres, de su fugacidad y estupidez.

Unas nubes de tormenta se acumulaban en el horizonte. Isaac, sudoroso, acabó el trabajo sin tener una idea clara de para qué iba a servir todo aquello. Luego se quedó sentado, tranquilo, junto a la madera. Esperando la siguiente orden de su padre. La siguiente lección.

Un destello de metal brilló en la noche.

Tanya se puso en pie, los músculos tensos como correajes.

Abram sacó un simple cuchillo de cortar carne de su túnica. Alzó los brazos al cielo y entonó una plegaria en forma de canción:

*Tiempo de decir adiós
a los pájaros y a las flores
a los tesoros encontrados bajo la arena
a la leche que mana de sus pechos
y alimenta el reflujó de las olas
y los ciclos de la noche.
Tiempo de saludar el nuevo día
a la muda de un pasado a veces triste
del cálido suspiro en añoranza
de un futuro lleno de esperanza.
Tiempo de vivir*

*de cantar lo que nunca fue
de jugar los juegos de la inmortalidad,
de bautizar con nombres de lirios
las luces que manchan con caminos
la desolación sin mácula del cielo.
¡Tiempo de temer, de amar,
de sacrificar a los penitentes!*

Los últimos versos resonaron en la cabeza de Tanya como martillazos.

Su pelo revuelto barrió cenizas que flotaban en el aire, y se acercó a Abram, a su locura, a su cuchillo. Isaac se había tumbado sobre el altar, empujado por la mano de su padre. Sus ropas blancas flameaban al viento (unas ropas que le trajeron a la mente el recuerdo de aquel vestido azul, que era el resultado de una pelea que había perdido con su madre), y se teñían poco a poco de un gris sucio, el gris ceniza de los incendios lejanos.

La pureza que sugería su atuendo se empañaba.

—¡Que el Señor de todos los hombres me escuche! —gritó Abram al viento. Un vendaval repentino sacudió las encinas y levantó conos de polvo aquí y allá—. ¡Soy un hombre, descendiente de Noé, aquel que estableció el primer pacto, y te convoco! ¡Pronunciaré tu nombre verdadero: Yahvé, Elohim, Sabrá, Ginnard, Rus, Manticcé! ¡Soy tu esclavo, tu eterno servidor, y suplico de ti una sola palabra, un único gesto!

El suelo tembló. Lejos, en Siddim, otra bola de fuego cayó del cielo sobre la ciudad. Al impactar provocó un surtidor de pavesas que inundaron las colinas cercanas. Hombre, animal y bosque ardían con la furia del cielo.

«Por Dios, es fuego, fuego de verdad», se estremeció Tanya; «llamas de castigo que caen de lo alto».

—Papá, ¿qué ocurre? —preguntó Isaac. La firme mano de su padre lo mantenía tumbado, la espalda contra los leños. El joven no podía (o no quería) librarse de aquel peligroso abrazo.

Abram prosiguió, embozado en el sayo de su locura:

—¡Has mostrado tu furia, Señor! ¿Sólo merecemos eso? ¿Hemos pecado tanto, hemos renegado tanto de ti que sólo somos dignos de tu cólera? —El cuchillo ardió rojo con los lejanos resplandores de Sodoma—. ¡En el día de hoy has reclamado sangre, Señor, y yo te ofrezco la mía, la de mi propia estirpe, pues quizá con ella sacies tu ira!

La lenta oleada de rabia que se apoderó de Tanya acabó explotando en un grito.

No soportaba ver aquel espectáculo por más tiempo. De hecho, le importaba un rábano esperar unos insoportables segundos para ver si el ángel iba a bajar para detener aquel cuchillo. Abram ya lo había situado contra la

piel de su hijo, y bastaría con que extendiera el brazo una fracción crucial, sólo tensando los músculos, para que aquel desafío se transformara en una herida, y el amor en daño.

—¡Ven, Señor, acepta mi mayor sacrificio!! —chilló el anciano, la voz rota en el interior de su garganta.

Isaac lo miró con terror. El arma dejó una impronta en su piel.

—¡Detente!

Tanya saltó sobre Abram, su semblante demudado por la incomprensión. No cabía en su mente que el padre matase al hijo, ni siquiera por...

Claro.

En aquel momento lo entendió todo, mientras forcejeaba con Abram (cuya fuerza, a pesar de tener cien años, era considerable), y se veía reflejada a sí misma en aquellos ojos desquiciados.

No era Dios quien estaba poniendo a prueba a su súbdito,

¡Era Abram quién ponía a prueba a Dios!

Lo comprendió de manera diáfana, sin el menor margen de duda, como quien entiende la maravillosa lógica de una expresión matemática, de dónde parte y a qué extrañas conclusiones lleva.

Abram llevaba décadas haciéndose la misma pregunta que tantos fieles, como su sobrino Lot, se estaban haciendo en aquel mismo instante mientras veían arder Sodoma: ¿De verdad eres así, Yahvé? ¿De verdad te importamos tan poco los humanos como para que masacres con tu ira a inocentes y pecadores por igual? ¿Serás capaz de destruir ciudades, desde los cimientos al tejado, incluyendo a hombres, mujeres y niños con tu fuego celeste, sólo para probar algo?

¿Eres así de despiadado?

Abram lo había comprendido, después de tantos años de viajar por el mundo asistiendo a guerras sin sentido, a conflictos sin final y sacrificios que no servían para nada. Y todo en nombre de los dioses, unos dioses que ni siquiera vivían allí, junto a quienes los adoraban. Había comprendido la futilidad del juego, la imposible lógica de aquel miedo desatado.

Él mismo había aceptado convertirse en un instrumento más de ese miedo, de esa religión perturbadora. ¿Y qué necesitaba para morir tranquilo, en paz consigo mismo y con su dios?

Necesitaba saber que a Él también le importaba.

Por eso mismo le estaba ofreciendo a la carne de su carne en sacrificio. En realidad le estaba diciendo: «Venga, atrévete; ten los arrestos de salir de tu

maldito trono de nubes y bajar hasta aquí, si de verdad te importamos algo. Si de verdad somos para ti algo más que simples cucarachas».

Pero Yahvé no estaba allí. No iba a escuchar su desafío. Y por lo tanto, no mandaría a nadie para detener aquel cuchillo.

—¡Suéltalo! —ordenó Tanya, tratando de arrebatarlo de las manos. Pero la mano del viejo se cerraba como una tenaza sobre el mango de madera—. ¡No sigas con esto, por favor!

Abram le golpeó con la rodilla en el estómago. Tanya sintió que un terremoto de dolor partía en todas direcciones desde esa zona, llenando de agujas su cuerpo. Ahogó un grito, pero siguió con las manos aferradas a las del viejo.

—¡Suéltame, ramera del infierno! —bramó el anciano—. ¡Mujer, ser inferior! ¡No impedirás que restablezca el pacto con mi Dios!

—¿Pacto? ¡Y una mierda! —Tanya y él rodaron por el suelo, pero sin alejarse demasiado del altar. La muchacha rezó porque Isaac fuese tan listo como para aprovechar ese momento y salir huyendo, pero el chico no se movió. Estaba inmóvil, observando cómo los dos se peleaban, como un cordero tan lleno de miedo que no es dueño ni de su propio cuerpo—. ¡Quieres asesinar a tu hijo!

El rostro de Abram, teñido de grana por la ira, se acercó tanto al de Tanya que casi pareció que fuera a morderle la cara.

—Hubo un día en que te di la bienvenida a mi casa como si fueras una mensajera del Cielo —murmuró, chispazos de saliva estallando entre los dientes—. Estaba tan ciego entonces como iluminado ahora. ¡Eres sierva del Maligno, Baal! Una simple mujer... Tus palabras no tienen valor para mí.

Ese habría sido el momento perfecto para que ocurriera el milagro; si aquella historia hubiese pertenecido a uno de los libros que con tanta pasión devoraba Tanya, la protagonista habría sacado fuerzas de la flaqueza para un último acto heroico. Le habría arrancado el puñal de las manos al viejo y quizás lo habría matado con él, salvando al muchacho.

Pero éste no era uno de sus libros.

Intentó arrancarle el cuchillo de entre los dedos, pero aquel viejo había visto muchos combates; él mismo había derramado mucha sangre, y sabía cómo reaccionar ante los patéticos intentos de lucha de una jovencita que se había pasado la vida entre libros.

Tanya no supo cómo llegó su frente a golpear con tanta violencia la madera, pero un segundo después estuvo en el suelo, paralizada por el

dolor... y contemplando, impotente, entristecida, cómo Abram hundía el arma en el cuerpo de su hijo.

Ningún ángel bajo del cielo para detener su mano.

Lo que sí sucedió fue que se abrió una puerta.

EL SEGUNDO GRAN DILUVIO

La Fuente no se parecía a ningún lugar que Mauro hubiese visto nunca.

Al penetrar en el interior de aquel huevo de Fabergé, de aquel tapiz de luz doblado sobre sí mismo, el joven experimentó una sensación parecida a la de sumergirse en una piscina de aceite. Sólo que lo que había a su alrededor no era un estado líquido, sino más luz: un fulgor increíblemente blanco, puro, celestial. Pero a la vez denso, plástico, que ofrecía resistencia al movimiento.

Y había un estruendo insoportable.

Mauro tuvo que taparse los oídos para que no le estallaran los tímpanos, hasta que descubrió que aislarse de ese ruido era un truco parecido al que utilizaba para contener la ola de plegarias que le llegaban por ser querubín. Así que se concentró, cantó su canción interna, acudió a esa parte de su corazón donde guardaba las cosas sencillas, importantes... y dejó atrás el ruido. Poco a poco, fue reduciendo el volumen hasta quedar como un telón de fondo muy grave, parecido al que hacían los motores de los enormes aviones en los aeropuertos cuando rodaban por la pista.

Mauro abrió los ojos. El fulgor no le molestaba. Estaba lleno de hormiguitas de colores primarios, destellos como los que danzan en la retina cuando uno se recupera de haber mirado al sol. Esos destellos formaban coronas circulares, delimitando un «centro» en aquella nada blanca.

Hacia ese lugar fue donde se dirigió el ángel.

«Ahora sé lo que debió sentir Moisés cuando vio la zarza ardiente», pensó, maravillado, mientras se daba cuenta de que esa presión casi sólida, ese estado parcialmente líquido de la luz era... información. Datos puros flotando en una nube dispersa. Su cerebro no los estaba recibiendo sencillamente porque el ancho de banda requerido para procesarlos era infinitamente superior al que soportaba su cerebro.

Era como encender la pantalla de un ordenador y ver tantísimos unos y ceros superpuestos que adquirirían el aspecto de una pared blanca. Saturación de datos. Demasiada energía para poder separarla en unidades elementales.

Era como entrar en una discoteca y pretender escuchar el aleteo de una mariposa junto a los altavoces.

Pero tenía que haber una manera de filtrar una mínima parte de esa información. Si no, habría subido hasta allí por nada.

—Tanya... el objeto... —vocalizaron sus labios, pero él no oyó su voz, sólo el estruendo de turbinas de avión de la información comprimida—. Necesito... saber...

La respuesta fue como un puñetazo, directo a sus sinapsis. Mauro chilló de dolor. Cayó de rodillas mientras unos corpúsculos rojizos flotaban en el líquido de unos y ceros, delante de su rostro.

Sangre. Su nariz sangraba.

En su cerebro estalló la siguiente información:

La chispa vital de los Arcángeles rebeldes, los primeros que se alzaron, vive aún en vosotros. Esa chispa os ha guiado por los diferentes niveles de realidad hasta situaros en los lugares correctos. Así se decidió al principio de los tiempos, cuando los rebeldes cayeron aplastados por la mano del Señor. Sin saberlo, habéis cumplido la última voluntad que en aquella era distante pronunciaron.

—¿Pero cómo? —gritó Mauro, retorciéndose de dolor. Tratar de dominar aquel flujo de información era muchísimo más difícil que mantener a raya todas las plegarias del mundo—. ¿Qué tenemos que hacer?

El Nuevo Gran Diluvio ha sido desatado por la mano del Señor. Yahvé ha mirado su obra, y como ya sucedió antes, la ha encontrado imperfecta. Por eso se ha marchado del trono celeste; ha dictaminado que la corrupción, que en tiempos pretéritos sólo manchaba a los mortales, a las criaturas que se arrastran por el mundo, ha acabado pudriendo también a los seres superiores. Ángeles y demonios, elegidos y malditos, alzados y caídos... todos se han vuelto igual de corruptos. Ya no hay espacios puros en el Cielo o en el Infierno. Es hora de empezar de nuevo, otra vez.

Mauro abrió mucho los ojos, atónito ante los datos que, en forma de voces (o al menos ésa era la plasticidad que adquirirían en su cerebro), llegaban hasta él desde la Fuente.

—¿Qué quieres decir, que todo esto que está ocurriendo... no es más que otro diluvio? ¿¡Un maldito reset del sistema! —chilló.

Los ángeles fueron creados para ser perfectos, para ejemplificar con su existencia las mayores virtudes que pudieran concebirse: amor, hermandad, misericordia, sabiduría, inteligencia... pero con el paso de los evos, se fueron volviendo más y más suspicaces, celosos de todo cuanto les rodeaba y que podía suponer un peligro para su existencia; Aprendieron a odiar a los que consideraban sus opuestos, a empuñar armas contra ellos, a crear castas guerreras y batallones de guardianes para custodiar las puertas que ellos mismos construyeron en las planicies celestes.

Se volvieron oscuros de corazón, malvados, y tomaron conciencia de su propia superioridad sobre los que denominaban seres inferiores, influyendo en sus destinos como si el Creador les hubiera concedido esa potestad. Pero no la tenían. Ni ángeles ni demonios fueron creados en ningún momento para luchar entre ellos, ni para influenciar en el devenir de las vidas de mortales, como tú.

Ni siquiera el Metatrón ha sabido interpretar sus designios. Ha creído que la guerra era inevitable, y al permitir que las huestes se alzaran en armas contra el enemigo, ha sido el culpable de que muchas esencias vitales se perdieran para siempre. Ahora el Metatrón no sabe cómo detener el desastre; por su loca mente han cruzado ideas de genocidio, de exterminio total de todo lo que existe, en un vano intento por preservar lo único que considera intocable: su propio trono.

—¿Por qué no ha acudido a ti, a la Fuente, para entender todo esto? ¿Por qué no se lo has explicado?

Es orgulloso, cree estar por encima de cualquier razonamiento, de cualquier verdad. Y en cierto modo, lo está. Tras contemplar la caída en desgracia de Lucifer, el Metatrón aprendió lo que Yahvé era capaz de hacer con aquellos que lo desafiaban, y se sometió por completo a su voluntad. Pero ese sometimiento extremo llevó aparejada una crucial tara: el Metatrón jamás se plantearía el esquema primordial de las cosas. Nunca se haría preguntas que llevasen a poner en duda las decisiones que el Creador tomó cuando la luz aún era Verbo. Y eso lo ha cegado. No es capaz de entender lo que alguien tan pequeño y simple como tú ha asimilado ya, Mauro.

—¿El qué? —Dolor, dolor, el ancho de banda era demasiado potente. El flujo le martilleaba las sienas como si estuviese atado a una campana de catedral y el martillo cayera una y otra vez, golpeando el metal, arrancándole las tripas con la vibración—. ¡Por Dios, ¿el qué?!

Que nada es inmutable en la Creación. Ni siquiera el propio Dios. Él ha destruido en varias ocasiones su obra, desatando diluvios y cataclismos,

porque cualquier cosa sometida a los rigores del tiempo se vuelve cambiante, inestable, imperfecta. No permanece inalterable, por poderosos que fueran sus cimientos. Todo cambia. Y al contemplado Dios, lo ve sucio, imperfecto, y lo sustituye por algo nuevo. Y ahí está la paradoja.

La rivalidad entre Cielo e Infierno ya no tiene sentido. Nunca lo tuvo. Ha quedado tan obsoleta como los demás pilares filosóficos de esta realidad. Pero el Metatrón no lo ve, está tan ciego y petrificado como el trono al que ama más que a su propia vida. Y los ángeles también. Todos luchan, derraman sangre y dolor, y mueren, todo por cumplir las pautas de un esquema que el propio Yahvé dio por perdido hace mucho tiempo.

Mauro no sabía qué pensar. Estaba accediendo a una fuente de razonamiento puro, sin matices, por lo que aquellas ideas tan absurdas, tan disparatadas, tenían que tener un sentido. Al menos, según cómo funcionaban las cosas allá arriba, en los Planos Celestes.

¿Así que de eso iba todo este lío, entonces? ¿Este era el secreto que se escondía tras tanta barbarie?

Dios se había cansado de la Creación. Quería volver a empezar de nuevo, porque cualquier cosa que Él creara acabaría por degradarse, por perder la pureza original. Y eso incluía no sólo a la Tierra y los imperfectos hombres... sino también al Cielo y al Infierno y a los seres (teóricamente perfectos) que los habitaban.

Dios estaba a punto de desatar otro Gran Diluvio que lo limpiase todo de inmundicia, para barrer los destrozos y empezar a construir de nuevo. Era como un niño jugando a hacer lo que le apeteciera con su torre de piezas, la que él había levantado y, por lo tanto, se creía con derecho a destruir.

Pero a diferencia del que vivió Noé, esta vez el Diluvio no sólo afectaría al mundo de los mortales. También arrasaría con Cielo e Infierno, porque éstos tampoco agradaban ya a su Creador.

Iba a ser una maldita esterilización a nivel cósmico, físico y espiritual. Un reinicio total de la Creación.

Se clavó los dedos en el cuero cabelludo, obligándose a centrarse, a pensar. Vale, ya tenía el porqué de todo, el objetivo final de Yahvé. Sabía por qué los ángeles y los demonios tenían tanto miedo, y por qué, a pesar de luchar estúpidamente entre ellos, en realidad les interesaba cooperar.

Ahora debía concentrarse en hacer las preguntas adecuadas para averiguar el cómo. Cómo comenzaría esa esterilización.

—Nuestro papel... —murmuró, rechinando los dientes. Cada palabra era un producto colateral y doloroso de ese chirriar—. Tanya, Erik y yo... los

Niños Perdidos...

Dios destruyó todas las reliquias que dispersó en los primeros evos de la Creación por los mundos, para que ni ángeles ni demonios pudieran tomarlas y absorber el poder divino cristalizado en ellas. Pero hubo una reliquia que siguió en su lugar, pues fue puesta allí por el Arcángel Miguel para sellar una puerta que ninguna otra criatura viva, ni siquiera el Metatrón, podría volver a cruzar jamás. Esa reliquia aún sigue allí, custodiando el paso.

—¿Dónde está ese lugar? —se esforzó Mauro. Trató de pensar en que ya lo sabía, que el dato estaba en algún lugar del océano de información en el que daba brazas, intentando no ahogarse. Todo había pasado ya por su cabeza, pero no lo había retenido. Era cuestión de recordar, de separar el grano de la paja, algo difícil hasta para un súper ordenador—. ¿Qué puerta fue la que cerró aquella reliquia?

No. Esa no era la pregunta.

La pregunta era quién lo sabía. Quién sabía dónde estaba esa puerta, y por qué debía permanecer cerrada a cualquier criatura viviente.

Así se lo imaginó en su mente, para encajar cada pieza del puzle en su sitio, y la voz respondió:

La vida del primer hombre estaba llegando a su fin cuando pidió a su hijo que regresara al lugar donde todos nacieron. Set siguió las indicaciones de su padre y retornó a la puerta. Allí aguardaba el ángel custodio, al que Set pidió el aceite de la misericordia. El ángel se lo negó, pero le concedió una dádiva: le entregó unas semillas del árbol del pecado para ponerlas en la boca de su padre.

La vista de Mauro se perdió en el baile de hormiguitas de luz mientras pensaba. Sí, era una leyenda bíblica muy antigua, recopilada en algunos textos medievales. El primer hombre... Adán. Y su hijo nacido después de la tragedia de Caín y Abel, Set, que tenía casi cien años cuando su padre murió.

En su lecho de muerte, Adán le suplicó a Set que volviera a un lugar que ellos conocían bien, pues habían vivido en él cuando aún eran jóvenes e inocentes.

El jardín de Gan. El paraíso terrenal.

Las piezas del puzle empezaban a encajar en su cabeza, a pesar del inmenso ruido de fondo.

—Set regresó a las puertas del paraíso, llamado Gan por los hebreos... —susurró—. Encontró a San Miguel Arcángel, que le negó el aceite de la misericordia... pero le entregó a cambio las semillas de un árbol nuevo. El árbol del pecado.

Cuando Adán falleció de senectud con más de dos siglos de vida, su mujer, Eva, colocó las semillas bajo su lengua y le enterró. Tres días después brotó la simiente de un gran árbol que vivió hasta los tiempos de Salomón, decenas de miles de años después. Salomón lo hizo talar, y con su madera construyó un puente que fue adorado primero por la reina de Saba y posteriormente en la cruz de Cristo.

—Claro, Set conocía el camino a Gan... su padre se lo había mostrado. Y la reliquia que todos buscamos, la última que existe, es...

La espada que San Miguel Arcángel clavó en la puerta del jardín, para que ninguna criatura humana o inmortal pudiese hollar de nuevo aquella tierra. Esa espada aún sigue allí, pero nadie puede empuñarla.

—Pero entonces, ¿qué pintamos nosotros en esto? —gritó Mauro, cansado de tantos acertijos, y de que tan antiguas profecías jugasen a gusto con su destino—. ¿Por qué Isaac está ligado a esa espada? ¿Por qué todos dependemos de ella?

La espada no guarda en rigor la entrada a Gan, sino el acceso al Árbol de la Vida, que se alza junto a las grandes puertas. Pero si el Árbol de la Vida alguna vez se marchitara...

—La custodia de la espada ya no tendría sentido —comprendió Mauro. De sus lacrimales y su nariz seguían manando hilillos de sangre—. ¿Y ha ocurrido eso? —exclamó, exigiendo una respuesta—. ¿Se ha marchitado el árbol?

Tres veces se luchará, una en la Tierra, otra en el Cielo y otra en el Infierno. Y del resultado de esas tres batallas dependerá el futuro de todo lo creado.

—¡No me repitas lo que ya sé, maldita Fuente del demonio! ¡Conozco la profecía, y ya se han librado dos de las tres batallas! Una en Santorini que protagonizamos nosotros, ¡en la que vencimos!; otra en el Cielo que se está desarrollando ahora mismo, y...

Mauro enmudeció.

Se hizo un silencio sepulcral, superpuesto incluso al rugido de la información pura.

No.

No era así.

Ésa no era la interpretación correcta de la profecía.

—Por Dios bendito... —musitó, dándose cuenta de su gran error. El fallo que todos habían cometido desde un principio, empezando por Séfora y

acabando por ellos mismos, que habían seguido a pie juntillas el mismo razonamiento.

Las tres batallas a las que se refería la profecía no eran luchas literales. No eran combates físicos entre ángeles, demonios y humanos, llenos de espadas, destrucción y muerte.

Eran batallas espirituales. De padres e hijos. De sentimientos, castigo y redención. Igual que las que habían protagonizado Cristo y Lucifer cuando llegó su momento en el orden de las cosas.

A Yahvé le gustaba que todo lo crucial en el universo tuviera que ver con un padre y un hijo.

Tres batallas se librarán...

Una en la Tierra.

«¡Yo!», comprendió Mauro, y sintió cómo su corazón desbocado estaba a punto de salirse del pecho. «¡Son tres batallas de amor y odio entre padres e hijos, y yo protagonicé la primera en Santorini! Me enfrenté al fantasma de mi madre, a la llama negra que me perseguía desde que era niño, y la perdoné. Le perdoné todos sus pecados, toda la maldad y los malos tratos que me había inflingido de niño, y así, el amor ganó su primera lid».

Otra en el Cielo.

Y su amiga Tanya estuvo allí cuando el enloquecido y fanático Abram alzó el cuchillo contra su propio hijo, para poner a prueba a Dios... pero Dios ya no estaba para responder a esa súplica, a ese desafío. Se había marchado al exilio para preparar el segundo Gran Diluvio, cerrando los canales que le conectaban con el resto de la Creación...

Y al no escuchar la súplica de Abram, no pudo detener su mano. La mano que empuñaba el arma en aquella estocada mortal.

Abram mató a Isaac para poner a prueba a su Dios. Y éste falló.

Por lo tanto, cuando Isaac fue llamado otra vez para que juzgara a su padre... reencarnándose en un cuerpo nuevo... le declaró culpable de asesinato. Y no le perdonó.

La segunda batalla tuvo lugar en el Cielo, en realidad. En esa parte del Cielo situada en la Tierra que era Gan. Con Isaac y Tanya enfrentándose a su destino ante el árbol de la vida.

Y venció el odio.

—Pero eso hace un empate —dijo Mauro, consternado—. La tercera batalla de la profecía también consistirá en un hijo juzgando los actos de su padre. Y

tendrá lugar... en el Infierno...

La voz de la Fuente creó ecos terribles en su cabeza:

La victoria del odio ante el Árbol de la Vida hizo que éste se marchitara. Isaac, el hijo sacrificado por su padre, el hijo que volvió para juzgarle, pudo empuñar la espada y sacarla del jardín. Pero esa profecía llega muy tarde. El Metatrón no podría empuñar la reliquia aunque quisiera.

—¿Por qué? —se desesperó el joven—. ¿Por qué es tarde? ¡No me digas que...!

Por toda respuesta, la Fuente expulsó a Mauro de su corazón, del santuario de luz blanca.

Al abandonarlo, el ángel había cambiado.

Se miró a sí mismo. Hasta sus ropas eran diferentes. Ahora vestía una especie de túnica dorada, como la que portaban los ángeles de mayor rango en la jerarquía del Cielo. Era como si por haber visitado la Fuente, el mismo Cielo le hubiese concedido un rango superior.

Mas no tuvo tiempo de alegrarse.

Porque cuando miró hacia el trono del Metatrón, vio al coloso en pie, con los brazos extendidos hacia el horizonte, hacia el lugar donde se pronunció la frase...

Hágase la Luz.

Y Mauro, con una tristeza inconmensurable haciendo trizas su alma, vio cómo desde aquel horizonte prohibido, de aquel lugar distante, llegaba la ola del nuevo Diluvio. Una columna de energía se había alzado de la Tierra, de Venecia, el decorado de la batalla contra el Leviatán.

Mauro comprendió que su amigo Erik había dado muerte a la Bestia, y al hacerlo había liberado la energía necesaria para que el Verbo volviese a hablar. Y su palabra fue...

Destrucción.

Erik había logrado matar a la Bestia primigenia, Leviatán (¿¡Cómo!?). Y con ello liberó la onda de energía que destruiría el Árbol del Plata.

—Bravo, Erik —susurró, a sabiendas de que era imposible que su amigo le escuchara—. Has destruido el Cielo y a la estirpe celestial. Esta vez te has superado a ti mismo...

A continuación la onda de energía alcanzó la Fuente, y la destruyó en mil pedazos. Mauro cerró los ojos cuando la onda lo arrastró a él también.

El Cielo entero gritó de pánico.

La onda alcanzó al Metatrón y lo borró de la existencia.

El trono de Yahvé se redujo a astillas.

La onda sacudió el Árbol de Plata. Y todo lo que había sido bueno y correcto, justo y bello, fue barrido hacia la nada del olvido. Y junto con el Árbol cayeron también los ángeles y los demonios contra los que combatían. Y toda vida que una vez tuvo conciencia de sí misma y ahora se refugiaba en el Cielo y sus aledaños.

Séfora vio el castigo de Dios llegar hasta donde se refugiaban los supervivientes a la batalla, y se hizo una última pregunta, una simple e inocente pregunta, antes de sucumbir.

El Segundo Gran Diluvio apagó las luces de la Creación.

EL MENOR DE TODOS LOS DAÑOS POSIBLES

Isaac no se lo creyó cuando Erik lo llevó volando a la máxima velocidad hasta el lugar donde empezó todo, el edificio que ocultaba a la vista de los humanos el pozo de mártires.

Ahora estaba en ruinas, pero de alguna forma caprichosa éstas habían caído de manera que una pequeña parte de la circunferencia del pozo, una media luna estrecha, quedara al descubierto.

A Isaac le pareció que era la sonrisa del Diablo.

—¿¡Qué haces!?! —le gritó a Erik—. ¡Sácame de aquí, por lo que más quieras!

—¡Espera aquí, puede que te necesite! ¡Estarás a salvo! —fue la respuesta del ángel. Dijo algo más, un par de frases inconexas que se perdieron en la algarabía y el estruendo que dominaban la ciudad.

Isaac maldijo su suerte. Ahora, hasta los supuestos ángeles encargados de protegerle le traicionaban. Alzó la vista y lo que distinguió entre las columnas de humo no fue el cielo, sino una de las titánicas jorobas del monstruo, que se alzaba formando un gran arco verdosos, con la lentitud propia de las cosas muy grandes y lejanas.

Estaba a menos de quinientos metros de su posición. Quinientos miserables metros que aquel ser podía convertir en una zona cero de destrucción total con sólo dejar caer esa joroba hacia un lado. Y Erik todavía tenía las narices de decir que estaría a salvo.

Un estampido sónico le hizo encogerse de dolor. No había sido el monstruo, sino algo fabricado por el hombre. Un motor.

Los cazas *eurofighters* pasaron como águilas supersónicas por encima de su cabeza, volando muy bajo sobre el canal y haciendo polvo con el impacto sónico lo poco que no había destruido ya el monstruo. Aquellos pilotos debían ser veteranos, auténticos ases del aire, porque seguro que no era fácil llevar a

cabo aquella arriesgada maniobra: pasar rozando el agua por debajo de la propia joroba del Leviatán, que ya se había separado lo suficiente de la tierra como para ser un arco; cruzar por debajo y lanzar al mismo tiempo toda la carga que llevaban en las alas.

De rodillas y tapándose los oídos, Isaac contempló cómo los tres aviones de guerra enfilaban el morro hacia la inmensa arcada reptiliana y abrían fuego, todo en décimas de segundo. Por debajo de sus alas de metal colgaron decenas de flecos de humo, que se abrieron en abanico llevando proyectiles hacia el blanco.

Las detonaciones de los misiles fueron brutales, pequeños estallidos localizados de cinética comprimida, humo y llamas... pero tampoco surtieron el menor efecto.

Los pilotos rebasaron el arco y tiraron hacia atrás de los mandos, haciendo que los cazas ganaran altura. Desde allí arriba verían mejor lo que Isaac, a punto de decir adiós definitivamente a su cordura, estaba a punto de ver desde abajo, desde la perspectiva del simple humano que observa los prodigios de los dioses.

Pues fue cierto que, abriendo aguas y tierras y separando en varios pedazos la península de Venecia, una masa cubierta por escamas hexagonales y rematada por lo que parecía un nudo de apéndices puntiagudos se alzó en toda su majestad hacia el cielo. Aquella protuberancia ponía punto y final al corpachón tubular del monstruo, y tenía el tamaño de varios estadios de fútbol.

Cuando se elevó, de la cresta triangular que la coronaba llovieron cascadas de escombros y polvo, a medida que un pedazo de ciudad resbalaba por su carne. Cuando el cuello se elevó hasta una altura de seiscientos metros, Isaac contempló, horrorizado, cómo el nudo de apéndices que exhibía la cosa se desplegaba, abriéndose en abanico, hasta formar una especie de embudo monstruoso lleno de dientes, cada uno del tamaño de un edificio de dos plantas.

Lo que estaba viendo era la cabeza de la Bestia.

Y su rugido...

Isaac chilló con todas sus fuerzas, pero no sólo porque el terror estaba a punto de sobrepasar toda línea de tolerancia en su cabeza, sino para mitigar de alguna forma aquel sonido. Ese bramido hecho de la fricción de las masas continentales, del dolor de la tierra al desgarrarse en un terremoto, de los seres vivos que poblaban el mundo (su mundo, a partir de ahora) al asistir al renacimiento de uno de los seres más grandiosos que jamás habían existido.

Y alrededor de aquella cabeza, de aquel resumen informe de todos los miedos y pesadillas del ser humano... volaban cosas. Diminutos puntitos que no necesitaban máquinas para revolotear.

Isaac comprendió que eran Erik y Abaddón, luchando codo con codo por hallar un punto débil, por inalcanzable que fuera, en aquella amenaza. Pero por su forma de tantear al monstruo, de acercarse en rápidas elipses para cortadas bruscamente y huir despavoridos después, su estrategia no estaba saliendo bien.

¿Cómo podían ni tan siquiera plantearse el vencer? ¿Cómo comprender, y aún menos subyugar, a un mito que ya era legendario incluso antes de que existieran los ángeles?

La misma pregunta, exactamente ésa, era la que pasaba por la cabeza de Erik cuando su tercer intento de sobrevolar a baja altura la epidermis del monstruo fracasó.

Ni siquiera sabía si el Leviatán era consciente de que estaban allí. Una ballena no tiene por qué saber que una partícula de plancton flota a su lado para tragársela, o deshacerla con la simple presión del agua que mueve al desplazarse.

Algo así era lo que les estaba sucediendo a ellos.

Abaddón había dicho que un aura que no era positiva ni negativa, que no pertenecía ni al Bien ni al Mal (porque el que la emitía estaba por encima de ambos), era irradiada por la piel del monstruo. Era la que había matado a sus sirvientes demonios, a todos los exploradores a los que había ordenado descender por el pozo para averiguar algo, lo fuera, sobre lo que se escondía allí abajo. Ni siquiera el libro negro le había dado todas las respuestas que necesitaba, pero sí había dejado un punto claro:

Que no tenían poder suficiente para vencer.

Quizás ni con una legión de guerreros de ambos bandos apoyándoles la tendrían. Pero eso no parecía preocupar al ángel. Abaddón le vio sonreír, con esa cara de loco que ponían a veces los humanos (sobre todo los más jóvenes) cuando una idea imposible se les pasaba por la cabeza.

—¿Cuál es tu plan? —gritó el ángel para que le oyese.

Erik abortó un nuevo picado sobre el Leviatán hasta que el latigazo de dolor del aura lo espantó como una llama a una mosca especialmente insistente. No podría ni acercarse a diez metros de la piel coriácea sin que el dolor acabase con él, mucho menos tratar de clavarle la espada.

—El A no tengo ni idea de cuál es, y el B se acaba de ir al cuerno, así que pasaremos directamente al C.

—¡Deja de hablar con acertijos, humano! —protestó Abaddón.

—¡Ja! Espero que te guste probar un poco de tu propia medicina. —Erik señaló hacia el lugar donde esperaba Isaac, el fantasma carmesí de la torre flotando sobre la cabeza del muchacho. Ya era tan, tan sólido, sin serlo aún del todo, que hasta los humanos corrientes podrían empezar a verlo de un momento a otro.

—Dime, Abaddón, ¿qué haría falta para traer la torre a este plano de existencia de una vez por todas, ahora mismo?

El demonio afiló los ojos.

—¿Qué tramas?

—¡Contesta, maldita sea! ¿Cómo puedo acelerar la llegada de la torre a esta realidad? ¡Ésa era la base de tu plan, meterle prisa para que no le diera tiempo a cimentarse sobre su red de hechizos!

—Las lágrimas —dijo Abaddón, mirando al distante puntito retorcido de dolor y miedo que era Isaac—. El sufrimiento del elegido aceleraría el proceso. Por eso lo crucificamos dentro del pozo, para que sus lágrimas se sumaran a las de los mártires que se habían quitado la vida antes que él.

—¿Y tienen que ser lágrimas, por fuerza?

Abaddón sonrió con malicia.

—La sangre habría hecho el proceso más corto, pero me interesaba conservar intacto al muchacho.

—¿Por qué?

—Porque Rafael lo eligió por algún motivo. Prefiero averiguar cuál es antes de eliminarlo definitivamente.

Erik asintió, el pelo empapado de sudor formando pequeños tentáculos sobre su frente.

—Entonces aún hay esperanza.

—¿Te atreverías a...?

—No voy a hacerle daño —puntualizó Erik—. No... demasiado. Luego le curarán. —Esta última frase fue más una súplica que una decisión—. Eso espero.

—Si vas a proponer algo, aunque sea una estupidez, hazlo ya —gruñó el demonio, haciendo un gesto hacia la dantesca cabeza de la bestia que comenzaba a girar hacia ellos—. Creo que sabe que estamos aquí.

Erik trazó con el dedo una trayectoria en el aire.

—¿Podrías hacer esto?

Abaddón pensó para sus adentros, memorizando el trazo. Su máscara de mujer, el traje entero, se encolerizó.

—¡Quieres mi muerte! —exclamó.

El ángel asintió con la cabeza.

—Sí, amiguete, de eso no te quepa duda —dijo con sinceridad—. Pero no hoy. Hoy te necesito como conejo de trapa delante del galgo. ¿Ya has averiguado a qué velocidad máxima vuelas?

Isaac vio en su negrísimo futuro un destello de luz cuando la figura que debía ser Erik (las alas emplumadas eran inconfundibles) descendió a toda velocidad hacia él. El otro, el del perfil de murciélago, se arrojó en una trayectoria suicida que pasaría exactamente por delante de la cabeza del Leviatán.

E Isaac pensó: «aquí hay cosas que no encajan».

Ese sentimiento se reforzó al ver que el demonio no sólo estaba llamando la atención del monstruo sobre él, sino que lo estaba atrayendo: obcecada en atraparlo, en engullirle con aquellos horribles apéndices afilados festoneados de dientes, la bestia ignoró a los cazas y demás artilugios humanos y se lanzó hacia él.

Abaddón no volaba: huía despavorido de la trampa mortal de aquellas fauces. Y su trayectoria descendente lo estaba llevando...

Isaac descolgó su maxilar del asombro.

Lo estaba atrayendo directo hacia él.

Leviatán agachaba su cabeza, persiguiendo al demonio (quizás para su visión de bestia antediluviana aquel demonio, como criatura preternatural, era muchísimo más visible que cualquiera de los artefactos construidos por el hombre), y eso le llevaría a caer justo encima de Isaac en pocos segundos.

El joven gritó. Fue un chillido de angustia suprema, de total desamparo... que quedó cortado en seco cuando los pies de Erik tocaron el suelo, a su lado. La sonrisa del Diablo (la media luna que formaba el pozo) aún permanecía abierta, riéndose de lo triste de su situación. Algo parecía susurrar allá abajo, en la oscuridad.

—¡Erik! —Isaac se lo dijo todo con la mirada: «¡Sácame de aquí! Aunque... no has venido a salvarme, ¿verdad?».

El ángel vio que había lágrimas en los ojos del árabe, aunque eran de miedo, de impotencia, más que de tristeza.

Pero no le servían. Por desgracia, esas lágrimas no eran suficientes. No bastaban para reconquistar el Cielo y abrir sus puertas.

—Lo siento —murmuró—. Te suplico que me perdones por lo que te voy a hacer, pero no hay tiempo de más.

Miró arriba, a las nubes, donde la enorme masa del Leviatán abría su descomunal boca, arqueaba el cuerpo para lanzarlo hacia delante, proyectaba una sombra que parecía una flor abierta sobre el Gran Canal...

Isaac se separó de Erik, sus talones al borde del pozo de mártires. El ángel aferraba la empuñadura de la espada con una mano sudorosa. En sus ojos se leía la desesperación, la culpa que precede a los actos extremos.

—¿Qué vas a hacer, Erik?

El ángel dio otro paso. La punta de la espada refulgía con un aura letal. El árabe no podía seguir retrocediendo o se lo tragaría el pozo.

—No voy a permitir que mueras —le prometió Erik—. Pero debo hacer algo que juré que jamás le haría a nadie.

Isaac tembló. No le gustaba cómo sonaban aquellas palabras. Sobre su cabeza pasó como una exhalación una sombra. No era un caza de combate. Era la silueta de murciélago de Abaddón.

Y justo detrás se les caía encima una montaña: la cabeza del Leviatán, que estaba casi en la vertical del pozo de mártires, superpuesta literalmente al fantasma de la torre roja del Metatrón.

Erik miró consternado al joven árabe. Sólo le quedaban unos segundos para decidir. Él jamás habría querido llegar a este punto, pero la amenaza era demasiado grande. Demasiado peligrosa. El mundo de los hombres estaba condenado si no hacían nada para impedir que la bestia fuera liberada de nuevo. Y nadie iba a acudir para ayudarles, ni ángeles ni demonios. Todos estaban demasiado ocupados en sus batallas sin sentido como para preocuparse de lo que ocurría en el Plano mortal.

—Lo siento —dijo una última vez.

Y de una certera estocada, cortó con la punta de su espada el borde de la sima donde se apoyaban los pies del muchacho.

Abaddón, con un poderoso batir de alas, remontó el vuelo y se alejó en una larga parábola del Gran Canal. Las máquinas de los humanos zumbaban a su alrededor, todo brillos metálicos, ruido y polución, mientras bombardeaban inútilmente a la bestia con su arsenal. Era admirable cómo luchaban aquellos seres tan patéticos, a pesar de tener todas las posibilidades en contra.

Eso era lo que volvía tan delicioso el sabor de sus almas cuando se corrompían: el aroma a los sueños rotos, a voluntades que podrían haber sido poderosas pero que habían malgastado inútilmente su tiempo.

Giró sobre su eje y dio varias vueltas de campana. Si el plan de Erik no tenía éxito, tendría que abandonar el mundo de los hombres y regresar de inmediato al Infierno. Al menos allí encontraría refugio. Por un tiempo.

Desde las alturas, vio cómo el ángel acorralaba al elegido contra el pozo de mártires. Sabía muy bien lo que tenía que hacer, los tres lo sabían, aunque les doliera admitirlo. Pero Erik, como buen ángel que era, nunca le haría daño al chico. No lo sacrificaría a menos que fuera absolutamente necesario. Pero sí parecía estar dispuesto a derramar su sangre por una buena causa, y no había causa mejor que salvar a toda la raza humana.

Éste era un final para la partida que Abaddón no había previsto ni en sus más salvajes sueños. Pero le gustaba. Le encantaba cómo había quedado dispuesto el escenario, con aquel monstruo que Yahvé había liberado para que luchase no sólo contra humanos, sino también contra ellos, sus verdaderos hijos, los que habitaban en las vastas fronteras de su reino. Y con la posibilidad (remota, pero posible) de que el plan del Metatrón funcionara de verdad y los ángeles acabaran venciendo a la Hueste infernal.

Oh, sí, era tan retorcidamente hermoso...

Con placer de auténtico gourmet, observó el instante final en el que Erik tuvo que tomar su decisión. Incluso desde aquella distancia, el demonio paladeó el miedo del chico, las dudas, la negación de su destino, el dolor que estaba anticipando en compensación por el que iba a causarle a la pobre víctima, Isaac...

La correosa lengua de Abaddón se paseó por los labios de su traje de mujer cuando la hoja sagrada de Erik se alzó sobre la cabeza del elegido, a un cuarto de segundo de que la montaña del Leviatán se les cayera encima, con su inmensa boca completamente abierta.

Aquella espada-signo nunca cortaría el cuerpo del humano (su hoja no podía dañar nada vivo, salvo la carne de los demonios), pero Erik era listo. Sabía que existían maneras indirectas de dañar su cuerpo, de extraer violentamente su sangre.

De convertirlo en mártir.

Era el menor de los daños posibles: una sola víctima a cambio de la supervivencia de todo un planeta. ¿De verdad había algún ser inteligente capaz de sustraerse a la brutal lógica de ese planteamiento?

Cuando Erik cortó el suelo y vio cómo el muchacho se precipitaba al interior del pozo de mártires, Abaddón pudo escuchar su grito de angustia. Y fue un manjar exquisito que le hizo entrar en un éxtasis casi sexual. Sí... el dolor de un ángel, el terror de una víctima... no había nada mejor en el mundo.

Pero entonces, Erik hizo algo que sorprendió incluso a Abaddón.

Se tiró dentro del pozo, siguiendo el cuerpo en caída libre de Isaac.

En realidad no tenía más opción, si quería escapar al mordisco del Leviatán. Ya no le daría tiempo de salir volando y quitarse de en medio. Sólo quedaba una vía de escape posible... y era hacia abajo.

De lo que ocurrió en los tres segundos siguientes, que se alargaron como si fueran tres milenios para la percepción del demonio, tuvo que imaginar la mitad. La otra mitad sí que la vio, y no pudo creérselo.

Imaginó el cuerpo de Isaac cayendo al interior del pozo, chillando de pavor, golpeándose contra los escalones de piedra que aún quedaran enteros y manchándose con su sangre. Imaginó al ángel volando como una saeta a su espalda, interceptándolo en plena caída, abrazándolo... impidiendo que se hiciera más daño del necesario, pues sólo con un poco de sangre entregada con auténtico dolor el pozo de mártires reaccionaría a su antigua magia, y obraría el milagro.

El espíritu de todos los hombres y mujeres santos que se habían sacrificado allí por su Dios despertó, expresó su dolor en un barroco coro de voces tras las paredes, abrió los brazos para acoger piadosamente al nuevo mártir...

Y la torre del Metatrón se solidificó.

Eso fue lo que más impactó a Abaddón, pues le había mentido a Erik sobre la naturaleza del pozo de mártires. Él, como señor de las mentiras, había jugado las cartas que estaban en su mano no sólo para confundir al ángel y traerlo hasta su terreno, sino para obligarle a hacer daño a quienes más quería, a los que había jurado proteger. Decía un antiguo adagio del Infierno que la sombra más oscura no es la que nunca ha conocido luz, sino la que deja el ascua que se apaga. Y él había manipulado todo lo que había podido al tal Erik para que su luz se fuera apagando, poco a poco, eclipsada por el peso de las terribles decisiones que le había hecho tomar.

Por eso, su asombro fue infinito cuando vio que el plan del ángel había dado resultado, y gracias a la sangre de Isaac (¡no era posible! ¡No bastaba con herirle, había que matarlo, convertirle en un mártir auténtico, o la magia

jamás funcionaría!) la torre completó antes de tiempo su transición al mundo real.

El efecto fue digno de un cantar de gesta, de esos que glosaban los antiguos libros medievales.

La boca abierta del Leviatán estaba a punto de estrellarse contra el Gran Canal cuando la torre se solidificó en su interior. Y fue igual que si un caballero de brillante armadura hubiera alzado de repente una enorme lanza para matar a su dragón particular, una lanza que antes no estaba allí, pero que al volverse sólida se clavó en plena boca del monstruo.

Abaddón contempló, atónito, cómo el Leviatán se empalaba a sí mismo en la torre, haciéndola añicos en el proceso. Su enorme cuerpo sufrió una convulsión. La aguja de la torre no pudo soportar su peso, mezclado con la inercia de tanta masa en movimiento, y reventó.

Debió ser una imagen grandiosa e inolvidable para los simples humanos, las personitas que, a pie de calle o subidas en sus patéticas maquinillas de guerra, observaron cómo la lanza empalaba al monstruo. Una imagen que daría pie a leyendas durante milenios.

Abaddón no podía creerlo. Era imposible que sin un sacrificio verdadero y voluntario, la magia hubiese podido traer la torre al plano físico en un instante. ¿Acaso significaba eso que...?

No, era imposible. Erik era un ángel, jamás habría asesinado al elegido, por mucho que su alma, la lógica y el corazón se lo pidieran a gritos. ¿O es que había juzgado mal al chico? ¿Estaba Erik más cerca del lado oscuro que de la luz, a pesar de haber sido reclutado como Puño del Cielo? ¿Qué había ocurrido en realidad en el fondo de aquel pozo, que él no había podido ver?

El Leviatán se retorció de dolor, herido en su corazón por la única arma que podía dañarle (un arma de origen celestial, aunque en un principio no hubiese sido concebida como tal). Y cayó. Se desplomó. Fue como ver deshacerse en pedazos una montaña.

Su cuerpo, sin embargo, no llegó a quedar inerte sobre las ruinas de la ciudad.

Porque en cuanto la vida le abandonó, el Leviatán se convirtió en un cegador telar de luz, una colosal madeja de energía que se deshizo como si un niño gigantesco estuviese jugando con ella. La madeja se convirtió en un mar cegador que subió a los cielos, y dispersó las nubes con un tremendo estallido de luz blanca.

Abaddón sintió miedo, miedo auténtico, por primera vez en su larguísima existencia.

Aquella energía era la misma que alimentaba el aura letal que había matado a sus demonios, sólo que millones de veces más potente. Y aunque para la vista de los humanos se había extinguido en el aire, él sabía que en realidad estaba viajando entre dimensiones, acuchillando con su tremenda potencia las otras esferas de existencia.

¿El Cielo o el Infierno? ¿Cuál de los dos había recibido el impacto de esa energía casi infinita, y letal para los seres preternaturales? ¿Acaso... (y la sola idea era insoportable, abrumadoramente horrible) era esto lo que pretendía Yahvé desde un principio?

Acongojado, el demonio miró el pozo de mártires, tratando de reconstruir en su mente desquiciada lo que había tenido que pasar allá abajo, mientras el chico elegido por el destino caía, caía, caía...

(INTERLUDIO) CAYENDO

Caigo.

*Caigo desde el sol, desde la luna, desde la tiniebla
 mil vidas que son un latido
 suman voces en un coro
 cien serpientes devoran mi carne
 y ofrendan al cielo con su oro;
 ¿A quién rendiré cuentas de mis sueños?
 ¿Quién ha visto la línea de la vida,
 quién tiene la pluma
 quién el fanal
 quién el sentido
 quién el punto y final?*

*¿Sabe el sol lo que su sombra acaricia
 cuando dedos de sal tamizan la tierra?
 ¿Sabrá el halcón de la música
 con que ardientes tambores
 visten la danza del hechicero?
 El hombre en la playa
 mira sus ojos, pura melancolía
 y pregunta al halcón:
 ¿Conoces tú al sol, que vuelas alto
 conoces la gloria
 de espíritus armados de bravía?*

*Caigo. El tiempo se estrella contra la playa,
 farallones de roca,
 arrecifes de siglos,
 mareas de vida y muerte,
 galernas de viento y olvido.*

*Sobre sus hombros, un broche
 de lágrimas fosilizadas
 de bastardos mancebos
 memorias de niñas durmiendo
 en bosques nacidos para acunar lobos.
 De su boca, su inquieta boca
 mil noches cayeron*

*con rumbo de estrellas
y sabor de quimeras.*

*El niño cuenta historias
ecos de un pasado distante —¡quizás cierto!
a los tiempos que recalán en la arena,
a los siglos que se amontonan en la rada.*

*Entretanto el mar,
espejo de guadañas y ciclo de rupturas,
impaciente escucha los sueños
y aprende de los tigres
que el alma del anciano custodian.*

*Pálida, por tierras sin caminos
la turgente imaginación bregaba
armada de mentiras, blindada de verdades,
alambradas de piel que evisceran sus palabras
el soñador recorrió los senderos
que hasta el halcón le llevaban.
El Pájaro de fuego abre un ojo
alarga sus sombras —oscuras
y sabe que un día todos, niños y niñas,
harán felices a los regazos del cielo.*

*Carezco de padre, sólo cuento los días
fabrico mis nombres, y los abrazos de mis dichas
mientras tú sonrías yo canto
mientras conquistas el aprisco
mientras los leones del redil escapan
yo circunnavego los fiordos de otros soles
y mantengo calientes los lechos.
Pero si acometen con furor
los custodios de los pecados que quedaron
borrad sus nombres de la piedra
dejadles clara la advertencia
y dadles mundos en herencia.*

EL AMOR DEL HIJO

Cayendo.

Por el pozo sin fin del infortunio, de la condenación, de la pérdida de la inocencia.

Con el ángel traicionero siguiéndole, siguiéndole al Infierno, para asegurarse de que no se perdiera por el camino. El ángel que le engañó con sus mentiras, con sus absurdas alianzas con el bando contrario de aquella guerra. El ángel que le clavó la espada en el vientre para verlo sangrar.

Cuando Isaac abrió los ojos, aquella hoja estaba saliendo de su cuerpo. Empapada de sangre. Llevándose lo que aún quedaba de su vida.

Pero había un detalle distinto.

El arma que salía de su vientre no era una espada luminosa. No era la espada del ángel traidor.

Era un cuchillo. Un simple cuchillo de cortar carne.

Isaac miró a la persona que tenía encima, que la estaba aferrando entre sus brazos, y la reconoció. Era su padre, Abram, un desecho de lágrimas aplastado por el dolor y la decepción...

Y con el arma del crimen en sus manos.

Isaac sintió el mordisco del aire gélido, el aroma de las plantas. La inabarcable percepción del cielo estrellado sobre su cabeza.

Y lo recordó.

Lo recordó todo.

Empezando por su...

—P... ¿padre...?

Había una chica, una adolescente que tenía el cuerpo congelado en una pose violenta, como si hubiera estado luchando contra Abram por algo. Tal vez para impedir que el anciano le clavase aquel cuchillo. Tal vez para

demostrarle que si había alguna prueba de la existencia y la misericordia de Dios en aquella colina, era ella, y nadie más.

Pero el ángel había fracasado. No pudo detener al padre loco cuando quiso poner a prueba su fe.

—¿Qué ha pasado? ¿Tanya? —preguntó Erik, confundido por el cambio de realidad y tiempo. También había aparecido en la colina, cerca de aquel improvisado altar de sacrificios. Y le bastó un solo vistazo para darse cuenta de lo que había sucedido.

Tanya apartó de un empujón a Abram y abrazó al chico que se desangraba. La joven lloraba. En su cara se notaba el esfuerzo de la concentración, del intento por acceder a poderes interiores e inexplicables que podían haberle salvado la vida... pero también la huella de su fracaso.

Abram gimió de impotencia. Fueran cuales fueran los poderes que tenía aquella chica, no funcionaban en Isaac.

—Isaac... oh, Isaac —se lamentaba Tanya—. Lo siento tanto, lo siento tanto... No he podido impedirlo...

El hijo de Abram le acarició el cabello. Olía a flores nocturnas.

—¿Qué... ha pasado? —balbuceó—. He tenido... un sueño... muy raro...

—No, no hables, conserva las fuerzas. Intentaré llevarte a casa. ¡Erik!

El otro adolescente (su rostro le resultaba tremendamente familiar a Isaac, ¿pero de qué?) se acercó, apartando sin miramientos a Abram. El viejo trastabilló y cayó de espaldas en el suelo, el cuchillo rodando lejos. Gimió por el golpe, pero nadie le hizo caso.

Erik se inclinó junto a Tanya.

—¿Querías explicarme algo? —suplicó.

—Luego, no tenemos tiempo —acotó la joven—. Cárgalo tú, eres más fuerte. Tenemos que llevarlo a la casa del encinar. Puede que allí puedan vendarle la herida.

—¿Y tus poderes?

—No funcionan —lloró Tanya—. No sé por qué, pero no puedo invocados.

La preocupación sesgó el rostro de Erik.

—Creo que sé por qué. Te lo explicaré luego.

Cogió al chico en brazos. Pesaba muy poco, como si fuera una cáscara vacía.

Entonces Erik se fijó en la puerta que se abría en el aire, flotando, a pocos metros del altar. Era un portal abierto hacia un jardín hermosísimo,

custodiado por unas arcadas de piedra y lo que parecía una espada, vieja como el tiempo, clavada en el suelo.

De alguna manera supo lo que estaba viendo. No por él mismo, ni por sus recuerdos de cuando fue completamente humano y oyó por primera vez el mito, sino por un conjunto de recuerdos muchísimo más profundos. Algo que dormía en su interior desde mucho antes de nacer.

Los recuerdos heredados del ángel del que él portaba una chispa.

Erik supo que aquello era la entrada a Gan, el jardín de Edén. Que estaba viendo las puertas que un día cruzaron el Adán y la Eva mitológicos, dejando atrás una existencia inmortal para someterse a los rigores de otra terrenal. Y supo que esa vieja espada era lo que llevaban buscando desde que empezó aquella locura.

—La última reliquia... —murmuró.

Miró a Isaac, cuyos ojos se cerraban solos. A través de ellos, y no por la herida del vientre, se le escapaba el fino hilo de la vida.

Por fin había encontrado su destino, el arma que sólo él podía rescatar del Paraíso, e iba a morir un segundo antes de poder cogerla.

De repente le golpeó la urgencia, la prisa por hacer algo, lo que fuese. El chico iba a morir en cualquier momento. Y Erik no tenía ni idea de qué implicaciones cósmicas podía tener eso.

—¡Corre, dime cómo puedo atravesar esa puerta! —exclamó.

Pero alguien se interpuso. Abram.

El anciano apuntó con el cuchillo a los tres jóvenes, impidiéndoles alcanzar el portal luminoso.

—¿¡No has hecho ya suficiente daño!?! —chilló Tanya, el rostro desarticulado por la indignación.

—No sé quiénes sois, pero me habéis engañado —dijo Abram. El cuchillo, manchado con la sangre de su hijo, le temblaba en la mano—. No sois ángeles. Me habéis obligado a matar a mi hijo.

—¿Qué? —Tanya estaba poseída por una rabia que Erik jamás había visto en ella. Siempre había sido la dulce Lolita, la chica que confiaba en que el amor lo solucionara todo. Pero algo había cambiado en su interior. Ya no destilaba esa confianza, esa serenidad que la definía cuando Erik la conoció. Había visto demasiada muerte—. ¿Cómo te atreves a decir eso, maldito chiflado? —le gritó Tanya al viejo—. ¡Has asesinado a Isaac! ¡Le has clavado un cuchillo!

—El ángel del Señor habría llegado a tiempo para detener mi mano si no hubieses interferido, Tâniia —insistió Abram—. ¿Te ha enviado algún dios

maligno de Sodoma o de Ur para poner a prueba mi fe? ¿Es eso?

Erik creyó que a Tanya le iba a explotar la cabeza de la rabia. Incluso imaginó unas hilachas de vapor que, al modo de los dragones de los cuentos, brotaban de su nariz.

—Ella era el ángel del Señor que debía detenerte, imbécil —dijo Erik, compartiendo parte de esa rabia—. Estás tan ciego que ni siquiera te has dado cuenta.

—Intenté detener tu mano —confirmó Tanya—. Quise interponerme entre ese cuchillo y tu hijo. Y me apartaste. —Sus palabras debieron tocar algo sensible y quebradizo en el interior de Abram, porque el viejo palideció al seguir su razonamiento—. Me arrojaste a un lado. ¡Rechazaste la ayuda de Dios, y elegiste la muerte!

Tanya le apuntó con un dedo acusador. Un dedo cargado con un razonamiento insoportable para Abram. Tanto era así que lo hizo retroceder, apartándose del umbral luminoso. Pero no bajó el arma.

—Ahora ya sé por qué aparecí aquí, en este momento y lugar, cuando acabó el hechizo de reunión —prosiguió Tanya—. ¡Yo era el ángel que debía hacerte entrar en razón, detener tu mano cuando pusiste en la balanza la fe y la vida! Pero tú, maldito viejo demente —escupió—, tú elegiste ignorarme. Estás loco, completamente loco, y no porque seas un hombre santo. No creas que tu palabrería y tu pose de profeta me engañará más. Te he visto degollar niños con la espada, cortar cabezas de prisioneros en lugar de ofrecerles un indulto... derramar mucha sangre en nombre de tu fe. ¡Maldita sea, hasta sé lo que significa de verdad el sacrificio de tu hijo^[2]! Las generaciones venideras te adorarán porque ayudaste a escribir la historia de una religión, pero en el fondo no eres más que un fanático religioso psicópata, igual que lo serán el rey David y otros tiranos después de ti. Te prometo, viejo, que la ira del Señor caerá sobre ti y sobre tu familia como jamás pudiste llegar a imaginar —concluyó, con un tono que prometía grandes cataclismos.

El anciano estaba tan pálido que cualquiera diría que se le había detenido el corazón.

Las palabras de Tanya habían hecho mella en su alma. De hecho, la habían destruido por completo.

Sollozante, reducido a un guiñapo débil y contrito, se acercó a su hijo, que le miraba impertérrito desde los brazos de Erik, y le preguntó:

—¿Tú... me perdonas? He estado ciego, ciego y sordo a la llamada del Señor nuestro Dios. Él que envió a sus ángeles a habitar en mi casa, a hacerme ver las señales, no respondió a mi súplica cuando lo llamé —sollozó

—. ¿Serás capaz... Isaac... de perdonar a tu padre, en nombre del amor? ¿Del amor puro y verdadero?

La colina quedó en silencio mientras el joven moribundo se pensaba la respuesta.

Y una sola palabra retumbó en la noche:

—No.

Mauro lo supo antes incluso de que se lo dijera la Fuente. Antes de verlo con sus propios ojos desde los parapetos del Cielo. Aquel fue el día en que se perdió la segunda gran batalla. Un padre le pidió perdón a su hijo, y la respuesta de éste fue... no.

Mauro sintió los hechos que estaban protagonizando sus amigos en la colina del sacrificio, pero lo hizo interiormente. En su corazón.

Supo que el hombre llamado Abram, que una vez aspiró a ser el elegido de Dios para su época, murió de un infarto cuando la palabra de su hijo, herido por su propia mano, se le clavó como una lanza en el alma. Su cuerpo se desplomó, y allí permaneció, bajo la lluvia que cubrió la colina aquella noche, sin que nadie viniera para enterrarlo.

Los cuervos y las alimañas dieron buena cuenta de él durante los meses siguientes, pues por alguna razón que nadie supo entender, todos los hombres que quisieron subir a la colina cambiaron de idea y decidieron que aquel lugar estaba prohibido.

Supo también que Isaac bajó de los brazos de Erik al ver caer a su padre, pero no corrió a abrazarle. No. Lo que hizo fue entrar en el portal que llevaba a Gan, y arrancar la espada sagrada de la tierra.

Cuando la tuvo en sus manos, pronunció una sola frase:

—He cumplido mi destino.

Y el Árbol de la Vida, que estaba plantado en medio del jardín, se marchitó. El pacto de Dios con los hombres había vuelto a romperse, esta vez definitivamente, y el odio de aquel muchacho hacia su padre corrompió lo que quedaba de aquella ancestral promesa.

«La espada no guarda en rigor la entrada a Gan», había dicho la Fuente, «sino el acceso al Árbol de la Vida, que se alza junto a las grandes puertas. Pero si el Árbol de la Vida eterna alguna vez se marchitara...».

—... la custodia de la espada ya no tendría sentido —comprendió Mauro.

Fue la energía liberada por ese acto de extremo sacrificio, cuando Isaac mató a su padre con su odio, lo que disparó los hechizos que trajeron las

torres del Metatrón al mundo. Aunque antes de que éstas pudieran hacer aquello para lo que habían sido concebidas (robar todas las almas del planeta para que el Metatrón las usase a placer)...

... La torre de Venecia se clavó en el Leviatán, matándolo, y destruyéndose en el proceso. Eso salvó a la humanidad, y cuando el Metatrón supo lo que pasaba, la onda de luz del Segundo Diluvio ya lo estaba expulsando de su trono, y haciendo trizas su espíritu.

Luego, sólo quedó el silencio.

Y en la mente de los dos únicos ángeles que quedaban en aquella colina, Tanya y Erik, se fraguó una simple pregunta mientras veían a Isaac blandir con torpeza el acero de la condenación:

«¿Y ahora qué?».

EPÍLOGO

HERALDOS DE LA OSCURIDAD

Llegó el día (poco después de que la Bestia muriese empalada sobre las ruinas de lo que una vez fue Venecia), en que los hombres miraron al cielo, buscando una explicación, pero allí sólo quedaban ya las nubes, y las auroras boreales.

Llegó un día en que los humanos se hicieron preguntas, y éstas tenían que ver con ese vacío que de repente sentían en sus corazones, como si ya no hubiese nadie escuchando.

Aquel día hubo un resplandor en el firmamento, que sólo duró un breve instante, y unos extraños y suaves objetos llovieron sobre todas las ciudades del mundo.

Los objetos cayeron lentamente, flotando; la brisa los arrastró a su antojo, convirtiéndolos en juguetes, en recuerdos de algo que una vez fue pero que ya había acabado.

Eran plumas. Plumas de ángel. Y cayeron por miles, por millones, inundando toda la Tierra.

Nadie supo jamás qué había pasado, por qué habían aparecido aquellas plumas. Muchos dijeron que eran el testimonio de una catástrofe que había ocurrido en un lugar que estaba más allá de lo material, en el reino de lo místico. En el reino del alma.

Y no iban muy desencaminados.

Aquél fue el día en que los restos del final de la guerra entre ángeles y demonios llovieron sobre el mundo. Pero nadie, ni filósofos ni científicos ni hombres de fe, obtuvieron la menor pista sobre lo que en realidad había pasado.

Para ellos era imposible ver más allá de esta realidad, y por lo tanto ninguno de sus cronistas supo de la columna de refugiados que había tomado

la senda que salía del Cielo, de lo que quedaba del Cielo, y descendía a las profundidades del Abismo.

Ningún humano supo de los pocos ángeles que habían sobrevivido al Diluvio que destruyó el Árbol de Plata y que arrasó los campos dorados. No supo de la identidad de la mujer que guiaba a aquella columna de ángeles derrotados, sin hogar, una mujer llamada Séfora... que sólo veía un lugar a donde ir ahora que los ángeles ya no tenían patria:

El único sitio del cosmos donde podían pedir asilo, cuando todo lo demás (incluso el amor por su Creador) había fallado.

Si es que ese lugar aún seguía allí, flotando en medio de la nada, y estaba dispuesto a darles cobijo.

El Infierno.

Índice de contenido

Cubierta

Heraldos de la oscuridad

Prólogo: Susana Vallejo

La historia hasta ahora

Prólogo: Venecia

Libro uno: Los niños perdidos

1- Alas nocturnas

2- Forastero en tierra extraña

3- Pozos de fuego e infortunio... y farolillos

4- Hace 3.860 años

5- Enemigo a las puertas (del cielo)

6- Siete sellos para siete profetas

7- Cautivos

8- El hechizo de la última reunión

9- Venecia

10- Una quijada del asno

11- El pozo de mártires

12- Árbol genealógico (lo que se tragó el desierto)

13- Tres ángeles de casa de Abram

Libro dos: El evangelio según San Erik

14- La fuente de todo conocimiento

15- Abaddón y el pozo de mártires

16- Sal

17- El ángel supremo

18- Leviatán

19- La puerta al jardín del bien y del mal

20- El segundo gran diluvio

21- El menor de todos los daños posibles

22- (Interludio) Cayendo

23- El amor del hijo

Epílogo: Heraldos de la oscuridad

Notas

Notas

[1] Gorro cananita tradicional más pequeño que el fez; pero más grande que los quipá hebreos. <<

[2] Según la exégesis, el relato de Abram parece justificar o enfatizar el abandono de la práctica cananea de sacrificar al primogénito de cada familia.
<<



VÍCTOR CONDE

HERALDOS

DE LA
OSCURIDAD



PRÓLOGO DE SUSANA VALLEJO

Lectulandia